Alquimia

Marie-Louise von Franz

Introducción al simbolismo





Lectulandia

En 1959, Marie-Louise von Franz recopiló para sus alumnos parte de sus conocimientos en una serie de nueve conferencias que forman esta obra, donde analiza linealmente el proceso alquímico con un pensamiento del «lado derecho del cerebro» para desmitificarlo parcialmente.

Fue Jung quien descubrió en el campo de la filosofía hermética o *alquimia* un paralelismo con el proceso por él propuesto: «la individuación». En este libro demuestra que aunque a primera vista este proceso y la pseudo-química de la alquimia no tengan mucho en común, en el fondo, ambos buscan el equilibrio emocional y la plenitud a través del análisis y síntesis de los opuestos.

Todo aquél interesado en su propio desarrollo personal es un alquimista, por lo que hallará en este libro una guía práctica para seguir el proceso que tiene lugar en el laboratorio de su inconsciente.

Lectulandia

Marie-Louise von Franz

Alquimia

Introducción al simbolismo

ePub r1.0
Titivillus 22.10.17

Título original: *Alchemy An Introduction to the Simbolism and the Psichology*
Marie-Louise von Franz, 1980
Traducción: Marta Guastavino
Ilustraciones: →

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ÍNDICE

Agradecimientos

Este libro se basa en la transcripción, hecha por Una Thomas, de la serie de conferencias pronunciadas por la doctora von Franz en el Instituto C G Jung de Zurich, en 1959. La autora y el editor agradecen a la señorita Thomas su fiel preparación de la versión original. El texto en su forma actual fue revisado para su publicación por Daryl Sharp y Manon Woodman Daryl Sharp seleccionò las ilustraciones, escribió los epígrafes y compilo el índice.



El huevo filosófico es no solo el lugar de nacimiento sino el recipiente contenedor de las nuevas actitudes simbolizadas por el objetivo alquímico de la *coniunctio*, la unión de los opuestos (masculino y femenino, la conciencia y el inconsciente, etc.). Aquí ese objetivo está representado como el hermafrodita que triunfa sobre el dragón y el globo alado del caos, los rostros amenazantes del inconsciente. Los siete planetas representan diferentes aspectos de la personalidad y las siete etapas de la transformación. —Jamsthaler, *Viatonum spagyricum* (1625).



1. *La montaña de los adeptos*. El proceso de la evolución psicológica es análogo a las etapas de la transformación alquímica de la materia básica en oro —la piedra filosofal—, representada aquí como un «templo de los sabios» sepultado en la tierra. El fénix, símbolo de la personalidad renovada, está a caballo entre el sol y la luna. El zodiaco en el fondo simboliza la duración del proceso, los cuatro elementos indican la totalidad. El hombre con los ojos vendados representa la búsqueda a tientas de la verdad, el investigador, preparado para seguir sus instintos naturales, muestra el camino correcto.

ALQUIMIA

Cánticos que resuenan en la noche, como sierpes ondeantes de bravura; dosel de fina gasa transfiguran un solemne ritual, de este poder. Rebeldes, pero heroicos fueron siempre, aquellos, que, en virtud en aliciente, pudieron entregar sin calcular. Quien usó de esa magia inigualable, es que fue; en sus principios, venerable escudero al son de lo loable. Heroica redención, del Alto Rey, que asumió sus potencias invisibles, y al querer perdurar, en lo posible, en su castillo hizo su cuartel. Horizontes perdidos, fueron ellos, que unieron su dolor, al balancín de finos cascabeles que resuenan, y al cielo, configuran su venir. Si el fuerte pedestal, quedó en la cumbre, la antorcha de su fe lo alumbrará, encontrando la piedra y, a su lumbre, enfrentándose a ella prenderá. Quisieron escrutar en lo profundo, y, de ese misterioso socavar, pudieron verter en las tinieblas, sacando de lo oscuro la verdad.

Y de ella, su calor, les dio el abrigo que, en simultáneo amor los unirá. Velozmente, su marcha será un trino virginal, alegórico y ritual que será oído siempre, desde el nido, donde el grito fue su patria potestad, y acallarán las voces sin sentido, cuando surja de la alquimia, la verdad, y en fueros de principios intangibles, lo cósmico, verter en aludibles arquetipos que fraccionan lo visible, con atenuantes miras de llegar, el archivo donde nacen las simientes, que en cautiva, brillante y blanca fuente, renacen como aves, a volar al sitial donde tienen sus figuras, que, retoman las líneas que los guían con premisas de un Todo, a lo Total.

Y escuchando las voces del Oriente, tendrán mucho que ver en el presente, de esta fragua ardiente, en eclosión. Eran todos eones que, perdidos, transitaban el arco de un olvido, y fueron la verdad y la razón detrás de la magia, que perenne, tenía como endeble, su misión. El lugar de los grandes campeadores, tenazmente, es hurgar en los arcones de un pasado que viene a vislumbrar. No es de hoy sino; siempre fueron leales, los que usaron su magia y sus rituales para dar al embrión, su gran misión, de la triple energía que hoy culmina en visión de lo grande, en redención.

Y en este dimitir de esa gran forma, pretender discernir el gran misterio, quizás, quien fuera dueño, del imperio que encierra la palabra, transmutar. La alquimia que, tal vez, fue figurada en remotos albores de un pasado, para abrir en la vía, su caudal de verdades sutiles, irrumpidas por vidas, que cesaron en un día y hoy comienzan tal vez su cabalgar, surgiendo cual brillante trilogía que es: aliento, verdad y potestad. Cinceles de esculpidas impresiones fueron siempre la razón de esos campeones que supieron horadar la gran verdad, y, en estas letras que hoy, están escritas, verifican que de esta gran alquimia sus pasos se pudieron encontrar, y al llegar al fondo de ese evento, discernir de lo efímero, lo real.

Chela Sisti - Elio A. Casali

Primera conferencia
INTRODUCCIÓN

He meditado mucho sobre la forma en que debía dar este curso destinado a introducirlos a ustedes en el simbolismo de la alquimia, y me decidí por una breve interpretación de muchos textos, en vez de optar por un texto único como en otras ocasiones. Como las conferencias serán nueve, me propongo dar tres sobre la alquimia en Grecia antigua, tres sobre el arte alquímico árabe y las tres últimas sobre la alquimia europea tardía, de modo que de ellas se obtenga al menos un atisbo de cada fase de la evolución de esta ciencia.

Como ustedes saben, el doctor Jung ha consagrado muchos años de estudio a este tema, que prácticamente exhumó del estercolero del pasado, ya que se trataba de un dominio de la investigación desdeñado y olvidado que él consiguió resucitar.

El hecho de que ahora un mínimo folleto se venda por unos cien francos suizos, en tanto que hace más o menos diez años se podía comprar por dos o tres francos un libro excelente sobre alquimia, se debe en realidad a Jung, porque a no ser por el interés demostrado por algunos círculos de la francmasonería, y posteriormente por los rosacruces, cuando él empezó a trabajar sobre el tema nadie sabía prácticamente nada sobre la alquimia.

Tan pronto como nos adentremos en los textos entenderán ustedes en alguna medida cómo llegó a ser olvidada la alquimia y por qué todavía, incluso en los círculos junguianos, mucha gente dice que puede coincidir con Jung en lo que se refiere a la interpretación de los mitos, y también a todo el resto de su obra, pero que cuando se trata de alquimia dejan de leer —o leen a regañadientes y de mala gana— sus libros sobre el tema. Esto se debe a que la alquimia es, en sí misma, tremendamente oscura y compleja, y los textos muy difíciles de leer, de manera que se necesita un bagaje enorme de conocimiento técnico si quiere uno adentrarse en este campo. Ofrezco este curso introductorio a los estudiantes en la esperanza de que les permita adentrarse mejor en el tema, de modo que cuando lean los libros de Jung tengan ya un caudal de conocimientos que les permita entenderlos.

En su libro *Psicología y alquimia* Jung introdujo, por así decirlo, la alquimia en la psicología, primero publicando una serie de sueños de un estudioso de las ciencias naturales que contienen gran cantidad de simbolismo alquímico, y después ofreciendo citas de textos antiguos, con lo cual esperaba demostrar lo importante y moderno que es este material, y cuánto lo que tiene para decir al hombre moderno. El propio Jung descubrió la alquimia en forma absolutamente empírica. Una vez me contó que en los sueños de sus pacientes aparecían con frecuencia ciertos motivos que no podía entender, y que un día, observando viejos textos sobre alquimia, halló una relación. Por ejemplo, un paciente soñó que un águila empezaba a volar hacia el cielo y después, súbitamente, giraba hacia atrás la cabeza, empezaba a devorarse las alas y

volvía a caer a tierra. El doctor Jung captó el simbolismo sin necesidad de comparaciones históricas, como por ejemplo: el espíritu ascendente o el ave pensante. El sueño muestra una *enantiodromía*, lo opuesto a la situación psíquica. Al mismo tiempo estaba impresionado por el motivo que cada vez más era reconocido como arquetípico y que debía, casi obligadamente, tener un paralelo, aunque no podía encontrarse en ningún lugar, aparecía como tema general. Entonces, un día descubrió el *Ripley Scroll*, que da una serie de imágenes del proceso alquímico —publicadas en parte en *Psicología y alquimia*—, donde un águila con cabeza de rey se vuelve hacia atrás para comerse sus propias alas.



2. El águila como símbolo del espíritu, por el cual, según Jung, los alquimistas se referían a «todas las facultades mentales superiores, como la razón, la intuición y el discernimiento moral».

La coincidencia lo impresionó muchísimo, y durante años la tuvo presente, con la sensación de que en la alquimia había algo más, y de que debía profundizar en el tema, pero no se decidía a abordar este campo complejísimo porque se daba cuenta del enorme trabajo que significaría y de que le exigiría refrescar sus conocimientos de latín y griego, y leer muchísimo. Finalmente, sin embargo, llegó a la conclusión de que tenía que hacerlo, de que era demasiado lo que el tema ocultaba y de que ese material era importante para que pudiéramos entender mejor el material onírico de las

gentes modernas.

El doctor Jung no se lo planteó como problema teórico, sino que vio un paralelismo sorprendente con el material con que estaba trabajando. Pero ahora podríamos preguntarnos por qué habría de estar el simbolismo alquímico más próximo de las producciones inconscientes de muchas personas modernas que ningún otro material. ¿Por qué no habría de bastar con estudiar mitología comparada, y profundizar en los cuentos de hadas y en la historia de las religiones? ¿Por qué tenía que ser especialmente la alquimia?

Para ello hay diversas razones. Si estudiamos el simbolismo en la historia comparada de la religión, o en el cristianismo —todas las alegorías de la Virgen María, por ejemplo, o el árbol de la vida, o la cruz, o el simbolismo del dragón en el material cristiano medieval, etcétera—, o si estudiamos mitología, como por ejemplo la de los indios norteamericanos (las creencias de los hopis, las canciones de los navajos, etc.), en cada caso estamos enfrentándonos con material producido por una colectividad y comunicado por una tradición más o menos organizada. Entre los indios norteamericanos hay tradiciones de los médicos brujos que comunicaban a sus discípulos sus canciones y rituales, en tanto que ciertas cosas eran conocidas por la totalidad de la tribu, que participaba en los rituales. Lo mismo es válido para el simbolismo cristiano, que se comunica en las tradiciones de la Iglesia, y el simbolismo total de la liturgia y de la misa, con todo su significado, se transmite por mediación de la doctrina, la tradición y las organizaciones humanas. Están también las diferentes formas orientales del yoga y otras formas de meditación. Son símbolos que ciertamente se formaron en el inconsciente, pero que desde entonces han sido trabajados por la tradición. Uno ve repetidas veces cómo cualquiera que haya tenido una vivencia original e inmediata de símbolos inconscientes comienza enseguida a trabajar sobre ellos.

Tomemos el ejemplo de san Nicolás de Flüe, el santo suizo que tuvo la visión de una figura divina errabunda que se le acercó envuelta en una brillante piel de oso y cantando una canción de tres palabras. Por el relato original es obvio que el santo estaba convencido de que quien se le aparecía era Dios o Cristo. Pero el relato original se perdió y hasta hace unos ochenta años no hubo más que un relato hecho por uno de sus primeros biógrafos, que contó más o menos correctamente la historia, ¡pero sin hablar de la piel de oso! Las tres palabras de la canción se refieren a la Trinidad, el vagabundo divino sería Cristo, que se le aparece al santo, y así sucesivamente. Todo eso, el biógrafo lo mencionaba, pero con la piel de oso no pudo hacer nada, porque ¿por qué habría de usar Cristo una piel de oso? Entonces, no se habló más de aquel detalle, y sólo se lo volvió a incluir cuando el azar llevó a descubrir nuevamente el relato original de la visión. Esto es lo que sucede con las experiencias originales que se transmiten; se hace una selección, y lo que se adecúa a lo que ya se sabía —o coincide en cierto modo con esto— se comunica, en tanto que se tiende a dejar pasar los otros detalles, porque parecen raros y nadie sabe qué hacer

con ellos.

Parece, por ende, que el simbolismo que se comunica mediante la tradición está en cierta medida racionalizado y depurado de las vulgaridades del inconsciente, de los menudos detalles extraños que éste va agregando, en ocasiones contradictorios y sucios. Esto también sucede, en pequeña escala, dentro de nosotros mismos. Un joven médico se volvió de pronto muy escéptico respecto de la forma en que anotamos nuestros sueños, porque creía que cuando uno los anota por la mañana ya ha habido mucha falsificación. Entonces se instaló un grabador junto a la cama: por la noche, cuando se despertaba, aunque estuviera medio dormido, grababa el sueño y por la mañana lo anotaba por escrito tal como lo recordaba, y comparaba las dos versiones. Descubrió así que su escepticismo era exagerado. Los relatos de sueños que hacemos a la mañana siguiente son casi correctos, pero involuntariamente los ordenamos. Por ejemplo, él había soñado que algo sucedía en una casa, y que después él entraba en la casa. Al volver a contar el sueño por la mañana, corrigió la secuencia temporal y escribió que él entraba en la casa y después le pasaba tal y tal cosa. De hecho, los sueños registrados inmediatamente son más confusos en cuanto a la secuencia temporal, pero por lo demás son bastante correctos. Por lo tanto, aun cuando un sueño atraviese el umbral de la conciencia, ésta, al relatarlo, le hace algo, lo enmienda y lo presenta en forma un poco más comprensible.

Cum grano salis, se podría comparar lo antedicho con la forma en que se comunican las experiencias religiosas en un sistema religioso viviente, en el que generalmente la experiencia personal inmediata se revisa, se purifica y se aclara. Por ejemplo, en la historia de la vida íntima personal de los santos católicos, la mayoría de ellos tuvieron vivencias inmediatas de la Divinidad —como corresponde a la definición de un santo— o visiones de la Virgen María, de Cristo o de otras figuras. Sin embargo, la Iglesia raras veces ha publicado nada sin expurgar primero todo lo que se consideraba material personal. Sólo se dejaba pasar lo que coincidía con la tradición.

Lo mismo sucede incluso en las comunidades primitivas libres. También los indios norteamericanos omiten ciertos detalles que no consideran importantes para las ideas conscientes de la colectividad. Los aborígenes australianos celebran un festival llamado *Kunapipi*, que se prolonga durante treinta años. Durante todo ese tiempo, en determinados momentos se llevan a cabo ciertos rituales —se trata de un gran ritual de renacimiento que se extiende a lo largo de toda una generación— y cuando los treinta años han transcurrido, se vuelve a empezar. El etnólogo que lo describió por primera vez se tomó el trabajo de registrar los sueños que hacían referencia al festival, y descubrió que los miembros de la tribu soñaban frecuentemente con él, y que en esos sueños, como cabía esperar y tal como nos sucedería a nosotros, había variaciones en pequeños detalles que no coincidían del todo con lo que realmente sucedía. Los aborígenes australianos dicen que si un sueño contiene una buena idea, ésta se comunica a la tribu y se la adopta como parte del festival, que de esa manera

varía un poco en ocasiones, aunque en términos generales se atienen a la tradición que les ha sido comunicada.

Al analizar católicos he visto con frecuencia el mismo fenómeno, es decir que sueñan con la misa, pero en el sueño sucede algo especial; por ejemplo, que el sacerdote distribuye sopa caliente en lugar de la hostia, o algo parecido. Todo es muy correcto, a excepción de ese único detalle. Recuerdo el sueño de una monja donde en mitad del Sanctus, es decir en el momento más sagrado, precisamente cuando debe tener lugar la transformación, el anciano obispo que oficiaba la misa se detenía de pronto diciendo que antes era necesario algo más importante, y pronunciaba entonces un sermón sobre la encarnación. Después volvía a detenerse diciendo que seguirían con la misa tradicional, cuya terminación confiaba a dos sacerdotes jóvenes. Aparentemente la monja, lo mismo que muchas otras personas, no tenía una verdadera comprensión del misterio de la misa; para ella no era más que la repetición mecánica del misterio, y por lo tanto, antes de que tuviera lugar la transformación, el sueño demostraba que en realidad había que explicar a la gente lo que estaba sucediendo, porque si no participaban mentalmente la ceremonia no les serviría de nada; no estarían haciendo nada más que creer sin entender. Por eso en el sueño el obispo daba una larga explicación, tras la cual la misa clásica continuaba, celebrada por sacerdotes más jóvenes, demostrando que era una renovación. La renovación se produce de acuerdo con la manera en que se entiende la misa, y aquí el anciano se la confiaba a los dos jóvenes. Esto ejemplifica cómo la experiencia individual de los símbolos religiosos siempre difiere un poco de la fórmula oficial, que no es más que una pauta promedio. Es muy poca la manifestación inmediata del inconsciente que hay en la historia o en otros ámbitos.

Mediante la observación de sueños, visiones, alucinaciones y otras manifestaciones, el hombre moderno puede ahora, por primera vez, considerar de manera desprejuiciada los fenómenos del inconsciente. Lo que proviene del inconsciente puede ser observado por mediación de los individuos. El pasado nos ha legado algunos escasos informes de vivencias individuales, pero, en general, los símbolos del inconsciente nos llegan de la manera más tradicional, debido al hecho de que normalmente la humanidad no ha abordado el inconsciente en el nivel individual, sino que, con pocas excepciones, se ha relacionado con él en forma indirecta, mediante los sistemas religiosos. Hasta donde yo puedo verlo, esto tiene una validez general, a no ser en las sociedades más antiguas y más primitivas, y en algunas otras formas de aproximación al inconsciente, aunque también hayan sido codificadas.

En varias tribus esquimales no existe prácticamente contenido alguno de la conciencia colectiva. Hay algunas pocas enseñanzas sobre ciertos fantasmas, espíritus y dioses —Sila, el dios del aire; Sedna, la diosa del mar y algunos más— que se comunican oralmente por mediación de ciertas personas, pero sólo las experiencias personales son comunicadas por el chamán o el médico brujo, que son las

personalidades religiosas de dichas comunidades. Los esquimales llevan una vida tan dura y tienen tan difícil la supervivencia, debido a las terribles condiciones ambientales, que normalmente todo el mundo se concentra exclusivamente en sobrevivir, con la excepción de unos pocos individuos escogidos que mantienen algún intercambio con los espíritus y tienen experiencias interiores y sueños, de modo que el pueblo se relaciona simplemente con esos sueños y tiene sobre ellos sus propias ideas, como sucede con una persona moderna en el curso de un psicoanálisis. La única orientación que reciben es al conocer a otros chamanes e intercambiar experiencias, lo que les permite no estar totalmente solos con sus experiencias íntimas. Por lo general, los chamanes más jóvenes buscan a los viejos, temiendo, como nos pasaría a nosotros, que de no hacerlo así terminarían por enloquecer. En ese caso hay un mínimo de tradición colectiva consciente, y un máximo de experiencia personal inmediata en algunos individuos.

Me parece probable que esto represente los vestigios de un estado originario, porque según las consideraciones de la antropología se puede suponer que la humanidad vivía originariamente en pequeños grupos tribales de veinte a treinta personas, entre las cuales solía haber dos o tres introvertidos capaces de tener vivencias personales íntimas, que eran los guías espirituales, en tanto que los cazadores o luchadores, físicamente fuertes, eran los guías terrenales. En casos así hay material referente a experiencias íntimas inmediatas y muy poca tradición.

Están además los fenómenos de individuos que hacen contacto inmediato con el inconsciente en las experiencias iniciáticas organizadas de ciertos pueblos. Por ejemplo, en muchas tribus de indios norteamericanos, parte de la iniciación de un joven médico brujo consiste en irse a la cumbre de una montaña o al desierto, tras un período de ayuno, y a veces también después de haber tomado drogas, a buscar allí una visión, experiencia o alucinación que después el joven confía a su Maestro o Iniciador. Si cuenta, por ejemplo, que ha visto una lagartija, le dicen que pertenece al clan de los *thunderbird*[1] y que tendrá que convertirse en un médico brujo de tales y cuales características. Pero allí la interpretación de la vivencia individual se relaciona con la tradición del inconsciente colectivo, y un médico brujo se limitaría a omitir cualquier cosa que fuera completamente individual o extraña. Paul Radin ha publicado sueños de indios, mostrando la forma en que los interpretan, y es fácil ver que lo que no entienden, se lo saltan sin más. Del sueño seleccionan lo que se relaciona con las ideas de la conciencia colectiva y omiten los detalles raros, lo mismo que hacen los analistas junguianos principiantes cuando comienzan a interpretar sus propios sueños. Si uno les sugiere que intenten hacerlo, por lo general escogen un motivo que parezca relacionarse con algo que entienden y dicen que saben lo que eso significa, que se refiere a tal y tal cosa, y entonces es cuando yo les pregunto qué hay de este detalle y de este otro, que ellos tienden a omitir.

Las experiencias inmediatas del inconsciente que tienen ciertos individuos pueden ser luego codificadas o interpretadas, o incorporadas a un sistema religioso.

Naturalmente, en todos los sistemas religiosos hay sectas que tienden a revivificar las experiencias inmediatas. Allí donde una religión parece demasiado codificada, se forma generalmente una secta compensatoria tendente a revivificar las experiencias individuales, y esto explica la multiplicidad de cismas. Por ejemplo, en el Islam están los sunnitas y chiítas, entre otros; o la escuela talmúdica y la cabalística en la Edad Media judía, donde se comunican los símbolos religiosos codificados. El grupo más reciente tiende a dar más valor a las vivencias individuales; uno de ellos sostiene que es ortodoxo, y el otro afirma que tiene el espíritu viviente, lo que sería además el contraste entre los tipos extravertido e introvertido. Pero incluso en la tradición del introvertido que se proclama dueño del espíritu, la verdadera experiencia personal del inconsciente es muy poca. Nunca hay más que unos pocos individuos que tengan experiencias así, probablemente porque son tan peligrosas y aterradoras que sólo unas pocas personas excepcionalmente valientes siguen este camino, o bien los necios que no saben hasta qué punto aquello es peligroso, y que por eso mismo terminan enloqueciendo. En alguna de sus primeras conferencias en el colegio técnico de Zúrich, E. T. H., para ejemplificar el simbolismo del proceso de individuación y lo que quería decir con esta expresión, el doctor Jung analizó una serie de imágenes de un texto oriental de meditación y de los famosos *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, como también el *Benjoumin minor* de Hugh de St. Victor. Demostró que todas estas formas de meditación codificada contienen las teorías o símbolos esenciales que normalmente aparecen en los individuos en el proceso de individuación. Pero todos estos abordajes del inconsciente, lo mismo que la mayoría de las formas de meditación oriental y de las formas cristianas medievales, contienen un programa. Por ejemplo, quien practique los Ejercicios de san Ignacio tiene que concentrarse en la primera semana en la sentencia *Homo creatus est*, en la segunda en los sufrimientos de Cristo y así sucesivamente. Si en medio de su contemplación se le ocurre que le gustaría tomar un café, eso sería una perturbación mundana inducida por el diablo, que hay que dominar. ¡Pero también puede haber perturbaciones sagradas! El meditador podría, cuando está meditando sobre la cruz, ver de pronto una luz azul o una corona de rosas que rodea la cruz, pero como eso no corresponde, también ese pensamiento debe ser rechazado; ése podría ser el diablo, que está falsificando el proceso, porque lo que él debe ver es la cruz y no un ramo de rosas. Por eso se le enseña a rechazar esas irrupciones espontáneas del inconsciente y a adherirse fanáticamente a lo programado.



3. Un alquimista trabajando con su *soror mystica* (ayudante femenina), que representa la colaboración con su propio lado femenino.

Naturalmente que sigue aún concentrándose en símbolos del inconsciente, porque la cruz *es* un símbolo del inconsciente, pero su mente está orientada hacia un canal concreto, definido por la tradición colectiva. Si el meditador dice a su director espiritual que ha visto una bañera en vez de la cruz, le dirán que no se ha concentrado como debía, que se ha desviado. Lo mismo es válido para ciertas formas de meditación orientales. Si a un yogui se le aparecen hermosos *devas* y diosas que intentan apartarlo de su objetivo, debe desechar esas ideas como factores de perturbación. Así, en estas formas de abordaje del inconsciente se ha de respetar una dirección o camino prescrito conscientemente, y se ha de hacer caso omiso de ciertos pensamientos que aparecen. Por esta razón el simbolismo que aparece en estas formas no es exactamente de la misma especie que el que aparece en los sueños y en la imaginación activa, porque si decimos a la gente que se limite a observar lo que aparece, cosa que, como es natural, produce un material algo diferente, los dos productos son sólo relativamente comparables.

Los alquimistas estaban en una situación completamente diferente. Creían que estaban estudiando los fenómenos desconocidos de la materia —más adelante daré los detalles— y se limitaban a observar lo que sucedía y a interpretarlo de alguna manera, pero sin ningún plan específico. Aparecía un terrón de alguna materia extraña, pero como ellos no sabían qué era, hacían una conjetura cualquiera, que por supuesto sería una proyección inconsciente, pero en ello no había una intención ni tradición definidas. Por consiguiente, se podría decir que en la alquimia las proyecciones se efectuaban de la manera más ingenua e impremeditada, y sin realizarles corrección alguna.

Imaginemos la situación de un antiguo alquimista. En alguna aldea, un hombre se construía una choza aislada y cocinaba cosas que provocaban explosiones. ¡Es muy

natural que todos digan que es un hechicero! Un día llega alguien que le dice que ha encontrado un trozo de metal raro y pregunta al alquimista si no le interesaría comprarlo. El alquimista no sabe cuánto vale el metal, pero hace un cálculo aproximado y le da algún dinero. Después pone sobre el fogón lo que le han traído y lo mezcla con azufre o algo similar para ver qué pasa, y, si el metal acierta a ser plomo, el alquimista queda gravemente afectado por los vapores tóxicos. Llega entonces a la conclusión de que se trata de una materia que hace sentir mal a la gente y casi la mata, ¡y concluye diciendo que hay un demonio en el plomo! Después, cuando escribe sus recetas, añade una nota al pie: «Tened cuidado con el plomo, porque en él hay un demonio capaz de matar y enloquecer a la gente», lo que para aquel momento y en aquel nivel sería una explicación bastante obvia y razonable. Por consiguiente, el plomo se convirtió en un objeto ideal para proyectarle factores destructivos, dado que en ciertas condiciones sus efectos son tóxicos. Las sustancias acidas también eran peligrosas, pero como por otra parte eran corrosivas y tenían propiedades disolventes, eran sumamente importantes para las operaciones químicas. De esa manera, si uno quería fundir algo o tenerlo en forma líquida podía hacerlo valiéndose de soluciones acidas, y por esta razón la proyección afirmaba que el ácido era la sustancia peligrosa que disuelve, pero que también posibilita el manejo de ciertas sustancias. O si no, es un medio de transformación que permite, por así decirlo, abrir un metal con el cual es imposible hacer nada y volverlo accesible a la transformación mediante el uso de ciertos líquidos. Por eso los alquimistas escribían sobre el tema en la forma ingenua que estoy describiéndoles, sin darse cuenta de que aquello no era ciencia natural, sino que, si se lo considera desde el punto de vista de la química moderna, contenía muchísimas proyecciones.

En la alquimia existe, pues, una cantidad asombrosa de material que procede del inconsciente, producido en una situación en que la mente consciente no seguía un programa definido, sino que solamente investigaba. El propio Jung abordó de manera similar el inconsciente, y en análisis también intentamos conseguir que la gente adopte una actitud en la cual no se aboque al inconsciente ateniéndose a un programa. Decimos simplemente, por ejemplo, que la situación parece mala, que el estado del sujeto no es del todo satisfactorio y que debemos considerar todo eso, junto al fenómeno vital que llamamos el inconsciente, y preguntarnos qué es lo que ambas cosas juntas podrían representar, o hacia dónde podrían encaminarse. Un punto de partida así, consciente, que contiene un mínimo de programación, corresponde al *point de départ* consciente del alquimista, de modo que el inconsciente responde de manera parecida, y por eso los escritos alquímicos son especialmente útiles para llegar a entender el material moderno.

Pregunta: En un volumen de Oppenheim, de material onírico antiguo, titulado *The Interpretation of Dreams in the Ancient Near East* [La interpretación de los sueños en el Oriente Próximo antiguo], uno tiene la sensación de que los antiguos intérpretes trabajaban también sobre una base colectiva. ¿Cree usted que es así?

M. L. von Franz: Sí, en la medida en que también ellos hacían una selección en los sueños, escogían aquello que se relacionaba con el material colectivo. Esto también es válido para Artemidoro. Yo no conozco más que un documento de la antigüedad en donde hay una serie de sueños que no ha sido seleccionada, y se encuentra en un texto proveniente del serapeo de Menfis. Un hombre llamado Ptolomeo (me parece que su artículo fue publicado por Ulric Wilcken) se metió en dificultades, creo que por deudas, por lo que debería haber ido a prisión, pero en cambio optó por convertirse en novicio —un *Katochos*— en el serapeo de Menfis, es decir el santuario de Serapis erigido en Menfis. De acuerdo con las normas, un *Katochos* debía anotar sus sueños, y tenemos el papiro de Ptolomeo —un papiro excepcional, en griego egipcio helenizado— donde constan sueños asombrosamente «modernos». Por ejemplo: «Me encontré con Fulano, y dijo…», y a ello siguen algunas trivialidades, y luego otra vez el nombre, y así sucesivamente, como sería típico de nuestros sueños. Es imposible interpretar un sueño así, porque no conocemos las asociaciones. En una serie de unos veintisiete sueños hay dos o tres en que aparece la diosa Isis, por ejemplo. Aunque podamos entender los sueños colectivos, en los que aparecen figuras colectivas, con los otros no podemos hacer nada porque no sabemos las asociaciones. Ptolomeo dice, por ejemplo, que se encontró con su sobrino, pero nadie sabe qué significaba para él ese sobrino.

Hay algo más que tuvo gran importancia para mí cuando descubrí este documento, a saber, que aquellas gentes soñaban exactamente igual que nosotros. Si uno lee los sueños de los babilonios, siente que ellos *no* soñaban como nosotros, porque en el material onírico de los babilonios los sueños se seleccionan para adaptarse a la interpretación tradicional. Por ejemplo, soñar con una cabra negra anuncia mala suerte. Centenares de otros sueños del mismo hombre que había tenido un sueño así pasan sin pena ni gloria, pero, como en la tradición colectiva una cabra negra que aparece en sueños significa mala suerte, aquel sueño se registró. Lo mismo sigue sucediendo hoy en nuestras comarcas campesinas, donde nadie presta atención alguna a los sueños ordinarios. Pero si alguien sueña con un ataúd, o con una boda o una serpiente, de eso se habla, y todos se preguntan si estará por morirse alguien de la familia; esto sólo es válido para los motivos tradicionales, y el resto del material onírico se desecha.

Pero los fragmentos de los sueños de Ptolomeo nos muestran algo completamente diferente de la bibliografía sobre sueños de la antigüedad, y uno se da cuenta de que la gente soñaba entonces como nosotros, aunque la bibliografía sobre sueños no relata más que los pocos sueños que concuerdan con sus teorías: si soñaste que la casa se incendiaba, entonces estás enamorado, cosas así. Siempre se puede ver cómo llegaban a sus interpretaciones, que no eran del todo malas, porque es bastante probable que alguien que está enamorado sueñe que se le quema la casa. Esos libros están organizados sobre experiencias promedio, pero todo el material onírico medieval, lo mismo que el de la antigüedad, se interpreta en el nivel de la realidad. O

sea que, si alguien va a morirse, soñarás con un visitante que va a recibir o perder dinero, y así en el mismo estilo. Un sueño no se toma jamás como una cosa o un proceso interior, sino que se lo proyecta siempre sobre el mundo exterior.

Incluso hoy, aquí en Suiza, la gente sencilla suele hablar de sus sueños, pero viéndolos sólo como pronósticos. Yo analizo a una mujer de la limpieza, y el otro día me llamó su hermano para preguntarme por qué estaba enloqueciendo más aún a su hermana analizándole los sueños, y para decirme que los sueños no son más que tonterías, como bien lo sabía él, que el invierno pasado había soñado tres veces con ataúdes, ¡y en la familia no se había muerto nadie! Este hombre sigue pensando a la manera clásica greco-egipcio-babilónica. Pero volvamos ahora a las tradiciones originales de los pequeños grupos primitivos, y supongamos que un hombre tiene sueños o visiones. Ante él se abren dos posibilidades: si conoce a alguien a quien se considera chamán o médico brujo, o a un sacerdote, lo consulta y acepta su interpretación, o, si no, puede mantenerse independiente y darse su propia interpretación, extraer sus conclusiones y elaborar un sistema completo.

Comentario: Entonces todo depende de la actitud y del entendimiento de quien tiene la autoridad y, en última instancia, de la cuestión de cuál es la autoridad que se ha de respetar más, si la del intérprete que señala la tradición o la de la persona que ha tenido el sueño o la experiencia.

M. L. von Franz: Sí, y en última instancia de la persona que tiene más *mana*, la que lleva la vida más espiritual y tiene mayor autoridad. Por ejemplo, a veces, incluso en esos países primitivos, la gente se guarda para sí sus experiencias y cultiva su propio sistema, pero si después fracasan en la vida los consideran tontos, de modo que el hombre que tiene la arrogancia bastante para querer quedarse solo corre el riesgo de que lo vean como a un poseído y un tonto, y no como a un gran médico brujo. Tiene que correr ese riesgo, y sólo la vida puede demostrar cuál es la verdad. Pero incluso en las tribus así se distingue quién es un tonto y está poseído, y quién un médico brujo.

Comentario: En términos cristianos se podría decir que un hombre así iba cargando con su cruz, pero que todo dependía del motivo.

M. L. von Franz: Sí, eso mismo. O, como sucede en la heresiología católica, alguien también puede tener una revelación individual de Dios, que lo lleva a apartarse del dogma de la Iglesia. Imaginemos que esta persona tiene una visión de Cristo y que Cristo le dice que es medio animal, o algo parecido, y que entonces el hombre anuncie que él sabe que Cristo no sólo se encarnó como hombre, sino también en el nivel de un animal. Si un hombre cree eso, la Inquisición que lo condena a la hoguera dice también que aún puede salvarse y aún puede tener razón. Hay que quemarlo, porque el credo ortodoxo debe ser defendido, pero la puerta permanece abierta; dicen que el hereje puede tener razón, pero que si quiere adherirse a su verdad personal debe aceptar que lo quemen por ella. No pretenden que haya perdido su alma, porque Dios bien puede aceptarlo en el Paraíso, pero su destino es

también morir quemado.

Una cosa así representa una especie de modestia espiritual, porque si bien lo condenan a la hoguera, no condenan su alma ni sostienen tampoco que no haya salvación para él. Un hombre así es lo bastante orgulloso (o solitario, o espiritualmente independiente) para confiar en sus propias creencias y en sus experiencias personales, y debe aceptar las consecuencias, pero la comunidad no lo aceptará en los círculos católicos. En otros círculos la actitud puede ser diferente. Según tuve noticias hace poco, también las enseñanzas del catolicismo moderno se han modificado ligeramente en un sentido. Un jesuíta le dijo a un amigo mío que a uno se le permite creer algo, como al hombre de la tribu a quien nos referimos antes, siempre que no le hable a nadie más del asunto, no lo convierta en doctrina y no intente convertir a otros a la misma creencia. Si simplemente te la guardas para ti, pero decides no rechazar tu visión interior, entonces la Iglesia Católica se tapará los ojos ante el problema.

Comentario: Creo que eso no sólo se aplica a la Iglesia Católica, sino a cualquier grupo de personas. Depende de si el individuo cree —o no— que puede hablar de su experiencia con su grupo.

M. L. von Franz: Sí, y por eso con frecuencia le digo a la gente de personalidad esquizoide que su locura no está en lo que ven o en lo que oyen, sino en que no saben a quién pueden decírselo. Si se lo guardaran para sí, todo iría bien. Tengo, por ejemplo, una paciente fronteriza, una mujer que se recorre todos los psiquiatras acusándolos de ser unos racionalistas idiotas que no creen en Dios, y les cuenta sus visiones. Creo que su único error está en decírselo a esa gente, porque eso es, simplemente, ser una inadaptada. Sus visiones como tales están perfectamente, y lo que la paciente piensa de ellas también, pero su sentimiento de extraversión es inferior, socialmente es una inadaptada. ¡No debería hablar de esas cosas con un psiquiatra racionalista que no hace más que preguntarse si no tendría que internarla!

Comentario: ¡No, porque su propia reputación también está en juego!

M. L. von Franz: Sí, por cierto. Sus colegas se burlarían de él si empezara a creer en las visiones de sus pacientes. Los colegas siempre se portan así, y hablan de contratransferencia y esas cosas. Es a tal punto una cuestión de ambición y prestigio y convención colectiva…, lo mismo que pasa con nosotros.

Hay otro aspecto del problema de la alquimia, y es por qué tiene tanta importancia para el hombre moderno. La alquimia es una ciencia natural que representa un intento de entender los fenómenos materiales de la naturaleza; es una mezcla de la física y la química de aquellos primeros tiempos, y corresponde a la actitud mental consciente de los que la estudiaron y se concentraron en el misterio de la naturaleza, y particularmente de los fenómenos materiales. Es también el comienzo de una ciencia empírica, pero en esa historia específica me adentraré después. El hombre moderno promedio, en especial el de los países anglosajones, pero también y cada vez más en todos los países europeos, está entrenado mentalmente en la

observación de los fenómenos de las ciencias naturales, en tanto que a las humanidades, como bien saben ustedes, se las desdeña cada día más. Ésta es una tendencia de la actualidad, en la cual se pone cada vez más el acento sobre el enfoque «científico». Si analizan ustedes a gentes modernas, se encuentran con que su visión de la realidad está muy influida por los conceptos básicos de la ciencia natural, y con que el material compensatorio o de conexión que provee el inconsciente también es similar. La analogía es superficial, porque la razón es mucho más profunda.

Si se pregunta uno por qué en nuestra *Weltanschauung* [visión del mundo] predominan hasta tal punto las ciencias naturales, se puede ver que esto es el resultado de una evolución prolongada y específica. Como quizá todos saben, vista desde el ángulo más específicamente europeo se considera que la ciencia natural se originó en el siglo VI a de C., hacia la época de la filosofía presocrática. Pero se trataba básicamente de una especulación filosófica sobre la naturaleza, porque había muy poca investigación experimental por parte de los primeros científicos de la naturaleza. Sería más correcto decir que lo que nació en aquel momento fue la ciencia natural en cuanto teoría o concepto general de la realidad. La ciencia natural, en el sentido de la experimentación que siempre ha llevado a cabo el hombre con los animales, las piedras, las plantas, la materia, el fuego y el agua, es mucho más amplia, y en tiempos pasados formó parte de las prácticas mágicas que se relacionan con todas las religiones y que se ocupan de aquellos materiales. Hay unas pocas excepciones. Por eso se podría decir que, en su visión de las realidades últimas de la vida, el hombre se siente abrumado por ideas y conceptos venidos de su propio interior, por símbolos e imágenes, pero se enfrenta también con los materiales externos. Esto explica por qué, en la mayoría de los rituales, hay algo concreto que representa el significado simbólico; por ejemplo, el tazón de agua que se pone en el centro para la adivinación, o algo de ese mismo género.

Por eso, a la materia y a los fenómenos materiales se los aborda de manera «mágica», y por lo tanto en las historias de la religión de diferentes pueblos hay símbolos religiosos que son personificaciones o representaciones de demonios, con aspectos personificados a medias, como hay también divinidades, esto es, factores de poder, que tienen un aspecto material. Todos ustedes conocen el concepto de *mana*, que incluso los investigadores no junguianos de la religión comparan con la electricidad. Si un australiano frota su *churinga*[2] para obtener más *mana*, sería con la idea de recargar su tótem, o su esencia vital, como quien recarga una pila.

El concepto mismo de *mana* soporta la proyección de una electricidad semimaterial y divina, de una energía o un poder divino. Así, los árboles alcanzados por el rayo representan el *mana*. Además, en la mayoría de los sistemas religiosos hay sustancias sagradas, como el agua y el fuego, o ciertas plantas, como también espíritus, demonios y dioses encarnados que están más personificados y que pueden hablar en visiones o aparecérsenos y conducirse de manera semihumana. En

ocasiones, el acento se pone más bien en la naturaleza despersonalizada de los símbolos de poder, y otras veces más bien en poderes personificados. En algunas religiones uno de los aspectos es más dominante, y en otras el otro. Por ejemplo, el sistema religioso cuya forma decadente se refleja en los poemas homéricos, en los cuales los dioses del Olimpo griego aparecen semipersonificados, con sus deficiencias humanas, constituye un ejemplo extremo de divinidades principalmente personificadas. Por otra parte, el extremo contrario de la oscilación pendular se encuentra en la filosofía natural griega, en donde súbitamente todo el énfasis se pone en símbolos tales como el agua, de la que se dice que es el principio del mundo, o en el fuego, como en Heráclito, todo lo cual es una revivificación de la idea del *mana* en un nivel superior.

En el cristianismo se observa una mezcla: a Dios Padre y a Dios Hijo, se los representa por lo general en el arte como seres humanos, y al Espíritu Santo, a veces, como un anciano con barba, lo cual es un estereotipo idéntico al de Dios Padre, pero frecuentemente como un animal, que es otra forma de personificación, o también puede ser representado por el fuego, el viento o el agua, o por el aliento [que circula] entre el Padre y el Hijo. De modo que el Espíritu Santo, hasta en la Biblia, tiene ciertas formas en que se lo describe como fenómenos naturales tales como el fuego, el agua o la respiración, o se lo equipara con ellos. Así, el cristianismo tiene una imagen de Dios que representa ambos aspectos. Pero en otras religiones hay o bien varios humanos o bien otros dioses, de modo que probablemente tengamos que plantearnos la hipótesis de que al inconsciente le gusta aparecer en sus manifestaciones últimas, arquetípicas, simbolizado a veces en los fenómenos naturales, y otras veces personificado. ¿Qué significa esto?



4. La imagen que da William Blake de Dios Padre como un anciano con barba, personificación típica del Sí mismo, el arquetipo de la totalidad y el centro de la personalidad.

La pregunta es muy difícil. ¿Por qué, por ejemplo, tiene alguien un concepto de Dios como un fuego invisible y divino que todo lo penetra, en tanto que otra persona se Lo imagina como algo semejante a un ser humano? Actualmente, la gente tiende a pensar que un niño pequeño, con ideas de jardín de infancia, se imaginará a Dios Padre con una barba blanca, pero que más adelante, adquirida ya una mayor información científica, se lo imaginaría más bien —si se lo imagina— como una potencia significativa en el cosmos o algo parecido. Pero entonces, ¡no hacemos más que proyectar nuestra propia situación científica! Hasta donde yo lo veo, no es verdad que aquellas manifestaciones o ideas personificadas de los dioses, o de la Divinidad, sean más infantiles.

Para poder responder a la cuestión nos veríamos forzados a estudiar con cuidado una cantidad de material onírico y a preguntarnos después, totalmente aparte de este problema religioso, qué quiere decir que un contenido arquetípico se manifieste como una bola de fuego y no como un ser humano. Supongamos que hay dos hombres, y que uno de ellos sueña con una bola de fuego que lo reconforta y lo ilumina, en tanto que al otro se le aparece en el sueño un maravilloso sabio anciano, y que para ambos la vivencia es igualmente avasalladora. De un modo superficial, se podría decir que ambas imágenes simbolizan el Sí mismo, es decir la totalidad, el centro, una forma más de manifestación de la imagen de Dios. ¿Cuál es la diferencia cuando la experiencia de un hombre es de luz, o de una bola de fuego, mientras que al otro se le aparece el sabio superhumano?

Respuesta: La anterior representaría el significado abstracto.

M. L. von Franz: Sí, una es más abstracta —*abstrabere*—, pero ¿es abstractus de qué?

Comentario: Estaría más alejado de lo humano.

M. L. von Franz: Sí, *per definitionem*, pero ¿cómo le respondería usted al analizando que le hiciera una pregunta así? Nunca podemos dar una respuesta absoluta, pero podemos decir algo sobre ello. Yo lo tomaría muy simplemente, le preguntaría al paciente, y trataría de animarlo a seguir. Con un anciano sabio se puede hablar, le puedes hacer preguntas o plantearle todos tus problemas humanos —si deberías divorciarte o gastar tu dinero de tal o cual manera— y se puede suponer que, puesto que se aparece en esa forma, debe saber algo del asunto, ¡aunque quizá responda que él está muy alejado de todas esas cosas! En todo caso, la sensación primaria, o la conjetura, o la actitud que suscita es que, con una figura así, uno puede relacionarse en un nivel humano. Pero no se puede hablar con una bola de fuego ni hacer contacto con ella, a no ser con algún recurso de la ciencia natural… Es posible quizás atraparla en un recipiente de cristal, u observarla para ver qué es lo que hace; ponerte de rodillas y adorarla, mantiéndote a distancia prudencial para que no te queme, o meterte dentro de ella y descubrir que es un fuego que no quema, pero que no es posible relacionarse con ella en forma humana.

Entonces, la manifestación en una forma humana vendría a demostrar la

posibilidad de una relación consciente, en tanto que una forma inhumana, o la de un poder natural, no es más que un fenómeno, y sólo es posible relacionarse con ella en su condición de tal. Evidentemente, sea lo que fuere lo Divino, tiene las dos vertientes, y así lo han mantenido la mayor parte de las teologías. ¿Qué es un dios con quien no podemos relacionarnos? Si no podemos decirle nada de nuestra alma humana, ¿de qué nos sirve? Por otra parte, ¿qué es un dios que no es más que una especie de ser humano, y que no va más allá de eso? También él parece ser el Otro completamente misterioso, con el cual no podemos relacionarnos, de la misma manera que no podemos relacionarnos con los fenómenos misteriosos de la naturaleza. Por lo tanto, es probable que siempre hayan existido los dos aspectos de este centro íntimo y final de la psique: uno de ellos completamente trascendente, que se manifiesta en algo tan remoto como el fuego o el agua, y otro que a veces se manifiesta en forma humana, lo cual significaría que se aproxima a una forma con la cual podríamos relacionarnos.

Si alguien sueña con la Divinidad en figura humana, habrá entonces un gran caudal de experiencia emocional e intuitiva de su carácter y de su proximidad. San Nicolás tuvo un sueño o una visión de Cristo que se le aparecía como un *Berserk*[3] y luego, en la misma visión, el *Berserk* decía al pueblo la verdad sobre sí mismos; como era capaz de ver dentro de ellos lo que realmente eran, la gente le huía. Él sabía al momento lo que querían preguntarle y, con frecuencia, simplemente les daba la respuesta sin interrogarlos siquiera. Por consiguiente, es obvio que san Nicolás tenía la misma cualidad que tenía Cristo en su visión, lo que sería un ejemplo de algo perteneciente al inconsciente arquetípico y que penetra en el ser humano. Si alguien sueña con un arquetipo en forma humana, eso significa que el soñante podría, en alguna medida, encarnar el arquetipo. Éste podría manifestarse en el soñante y expresarse por su mediación; en esto consiste la idea del Cristo interior. Si alguien sueña con el anciano sabio, puede suceder que se encuentre en una situación imposible en la cual le formulan una pregunta imposible, pero súbitamente ¡se le ocurre una respuesta perfecta! Si la persona es sincera, se siente obligada a admitir después que no era ella quien hablaba. «Eso» habló por mediación suya, pero ella no podía pretender que se le hubiera ocurrido semejante idea. Eso sería la manifestación en la persona del anciano sabio, de alguien o algo que no es idéntico al yo, pero que es una ayuda en una situación difícil.

Pregunta: ¿Por qué usted niega necesariamente la identificación con el yo?

M. L. von Franz: Porque, si usted se identifica, ha caído en una inflación. Con esto se debe ser sincero. Si usted ha hecho un esfuerzo mental, puede decir que la idea fue suya, pero a mí me ha sucedido a veces que he dicho algo y después la gente lo ha repetido, diciendo que con aquello yo les había salvado la vida. Si yo soy sincera, respondo que no me había dado cuenta de lo que estaba diciendo, sino que dije lo que se me ocurrió, y que aquello resultó tener mucha más sabiduría que cualquier cosa que yo pudiera haber pensado. Pero incluso si uno ha hecho el

esfuerzo y tiene la sensación subjetiva de que lo pensó, de hecho aquello provino del inconsciente, porque sin la cooperación de éste no se puede producir nada. Incluso si uno dice que a las doce debe acordarse de hacer tal cosa, si el inconsciente no coopera, se le olvidará.

Por supuesto cualquier clase de visión mental interior proviene del inconsciente, pero este postulado es exagerado, porque hay veces en que uno tiene la sensación de haber resuelto algo por su propio esfuerzo, en tanto que en otra ocasión la idea simplemente se le ocurre, sin esfuerzo consciente de su parte. Es menester ser sencillo y sincero, no dejarse ganar por la inflación ni reclamar para sí mismo esas buenas ideas; quien hablaba —si es que así lo confirman los sueños— era el anciano sabio, o la despierta viejecita, o la Divinidad. Si alguien sueña con el anciano sabio y tiene una experiencia de éstas, ésa es la demostración empírica. La bola de fuego no ofrecerá la misma experiencia, aunque en cierto sentido será aún más maravillosa, porque la persona se verá mucho más afectada emocionalmente; estará abrumada, paralizada por el misterio, por la total alteridad de lo Divino.

Una experiencia de lo Divino suele ser algo de un poder abrumador que trasciende nuestra comprensión, que es peligroso, pero a lo cual hay que adaptarse, como hay que adaptarse a ciertas manifestaciones de la naturaleza, como la erupción de un volcán. El espectáculo es hermosísimo, pero no hay que acercarse demasiado, y es imposible relacionarse con él. Lo único que se puede hacer es mirarlo, pero es algo que jamás se olvidará. Emocionalmente, tiene un efecto sobre uno, pero para describirlo haría falta un poeta. Eso correspondería a las manifestaciones del arquetipo como fenómeno natural. La naturaleza tiene, en la experiencia del ser humano, un aspecto numinoso y divino que explica por qué la imagen de Dios tiene ambos aspectos. En la mayoría de las religiones hay personificaciones de Dios en ambas formas.

En la historia de la evolución de la mente europea se ha manifestado, desde la época de los griegos, una forma extraña de oposición y de *enantiodromia*.[4] En la religión homérica, el aspecto personificado estaba exagerado. En la filosofía natural de los presocráticos se exageraba el aspecto natural. En tanto que en el estoicismo se puso más énfasis en el aspecto natural, en la primera época del cristianismo hubo un retorno a un aspecto más personificado, pero a partir de los siglos XV y XVI se volvió a poner énfasis en el aspecto de la naturaleza. Parece como si en la evolución de la mentalidad europea se iniciara un cierto movimiento de equilibrio de los opuestos, es decir de la diferencia o contraste entre ciencia y religión, que llegó luego a convertirse en el gran seudoproblema de la modernidad posterior: el dilema de ciencia o religión.

Me refiero a él en forma arbitraria y ridiculizándolo como seudoproblema porque originariamente no era problema alguno, y de hecho no existe más que una sola cosa: la búsqueda de la verdad esencial. Si volvemos a aquella cuestión y decimos que lo que interesa es la verdad, y no en cuál de las facultades universitarias se la ha de

hallar, entonces el problema se desinfla. Algunas personas se quedan atrapadas en la proyección de las representaciones arquetípicas del poder de la naturaleza, y otras en los poderes personificados, y los dos grupos se pelean. Entre ustedes puede haber alguien que lo objete y me pregunte cómo es que también los científicos de la naturaleza pueden caer en la trampa de las proyecciones. Para un analista, esto es evidente, pero quiero explicarlo brevemente para aquellos que quizá no se hayan dedicado mucho a pensar en estas cosas.

Si leen ustedes la historia de la evolución de la química, y en particular de la física, verán que incluso estas ciencias naturales tan exactas no podían, ni pueden todavía, dejar de basar su sistema de pensamiento sobre ciertas hipótesis. En la física clásica, hasta finales del siglo XVIII, una de las hipótesis de trabajo, a la que se había llegado ya sea en forma inconsciente o semiconsciente, era que el espacio tenía tres dimensiones, una idea que jamás fue cuestionada. El hecho se aceptó siempre, y los dibujos en perspectiva de hechos, diagramas o experimentos físicos estaban siempre de acuerdo con aquella teoría. Sólo cuando se la abandona se pregunta uno cómo es que se pudo creer jamás semejante cosa. ¿Cómo se llegó a una idea así? ¿Por qué estábamos tan atrapados por ella que jamás nadie dudó, ni siquiera cuestionó, aquella afirmación? Se la aceptaba como un hecho evidente, pero ¿qué base tenía? Johannes Kepler, uno de los padres de la física moderna o clásica, decía que naturalmente el espacio debía tener tres dimensiones, ¡porque eran tres las personas de la Trinidad! De modo que nuestra propensión a creer en la tridimensionalidad del espacio es un brote más reciente de la idea trinitaria cristiana.

Además, hasta ahora la mentalidad científica europea ha estado poseída por la idea de la causalidad, aceptada también sin cuestionarla: todo era causal, y la actitud científica consistía en afirmar que las investigaciones debían hacerse teniendo presente esta premisa, porque para todo debía haber una causa racional. Si algo parecía irracional, se creía que su causa era aún desconocida. ¿Por qué estábamos tan dominados por aquella idea? Uno de los grandes padres de las ciencias naturales, y gran protagonista del carácter absoluto de la idea de causalidad, fue Descartes, el filósofo francés cuya creencia se basaba en *la inmutabilidad de Dios*. La doctrina de la inmutabilidad de Dios es uno de los dogmas del cristianismo: la Divinidad no cambia, en Dios no debe haber contradicciones internas ni ideas o concepciones nuevas. ¡Ésa es la base de la idea de causalidad! De la época de Descartes en adelante, esto les parecía a todos los físicos tan evidente que nadie lo cuestionó. La ciencia no tenía otra misión que investigar las causas, y todavía lo seguimos creyendo. Si algo se cae, hay que encontrar el por qué: lo debe de haber derribado el viento o algo así, y estoy segura de que si no se descubre ninguna razón, la mitad de ustedes dirán que todavía no sabemos la causa, ¡pero claro que tiene que haber una! Nuestros prejuicios arquetípicos son tan fuertes que no es posible defenderse de ellos: nos atrapan, sin más ni más.

El profesor Wolfgang Pauli, físico [y premio Nobel], demostraba con frecuencia

hasta qué punto las ciencias físicas modernas están en cierta medida arraigadas en las ideas arquetípicas. Por ejemplo, la idea de causalidad tal como la formuló Descartes es responsable de enormes progresos en la investigación de la luz y de los fenómenos biológicos, pero aquello mismo que promueve el conocimiento se convierte en su prisión. Generalmente, los grandes descubrimientos en las ciencias naturales se deben a la aparición de un paradigma arquetípico mediante el cual se puede describir la realidad; esta aparición suele preceder a los grandes avances, porque ahora hay un modelo nuevo que permite una explicación mucho más completa de lo que hasta el momento era posible.

La ciencia ha progresado, pues, pero todavía cualquier modelo se sigue convirtiendo en una jaula, porque si uno tropieza con fenómenos difíciles de explicar, en vez de adaptarse y decir que no se corresponden con el modelo y que es menester hallar otra hipótesis, se adhiere con una especie de convicción emocional a las que ya tiene, y no puede ser objetivo. ¿Por qué no habría de haber más de tres dimensiones, por qué no lo investigamos a ver dónde nos conduce? Pero eso era algo que la gente no podía hacer.

Recuerdo un ejemplo muy bueno que dio uno de los discípulos de Pauli. Ustedes saben que la teoría del éter desempeñó un importante papel en los siglos XVII y XVIII. Esta teoría afirmaba que en el cosmos había una especie de *pneuma*, semejante al aire, en el cual existía la luz, etcétera. Un día, cuando en un congreso un físico demostró que la teoría del éter era del todo innecesaria, se puso de pie un anciano de barba blanca, que con voz temblorosa declaró: «Si el éter no existe, ¡entonces todo desaparece!». Inconscientemente, aquel anciano había proyectado en el éter su idea de Dios. El éter era su dios, y si no lo tenía no le quedaba nada. Aquel hombre tenía la ingenuidad suficiente para hablar de sus ideas, pero todos los científicos de la naturaleza tienen modelos últimos de la realidad, en los que creen como en el Espíritu Santo.

Como es cuestión de creencia y no de ciencia, es algo que no puede ser sometido a discusión, y la gente se irrita y se pone fanática si se les presenta un hecho que no se adecua al marco referencial. Son capaces de decir que todo el experimento es falso y que se deben presentar fotografías, y es prácticamente imposible conseguir que acepten el hecho. Conocí a un físico cuyos sueños apuntaban a un descubrimiento nuevo, todavía por hacer, y al que él mismo no había llegado aún, pero que estaba en el aire, por así decirlo. A partir de los sueños llegamos a la conclusión de que debía abandonar su creencia en una relación simétrica entre los fenómenos materiales. ¡El físico dijo que una idea así lo volvería loco! Pero unos tres meses después, se publicaron resultados experimentales que demostraban con exactitud que lo que él había soñado era correcto, y que tendría que renunciar a sus antiguas ideas sobre el orden cósmico.

Es decir que el arquetipo es el promotor de ideas, y es también el causante de las restricciones emocionales que impiden que se renuncie a teorías anteriores. En

realidad, no es más que un detalle o aspecto específico de lo que sucede continuamente en la vida, porque no podríamos reconocer nada sin proyección, pero ésta es también el principal obstáculo que se opone a que alcancemos la verdad. Si uno se encuentra con una desconocida, no es posible establecer contacto sin proyectar algo; uno debe plantearse una hipótesis, cosa que por cierto se hace en forma totalmente inconsciente: la mujer es mayor, y probablemente una especie de figura materna, es un ser humano normal, etcétera. A partir de esas suposiciones se establece el puente. Cuando uno conozca mejor a la persona, habrá que descartar muchas de las primeras suposiciones y admitir que nuestras conclusiones eran incorrectas. A menos que esto se haga, el contacto se trabará.

Al principio uno tiene que proyectar, o si no no hay contacto, pero después hay que ser capaz de corregir la proyección, y lo mismo vale no sólo para los seres humanos, sino para todo lo demás. Es necesario que el aparato de proyección funcione en nosotros, porque sin el factor de proyección inconsciente ni siquiera se puede ver nada. Por eso, de acuerdo con la filosofía india, la totalidad de la realidad es una proyección, y hablando subjetivamente lo es. Para nosotros, la realidad existe solamente cuando hacemos proyecciones sobre ella.

Pregunta: ¿Es posible relacionarse sin proyección?

M. L. von Franz: No lo creo. Filosóficamente hablando, no es posible relacionarse sin proyección, pero hay un *status* del sentimiento subjetivo en virtud del cual uno a veces siente que su proyección «calza» y no hay necesidad de cambiarla, y otro *status* en el que se siente incómodo y piensa que habría que corregir la situación. Pero ninguna proyección se corrige nunca sin esa sensación de incomodidad.

Supongamos que llevamos dentro un mentiroso inconsciente y nos encontramos con alguien que miente como un chino. La única forma de reconocer al mentiroso en el otro es serlo nosotros mismos, porque de otra manera no nos daríamos cuenta de que él miente. Sólo es posible reconocer una cualidad en otra persona si uno tiene la misma cualidad y conoce la sensación que se experimenta al mentir, y por eso uno reconoce la misma cosa en otra persona. Como el otro es realmente un mentiroso, hemos hecho una evaluación acertada; ¿por qué, pues, habríamos de decir que es una proyección que debe ser retirada? Constituye una base para la relación, porque uno piensa para sus adentros: si X es un mentiroso, no debo creer del todo nada que él me diga, sino cuestionarlo. Es algo muy razonable, bien adaptado y correcto. Sería un grave error pensar que no es más que una proyección de uno, y que deberíamos dar crédito a la otra persona; hacerlo así sería una tontería. Pero si se lo encara filosóficamente, ¿es una proyección o el enunciado de un hecho? Filosóficamente no se puede llegar a una conclusión, sólo se puede decir que subjetivamente parece correcto. Por eso Jung dice —y éste es un punto delicado, que rara vez se entiende cuando la gente piensa en la proyección— que sólo podemos hablar de proyección, en el sentido propio de la palabra, cuando ya existe cierta incomodidad, cuando la identidad del que siente está perturbada; es decir, cuando tengo una sensación de

inquietud respecto de si lo que he dicho de x es o no es verdad. Mientras eso no ha sucedido en forma autónoma dentro de mí, no hay proyección.

La misma idea se aplica a las ciencias naturales. Por ejemplo, la teoría de que la materia consiste en partículas se basa en la proyección de una imagen arquetípica, porque una partícula es una imagen arquetípica. La energía también es una imagen arquetípica, un concepto intuitivo con un trasfondo arquetípico. No es posible investigar la materia sin hipótesis como éstas, es decir, que hay algo que es la energía, algo que es la materia y algo que son las partículas.

Pero puedo encontrarme con fenómenos que me dan una sensación de inquietud. Por ejemplo, hay fenómenos en los que no puedo hablar de que este electrón, o este mesón, esté en un momento dado en un lugar definido, aunque, si existe algo a lo que quepa llamar partícula, debe estar en cierto lugar en un momento dado, porque esto parece, de hecho, arquetípicamente evidente. Pero ahora los experimentos modernos demuestran que esta teoría es insostenible, que no se puede determinar dónde están ciertos electrones en un momento dado, de manera que nos vemos confrontados con un hecho que pone en cuestión la totalidad de nuestra idea de lo que es una partícula. Ahora estamos incómodos, y podríamos reconocer que al hablar de partículas, en parte, proyectamos, y que es una proyección lo que estorba nuestra percepción de la realidad. Pero antes de que surja la inquietud —debida al hecho de que nuestra proyección no cuadra, de que en ciertos experimentos la partícula no se conduce como uno esperaría—, no dudaríamos de nuestro concepto.

Así pues en la ciencia natural, lo mismo que en los contactos interpersonales, se da el mismo problema de la proyección; hasta las formas más científicas, más modernas y más exactas de las ciencias naturales de hoy se basan, todas, en proyecciones. En la ciencia, el progreso es el reemplazo de una proyección primitiva por otra más precisa, de modo que se puede decir que la ciencia se ocupa de la proyección de modelos de la realidad a los cuales los fenómenos puedan adecuarse más o menos bien. Si los fenómenos parecen coincidir con mi modelo, perfecto, pero si no, tengo que revisar mi modelo. Cómo se liga todo esto es un gran problema.

Ya saben ustedes que entre Max Planck y Einstein hubo una famosa discusión, en la que Einstein sostenía que, en el papel, la mente humana era capaz de inventar modelos matemáticos de la realidad. Al decirlo generalizaba su propia experiencia, porque eso es lo que él hacía. Einstein concebía sus teorías en forma más o menos completa sobre el papel, y después la evolución experimental de la física demostraba que sus modelos explicaban muy bien los fenómenos. Por eso Einstein dice que el hecho de que un modelo construido por la mente humana en una situación de introversión concuerde con los hechos externos es un milagro y debe ser tomado como tal. Planck no está de acuerdo; él piensa que concebimos un modelo que verificamos mediante experimentos, tras lo cual revisamos el modelo, de modo que hay una especie de fricción dialéctica entre el experimento y el modelo, por obra de la cual llegamos lentamente a un hecho explicativo compuesto por ambos. ¡Platón-

Aristóteles en una forma nueva! Pero ambos se han olvidado de algo: del inconsciente. Sabemos algo más que aquellos dos hombres; a saber, que cuando Einstein hace un nuevo modelo de la realidad cuenta con la ayuda de su inconsciente, sin el cual no habría llegado a sus teorías.



5. La liberación del *spiritus* de la prima materia calentada: una imagen proyectada de lo que sucede psicológicamente en la asimilación consciente de contenidos inconscientes activados.

Pero, ¿qué papel *desempeña* el inconsciente? Parecería que produce modelos a los cuales se puede llegar directamente desde adentro, sin mirar a los hechos externos, y que después dan la impresión de coincidir con la realidad externa. ¿Se trata de un milagro o no? Hay dos explicaciones posibles: o bien el inconsciente tiene conocimiento de otras realidades, o lo que llamamos el inconsciente es parte de la misma cosa que la realidad externa, porque no sabemos de qué manera se vincula el inconsciente con la materia. Si una idea maravillosa, tal como la forma de explicar la gravitación, surge de dentro de mí, ¿puedo decir que el inconsciente inmaterial me está dando una idea maravillosa sobre la realidad material, o debo decir que el inconsciente me da una idea tan maravillosa de la realidad externa porque él mismo está vinculado con la materia, es un fenómeno de la materia, y la materia conoce también a la materia?

Aquí llegamos a un callejón sin salida respecto de la forma de proseguir, y tenemos que dejar la cuestión abierta y decir que la gran incógnita es que no sabemos cómo seguir. Podemos formular dos hipótesis. El doctor Jung se inclina a pensar —aunque nunca ha formulado su pensamiento, o sólo lo ha hecho hipotéticamente, porque no podemos hacer más que hipótesis o conjeturas— que es probable que el inconsciente tenga un aspecto material, y que sería por eso que sabe cosas sobre la materia, porque —por así decirlo— es materia que se conoce a sí misma. Si así fuera, habría entonces un fenómeno de conciencia, oscuro o tenue, incluso en la materia inorgánica.

Aquí entramos en contacto con grandes misterios, pero hablo de ellos porque es demasiado mezquino decir que el viejo alquimista, es decir, el científico natural de la

antigüedad medieval, proyectaba en la materia imágenes inconscientes, y que actualmente nosotros lo tenemos todo muy claro y sabemos lo que es el inconsciente, pero que aquella pobre gente no los distinguía, ¡lo que explica que fueran tan atrasados y que fantasearan de una manera tan poco científica! El problema psique-materia todavía no está resuelto, y precisamente por eso no está resuelto todavía el enigma básico de la alquimia. Tampoco nosotros hemos hallado respuesta a la cuestión que ellos se planteaban. Podemos tener proyecciones referentes a muchas cosas, tal como ellos las tenían de la materia, pero preferimos calificar a aquéllas de proyecciones ingenuas del inconsciente, porque nosotros ya hemos dejado atrás esos modelos. Aún podemos reconocerlos como fenómenos del inconsciente, o como materia de sueños, pero ya no les reconocemos carácter científico. Por ejemplo, si alguien dice que el plomo contiene un demonio, podemos decir que proyecta sobre el plomo la sombra y las cualidades demoníacas del hombre, pero ya no podemos pretender que el plomo contiene un demonio porque hemos dejado atrás aquella proyección y llegado a una conclusión diferente respecto de por qué y cómo nos hace daño el plomo.



6. Un alquimista y su ayudante de rodillas al horno, rogando la bendición de Dios.

Básicamente, sin embargo, la alquimia sigue siendo para nosotros un problema abierto, y por eso al tocarlo, Jung sintió que estaba tocando algo que lo llevaría más lejos, y que aún no sabía hasta dónde. Creo que también es en parte por eso que la gente tiene tal resistencia a la alquimia, porque nos confronta con algo que todavía no podemos entender. Pero está bien que así sea, porque lo devuelve a uno a sí mismo, y a la modesta actitud de tener que describir los fenómenos de acuerdo con nuestro conocimiento actual.

En la próxima conferencia empezaremos con el primer texto griego.

Segunda conferencia
LA ALQUIMIA GRIEGA

La vez anterior intenté darles un breve boceto de la importancia del simbolismo alquímico: en primer lugar, contiene una colección de símbolos arquetípicos con un mínimo de personificación, y, además, hay gran cantidad de material simbólico proveniente de imágenes almacenadas en el inconsciente.

Para el hombre, estas imágenes del agua, el fuego y el metal son, simbólicamente, tan importantes como cualquier otra personificación del inconsciente. Además, aquí la psique inconsciente y la materia aún no están separadas; la religión, la magia y las ciencias naturales no se han dividido todavía. Estamos confrontados con la situación originaria, en la que no se han diferenciado todavía las facultades y categorías por mediación de las cuales observamos la naturaleza interna y la externa. El hombre como totalidad mira la naturaleza como totalidad y elabora ciertas hipótesis de trabajo en la búsqueda de la verdad.

Recordarán ustedes que al terminar mi primera conferencia señalé que ahora, tras haber dejado atrás las primeras etapas de la ciencia natural, podemos reconocer como proyecciones del inconsciente mucho de lo que antes se dijo sobre los diferentes materiales y procesos en la materia, por más que sobre ciertas afirmaciones no se haya llegado a conclusiones definidas. Por ejemplo, en un documento medieval atribuido a Alberto Magno hay una teoría sobre el agua pesada que parece una anticipación completamente intuitiva del agua pesada que hoy conocemos. Por consiguiente, ese simbolismo contiene también vagas intuiciones que se anticiparon a los descubrimientos de una evolución posterior de la ciencia, aunque todavía no sabemos qué era lo que anticipaban, porque no sabemos qué otros descubrimientos harán los científicos de la naturaleza.

En última instancia, y como ya dije, la cuestión de si el inconsciente está de alguna manera conectado con la materia, y de qué manera, no está todavía zanjada. No queremos caer en la conjetura, y por eso nos abstenemos de enunciado alguno; apenas si planteamos la hipótesis de que hay una psique que se manifiesta en los sueños y de modos psicológicos involuntarios que podemos estudiar, tal como los físicos dicen que hay algo así como la materia o la energía, y eso es lo que estudian. Pero estamos ya empezando a ver que ciertos resultados son tan similares que es como si estuviéramos perforando túneles desde ambos lados hacia el centro de la misma montaña. Aunque en realidad todavía no nos hemos encontrado, parece como si estuviéramos avanzando hacia el mismo objetivo y que hubiera, por lo tanto, la posibilidad de encontrarnos un día.

Recordarán que insistí también en el punto, quizás el más importante, de que al observar y experimentar sus símbolos, y en sus descripciones escritas, los alquimistas trabajaban sin ningún programa religioso o científico consciente, de modo que sus

conclusiones son impresiones espontáneas y no corregidas del inconsciente, con muy poca interferencia consciente, a diferencia de otros materiales simbólicos que siempre habían sido revisados. Por eso es muy gratificante descubrir que en este material espontáneo hay afinidad con ciertos productos del inconsciente de gentes modernas que, con una especie de actitud científica natural, un mínimo de prejuicios y una actitud de recogimiento interior, observan lo que sucede sin apresurarse a extraer conclusiones teóricas, con resultados que, sin embargo, son muy similares. El abordaje no programado, por así decirlo, es común a la alquimia y a la psicología analítica.

Esta vez quiero atender a uno de los textos más antiguos que se conocen, en que la profetisa Isis se dirige a su hijo Horus, y en el cual el emblema de la luna creciente aparece después del título. Pero primero debemos considerar cómo es que hemos llegado a estar en posesión de textos así.



7. Ouroboros del *Codex Marcianus*, símbolo del trabajo como proceso circular y contenido en sí mismo.

Como ustedes saben, los productos de la antigüedad desaparecieron en la Edad Media y posteriormente fueron redescubiertos. Primero, las ciencias críticas los organizaron en grandes tomos. Por ejemplo, los científicos de la antigüedad tardía recopilaron la historia de la filosofía y de la filología en volúmenes como los que llamaríamos hoy enciclopedias, o libros de escuela, que dan resúmenes: Platón dice…, Aristóteles dice…, los estoicos dicen… y así sucesivamente. Lamentablemente, si se los compara con el espíritu crítico de los científicos modernos, aquellos hombres eran bastante imprecisos. Por eso sus teorías fueron

planteadas con cierto desaliño, haciendo que la totalidad del trabajo se asemeje a una corriente de agua fangosa. Los escritos más antiguos y los más recientes se confunden con los comentarios, que han sido copiados y vueltos a copiar, dispuestos de otra manera y abreviados, y así siguiendo… y de todo esto hemos sido los herederos. En la Edad Media, sin crítica alguna, se hizo una selección de estos textos, y de ella se volvieron a hacer citas.

Parecido destino corrió la química. En el siglo V, por ejemplo, Olimpiodoro recopiló en un volumen una colección de los dichos más antiguos. Tenemos muchas obras diferentes de este tipo, y también producciones separadas. Todas ellas fueron reunidas en Venecia, en un enorme volumen manuscrito en griego, que recibió el nombre de *Codex Marcianus*, porque «la Marciana» era la biblioteca de Venecia. En este *Codex Marcianus* se encuentra recopilado en su totalidad el conglomerado de dichos antiguos y más recientes, el material griego y otros, que fueron publicados más o menos tal como están por el famoso M. Berthelot, quien publicó el volumen sin mucha evaluación crítica y, en colaboración con un tal M. Ruelle, le añadió una traducción francesa bastante superficial, para que finalmente se lo pudiera imprimir e iniciar su estudio. Desde entonces se han reunido más versiones y más manuscritos, pero éste sigue siendo la edición básica y el texto básico principal.

Las decisiones referentes a quién era quién, quién escribió qué, y a la edad de los diferentes escritos no pasan de ser conjeturas, porque algunos hablan del siglo I y otros del siglo III —es decir que sus estimaciones difieren en trescientos años— y en esta mezcla de tradiciones es muy poco el orden que se ha establecido. Como pasa con todas las ciencias naturales, lo primero fueron tradiciones griegas directas provenientes de Constantinopla. Otra corriente de la tradición científica provenía de Oriente y regresó a Europa por la vía de España, el sur de Francia y Sicilia; esta corriente se produjo a partir del siglo X, cuando las Cruzadas conectaron a Europa con Oriente.

La historia de la química es completamente idéntica a la de las matemáticas y la astrología, y a otras ramas como la geometría: parte fue al Imperio bizantino, por la vía de Constantinopla, y el resto a Oriente, y regresó a Europa por mediación de los árabes. Los árabes, en general, eran traductores muy fieles y añadían muy poco; simplemente, traducían del griego al árabe. También fueron famosos muchos traductores sirios. Parte de las tradiciones fueron también a Persia, y en el Oriente hubo ciertos centros que traducían los textos. Tenemos textos en griego y en árabe, y en latín tardío. Allí donde el texto griego se ha perdido, tenemos el árabe, pero de los nombres y de otros detalles se puede concluir que el original era griego. Después, en estos centros árabes y musulmanes estuvieron las diferentes sectas que cultivaron estas tradiciones; por ejemplo los chiítas, secta persa formada en el año 644 en oposición a los sunnitas o musulmanes ortodoxos; y los drusos, un pueblo sirio, mitad cristiano y mitad mahometano, cuyo lenguaje era puramente árabe. Ya en estos centros islámicos unos pocos árabes reconocieron que el simbolismo alquímico

contenía un simbolismo religioso y lo vivenciaron como más religioso que químico, agregándole elementos de su propia experiencia. Sin embargo, por lo común se limitaban a traducir.

Uno de los hispanoárabes más famosos es al-Razi, en latín *Rasis*, que cultivó las ciencias en su vertiente química. Fue él quien introdujo en la química la necesidad de pesar las sustancias. Antes se decía simplemente: «Pon un poquito de azufre y un poquito de plomo», y ya está. Para al-Razi, el «poquito» era muy importante, y estableció que se debían tomar tantas o cuantas partes, u onzas, para el caso, de modo que a él se le debe el gran logro de establecer pesas y medidas exactas, lo que significó para las ciencias naturales un gran paso adelante en cuanto a la precisión. En este aspecto se le debe mucho, pero no así en la dimensión simbólica, ya que al-Razi fue puramente un técnico.

Su homólogo en el mundo árabe sería Muhammad ibn Umail, que en los textos latinos figura como *Senior*. Lo llamaban el Jeque, y en el texto latino esto fue traducido como *Senior*, «el Viejo», lo que sería la traducción correcta, de modo que en la tradición latina siguió siendo *Senior* y sólo más tarde se vino a descubrir que el tal *Senior* era Muhammad ibn Umail. En Hyderabad se han encontrado casi un centenar de escritos de este importante místico, que todavía no están publicados. Aunque es un material sumamente prometedor, es tan poca la gente que se interesa por la alquimia que nadie se preocupa por traducirlo ni publicarlo. ¡Es decir que hay minas de oro, y nadie que las trabaje!

Algunas de estas personas hicieron sus propios añadidos y después, como ya dije, se produjo un retorno por mediación de las Cruzadas. Uno de los puentes intelectuales con Europa se dio por la vía de los templarios, que llegaron a tener una estrecha relación con los drusos, una secta más mística y pagana dentro del mundo islámico, que eran súbditos del «Viejo de la montaña», el Imán, o jefe de la secta. Tenían una jerarquía iniciática, y los templarios se interesaron por el simbolismo de su doctrina. Los drusos tuvieron estrecho contacto, probablemente en Jerusalén, con algunos miembros superiores de la orden de los templarios y con sus prácticas supuestamente paganas, por lo que posteriormente fueron perseguidos. Los drusos se contagiaron de estas fuentes, como también de las inclinaciones paganas de Federico II, el Stauffer, en cuya corte siciliana había —para gran irritación del Papa — astrólogos, matemáticos y profetas judíos e islámicos.

De esta manera, como también a través de la famosa isla de Rodas, donde los Caballeros de San Juan llegaron a conectarse con el Oriente y con lugares como España y el sur de Francia, llegaron estos escritos a ser traducidos, entre otros, por los judíos. Traducidos los textos al latín, se inició el gran influjo de esta tradición científico-natural en Europa. La Iglesia, representada principalmente por Alberto Magno, santo Tomás de Aquino y algunos otros, intentó eliminar la doble tradición de Iglesia y ciencia natural, y asimilar e integrar la totalidad en la doctrina de la Iglesia, pero el intento no tuvo éxito más que parcialmente.

Valga esto como breve resumen de la situación histórica y del material que nos interesa.

Dije que les daría a ustedes tres horas sobre alquimia griega antigua, tres sobre la alquimia árabe y tres sobre los textos latinos medievales. Empezaremos con el antiguo texto griego que se encuentra en el *Codex Marcianus* y que pertenece probablemente a lo que llamamos los escritos más antiguos. Se titula *La profetisa Isis y su hijo*, y aunque el título no lo dice, sabemos que el hijo es Horus. Debajo del título está el signo de la luna creciente, pero nadie sabe lo que significa. Les daré el material sin agregar nada para que ustedes puedan recibirlo directamente, sin influencia de nada que se haya dicho después sobre ello. Es probable que el documento se remonte al primer siglo de nuestra era; ésta es la opinión común de los estudiosos, pero también podría ser más antiguo. Si leen ustedes lo que se ha escrito sobre estos libros sabrán que lo más probable es que hayan sido escritos en tal y cual siglo, pero que sin duda se basaban en textos más antiguos, lo que implica cierta incertidumbre, de manera que digamos que fue la época helenística. Por si alguno de ustedes tiene el texto original, quiero decir que no uso el francés sino mi propia traducción.

Recordarán la famosa batalla en que Seth dejó ciego a Horus, y en que a su vez Horus le cortó los testículos, y saben que después ambos fueron curados por Thot, el dios lunar, y que incluso cooperaron en la resurrección de su padre, Osiris. Recordarán también la famosa batalla de Horus, el dios solar que restableció el orden, contra Seth, el Ardiente (así llamado porque representaba la pasión caótica, la destrucción, la brutalidad y cosas semejantes), que era el enemigo y asesino de Osiris. Isis comienza:



8. Isis amamantando a Horus.

Oh, hijo mío, cuando deseabas irte a combatir al traicionero Tifón [Seth] por todo el reino de tu padre [el reino de Osiris] yo me fui a pasar un tiempo en Hormanouthi, es decir Hermópolis, la ciudad de Hermes, la ciudad de la técnica sagrada de Egipto, y allí me quedé algún tiempo.

Después de las palabras «la ciudad de Hermes» hay una pequeña observación marginal escrita con la misma letra del original, que dice: «Esto lo dice en sentido místico», es decir, que el nombre de la ciudad deber ser entendido en sentido místico. «La técnica sagrada» —*hiera techne*— se refiere a la alquimia.

Después de cierto transcurso del *kairoi*, y del necesario movimiento de la esfera celeste sucedió que uno de los ángeles que moraban en el primer firmamento me vio desde arriba y vino hacia mí deseoso de unirse sexualmente conmigo. Estaba con gran prisa de que así fuera, pero yo no me sometí a él; me resistí, porque deseaba preguntarle por la preparación del oro y de la plata.

El *kairoi* desempeña un papel enorme en otro antiquísimo texto alquímico en donde el escritor Zósimo, a quien ustedes ya conocen por los comentarios del doctor Jung, dice que todo el funcionamiento alquímico depende del *kairos* y él, incluso, llama a la operación alquímica el *kairikai baphai*, el coloreado del *kairos*. Su teoría es que los procesos químicos no siempre suceden por sí solos, sino sólo en el momento astrológicamente adecuado; esto es, si estoy trabajando con plata, la luna —que es el planeta de la plata— debe estar en la posición adecuada, y si estoy trabajando con cobre, Venus tiene que estar en determinada constelación porque si no estas

operaciones con plata y cobre no darían resultado. Uno no puede limitarse a tomar esos dos metales y unirlos, sino que también debe tener en cuenta la constelación astrológica y esperarla, y rogar a los dioses-planetas, y, si todo esto está en orden, entonces puede ser que la operación química funcione. Lo que significa esta idea del *kairikai baphai* es tomar en consideración la constelación astrológica. Por consiguiente, en aquella época y en este contexto, *kairos* significa el momento astrológicamente correcto, el momento en que las cosas pueden tener un resultado afortunado. El alquimista es el hombre que no sólo debe conocer la técnica, sino que siempre debe tener en cuenta estas constelaciones. Por consiguiente, Isis dice que de acuerdo con el transcurso de estos momentos (hay un momento tras otro, y uno tiene que escoger el oportuno), y de acuerdo con el movimiento de la esfera celeste (lo cual significa todos los movimientos de los planetas), sucedió (la palabra griega *sunebe* es también un acontecer sincrónico de los hechos) que uno de los ángeles del primer firmamento puso sobre ella sus ojos y quiso unirse sexualmente con ella. Ella lo desanima, porque quiere conseguir de él el secreto alquímico, y negociando llega al acuerdo de que sólo se le entregará si él primero le dice todo lo que sepa del asunto.

Cuando le hice mi pregunta, contestó que no deseaba responderme porque era un misterio demasiado *grande* [el misterio superlativamente grande, por dar una traducción más libre, porque es un misterio demasiado avasallador], pero dijo que volvería al día siguiente y que con él vendría un ángel más grande, Amnaël, que podría contestarme y resolver mi problema. Y me habló de su signo [refiriéndose probablemente a cómo debía reconocer Isis al ángel] y me dijo que sobre la cabeza llevaría, y se la quitaría para enseñármela, una vasija de cerámica llena de agua brillante. El [el otro ángel] quería decirme la verdad. Esa vasija es un *possoton* y en ella no hay brea.

Estoy dándoles el texto exactamente tal como es, y aquí en el margen del texto está este signo . Puedo añadir que sabemos que éste es el signo del dios Khnoufis. A veces, el mismo signo se usa también para el dios lunar Khnos.

Al día siguiente, cuando el sol estaba en mitad de su carrera [esto es, a mediodía], descendió el ángel que era mayor que el otro, y se vio presa del mismo deseo de mí y se encontró en gran apuro. [Él también quería violar a Isis]. Pero pese a todo, lo único que yo quería era hacerle mi pregunta. [Ella vuelve a aplazarlo, pensando únicamente en su pregunta]. Cuando se quedó conmigo, no me entregué a él. Me resistí y vencí su deseo hasta que me mostró el signo sobre su cabeza, y me dio la tradición de los misterios sin reservarse nada, sino en su total verdad. [De ese modo ella gana la batalla y él le dice todo lo que sabe sobre la técnica de la alquimia]. Entonces volvió a señalar el signo, la vasija que llevaba sobre la cabeza, y empezó a decirme los misterios y a hablarme del mensaje. Entonces mencionó por primera vez el gran juramento y dijo: «Te conjuro en el nombre del Fuego, del Agua, del Aire y de la Tierra [dos veces un *quaternio*]; te conjuro en el nombre de la Altura del Cielo y de la Profundidad de la Tierra y del Mundo Subterráneo; te conjuro en el nombre de

Hermes y de Anubis, del Aullido de Kerkoros y del dragón guardián; te conjuro en el nombre de aquel bote y de su botero, Acharontos; y te conjuro en el nombre de las tres necesidades, y de los látigos y de la espada». Después que hubo pronunciado este juramento, con él me hizo prometer que jamás diría el misterio que estaba a punto de oír, excepto a mi hijo, mi niño, y mi amigo más íntimo, de modo que tú eres yo, y yo soy tú.

El texto es bastante corto. Significa que lo que Isis obtiene ahora del ángel es un misterio inmenso y que sólo podrá decírselo a su hijo Horus y a su amigo más íntimo. De la redacción no queda claro si su hijo es su amigo más íntimo o si se trata de dos personas; tampoco se sabe si «de modo que tú eres yo, y yo soy tú» significa «Tú, mi hijo, eres yo» o si se refiere al ángel y a Isis, aunque es probable que ambas interpretaciones sean válidas. Significa simplemente que la persona que imparte ese misterio a la otra cumple al mismo tiempo la unión mística, el matrimonio sagrado entre madre e hijo, Isis y Horus, o entre el ángel e Isis, porque cada vez que se revela el misterio los dos también se convierten en uno; éste es probablemente el significado.

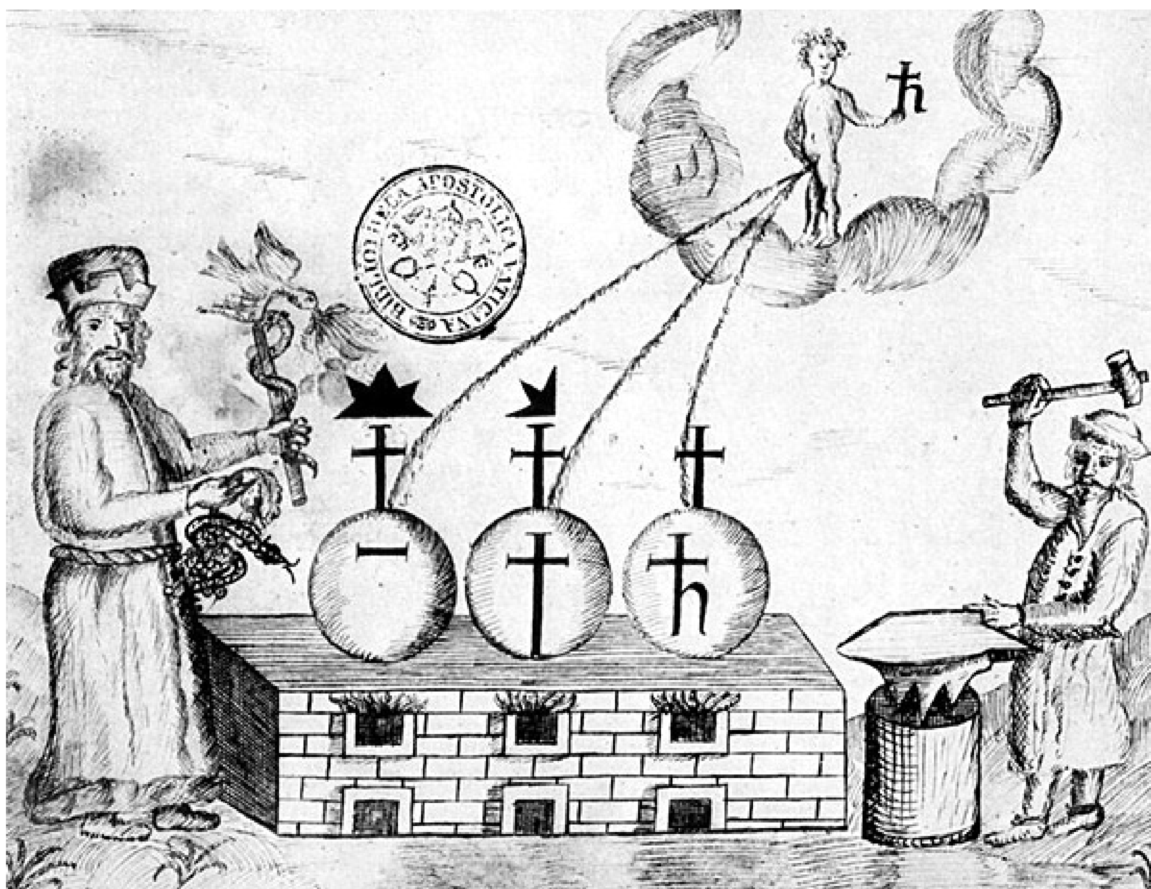
Ahora ve y observa y pregunta a Acheron el campesino. [Una variante dice Acharontos. No hay transición aquí en el texto, pero parece ser que, a partir de aquí, lo que sigue es el misterio. Lamentablemente, en aquellos días no había signos ni comillas, ni nada semejante. Uno nunca sabe dónde deberían ir las comillas, pero creo que es obvio que empiezan aquí. Significa que ahora será impartido el misterio y que nuestro deber es escucharlo]. Ven y mira, y pregunta al campesino Acharontos, y aprende de él quién es el sembrador, quién es el cosechador, y aprende asimismo que quien siembra cebada también cosechará cebada y que quien siembra trigo también cosechará trigo. Ahora, mi niño, o mi hijo, tú has oído esta introducción, y a partir de ella te das cuenta de que esto mismo es la creación entera y todo el proceso de llegar a ser, y sabes que un hombre sólo es capaz de producir un hombre, y un león un león, y un perro un perro, y si algo sucede contrario a la naturaleza [lo cual significa probablemente contrario a esta ley], entonces es un milagro y no puede continuar existiendo, porque la naturaleza disfruta de la naturaleza, y la naturaleza vence a la naturaleza. [Es el famoso dicho que aparece también en muchos otros textos, pero por lo general como: «La naturaleza disfruta de la naturaleza, la naturaleza fecunda a la naturaleza, y la naturaleza vence a la naturaleza»]. Al ser parte del poder divino, y estar feliz con su divina presencia, responderé ahora a sus preguntas sobre las arenas, que uno no prepara a partir de otras sustancias, pues uno debe atenerse a la naturaleza existente y a la materia que tiene entre manos para preparar cosas. Tal como dije antes, el trigo crea trigo, y un hombre engendra un hombre, y así también el oro dará cosecha de oro, lo mismo produce lo mismo. Ahora he manifestado para ti el misterio.

Al comienzo de la sección siguiente hay algo extraño, donde dice «prepararemos» y sigue así, hablando en plural. Es posible que esto signifique que Isis y Horus ahora

ya están juntos. Después viene un comienzo clásico de antiguas recetas orales. En alemán las recetas se inician con *«Man nehme»* [«Se toma»], y en griego con *«Labon»*, esto es, «Tomando». Comienza aquí el párrafo siguiente.

Toma mercurio, fíjalo en terrones de tierra o con magnesia o azufre y guárdalo. [Esta es la fijación mediante el calor, la mezcla de elementos]. Toma una parte de plomo y de la preparación fijada mediante el calor, y dos partes de la piedra blanca, y de la misma piedra una parte, y una parte de Realgar amarillo [eso significa sulfuro rojo de arsénico] y una parte de la piedra verde [eso no se sabe lo que es]. Mézclalo todo con plomo y, cuando se haya desintegrado, redúcelo tres veces a líquido [es decir, fúndelo tres veces].

Toma mercurio que se haya emblanquecido mediante el cobre y toma de él otra parte, y usa una parte de magnesia dominante, con una parte de agua, y de lo que queda en el fondo de la vasija y que ha sido tratado con zumo de limón, y una parte de arsénico que haya sido catalizado con la orina de un niño varón todavía no corrompido, y después otra parte de Cadmeia [*cadmia, calamine* en inglés (*calamina* en castellano), lo que se refiere simplemente a un mineral que engendra fuego] y una parte de pirita [también un mineral que engendra fuego], y una parte de arena cocida con azufre, y dos partes de monóxido de plomo con asbesto, y una parte de las cenizas de Kobathia [esto es probablemente también un sulfito de arsénico], licúalo todo con un ácido muy fuerte, un ácido blanco, y sécalo y entonces tendrás el gran remedio blanco.



9. La imagen alquímica del «niño que orina», y el uso de «la orina de un niño no corrompido» como solvente se relacionan con las actitudes ingenuas y espontáneas asociadas con la niñez.

Esto sigue así durante dos páginas más, pero me tomaré la libertad de abreviarlo. Quiero confrontarlos a ustedes con ello, porque hasta ahora no hemos sabido qué significan estas palabras. Naturalmente, los químicos han hecho un estudio profundo de los textos y han llegado a establecer con cierta probabilidad qué palabras griegas podrían aludir a qué sustancia, puesto que en algunos casos hay una pequeña descripción que muestra que tienen tal y cual efecto, de lo cual el químico podría deducir que lo que se indicaba era cierta sustancia definida. Pero en el caso de muchas otras palabras, por ejemplo Kobathia —que yo traduje como «piedra verde»— y la palabra que no traduje, sino que dejé como «magnesia» aunque no es lo que ahora designamos como magnesia, en realidad no sabemos a qué se refieren; estamos bastante seguros de que se refieren a algunas sustancias químicas cocidas, pero la descripción es tan paradójica en los diferentes textos que no podemos estar seguros.

Después hay un material muy diferente, a saber, la orina de un niño todavía no corrompido. Por supuesto, la orina también contiene sustancias importantes y corrosivas, y se la usaba mucho, pero el hecho de que deba ser de un niño todavía no corrompido, que todavía no hubiera llegado a la pubertad, demuestra también la importancia del papel que desempeñaban las representaciones mágicas. Es un

prejuicio general, o una antigua superstición, que la orina de niños todavía no corrompidos es especialmente eficiente no sólo en las operaciones químicas sino en filtros amorosos y cosas semejantes, donde es más eficaz que la orina común porque tiene algo de mágico.

Insisto en esto porque aquí sabemos algo más proveniente de otros campos. Por ejemplo, sabemos que en la práctica de la magia se usaba con frecuencia la orina de un niño aún no corrompido; era una tradición africana, y egipcia en particular. Poco antes de la pubertad los niños varones son médiums más dotados, una facultad que pierden con posterioridad. Los magos que solían practicar el hipnotismo usaban como médiums a otras personas, haciéndolas dormir para que revelaran la verdad. Para tales experimentos mágicos —muy difundidos en los tiempos antiguos— se tenía preferencia por niños que aún no hubieran llegado a la pubertad, niñas a veces, pero con más frecuencia varones, y a los niños aún no corrompidos se los consideraba los receptáculos más puros del inconsciente, por cuya mediación podían expresarse dioses y fantasmas. Hay innumerables recetas mágicas en las que se dice, por ejemplo, que si uno quiere encontrar algo que ha sido robado, ha de hacer dormir a un niño inocente, cocinar tal y cual cosa, darle de comer tal y cual cosa y después, cuando esté dormido, preguntarle dónde está el objeto perdido; mientras está en trance dará la respuesta. Ese era el papel del niño inocente en otros campos, y por consiguiente es probable que la orina de un niño incorrupto tenga la misma connotación aquí, donde se la considera también como la sustancia mágica pues tal asociación era habitual en la época antigua.

Comentario: Un paralelo con Isis, que recibe del ángel la transmisión de los misterios alquímicos, sería Azazel, el ángel caído que dio a los judíos el conocimiento del arte de la herrería. El profesor del colegio técnico de Zürich que dio una conferencia sobre la alquimia en una reunión de Éranos dijo que la idea de que el herrero estaba relacionado con la alquimia se originó en Tobalki.

M. L. von Franz: Sí. En el Libro de Enoch hay una descripción completa de todas las técnicas transmitidas a los ángeles. Originariamente se consideraba que el arte del herrero en la forja y el del alquimista eran lo mismo y respondían a la misma tradición, aunque yo creo que la idea de Tobalki es bastante arbitraria. Pero es una tradición. En el Antiguo Testamento se dice que las hijas de los hombres obtuvieron el arte de la forja y de la alquimia de los ángeles, o bien de los ángeles caídos, ya sea mediante el recurso de prostituirse o, como en este caso, mediante su opuesto, porque Isis por lo menos desalienta al ángel hasta que ha conseguido de él lo que quiere saber. De modo que hay diferentes versiones. A veces se dice que las hijas de los hombres tenían relaciones con los gigantes, es decir que a veces los gigantes reemplazan a los ángeles. El texto sigue durante más de una página con estas recetas, y después pasa a las operaciones. Les daré una breve, para que puedan hacerse una idea:

Si quieres hacer algo blanco de los cuerpos [es decir, del material], mézclalo con

mercurio y gotas de asbesto y orina y leche de cabra y natrón, y entonces puedes hacer que todo funcione, y si quieres saber cómo duplicar una sustancia o cómo colorear el material, y todas las disposiciones, sabe pues que todo tiene el mismo significado [y eso es importante], que todo tiende a tener el mismo significado [o sea, es probable que el significado sea siempre el mismo para la misma operación]. Ahora realiza el misterio, hijo mío, la droga, el elixir de la viuda.

En el texto se alude con frecuencia a Isis como «la Viuda», de ahí que desde el comienzo mismo de la alquimia se llame a la piedra filosofal, al misterio, el misterio de la viuda, la piedra de la viuda o la piedra del huérfano; había una conexión entre la viuda y el huérfano, pero todo apunta a Isis. El texto termina con otra receta:

Toma arsénico, cuécelo en agua, mézclalo con aceite de oliva, déjalo en una botella y ponle ascuas encima hasta que desprenda vapores y lo mismo se puede hacer también con *Realgar*.[1]

Aquí se interrumpe el texto, que después vuelve a repetirse, de modo que ya ven ustedes con qué nos encontramos. A veces la fórmula varía un poco. Por ejemplo, puede ser que a alguien no lo llamen Acharontos, sino Acharos, pero por lo demás todo es exactamente igual. Acharontos es todo un problema, del cual hablaremos luego.



10. La Tentación de Eva. «El conocimiento es o bien venenoso o bien curativo (…)
Uno tiene que tener una doble actitud al respecto, la enseñanza de la *felix culpa*». von Franz.

Ahora me gustaría analizar y ampliar el texto parte por parte, para encontrar qué significa. El doctor Sas ha mencionado ya una amplificación general para la primera parte, o mejor dicho para toda la estructura del relato; me refiero a que es un paralelo del relato del Libro de Enoch, donde se dice que todas las artes y artesanías, lo mismo que los trucos cosméticos y cosas semejantes, fueron robados por las hijas de los hombres a los ángeles o, según otras versiones, a los gigantes. Es decir que primero lo tienen los ángeles o los gigantes y después lo consiguen las mujeres. Aquí no son las mujeres, sino Isis quien lo obtiene del ángel, y después se lo imparte a Horus, que es como se inició la tradición.

¿Qué dirían ustedes, psicológicamente, de este mito? Se dice que todo el mal proviene de las mujeres, como lo sabemos por el Génesis y la historia de Eva, que también estaba más versada en el problema de cómo obtener de Dios el conocimiento. En este relato, Eva lo obtuvo de la serpiente y se lo impartió después a Adán —lo que también era un robo porque Dios conservaba para Sí mismo el conocimiento de Sí mismo—, y en lo sucesivo el hombre supo distinguir el bien y el mal, como Dios.

En el Génesis se considera que el robo es simplemente malo, y en el Libro de Enoch se nos pinta de la misma manera el robo de la técnica, diciendo que el hecho de que las mujeres se adueñaran de esos secretos ha desempeñado un papel en la corrupción de nuestro mundo, puesto que desde entonces se ha perdido la inocencia original del mundo. Pero en nuestro texto el sentimiento ha cambiado mucho, porque cuando Isis consigue el secreto de aquellos ángeles, a eso se lo considera como un gran logro.

Aquí tenemos, pues, un cambio en la evaluación del sentimiento, aunque el hecho como tal parece poco menos que un paralelo: el elemento femenino, el principio femenino, lo obtiene de estratos más profundos y se convierte luego en el mediador que se lo entrega a la humanidad.

Podemos reconocer el simbolismo del *anima*, porque la historia de Eva es incluso más válida para el *anima* que para las mujeres solamente, y aquí está la misma idea expresada simbólicamente desde el inconsciente. La diosa Isis tiene junto a sí el signo de la luna. En estas épocas tardías se la identificaba con Hathor, la diosa vaca y la diosa lunar, y con Nut, la deidad del cielo. Estaba ya en esta fase final de su evolución histórica. En la religión egipcia tardía es una especie de deidad cósmica femenina, que incluye el aspecto de todas las otras diosas femeninas del Antiguo Egipto y es, por así decirlo, la gran portadora del misterio de la naturaleza. Abarca completamente la naturaleza. Como ustedes saben, en *El asno de oro*, en la plegaria dirigida a Isis, Apuleyo la invoca como *Domina rerum*, la que rige la totalidad de la naturaleza cósmica, y en aquellos últimos tiempos se la veneraba en su aspecto de naturaleza cósmica. Aquí no aparece directamente como una diosa, sino más bien como profetisa, *Isis prophetis*. Es natural que se recalque que es también profetisa, puesto que se anticipa a los hechos futuros: dice la verdad, que llega a concretarse

después; imparte la verdad que antes permanecía oculta.

Pregunta: Todavía no entiendo qué importancia tiene esto para el motivo o propósito total de la psicología junguiana. Veo que usted ha puesto su energía y su esfuerzo en este texto, y me parece entender que todo esto es importante en función de la interpretación del simbolismo de nuestros sueños. ¿Es así?

M. L. von Franz: Sí, por cierto. Digamos que se encuentra usted frente a un hombre que sueña que una mujer misteriosa se le acerca. Yo recuerdo un sueño así; era el sueño inicial de un hombre que tenía un problema sexual. No sé exactamente en qué consistía éste, porque el caso no era mío, pero tenía algún tipo de problema sexual, y en su sueño una mujer desconocida, que le causaba una gran impresión, le decía que todo el secreto consistía en secar el polvo [que hay] dentro de la manzana.

Pregunta: Entonces, ¿lo importante sería la relación que eso tenía con la vida de la persona?

M. L. von Franz: Sí. Supongamos que un hombre viene a analizarse y dice que es impotente, o un donjuán. Podemos decir que veremos qué es lo que dice el inconsciente al respecto. Hace mucho tiempo que mis colegas le han dicho lo que se puede decir conscientemente, pero eso no le ha servido, y ahora el hombre ya está al cabo de la cuerda. Dice que ya sabe todo lo que hay que saber, que es su complejo con la madre, pero que nada ha cambiado, de manera que aparentemente todo eso no le sirve.

Bueno, veamos los sueños, dice entonces uno, y en un sueño aparece una mujer maravillosa que le dice que todo es cuestión de secar el polvo blanco en la manzana. A él le parece una tontería, pero todavía le falta aprender. No da ninguna asociación, porque la gente no puede dar asociaciones para sueños que son arquetípicos. Al hombre, lo del polvo blanco en una manzana no le sugiere nada; quizá diga que le gustan las manzanas o algo así, pero es imposible sacarle nada más, y por eso uno tiene que conocer las asociaciones del género humano.

Si uno puede obtener las asociaciones del analizando, tanto mejor, pero cuando en un sueño aparecen motivos así, por lo general hay un blanco, y uno tiene que decir, por ejemplo, que la humanidad ha creído siempre que la manzana contiene el conocimiento de Dios, del bien y del mal, y le recuerda la Biblia al paciente, y le dice que el pueblo ha dicho siempre que la manzana renovaba los secretos. Le cuenta unos pocos mitos sobre el tema, hasta que el hombre se impacienta y le pregunta:

—Sí, pero ¿qué significado tiene eso para mí?

Los mitos muestran que hay otra evaluación, porque en el mito bíblico la evaluación se hace desde el punto de vista del sentimiento, y se lo define como mala suerte y como un accidente. Sólo en la interpretación católica tardía se llega a la *felix culpa*, que dice:

—Gracias a Dios que Adán y Eva pecaron, porque de otra manera Cristo no podría habernos redimido.

Pero, originariamente, el tono emocional expresaba que Adán se había

corrompido por mediación de Eva, y que desde entonces todo andaba mal. Incluso la Iglesia ha dicho siempre que María lo rescató todo y Eva lo echó todo a perder. Eva es tolerable únicamente porque más tarde las cosas se enderezaron, pero el tono emocional, por lo menos en el Antiguo Testamento, apunta a que en el pecado de Eva se originó toda la mala suerte, y de que en verdad fue un hecho desafortunado que Adán y Eva se comieran aquella manzana. En nuestro texto, sin embargo, todo eso es un logro, porque ahora Isis ha obtenido del ángel el maravilloso secreto, y dice que va a contárselo a su hijo. El texto dice que un león engendra un león, y eso es lo que Isis nos cuenta como el secreto.

Como ya señalamos, nuestra historia de Isis es un paralelo del relato bíblico, pero el juicio se formula a partir de un sentimiento diferente. En la Biblia es más bien el accidente lo que corrompe, en tanto que aquí el hecho de haber obtenido el secreto de los ángeles se presenta como un logro maravilloso. No se dice nada de que en el mundo vaya todo mal porque el secreto ha sido revelado, sino más bien que es algo tan maravilloso que Isis sólo se lo contará a su hijo y a su mejor amigo. Si quiere usted seguir con la interpretación psicológica, ¿qué significaría esa diferencia? La humanidad está muy dividida sobre la evaluación del origen de la ciencia y de la técnica, de la química y de las ciencias naturales, de algún género de conocimiento. ¿El conocimiento corrompe o libera?

Comentario: Me parece que la Biblia dice que el conocimiento, que es lo que la manzana representa, es corruptor en sí mismo.

M. L. von Franz: Sí, por mediación de él nos expulsaron del Paraíso.

Pregunta: ¿Considera usted el conocimiento como perteneciente a Dios?

M. L. von Franz: Sí, desde un punto de vista es una identificación con Dios, de manera que adueñarse de ese conocimiento constituyó un acto de inflación. El ego se apoderó de algo que no le pertenecía, de modo que se infló, se desequilibró y todo empezó a andar mal. Pero aquí, en la historia de Isis, la evaluación es totalmente opuesta; implica que hemos hecho un gran progreso, les hemos arrancado este secreto a los ángeles, algo tan inmenso que sólo lo comentaré con mi hijo y con mi amigo. Aquí no se hace mención de inflación ni de mala suerte.

En este texto encontramos *in nuce* lo opuesto de la tradición religiosa y de las ciencias naturales. Las técnicas y las ciencias naturales que hemos alcanzado, ¿nos han traído mala suerte? ¿Se han limitado a corromper el estado original del hombre, o son una indicación de progreso? Es algo mucho más profundo, porque en ello está implícito un incremento de la conciencia, una evolución de la conciencia humana. Eso, ¿es ventajoso para nosotros o no? ¿Iremos de mal en peor si nos volvemos más conscientes, nos apartaremos de la naturaleza y nos desequilibraremos, o es precisamente eso lo que debemos hacer? Si intentamos ser más conscientes, ¿cumplimos con la voluntad de Dios o vamos en contra de ella? He ahí la cuestión oculta.

Es una proyección religiosa, y, si lo formulamos con más humildad,

psicológicamente, hay una discusión del problema respecto de si un incremento de la conciencia es o no es progreso. Cuando la gente, hombres o mujeres, acude a ustedes para analizarse, dicen que a menudo piensan que es mejor no remover el avispero. ¿Por qué hemos de ponernos a desenterrar problemas que cuanto más pensamos en ellos, más enredados nos encontramos? ¡Dejémoslo en manos de la naturaleza, y los problemas ya se resolverán solos!

Después viene un chico que tiene una fijación materna y no quiere irse de casa y tú lo analizas y le haces ver a partir de sus sueños que debería apartarse de su madre, pero entonces se aparece ella hecha una furia a preguntarte por qué desentierras esas cosas y destruyes la armonía familiar, por qué le dices esas cosas a su hijo y destruyes el buen contacto que tienen ambos…, ¡toda la familia está en crisis y el chico no ha mejorado!

Entonces, un incremento de conciencia, ¿es algo bueno o malo? Los terapeutas tenemos que estar haciéndonos constantemente esa pregunta. Y siempre nos encontramos con esas asociaciones en la vida. Alguien conversa contigo en el tren y te pregunta por tu profesión, y si le dices que eres psicoanalista les parece muy interesante, ¡y te dicen que han tenido un sueño y te lo cuentan! Creen que los sueños no significan nada, pero el sueño muestra el problema del hombre, y uno se pregunta si debe clavarle la aguja e instalarle una gota del veneno del conocimiento y darle una idea de lo que significa realmente aquello, o si debe limitarse a decirle que ésos son temas para la consulta.

El conocimiento puede envenenar o sanar, es una cosa o la otra, y por eso algunos mitos dicen que el conocimiento trae la corrupción del mundo y otros que el conocimiento redime, y además tenemos la idea bíblica que dice que es primero corrupción, pero que después, gracias a Dios, termina por sanar. En el Antiguo Testamento significaba corrupción, pero Cristo, que algo entendía, lo convirtió en curación, de modo que tenemos que tener ante ello una doble actitud, la enseñanza de *felix culpa*.

Pero en una situación real no se puede adoptar una doble actitud. Cada vez se da el terrible problema, ¿les digo o no les digo? Uno tiene toda la responsabilidad ética, y cada vez no sabe si ha hecho bien o ha hecho mal. Es el problema de la conciencia. ¿Qué debe hacer el hombre con su conciencia? ¿Cómo debe manejarla? Fíjense, si soy consciente de lo que significa un sueño, ¿qué debo hacer con él? Al usarlo, ¿haré de él un veneno o un factor de curación? La conciencia, o el conocimiento, es un problema aterrador que todavía no hemos resuelto.

Comentario: Ni lo resolveremos jamás; es el problema con que vivimos.

M. L. von Franz: Sí, eso es verdad, pero también es una generalidad. Nuestro deber es profundizar más. Necesitamos una actitud más específica, porque si no uno puede desentenderse del asunto y decir que es un problema que tendrá siempre, puesto que uno es psicoterapeuta, pero es un problema de relación. Es un problema, y un problema que tenemos que tomarnos en serio, en vez de restarle importancia.

De una manera muy general, se puede decir que es el problema de la humanidad, porque el hombre es ese extraño invento de la naturaleza que es portador de una forma nueva de la conciencia. Los libros de antropología dicen que el hombre se distingue por el fenómeno de la conciencia, y que él mismo no sabe bien cómo evaluar esta cualidad. ¿Se la ha de vivir como un castigo o como una bendición? Aquí estamos en el comienzo de las ciencias naturales de tradición europea; nuestro texto proviene de fuentes paganas sin ninguna influencia judeocristiana, sino más bien egipcia y griega, y la evaluación es totalmente positiva. Cuando se analiza a los hombres modernos, a los físicos modernos, se encuentra uno frente a hombres que tienen esta misma actitud. Hombres que creen en la ciencia y que quieren ayudar a la humanidad con nuevos descubrimientos, de modo que la actitud y la situación son las mismas. Por lo tanto, es interesante estudiar el simbolismo inconsciente de una tendencia así, porque vuelve a hacerse presente y es objeto de mucha discusión y análisis en nuestra época.

Me complace mucho que me hagan preguntas así, porque es menester traer estas cosas a la realidad. Quizás ustedes se pregunten por la utilidad de desenterrar estos textos viejos y pesados con todas sus complicaciones, pero no olviden que ésa es la raíz tanto de las buenas ideas como de los prejuicios de nuestra civilización. Si no cuestionamos estos prejuicios básicos de nuestra civilización, nunca podremos establecer contacto con otras civilizaciones. Debemos saber qué prejuicios tenemos, aunque de todos modos podamos conservarlos y decir que nos gustan, aunque reconocemos que es posible pensar de otra manera y que es un hecho que las opiniones difieren. Esta amplitud mental es necesaria si deseamos analizar objetivamente a la gente, y no ser los propagandistas de una orientación; un analista debe ser de mentalidad abierta y ver qué es lo que la naturaleza interior del analizando configura como proceso de curación, dondequiera que todo ello lleve. Por lo menos, ésta es nuestra convicción.

Pregunta: ¿Cómo se compara esta actitud hacia el conocimiento con la antigua actitud prometeica?

M. L. von Franz: Es muy buena la pregunta. En la mitología griega tenemos ese mito que refleja la típica actitud griega y no convierte el problema del conocimiento en algo principalmente ético, como sucede con la Biblia, que lo plantea en términos de bueno o malo. También aquí se le roba algo a los dioses, algo que ellos intentan conservar para sí, y, de acuerdo con el mito, el acto es castigado —Prometeo se mete en dificultades y tiene mala suerte—, pero no se hace de él una evaluación moral. La mentalidad griega se limita a enunciar que el robo de conocimientos del inconsciente es algo que se ha de pagar, ¡pero no necesariamente porque la actitud sea incorrecta! Uno puede decir: «no importa, lo pagaré, ¡pero lo quiero!». El mito ni recomienda que se haga ni que no se haga, pero uno debe saber que siempre hay que pagar el precio.

Esta es la actitud de la mente griega, muy diferente de las actitudes judeo-

cristianas, porque éstas convierten el mito en un problema moral. Esto es algo que sabemos, y es una verdad arquetípica muy básica. El conocimiento es parte de la evolución de la conciencia; hay otros aspectos, pero éste es uno y hay que pagar por él. Es costoso, pero a usted le corresponde decidir si está dispuesto a pagar el precio o no. En la tradición judeo-cristiana se pone el énfasis en el aspecto ético, y la griega es desapasionada y se limita más bien a enunciar hechos, pero aquí hay también otro matiz, y la evaluación es sumamente positiva y apunta al progreso divino.

Comentario: Usted se refirió dos veces al deseo del ángel de tener relaciones sexuales con Isis, y la segunda vez usó la palabra «violar», pero en lo que se refiere a pagar por el acto eso tendría su importancia, porque uno es forzado y el otro voluntario.

M. L. von Franz: Literalmente, el texto sólo dice que él quiere unirse sexualmente, y que ella no quiere, y yo me limité a abreviarlo con la palabra «violar». Ella se limita a negociarlo, como suele hacer una mujer. Le dice que no debería correrle tanta prisa, sino que primero debería contarle a ella el secreto, y después, de manera típicamente femenina, no dice si ella pagó o no el precio. ¡Isis era una mujer! En griego dice, en realidad, que él se precipitó a lo que quería, «pero yo, Isis, tenía presente lo que yo quería». ¿Qué significaría psicológicamente el ataque sexual del ángel a Isis, y la dilación de ella con el fin de obtener el conocimiento? ¿Cómo se compara psicológicamente eso con la situación psicológica en la que siempre nos encontramos?

Comentario: Es la irrupción de contenidos colectivos, para lo cual ella exige una explicación.

M. L. von Franz: Sí, el ángel vendría a representar un contenido del inconsciente colectivo, como diríamos nosotros, que irrumpe en el sistema psicológico con una exigencia, en este caso de orden sexual. ¿Cuál es el paralelo que siempre experimentamos? La alquimia nació por obra de la resistencia de Isis y del hecho de que ella no se apresuró a ceder, y, si no lo suspendió del todo, al menos demoró el proceso sexual. No sabemos qué hizo finalmente, porque con mucha discreción ni siquiera se lo cuenta a su propio hijo, pero eso, ¿qué significa?

Si fuera una mujer humana, el ataque del ángel sería una invasión del *animus,* pero yo preferiría formularlo en términos mucho más generales, porque eso sería válido para un solo caso, y esto no es material clínico. Significa que con mucha frecuencia los contenidos del inconsciente colectivo irrumpen en forma instintiva, en la forma de una especie de urgencia instintiva, ya sea sexual o de poder, o algo parecido. Es decir que la irrupción de libido del inconsciente se presenta primero en un nivel relativamente animal o inferior, y eso es algo que experimentamos una y otra vez. Con frecuencia el hecho de ir tomando más conciencia se manifiesta inicialmente en esta forma. Uno de los grandes problemas en el ámbito psicológico fue reconocerlo así. Si esta irrupción se produce, uno puede decir que lo está invadiendo el impulso sexual, o bien que son fantasías, o incluso un impulso sexual

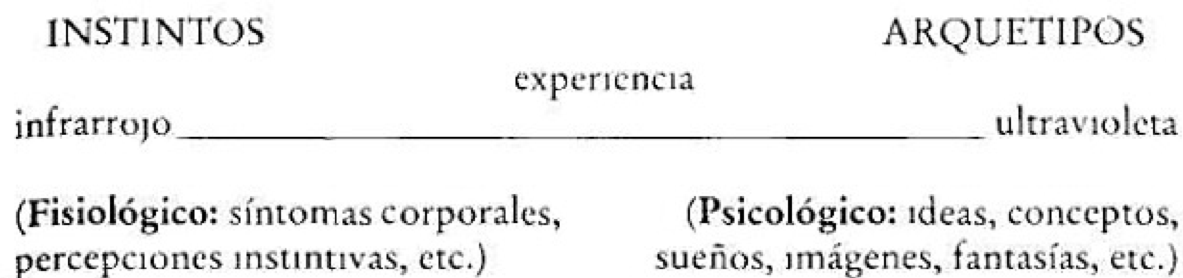
físico. Siempre tenemos que decidir si es auténticamente sexual o un impulso inconsciente disfrazado, lo que en realidad implica conocimiento o un progreso de la conciencia, que aparece primero en esta forma.

Si uno es desprejuiciado, primero sentiría la necesidad de probarlo, pero se ha demostrado con frecuencia que lo prudente es demorarlo. Digamos que un hombre tiene una tremenda proyección del *anima* sobre una mujer y que la vivencia se manifiesta como un impulso muy fuerte a la unión sexual. Supongamos que ella lo acepta y que después toda la cosa desaparece. Con el donjuán eso sucede a menudo. *Aprés le coup*, ¡ya ella no significa nada para él! Simplemente la deja, pensando: «Demonios, ¡eso no era lo que yo quería!». De modo que bien se puede decir que desde el comienzo mismo no era realmente eso, sólo se aparecía velado de esa manera, pero el impulso no alcanzó su meta y su significado, y no se logró un progreso de la conciencia. De la misma manera también se habría podido resistir al impulso y hacer primero un esfuerzo por descubrir a qué apuntaba en realidad, porque, como solemos ver, los impulsos de algo que se debe hacer, si no pueden llegar directamente a la conciencia aparecen primero en forma de reacciones físicas.

Por ejemplo, si uno se enfrenta con una situación analítica en la cual no sabe qué hacer, puede suceder que mientras sigue sentado analizándola tenga repentinamente una reacción sexual, a la cual *no* es aconsejable acceder… aparte de todas las convenciones no estamos hablando de convenciones y podemos hablar con franqueza. La experiencia ha demostrado que lo más prudente es detenerse a preguntarse por qué ha sucedido eso en ese momento preciso del análisis. ¿De qué se estaba hablando cuando emergió de pronto ese impulso, qué sueño se estaba analizando? Uno puede estar absolutamente seguro de que se ha tocado un punto en que tanto el analista como el analizando deben tomar conciencia de algo, de que algo está pugnando por llegar a la conciencia, y de que es algo tan alejado de lo que ambos pueden concebir que no puede manifestarse de otra manera que físicamente. Es como una explosión que se produjera debajo de la escalera porque no puede subir por ella; es como si uno tratara de empujar escaleras arriba a un animal que en cambio saltara simplemente por la ventana. Algo quiere subir entonces desde el inconsciente, pero en ese instante se produce un corto circuito y aparece como impulso sexual, porque hay alguna dificultad que le impide ir más lejos.

Pero a veces es un auténtico impulso sexual. No siempre se puede decir que no es exactamente lo que parece, porque después de todo somos animales de sangre caliente y tenemos nuestras reacciones físicas normales. Pero, ante todo, esto puede suceder en una situación tal que no sabemos cuál es cuál, y por ende la técnica de Isis —es decir, demorar y empezar por preguntarle todos sus secretos a la cosa que tan precipitadamente aparece, y después decidir si uno se permite o no una aventurilla— no es más que sabiduría. Isis no cuenta…, ¡es muy discreta! Tampoco dice si lo hizo o no lo hizo. Ésta es una libre decisión ética entre seres humanos, o entre dioses, como en este caso, y eso está en otro nivel. Pero en tanto que sea un impulso tan

intenso, uno no es libre de decidir.



11. Conexión entre instinto y arquetipo comparada con el espectro.

Primero hay que demorarse a descubrir con qué se está enfrentando uno. ¿Qué hay por detrás de eso? Un impulso sexual puede sorprendernos cuando estamos junto a un moribundo. ¡Qué desubicado parece eso! En un caso así sería muy aconsejable pensar que no se trata de un natural instinto sexual de copular con un moribundo, ya que una cosa así sería imposible. Desde el comienzo mismo uno sabe que no significa eso, y sin embargo es una situación típica, y algo con lo que he tropezado con frecuencia. Por detrás de ello hay todo un problema de simbolismo arquetípico. ¿Por qué en ese momento el impulso sexual es de una importancia tan tremenda que cae sobre la persona que se está muriendo y sobre quienes la rodean? Éste no es más que un ejemplo entre muchos otros. Entonces uno tiene que detener al ángel y decirle que primero debe decir su secreto, que uno quiere tomar conciencia de lo que hay por detrás del impulso, a saber, de la extraña conexión entre instinto y arquetipo.

En sus escritos, Jung se refiere a veces al instinto como si fuera lo mismo que el arquetipo, y a veces como si fuera algo diferente. Lo que quiere decir es que el arquetipo, si lo consideramos como opuesto al instinto, sería una manera heredada e instintiva de tener emociones, ideas y representaciones con símbolos, y el instinto sería la manera heredada de actuar físicamente, cierta especie de acción física. Naturalmente, los dos están relacionados.

Por ejemplo, supongamos que mientras se pasea por un campo usted empieza de pronto a correr sin ninguna razón aparente, y salta sobre un seto, ¡y al mirar hacia atrás ve que lo estaba persiguiendo un toro! La gente diría que era un milagro, porque, sin saber por qué, súbitamente sintieron que tenía que correr; no se habían dado cuenta de lo que pasaba, pero su instinto los salvó. Esto sucede con frecuencia. Uno cruza de pronto la calle, sin saber por qué, ¡y entonces algo se cae desde el tejado! Es muy importante que aprendamos a confiar en esos impulsos.

Ahora bien, eso es algo que sucede físicamente. Empiezo a correr sin advertir siquiera que hay peligro, pero, gracias a Dios, mi cuerpo sabe más que yo. Pero en vez de una acción física, puede ser que oiga una voz o tenga una alucinación que me

dice que corra. En un caso, la advertencia viene como una reacción física y en el otro como una idea, que es la diferencia entre instinto y arquetipo; la voz sería una manifestación del arquetipo y el movimiento físico una manifestación del instinto, pero en realidad son dos aspectos de la misma cosa. El comportamiento físico concreto, acorde con una pauta, sería instinto, y las representaciones, emociones, audiciones o visiones internas que lo acompañan serían manifestaciones del arquetipo.

En el hombre hay algo estructural heredado que le hace actuar y pensar de cierta manera, y por eso es que a veces no nos aclaramos acerca del origen de un contenido. Como estos contenidos del inconsciente tienen una especie de aspecto físico, y también un aspecto somático y psicológico, a veces algo que debería ir a través del aspecto psicológico se pasa al físico, o el aspecto físico se cambia en el psicológico; son como vasos comunicantes y, si se produce una obstrucción en uno, el agua sale por el otro.



12. El dios solar Ra con sus atributos.

Con frecuencia sucede que la gente tiene grandes problemas psicológicos, cuya causa consideran exclusivamente psicológica, y entonces tienen alguna experiencia por el lado físico y todo el problema desaparece. Tenían obstruido un instinto, un impulso sexual, digamos, que entonces se les manifestaba mentalmente como un problema filosófico referente a Dios. ¡Ésa fue la generalización de Freud! Al ver que eso sucedía con frecuencia, pensó que se podía explicar todo en ese nivel, pero no es así; de igual modo se podría obstruir el extremo opuesto y entonces la cosa sale por el

otro lado.

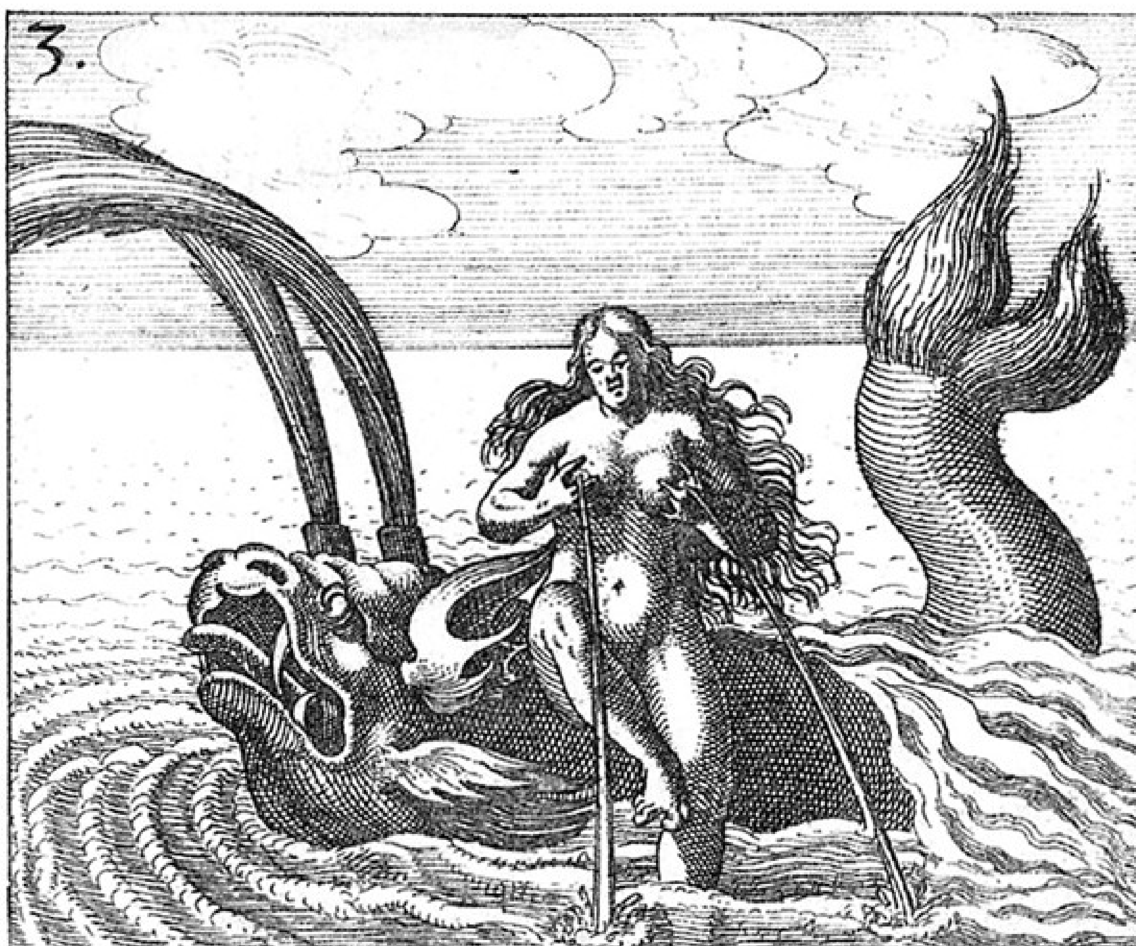
Éste es uno de los eternos conflictos: ¿tengo que vivirlo concretamente o tomarlo simbólicamente? El impulso ¿representa algo que hay que entender, o se lo debe vivir sin más ni más, sin pensar demasiado en el asunto? Éste es uno de nuestros grandes problemas. Aquí se dice que obstruyendo o demorando un impulso físico se produce un progreso en la conciencia.

Comentario: Éste no fue el primer trato que se *cerró* en nombre del conocimiento, porque Isis aceptó curar a Ra, el dios solar, de la picadura del gusano venenoso, siempre y cuando él le dijera su nombre secreto. ¿Cómo explica usted este paralelo?

M. L. von Franz: Sí, ciertamente es un paralelo. Cuando el dios solar Ra envejeció y se volvió senil e incapaz de un porte digno, Isis puso en su camino una serpiente venenosa que lo mordió y lo envenenó, de manera que estaba muy enfermo. En aquellos tiempos se creía que el poder de un hombre residía en su nombre secreto, que era su alma o su *mana*, su poder vital, así que, cuando Ra yacía en su lecho de enfermo, Isis se acercó a su padre y se ofreció a curarlo si primero él le decía su nombre secreto. Frente a este chantaje, Ra se sintió derrotado y le dijo su nombre, y de ahí en adelante ella tuvo el poder del dios solar.

Pero, ¿qué significa esto? No podemos analizarlo en el mismo nivel que el otro motivo, que sería el nivel de una urgencia física por detrás de la cual creemos que se oculta algo arquetípico. Para responder a su pregunta será necesario que repasemos brevemente toda la evolución de la conciencia en la civilización egipcia.

En Egipto el culto del dios solar y de su hijo se ajustaba, en lo referente a la estructura social y política, a un orden patriarcal. Aproximadamente entre los años del 3000 al 2800 a. de C, la adoración del sol fue excediendo poco a poco a la de la luna y la del toro; el rey principal representaba al dios solar, y ya no estaba estrechamente vinculado con la luna ni con el toro, o había alguna ligera diferencia. Con esta evolución, en el sentido de un incremento, en el culto solar se produjo un avance en el derecho, la ciencia, la geometría, la planificación de los campos, de los edificios, y así sucesivamente. Hubo progresos enormes en la civilización racional y en la organización, la guerra, etcétera. Fue una evolución del mundo masculino, del mundo mental y del mundo del orden, que se dio simultáneamente con el culto solar.



13. El poder generador de vida de lo femenino, representado como el mar de la renovación que surge de la leche de una virgen.

Hasta cierto punto el proceso puede ser comparado con el primer desarrollo de la civilización cristiana, donde se produjo el mismo tipo de cosa: fe en el derecho, fe en el dogma, fe en el orden, fe en el conocimiento, y luego, como estas cosas llegan a su término, a una *enantiodromia*, el modo de conciencia masculino se cansa. Este es un típico evento arquetípico, y entonces lo femenino, o el inconsciente y la naturaleza, lo caótico, tienen que recibir de nuevo la luz. Este primer gran mito ejemplifica la *enantiodromia*, en donde lo masculino, el dios solar, entrega todo el poder al orden de lo femenino.

Actualmente nuestras organizaciones oficiales creen cada vez más en el papeleo, en más y más congresos, más reglamentaciones y más religiones para salvar al mundo. Están empeñadas en imponer el orden, creyendo que con eso se resolverá el problema, y que esas otras tendencias que encontramos en los sueños de nuestros pacientes se verán derrotadas. Pero una vez más el mundo se ha cansado, de modo que el Papa declara la Asunción de la Virgen María, y en los sueños de los hombres de hoy vemos la revaluación de lo femenino.

Puede darles un ejemplo. El otro día un hombre, asqueado por la matanza que en estos momentos [1959] se produce en el Tíbet, escribió un vehemente artículo

afirmando que los suizos, que somos también un pueblo de montaña amenazado por las grandes potencias que lo rodean, deberíamos mostrar más simpatía hacia ese otro pequeño pueblo de montaña que lucha por su libertad, y que no es suficiente con leer los periódicos y expresar solidaridad, ya que mañana podría sucedemos a nosotros lo mismo con una invasión rusa. Deberíamos hacer algo al respecto e interrumpir nuestro comercio con China. Pero después el hombre soñó que el mundo llegaba a su fin y que unas pocas personas encontraban, excavando en un glaciar en las montañas, una nave antigua donde había una hermosa mujer. El barco era como el arca de Noe que se dirigía hacia el mar, ¡y sólo los que fueran con ella en el viejo barco se salvarían!

Ya ven ustedes que el inconsciente dice que lo que uno ve con su mente pensante, [de orientación] política y masculina, no es más que un pequeño aspecto de lo que en realidad está sucediendo. Con lo que nos vemos enfrentados ahora es con el diluvio. En la actualidad, nuestro verdadero problema es la superpoblación, y no la tensión con los árabes o con los rusos. Estamos frente a una situación sin esperanza. El principio de salvación es el principio femenino, y esta vez no estará Noe en el arca, sino una mujer, es decir, una diosa. ¿Qué significa esto? ¡Ya ven ustedes con qué sueños nos enfrentamos a veces! No es posible tomar a esta mujer al pie de la letra. El soñante no tiene problemas en su relación con las mujeres, en ese nivel no hay nada que falle. ¿Qué representa la mujer en el arca y las pocas personas que van con ella?

No es un punto fácil de interpretar, pero al término de la civilización egipcia se produjo una *enantiodromia* similar. De pronto Isis lo tomó todo en sus manos, y los dioses masculinos se esfumaron… Y lo interesante es ver que aquello sucedía al final de la Era de Aries y que ahora estamos al término de la de Piscis, la era astrológica del pez, y de nuevo una mujer está levantando la cosecha y los hombres están un poquitín cansados.

Pregunta: Pero el ángel no perdió nada cuando dio su secreto a la diosa. Él también seguía entendiéndolo, ¿no es así?

M. L. von Franz: Sí, pero en tanto que el ángel no hizo nada con su conocimiento, Isis fundó la alquimia; hizo algo con aquello, mientras que el ángel se limitó a guardárselo para sí.

14. La espiritualización de la materia representada como la coronación de la Virgen María. La escena representa la cuaternidad alquímica: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (la paloma), con lo femenino (la materia) como cuarto integrante.

Tercera conferencia
LA ALQUIMIA GRIEGA

La última vez analizamos el posible significado de que el ángel Amnaël entregue a la diosa Isis el secreto de la alquimia. Usamos ampliaciones de antiguas leyendas que efectivamente dicen que fueron los ángeles o los gigantes quienes enseñaron a los seres humanos todo el conocimiento científico-natural, desde las matemáticas a la preparación de cosméticos para las mujeres. Mencionamos también el extraño hecho de que es muy frecuente que al término de una civilización patriarcal se produzca una *enantiodromia,* en virtud de la cual se le entrega el poder a una figura femenina, como por ejemplo cuando hacia el término de la civilización egipcia cobró predominio el culto de Isis, y ésta fue ocupando, cada vez más, el rol de todos los demás dioses. Incluso hay plegarias del período egipcio tardío en las que se invoca a Isis como aquella que es todos los demás dioses en forma femenina. Y, *cum grano salis,* comparamos esto con el hecho de que ahora, en el seno de la civilización cristiana, por lo menos una parte de ella —la católica, la Virgen María— se ha visto súbitamente elevada a un papel más dominante que el que tenía.

No debemos olvidar que estas deidades madres se relacionan también con el concepto de materia, porque no sólo la palabra como tal está conectada con la palabra «madre», sino que toda la proyección de la materia, y el modelo de idea arquetípica que constituye el trasfondo mental de los científicos de la naturaleza, están tomados del arquetipo de la madre. Platón, por ejemplo, dice que el espacio es como una nodriza para la totalidad del orden cósmico, es decir que considera al espacio como un contenedor femenino, una función nutricia de la madre.

Como la idea de la materia está siempre conectada secretamente con el arquetipo de la madre, si el Papa desplaza sobre la Virgen María el énfasis puesto en el culto cristiano, consciente o inconsciente esto es un golpe asestado al materialismo comunista. En este sentido es un gesto, y un intento de herirlo en su aspecto materialista poniendo el énfasis en una forma diferente de materia. El interés por la materia, por lo tanto, se deriva del resurgimiento de este arquetipo.

Cuando los jóvenes científicos naturales escogen su profesión, es frecuente que se les aparezca en sueños la Madre Naturaleza, en la forma de una anciana u otra figura semejante que les enseña el camino. He visto varios sueños así en casos de jóvenes que no estaban seguros de si estudiar ciencias naturales, por ejemplo medicina, o alguna otra cosa. Se puede así realmente demostrar a partir del material de la gente moderna que el impulso a interesarse en el aspecto material de la naturaleza externa brota muy frecuentemente de la configuración de este arquetipo, que es el dinamismo que hay por detrás de la ciencia natural. Si el relato bíblico evalúa el hecho de impartir el conocimiento al hombre como una catástrofe, o como algo desdichado, esto se puede comparar ciertamente con el hecho de que la ciencia natural, incluso las

matemáticas, ha tendido desde el comienzo mismo a poseer a la gente de manera autónoma, a apoderarse de su interés de manera totalizadora, en una medida tal como para darles un impulso demoníaco, que altera no sólo su equilibrio personal, sino también, hasta cierto punto, el equilibrio de la civilización.

Este impulso excesivo de la ciencia natural y de su aspecto destructivo es, desde la visión actual, una trivialidad tal que no necesito extenderme sobre ella, pero que brota del hecho de que un único arquetipo está, por así decirlo, saliéndose del orden general de los instintos. Por consiguiente se puede decir que el mito del origen de la ciencia natural es, en parte, el mito de una disociación de los instintos; el *homo faber* ya está disociado, o está peligrosamente alienado de sus raíces instintivas naturales. Tal es lo que dice el mito bíblico, en tanto que este mito de Isis, por el contrario, se regocija ante el mismo acontecimiento de un progreso enorme. Si hay dos mitos, uno de los cuales es más o menos el opuesto del otro, o la misma cosa evaluada de diferente manera, la única conclusión posible es que en el ser humano, e incluso en su conciencia, hay una incertidumbre básica; el problema es real, no inventado, y tenemos que considerarlo desde los dos ángulos.

El ángel lleva en la cabeza una vasija que no está calafateada con brea y contiene agua brillante. Esta agua, absolutamente transparente o limpia, dice el texto griego, es en la alquimia el símbolo *par excellence* de la misteriosa materia básica. La idea del agua eterna es, como ya saben ustedes por las innumerables amplificaciones de Jung, y por asociaciones con otros textos, uno de los supremos símbolos alquímicos. Es el agua divina, que naturalmente no es H_2O, sino que en realidad es un símbolo de la materia más básica del mundo, la *prima materia*. Así, en esta imagen se nos dice que el ángel porta el misterio del material básico —del cosmos, diríamos nosotros—, y es exactamente en esto en lo que pensaban aquellos alquimistas, como los físicos de hoy: en que posiblemente todos los fenómenos materiales se remontaban a un único material básico, cuya búsqueda era para ellos el gran *fascinosum*, porque va acompañada del sentimiento de que si se pudiera descubrir este material básico, uno podría, en cierto modo, tener un atisbo de la trama divina del cosmos.

Isis insiste en conseguir el secreto, tras lo cual el texto sigue con el juramento por el cual se conjura a Horus a no revelarlo. Esto concuerda con el estilo de los misterios y las iniciaciones religiosas tardías, en general. En el mundo helenístico es un énfasis que muestra que ahora el gran secreto ha sido impartido y por lo tanto Horus, el hijo de Isis, tiene que darse cuenta de que es sólo para él y para nadie más, y de que no debe hablar jamás del asunto.



15. El alquimista y su ayudante hacen el signo secreto, de acuerdo con la experiencia de que gran parte
de lo que sucede en una relación entre dos personas no puede ser compartido con otras.

En este antiquísimo texto tenemos algo que volveremos a encontrar una y otra vez a lo largo de la historia de la alquimia, a saber, el motivo del gran secreto que no se puede decir en términos meramente científicos ni puede ser impartido de un individuo a otro. En la historia de la alquimia y de la química esto se ha considerado siempre como una treta para hacer que todo el asunto pareciera importante y misterioso, y para velar secretos. Naturalmente que en esto hay cierta verdad, porque como ustedes saben, en aquella época la alquimia era también química y, por ende, conocimiento de cómo hacer aleaciones y cosas semejantes, era un *secreto* comercial por la trivialísima razón financiera de mantener controlado el negocio. En nuestras industrias modernas sucede lo mismo; incluso hay montados sistemas de espionaje de los secretos de la fabricación industrial y de la metalurgia, porque ese conocimiento, lo mismo que en tiempos antiguos, significa poder y dinero. Por ejemplo, si entonces uno podía hacer una aleación que pareciese oro, gracias a la indiferencia de los controles policiales de la época podría haber acuñado dinero falso y adquirido rápidamente una fortuna, de modo que era lógico que el secreto sólo fuera revelado a los mejores amigos.

Pero este aspecto trivial no explica la totalidad del fenómeno. Consideremos lo que sucede en una situación analítica. Quizá todos ustedes hayan tenido la vivencia de que ciertas cosas sólo se le pueden decir o explicar a una sola persona, o sólo se pueden hacer con ella, y por lo general, si un análisis alcanza la profundidad suficiente, llega un momento en que analista y analizando comparten el secreto que ambos saben que no se podría compartir con nadie más y que, por lo tanto, establece una relación peculiar y única.

La gente del medio circundante tiene de esto exactamente la misma vivencia que se tenía en relación con la alquimia, es decir que tiene que haber algo sucio relacionado con todo aquello, porque de otra manera se podría hablar de ello sin reservas. Pero es totalmente imposible decir y hacer ciertas cosas a no ser con una

sola persona; tal es la unicidad y exclusividad de toda auténtica relación humana, y de todo encuentro auténtico con el inconsciente. Por eso es tan difícil, y en cierto sentido engañoso, usar el material para informes de casos, porque aparecen ciertas cosas que es imposible decir, no por razones de discreción ni porque tengan que ver con la sexualidad o se refieran a un matrimonio o a un divorcio; ni tampoco porque se relacionen con finanzas o con algún tipo de indiscreción vergonzosa —como siempre tiende a pensar la gente—, sino porque la cosa es *inefable*.

A veces la relación o el análisis se da en palabras dichas a medias que la otra persona entiende de una manera específica, pero que uno no puede repetir cuando habla del caso. Se pueden contar los sueños, y repetir lo que uno le dijo al analizando sobre su significado, pero uno sabe perfectamente bien que no está contando más que la mitad de la historia. También hay cosas que no se pueden decir porque suceden sin que uno lo sepa. Alguien puede decir después: «No recuerdo lo que usted dijo en aquel momento, pero se rió de cierta manera y a mí eso me sugirió algo». Eso puede suceder sin que ninguna de las dos partes lo note en el momento, y esos efectos no se pueden evitar ni se puede hablar de ellos, aunque en realidad puedan formar la base del proceso analítico y terapéutico.

Está también la simpatía entre dos personas, la *sympathia*, que significa que sufren juntas, que las dos se impresionan juntas, y esta condición de un «estar juntos» que proviene de participar en la misma experiencia no se puede explicar… no porque uno *quiera* hacer de ella un secreto, sino porque es inexplicable, irracional y muy compleja. De modo que se puede decir que en todo proceso de análisis hay un secreto, y por lo general uno no puede hablar de él. Es decir que si uno publica un caso, lo publica sólo en parte; es una cosa peculiar y única, y aunque la gente suele irse a casa pensando que ahora ya saben cómo funciona el proceso de individuación, están completamente despistados, porque se puede garantizar que el proceso de individuación de ellos funcionaría de manera muy diferente. *Per definitionem* es una individuación, y eso quiere decir algo único.

Por consiguiente, incluso referir un caso único desorienta, porque involuntariamente la gente generaliza a partir de él, pensando que ahora entienden cómo se lleva la terapia, pero ya están regando fuera del tiesto. Hay un verdadero secreto, porque tan pronto como se toca la peculiaridad del proceso, o del individuo, ya no se puede hablar más de ello. Muchas veces, cuando me piden que hable de material clínico, al recorrer mis casos pienso que estaría mal presentar cualquiera de ellos. Lo habitual es que no se puede hablar más que de los casos leves, o de los que van mal —y eso es humillante para nuestra vanidad—, pero por lo menos de un caso así se puede hablar.

Comentario: ¿No estará Isis refiriéndose a algo así cuando dice: «Tú eres yo y yo soy tú», después de lo cual ya no hay nada más que decir?

M. L. von Franz: Sí, exactamente, a eso apuntaba. En eso está el «yo soy tú y tú eres yo», y ése es el elemento que no se puede decir. Es la *unio mystica*, lo que

sucede en el fondo de aquello que tratamos de rechazar llamándolo «transferencia», con lo cual lo convertimos en algo técnico. Pero es un verdadero misterio, una experiencia mística, que por lo tanto nunca se puede impartir a otra persona ni compartir con nadie más.

Isis jura primero en nombre de Hermes, que es probablemente la traducción griega de Thoth, el dios lunar y el dios mono; después en nombre de Anubis, que no ha sido traducido y por lo tanto es reconocible en su forma egipcia, y también en nombre de Kerkoros; el aullido de Kerkoros se refiere al aullido del can Cerbero. En el texto paralelo, el nombre es Kerkouroboros. Ouroboros es la serpiente que se come la cola, de manera que debe referirse a un demonio en forma de perro que ha sido confundido con esta serpiente y al que aquí se describe como la serpiente y el guardián del submundo. O sea que es una mezcla de la figura de Kerberos —de ahí el «Ker» en la primera sílaba— con ciertas figuras guardianas del submundo egipcio, entre las cuales encontramos con mucha frecuencia la serpiente que se muerde la cola.

16. El Ouroboros, la serpiente que se devora la cola, como dragón coronado y como serpientes, alada y sin alas (compárese con los pájaros alado y sin alas de la ilustración 36.

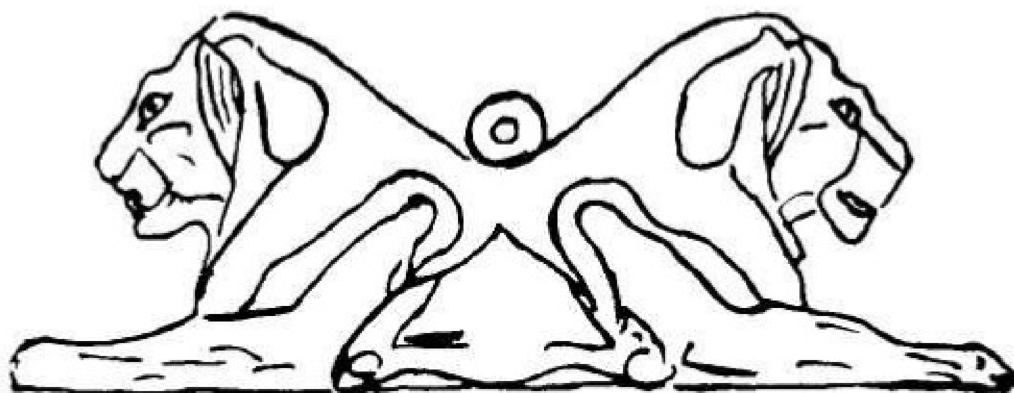
Les leeré ahora el texto que habla de la serpiente Ouroboros, tal como se la describe en ciertas tumbas egipcias. En la tumba de Seti I, por ejemplo, hay un dibujo de una casa con dos esfinges afuera, que es una especie de representación esquemática del submundo, donde tiene lugar la resurrección del dios solar. Antes de su resurrección, el dios sol aparece representado como un hombre ictifálico tendido de espaldas con el falo erecto, y alrededor de él está la serpiente que se come la cola. La inscripción dice simplemente: «Éste es el cadáver». Ya ven, por lo tanto, que en el submundo, cuando el dios sol ha llegado al momento en que muerte y resurrección se encuentran, cuando está en su tumba en la profundidad del mundo subterráneo, se lo representa rodeado por esta serpiente.

De acuerdo con el texto egipcio, se considera que la serpiente que se come la cola es la guardiana del submundo, y probablemente sea ésta la serpiente que aquí se

invoca.

«Te conjuro también en nombre del barquero Acheron», sigue diciendo el texto, y más adelante: «Ve a ver al campesino Acharontos, y él te dirá todo el secreto». Naturalmente, en lo primero que uno piensa es en el Acheron, el río subterráneo del infierno griego, pero, como evidentemente la traducción representa ideas e imágenes egipcias, tenemos que ver qué deidad o figura del submundo podría haber dado origen a un nombre así.

En relación con ello he encontrado algunas referencias muy interesantes. Hay un dios —o un concepto— egipcio llamado Aker, o a veces Akerou. A este dios se le representa con dos leones sentados lomo contra lomo, a veces con el disco del sol sostenido entre ambos lomos. A la imagen se la llama Rwti, o el doble león, y así se representa al dios, o a la palabra Aker. Se lo muestra como el doble león, o el doble perro, o como Ayer y Mañana, porque en la mitología egipcia esta imagen total representa el momento de la resurrección del dios solar. Ayer murió, mañana volverá a estar vivo. La medianoche, cuando el sol está en su punto más bajo y comienza otra vez a levantarse, es el momento crítico de la muerte a la vida, del ayer al día siguiente. Este momento, el más bajo de la *enantiodromia* y de la resurrección, es Aker, porque «Aker» significa «aquel momento».



17. Rwti, el doble león egipcio con el disco del sol, representa a Aker, el momento en que el sol reaparece después
de su viaje a través del submundo, el decir, el renacimiento de la conciencia después del vieja por el mar nocturno.

En estas lenguas muertas y en las antiguas lenguas primitivas, Aker no sólo significa el momento, sino también el lugar y la situación, la situación de muerte y resurrección, de ayer y mañana, de la resurrección y regeneración del dios solar. A veces no se representa a Aker como este punto, el más profundo del submundo, sino como la puerta hacia el Más Allá, de la cual son guardianes los dobles leones, de modo que hay una adición y mezcla de dos ideas; es la entrada al Más Allá, el *limen* o el punto más profundo del propio submundo. En las tumbas de Tutmosis III y de

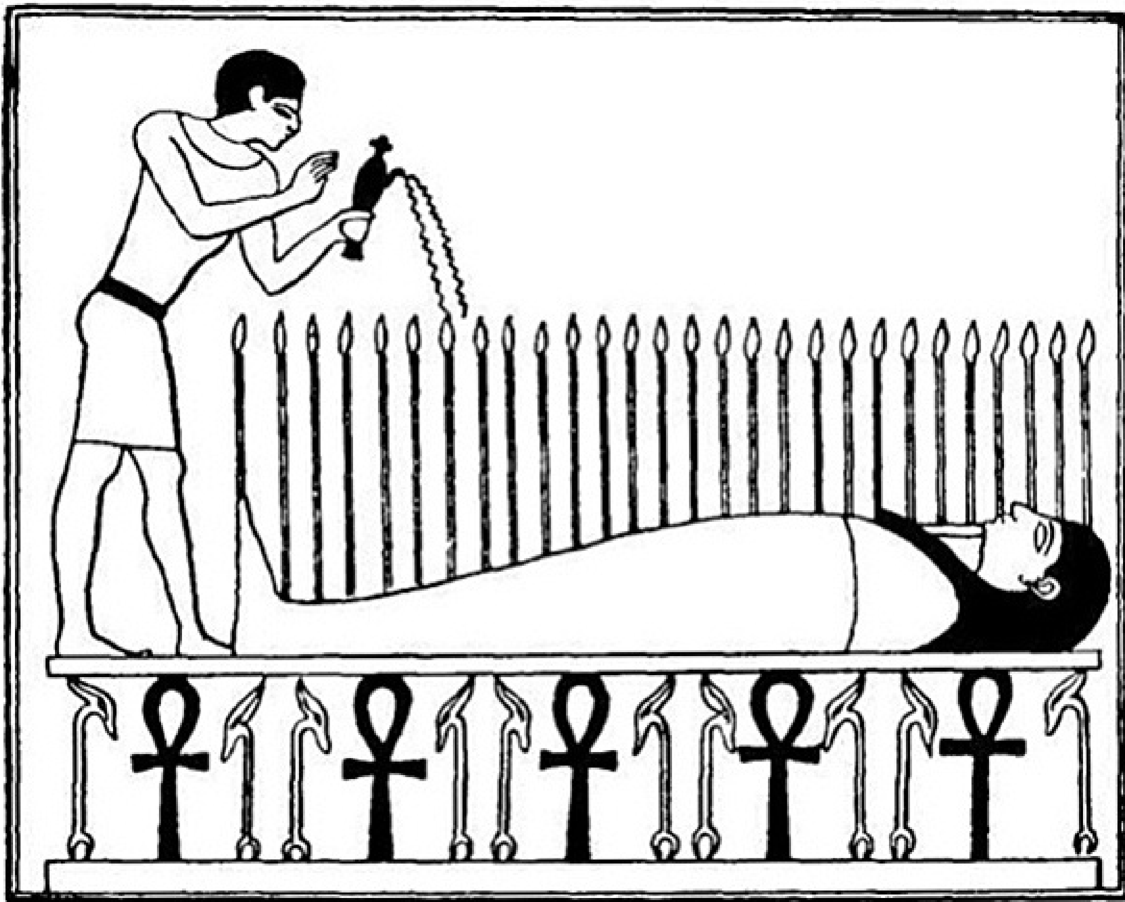
Amenofis II se encuentra la misma escena que en la tumba de Seti I.

Les leeré ahora algunas de las invocaciones. En el Libro de las Cavernas, uno de los libros de los muertos en sus múltiples variaciones egipcias, el dios solar dice cuando está en el submundo: «Oh, Aker, he seguido tu camino, tú cuyas formas son misteriosas, abre los brazos delante de mí. Aquí estoy, aquellos que están dentro de ti me llaman». Cuando dice: «aquellos que están dentro de ti me llaman», Aker es simplemente el submundo entero, el espacio en el submundo, y los que están en el submundo son los espíritus de los muertos y el dios de los muertos, y los espíritus llaman al dios solar cuando éste se hunde en el submundo. El texto continúa: «He visto tus misterios, mi disco solar y Geb, el dios de la tierra, son aquellos a quienes llevo sobre mis espaldas. Chepera está ahora dentro de su envoltura». Chepera es la forma del dios solar cuando resucita, ahora que está en el huevo, en la envoltura, y en un momento más aparecerá sobre el horizonte. «Abre los brazos, recíbeme. Heme aquí, yo he de ahuyentar tu oscuridad».

En la tumba de Ramsés VI, Aker está representado por los dos leones, y debajo de ellos se leen las palabras: «Mira qué apariencia tiene este dios. Geb, el dios de la tierra, y Chepera, el escarabajo, observan las imágenes que hay dentro de él». Así pues, Aker es un espacio que contiene los muertos, o las imágenes de todo lo que existe. No es solamente el doble león, o la puerta hacia el Más Allá, sino ese espacio misterioso en el submundo donde están los muertos y las imágenes. El los vigila y los tiene en sus brazos. Este gran dios se queda abajo, en el submundo, y habla con la gran imagen que transporta su cuerpo. Aker es la gran imagen que carga con el cadáver o cuerpo del dios solar, como se lo puede entender por el dibujo. El dios solar vierte luz sobre todo lo que descansa en los brazos de Aker, el que produce la reunión de los huesos del dios: reúne los huesos dispersos del cadáver.

Uno de los grandes motivos del Libro de los Muertos egipcio es que los muertos son desmembrados, como desmembrado fue Osiris, y por lo tanto se los ha de reconstruir antes de que puedan resucitar; se los debe volver a armarlos para que puedan levantarse y salir del submundo. Aker es el agente que recolecta los huesos y los miembros del dios.

Otra representación que se encontró en la tumba de Ramsés VI es la del doble león de pie entre las aguas primordiales. Debajo de la inscripción se lee «Aker» y después hay una elipse, que en este contexto simboliza el submundo, o el mundo de los muertos; y la inscripción dice que Aker y Shu, el dios del aire, son los dos creadores del mundo. Así ven ustedes que Aker no sólo es el agente en la resurrección del dios solar y del submundo todo, sino también uno de los agentes de la creación del mundo. A veces los dobles leones son reemplazados, como ya les dije, por dos animales que parecen perros, los chacales de Anubis, y entonces la inscripción que llevan debajo dice: «Éstos son los que abren el camino, los agentes de la resurrección».



18. El cereal brota del cuerpo de Osiris.

Creo, por consiguiente, que no sería demasiado rebuscado conjeturar que Acharon, o Acharontos, alude a este dios egipcio, porque, como ustedes saben, el contenido principal del gran secreto que Isis imparte a Horus es que un león genera un león, la cebada genera cebada, el trigo genera trigo y así sucesivamente; por lo tanto un hombre sólo se genera de la misma manera y, se dice también especialmente, un perro genera un perro.

Entonces, lo que al principio parece un enunciado natural muy trivial, es decir, el secreto de la generación sexual, y de los gérmenes, y de la generación de las plantas, se revela como algo que en la antigüedad tardía de Grecia y Egipto tenía una trama de asociaciones completamente diferente. Todas estas imágenes estaban conectadas o asociadas con la idea de la resurrección de los muertos, de la re-creación del dios solar y de la re-creación del mundo; ésa es una alusión secreta que hay en el texto.

Como ustedes saben, con frecuencia se ha representado la resurrección de Osiris mediante el símil —aunque es más que un símil— de la resurrección del cereal. En la antigüedad tardía —por ejemplo, en muchos pueblos egipcios— se celebraban rituales durante los cuales se cortaba y se ahuecaba un tronco de pino, que representaba el cuerpo de Isis, o el ataúd; como ustedes saben, el ataúd es la diosa madre. En él se ponía trigo o cebada, se lo regaba y el grano, puesto al sol, brotaba y

representaba así un ritual de resurrección y de primavera. En el museo de El Cairo se puede ver aún esta momia de trigo. En una especie de caja plana llena de arena se sembraba cereal en la forma de la momia de Osiris, se lo rociaba con agua, brotaba y después se marchitaba. A aquellas cajas se las llamaba los jardines de Osiris, y representaban la resurrección de los muertos. El proceso se repetía en todos los funerales clásicos egipcios: se ponía trigo dentro de las bandas de la momia y se lo regaba con agua; cuando el trigo empezaba a brotar, era señal de que el muerto había resucitado. En esta forma, típicamente primitiva y mágica, todos estos rituales se cumplían en forma completamente literal sobre la momia. Es decir que en la mente del pueblo, el proceso de la muerte del cereal en la tierra y de su resurrección como trigo o cebada se relacionaba estrechamente con la idea de la resurrección, primero del dios Osiris, y más adelante de todos los seres humanos.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con la alquimia? Está claro que parece referirse a ciertos antiguos misterios tardíos de los muertos en el Egipto de la época helenística, y podemos reconocer la conexión con el famoso misterio arquetípico de la muerte y resurrección del joven dios de la primavera. Pero, ¿por qué aparece esto como la explicación esencial de todo el misterio alquímico? Y sobre todo, ¿por qué, en el texto que les leí la última vez, después de esta explicación aparecen unas recetas tan absolutamente triviales? Creo que para entender en qué estaba pensando aquella gente se ha de empezar ante todo por ser sumamente ingenuo y seguir los pasos de un pensamiento ingenuo.

Supongamos que ustedes piensan en su propia resurrección, si es que la esperan, aunque quizá no puedan creer en ella. Naturalmente, lo primero que se les ocurre es el cadáver y qué pasa con él. Se lo comen los gusanos, o en el crematorio lo reducen a cenizas. Si somos ingenuos y sinceros, no podemos apartar la mente de la visión inmediata de lo que queda de nosotros después de la muerte, y por lo tanto en todas las civilizaciones humanas al cadáver se lo trata con gran cuidado y con toda clase de rituales, porque representa un misterio. La forma del ser humano que vivió sigue allí, pero algo falta, o ha cambiado. El sentimiento ingenuo sigue tomando a eso que está allí por nuestro padre, o nuestro amigo, o quien fuere… y si no, ¿qué es? Si uno espera la resurrección, si piensa que tal cosa existe, entonces al cuerpo que se ha desintegrado se lo ha de volver a armar de alguna manera. Si seguimos ingenuamente esa idea, pensaremos que, si conociéramos la materia básica de la cual está hecho en su totalidad el complejo fenómeno del cuerpo, entonces se lo podría rehacer.



19. Mientras Isis le da instrucciones, Anubis unge la momia de Osiris.



20. La resurrección de Osiris, ayudado por Neftis e Isis.

¡No se imaginen que estoy predicándoles esto como una verdad! Lo único que quiero es mostrarles que sería una idea susceptible de ocurrírsele a una mente ingenua, y con frecuencia, al tratar de hablar con diversas gentes del problema de la resurrección, he visto que efectivamente piensan en esta línea. Hablan del cuerpo glorificado… pero podría haber una materia o sustancia básica. No sabemos lo que es la materia, de modo que a partir de esa base, de lo que nosotros no sabemos y es el secreto del propio Dios, ¿por qué El no habría de rehacer el cuerpo íntegro? Se trata de una creencia común entre muchos cristianos que no lo han pensado muy profundamente pero que, en un esfuerzo por entender, tienen una idea general de la resurrección del cuerpo, y creo que detrás de estos textos había pensamientos de ingenuidad similar. Es decir que el problema de la resurrección se vincula con el problema de lo que es la materia y con la idea de que, si la materia tiene una forma básica, puede ser transformada.

Ahora bien, si hay una materia básica que se puede transformar en alguna otra cosa, entonces esa materia básica es inmortal y no se la puede disolver jamás. Ésa es incluso la idea del átomo —aquello que ya no se puede escindir más—, es decir, la partícula o el material más básico, que es lo que significa la palabra. Significa también el individuo, la última unidad. No se lo puede escindir ni desintegrar, y por consiguiente es inmortal, de modo de aquí tocamos una cosa eterna, y si llegamos al fondo de eso, entonces tendremos el secreto de la resurrección y de la inmortalidad, y de cómo hizo Dios el mundo.

Ésa era la línea de pensamiento y la reflexión subyacentes en las ideas contenidas en este texto, lo que explica que se haya investigado la composición básica de la materia cósmica. El hecho de que para aquellas gentes el problema de la resurrección de los muertos estuviera ligado con ideas así demuestra que la esperanza de inmortalidad, todo el tremendo impulso emocional que siente el hombre en su nostalgia de inmortalidad, se canalizó en aquella época en la alquimia, lo que explica cómo llegó a proyectarse en este problema la imaginería del proceso de individuación.

Hasta ahora no he hecho más que reforzar y ampliar lo que antecede con algunos textos egipcios, pero después voy a leerles un texto completamente diferente, del siglo V, por el cual verán que pensamientos como éstos existían realmente. Hasta el momento apenas si se ha aludido a ellos, de manera que tenemos que reconstruirlos a partir de otros textos.

Después de la referencia al enunciado según el cual un león genera un león y un perro un perro, el texto continúa: «Tras haber tenido la suerte de participar en el poder divino, podemos proceder ahora a la preparación de otras cosas. Tómese por lo tanto mercurio…», y así sigue. Después, el texto continúa con las recetas, que yo no puedo interpretar porque, simplemente, no sé qué significan. Algunas, como la de la orina de un niño todavía no corrompido, se pueden ampliar, porque sabemos que ésta desempeñaba un papel en la magia de la antigüedad tardía. No sabemos a qué otras

sustancias se refiere, y los historiadores de la química hacen conjeturas, sin ponerse de acuerdo, sobre su probable significado, que en su mayor parte no se ha podido establecer en forma definida. Sólo sabemos que son mezclas de metales y otras sustancias, que se usan principalmente para preparar aleaciones, y que había ciertos procedimientos de fusión o de corrosión lenta en los que se aplicaban ácidos. Mientras sigue dando este tipo de recetas, Isis expresa: «Ahora, hijo mío, ya conoces el misterio que es el elixir de la viuda». Esta expresión demuestra que algunas recetas se refieren más bien a elixires curativos, o a algunas poderosas medicinas —en el sentido africano de la palabra— que a la producción de ningún tipo de metal. ¿Cómo se relaciona todo esto para un pensamiento ingenuo?

De niña tuve una experiencia que quizá pueda aclararlo. Cuando tenía unos diez años, con frecuencia no podía ir a la escuela más que de mañana, por enfermedad. Por la tarde, cuando mi hermana estaba en la escuela, yo estaba sola y muy aburrida, sin nadie con quien jugar. Entonces, en el fondo del gallinero, establecí lo que llamaba mi laboratorio. Una vez había leído que el ámbar se formaba cuando en el agua de mar caía resina, que se solidificaba después de muchos años. Por eso pensé en hacer ámbar. El ámbar, en mi fantasía, no tardó en convertirse en una perla amarilla, y pensé que haría una perla de ámbar, redonda y amarilla.

Trepando y cayéndome una y otra vez de pinos y abetos, recogí una cantidad de resina, pero después pensé que tenía que producir agua de mar. Por el diccionario me enteré de qué estaba hecha el agua de mar, saqué del cuarto de baño sal y iodo y mezclé, tan completamente como puede uno hacerlo a esa edad, algo a lo que yo llamaba agua de mar. Después se me ocurrió que al ámbar había que purificarlo para que se pudiera producir la perla amarilla, y empecé a fundirlo y cocinarlo para quitarle las hormigas muertas y cosas así que había en él, y mientras lo hacía y observaba cómo el ámbar se calentaba y se derretía empecé, en mi soledad, a sentir pena por él y a pensar que se estaba quemando y que debía apaciguarlo. Entonces comencé a hablar con la resina, diciéndole que no debía sentirse desdichada si la quemaba, porque finalmente iba a convertirse en una maravillosa perla amarilla, y por eso ahora debía soportar que la torturase con el fuego.

De esta manera me armé toda una fantasía relacionada con la producción de la perla amarilla, una idea que se había originado muy racionalmente a partir de algo que había leído. Pero en la soledad de la tarea, la cosa llegó a convertirse en un *opus* alquímico completo, con plegarias por el éxito y todo. Yo le rezaba al ámbar, pidiéndole que no se enfadara conmigo por cocinarlo, y le prometí que lo convertiría en una perla, y así sucesivamente. Eso corresponde a una mentalidad primitiva o infantil, y debemos suponer que aquellas gentes tenían una actitud similar. Hay que recordar que en aquella época era muy peligroso hacer experimentos químicos, porque entonces a uno lo consideraban un médico brujo, con todas las consecuencias que aquello significaba. Uno inspiraba respeto, pero también odio y miedo, y por lo tanto aquéllas eran cosas que había que hacer en secreto y soledad, condiciones que

siempre movilizan el inconsciente.

Se podría describir esta ocupación de niña, que se prolongó durante más de un año, como un juego o una especie de imaginación activa, realizada con sustancias químicas… y eso, en gran medida, es la alquimia. La imaginación activa puede ejercitarse con colores; en la actualidad lo hacemos principalmente pintando o escribiendo cuentos, pero también se puede hacer de otra manera: reuniendo y mezclando sustancias. Era lo que hacía aquella gente, y así era como se desviaba un poco de la senda de un mero experimento químico para producir otro en el cual predominaba el material de la fantasía, así como yo empecé racionalmente con la intención de hacer ámbar, y durante el proceso caí en la fantasía de hacer una perla amarilla.

En este campo de experimentación se producen, tanto como en otros, acontecimientos sincrónicos, que son vividos como milagros y, naturalmente, confirman estas fantasías. Que esto sigue sucediendo en los modernos laboratorios de química queda probado por lo que oí contar de un científico que intentaba producir por síntesis química cierta vitamina. Tenía todo calculado y sabía que al fin obtendría el producto, pero parecía que la cosa no quería cristalizar. El momento en que algo cristaliza depende de factores muy irracionales. Es claro que el peso, el calor y la forma de la mezcla desempeñan todos su papel, pero todavía hoy hay factores que no se pueden pasar por alto en la fabricación química, aunque no se sabe de qué dependen. Entonces, contrariamente a todas las expectativas, el condenado mejunje no cristalizaba. El hombre lo vigilaba día y noche, diciendo que tenía que cristalizar, pero aquello seguía estando líquido. El científico se hartó de vigilarlo y encargó a un ayudante que siguiera manteniendo determinada temperatura. Cuando se fue a su casa y se durmió, tuvo un asombroso sueño alquímico en el que una voz le decía:

—Si vas ahora, ¡verás que ha cristalizado!

Cuando se levantó para telefonear, comprobó que era verdad: ¡había cristalizado! Es decir que el inconsciente de aquel hombre estaba efectivamente conectado con el proceso químico que se producía en la retorta, o informado de él.

Pueden ustedes ponerle el rótulo de sincronicidad, pero con eso no han explicado nada. Es un hecho, simplemente. Y demuestra que no sabemos de qué manera está conectado el inconsciente con la materia, sino sólo que lo está, y que tiene un conocimiento de estas cosas; cómo, no sabemos, porque por el momento, en este aspecto, nuestro conocimiento científico ha llegado al cabo de la calle. Al parecer, incluso en los tiempos más modernos, la química sigue teniendo una conexión con el inconsciente de la persona que hace el experimento, incluso hasta el punto de que sucedan cosas como la que les he contado. Aquí volvemos a hacer contacto con un secreto, y esta clase de vivencias, pero con una base más burda y primitiva, era generalmente el respaldo de los experimentos de los alquimistas.

Si resumimos el texto que acabamos de comentar, no desde un punto de vista psicológico, sino desde el histórico, vemos que en la alquimia hay ideas y

concepciones religiosas que se remontan al Egipto helenizado, con su adición y mezcla de la religión griega y la egipcia tardía. No puedo leerles todos los textos, pero en otros hay trazas del simbolismo gnóstico y del judío, y de muchas otras religiones de la época. El otro elemento, conectado en el pensamiento pero no en lo que se refiere a los textos, es el de las recetas, sin duda vestigios de las tradiciones secretas del arte, que se originaron con los médicos brujos africanos y se referían a la preparación de filtros de amor, medicinas para asegurar la belleza, aleaciones y cosas semejantes. Todas esas recetas eran los secretos de los artesanos del metal y de los médicos brujos. Es probable que durante la civilización egipcia hayan sido transmitidas por ciertas clases de sacerdotes que, con el permiso del faraón reinante, tenían el monopolio de la manufactura de ciertas aleaciones o medicinas, cuyas recetas debían de conservar en libros secretos que se guardaban en los templos.

De la misma manera, en el museo de El Cairo hay actualmente un papiro, hallado en una excavación, que contiene todas las recetas para embalsamar cadáveres. Las instrucciones para este complicadísimo procedimiento están dadas de manera puramente técnica y química. Era el secreto de la clase de los sacerdotes de Anubis, y constituía un conocimiento que sólo se impartía a los sacerdotes iniciados. Esto se remonta probablemente a la más antigua tradición primitiva de los médicos brujos africanos, y todavía se la puede descubrir en África en forma más simple, ya que la actitud psicológica y el secreto en que se apoyan tales procedimientos siguen siendo los mismos.

El texto griego que les presentaré ahora introduce un tercer elemento en estos primeros escritos químicos griegos, a saber, la filosofía griega de la naturaleza. Quizás uno de los mayores acontecimientos históricos de la antigüedad tardía fuese que en la filosofía natural griega, la filosofía presocrática, hubiera hombres que, como Tales, Anaximandro y Anaxímenes de Mileto, Demócrito de Abdera y Heráclito de Éfeso, hicieran conjeturas sobre las teorías establecidas sobre la naturaleza y fueran los creadores de términos técnicos tales como tiempo, espacio, átomo, materia y energía.

Todos los conceptos básicos de la física moderna se remontan, como ustedes saben, a la filosofía griega, porque los griegos fueron los creadores de estos conceptos en su significado específico, es decir científico-natural, aunque no hayan experimentado en gran medida con la materia. Por ejemplo, si Demócrito dice que el átomo tiene diferentes formas —digamos que a modo de pequeñas pirámides con ganchos en los ángulos que les permiten conectarse— ése sería el tipo de modelo materialista de su idea del átomo. Los átomos redondos serían el alma, y hay también átomos de fuego que ruedan por entre los espacios del átomo; ése es el modelo de la realidad de Demócrito.

A los griegos jamás se les ocurrió probar o demostrar por experimentación esas cosas, como en el procedimiento científico común en la actualidad, en que si uno tiene un modelo conjetural así, trata de demostrarlo con experimentos prácticos,

comprobando así si coincide o no con los hechos. Esto los griegos no lo hacían. Pero después el pensamiento griego —desdichadamente, ya en una fase muy diluida— entró en contacto con las ciencias secretas egipcias, que consistían enteramente en una antiquísima tradición artesanal y práctica sobre el comportamiento de la materia. Los egipcios sabían muchísimo desde el punto de vista práctico. Sabían preparar esmaltes y tinta invisible, y conocían toda clase de aleaciones complicadas, y cuando estos dos mundos se encontraron, en el Egipto de los Ptolomeos, el contacto fue enormemente fértil para ambos, porque lo que en la tradición egipcia eran recetas y pensamiento religioso se encontraba ahora con la precisión del pensamiento científico de los griegos.

Podríamos decir que aquél fue el momento en que nació la alquimia, cuando los modelos de pensamiento de la filosofía griega se unieron con las prácticas experimentales de las tradiciones egipcias. Para adentrarlos a ustedes un poco más en este punto, quisiera leerles un breve bosquejo de un texto larguísimo de Olimpiodoro, un alquimista tardío cuyo nombre habrán encontrado sin duda en los escritos de Jung.

Olimpiodoro fue ministro y funcionario en la corte de Bizancio en el siglo V. Fue miembro de una delegación que visitó a Atila, rey de los hunos, y escribió una historia de su época, bastante famosa, que publicó en el año 425. Algunos de sus biógrafos dicen que al mismo tiempo era conocido como un gran mago y médico brujo en la corte bizantina, y, según los textos, estaba muy ocupado con experimentos alquímicos. Sin embargo, en las historias de la alquimia se dice que esto no es verdad, porque Olimpiodoro no poseía muchos conocimientos prácticos, e incluso si realmente realizaba experimentos, es seguro que se interesaba más por los aspectos teóricos o simbólicos de la alquimia.

Sostenía que los objetivos de la alquimia no se podían alcanzar de manera racional, que uno podía seguir las recetas tanto como quisiera, pero que jamás llegaría a ninguna parte sin la ayuda de la magia y de los poderes mágicos. Así empezó a tener una doble actitud hacia lo que se podría llamar ciencias serias o prácticas y la magia, una escisión con la que no hemos tropezado en textos anteriores. La razón de ello es que Olimpiodoro tenía una educación filosófica griega que intentaba aplicar a sus conocimientos. Me gustaría presentarles el texto, como hice con el de Isis, en su extraña confusión literal, para que puedan tener sus propias impresiones personales. Tomaré una sección del capítulo XXX, sobre el Arte Sagrado o Divino, y después seguiré desde el capítulo XLI, que ofrece, por así decirlo, la esencia de sus escritos.

En el capítulo XXX, Olimpiodoro habla del plomo y cita a la profetisa María, de quien se cuenta que dijo que el plomo negro debe ser considerado como la base de la obra. Él comenta esta afirmación, y el tema se continúa en el capítulo XLI, que dice:

Ahora veamos cómo se prepara el plomo negro. Como dije antes, el plomo común es negro desde el comienzo mismo, pero *nuestro* plomo se vuelve negro, cosa que al principio no era. Los experimentos os enseñarán, y por ellos descubriréis la verdadera demostración y prueba. Las opiniones dignas de crédito son unánimes en este asunto.

Ahora intentaré abordar nuestro objetivo. Si el Asem [una aleación semejante a la plata, aunque no se sabe exactamente qué] no se convierte en oro, o no podría convertirse en oro aunque es una obra, no se ha de despreciar lo que decían los antiguos, a saber que la letra mata pero el espíritu lleva a la vida. [«… pues la letra mata, mientras que el espíritu da vida». II Corintios 3, 6].

Ahora, esto está en completa armonía con todo lo dicho por los antiguos filósofos y apunta al mismo fin, a la palabra del Señor. [Olimpiodoro era cristiano y citaba la Biblia, señalando que no se han de tomar al pie de la letra las recetas y los textos alquímicos, porque aquello mataba, sino que se debe entender el espíritu del texto y lo que *esto* significa]. Los oráculos de Apolo también están en armonía con lo que queremos decir, porque mencionan la tumba de Osiris [Esto amplifica nuestro otro texto]. Pero, ¿cuál es la tumba de Osiris? Hay un cadáver, amortajado como una momia con bandas de lino, con sólo el rostro desnudo visible, e, interpretando a Osiris, el oráculo dice: «Osiris es el sofocado féretro donde están ocultos sus miembros y cuyo rostro solamente es visible a los mortales. Ocultando los cuerpos, la naturaleza se asombra. Él, Osiris, es el principio original de todas las sustancias húmedas. Sujeto como un prisionero lo mantiene la esfera del fuego. Él, por consiguiente, ha sofocado todo el plomo».

Otro oráculo, por el mismo autor, dice:

Tómese un poco de oro al que se llama el macho de la Chrysokolla [sea lo que fuere esta sustancia] y un hombre que haya sido amasado. El oro de la tierra etíope lo produce de sus granos. Cierta especie de hormiga lleva el oro a la superficie de la tierra y lo disfruta. Póngaselo junto con su esposa de vapor hasta que salga la divina agua amarga. Cuando se haya espesado, o coloreado de rojo [cobre rojo] con el zumo del vino dorado de Egipto, únteselo sobre las hojuelas de la diosa que trae la luz [que debe de ser la luna] y también del cobre rojo [«cypris» tanto puede significar «cobre» como «Venus»] o de la roja Venus [probablemente se alude a Venus] y después hágaselo espesar hasta que se coagule en oro.



21. La doble faz de la alquimia (laboratorio y biblioteca) corresponde a la naturaleza doble del proceso de individuación.

Ahora bien, el filósofo Petasios, quien habla del comienzo del mundo alquímico, está en completa armonía con esto, y él también se refiere a nuestro plomo cuando dice que la esfera del fuego sujeta y sofoca a través del plomo. Después, interpretando sus propias palabras, dice: «Todo eso proviene del macho, o del agua arsenical».

La palabra «arsénico» significa «masculino»; no es el arsénico que conocemos, sino que se refiere a todas las sustancias que llevan en sí un impulso dinámico que afecta a otras sustancias. Todo lo que parece afectar a otras sustancias era masculino porque era activo, de manera que no hay que confundirlo con lo que hoy llamamos arsénico. Al arsénico es a lo que él se refiere cuando habla de la esfera del fuego.

El plomo está tan poseído por los demonios y es tan desvergonzado que quienes quieren aprender algo de él caen en la locura a causa de su inconsciencia. Ustedes habrán encontrado esta expresión en los libros de Jung, quien la cita con frecuencia.

Ahora me explicaré sobre los elementos químicos y entonces esto se aclarará. Llaman plomo al huevo —me refiero al huevo de los cuatro elementos—; eso es lo que dice Zósimo, y por ello en realidad se refiere siempre al plomo. Si ellos explican su forma, en realidad aluden en secreto a la totalidad de la cosa, porque, como dice María, los cuatro elementos son uno. Cuando se oye la palabra «arenas» se ha de entender que aquello significa «formas» o ideas [en griego puede significar tanto una

cosa como la otra]. Si oyen «eide» [formas, ideas], eso significa en realidad «las arenas» —el tipo de arena— porque los cuatro cuerpos, o los cuatro elementos, son también las cuatro «corporeidades» [ésta es una palabra inventada, pero en griego es igual].

Zósimo explica la cuádruple corporeidad de la siguiente manera: Ahora la pobre [en griego el adjetivo es femenino] cosa cae dentro del cuadrucuerpo en el cual está encadenada, e inmediatamente cambia de un color a otro, todos los colores en los cuales la técnica desea atarla: blanco, amarillo e incluso negro, o primero negro, después blanco y después amarillo, y cuando esta cosa femenina ha evidenciado todos estos colores, y ha rejuvenecido, continúa envejeciendo y después se muere en el cuadrucuerpo, que significa hierro, estaño, bronce y plomo, con cada uno de los cuales ella muere en la rubedo —el estado de enrojecerse— y entonces es completamente destruida de modo que no pueda escapar, un hecho que es muy satisfactorio para los alquimistas, porque ahora ella no puede huir. Y entonces uno repite toda la cosa, por la cual su perseguidor también es encadenado [el que persigue a esta mujer también es encadenado], todo lo cual tiene lugar fuera del recipiente redondo.

¿Qué es el recipiente redondo? Ya sea el fuego o la forma redonda del recipiente impide que ella se escape. Así como en una enfermedad la sangre había sido destruida y ahora se renovaba, igualmente en su estado argénteo se ve que ella tiene sangre roja, y eso es el oro.

Éste es un largo pasaje literal de verdadera alquimia, por el cual ustedes pueden ver lo caritativo que ha sido Jung al seleccionar pasajes y publicarlos reunidos en capítulos, porque si leyeran el texto original a ustedes también podría darles la locura del plomo. Cuando se leen los libros de Jung uno piensa que es imposible entender la cosa porque todo es demasiado complicado, pero en realidad él la ha simplificado enormemente y ha hecho un esfuerzo tremendo por sacar las perlas del montón de estiércol y por darle alguna forma, porque el material original era como lo que hemos visto. Si se han acostumbrado ustedes a seguir esta línea de pensamiento, se encontrarán con que toda la cosa es completamente lógica, tiene la misma lógica que un sueño y se la puede tomar así. La primera vez que ustedes oyen un sueño les parece completamente chiflado, pero si leen este material como leerían un sueño captarán su significado.

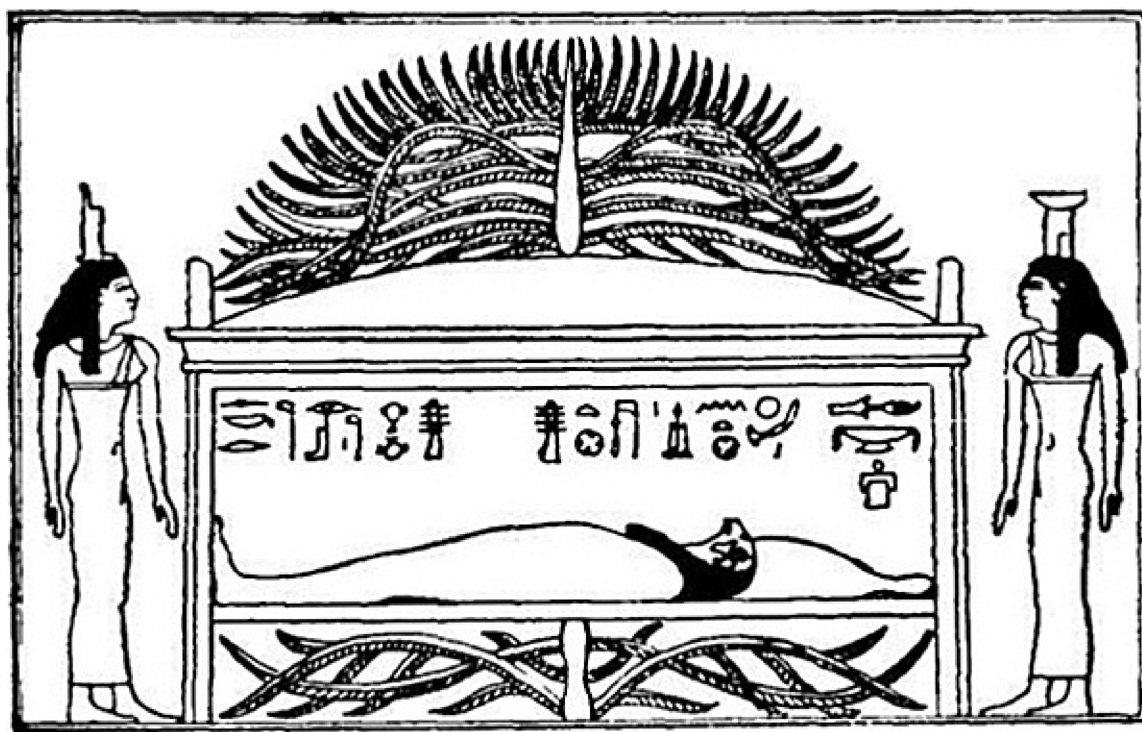
Por ejemplo, Olimpiodoro habla del plomo negro y está claro que se trata de la sustancia originaria y que es por consiguiente el misterio del cual ya hemos hablado —*la prima materia*—, la sustancia básica del mundo, donde reside el secreto divino de la vida y la muerte. Él lo llama «nuestro plomo», que al principio no es negro, y lo contrapone al plomo común, con lo cual quiere decir que lo que los artesanos ordinarios llamaban plomo (el que se usa para fabricar cañerías, ya que en la época del Imperio romano el agua se transportaba por cañerías de plomo) no es a lo que ellos —los alquimistas— se refieren al hablar de plomo. Es una clase diferente de

plomo, una sustancia más básica con la cual se ha de experimentar, nos dice, para descubrir a qué se referían los autores anteriores.

Cita después la Biblia, diciendo que el texto no se ha de tomar literalmente, lo que también es comprensible, y dice que la transformación del plomo es un secreto. Después cita un oráculo de Apolo, que debe de estar en un escrito más antiguo que se ha perdido, dice que éste es el féretro de Osiris.

Para entenderlo, ustedes deben conocer la leyenda según la cual Seth mató a Osiris fabricando primero un féretro de piorno y después haciendo que durante una fiesta los invitados borrachos se metieran en él con el pretexto de ver a quién le iría bien de tamaño. Pero cuando Osiris entró en el ataúd, Seth se apresuró a ponerle la tapa, lo cubrió de plomo y lo arrojó al mar. Por lo tanto se podría decir que Osiris fue sofocado en plomo, y se puede pensar que la tumba de Osiris era un ataúd de plomo, o un féretro sellado con plomo dentro del cual está el dios muerto, o el espíritu divino, en la forma que asume en la muerte.

Éste es el significado que se trata de transmitir. Osiris yace como una momia en el féretro, con sólo el rostro visible. Ustedes han visto momias amortajadas con bandas de lino y con la máscara que muestra el rostro. El significado de esto no está claro, pero se podría decir que en ello había algo de humano y algo de inhumano, porque si hubiéramos de interpretarlo simbólicamente, como un sueño, diríamos que debe de referirse a un ser semihumano; si el rostro es humano, entonces en parte se puede entender desde el aspecto humano, pero hay una parte que no se puede entender.



22. Osiris en el féretro de cedro cubierto de plomo, que representa el eclipse de la conciencia, la depresión.

Olimpiodoro continúa diciendo que el propio Osiris es el féretro sofocado, o la tumba, que oculta sus miembros y sólo muestra la cara a los seres humanos. *Brotois* es un nombre específico para los seres humanos, que significa «los mortales». Osiris es inmortal, o el inmortal mortal, que a los mortales sólo muestra su rostro humano, en tanto que el resto de su cuerpo es un secreto. «Ocultando los cuerpos, la naturaleza se maravilló, o quedó asombrada». No puedo entender esto del todo, a no ser que debe de significar que es parcialmente comprensible porque hay un rostro humano, y parcialmente un misterio, del cual hasta la naturaleza se maravilla. No puedo dar ninguna otra explicación. «Ése es el comienzo de todas las sustancias húmedas», es decir, de la materia básica, originaria, del punto de partida (*Arché*). La sustancia húmeda representa el material básico del cosmos, atrapado en la esfera del fuego.



23. La vasija alquímica sellada aquí, contiene a Mercurio como símbolo del espíritu aprisionado en la materia.

Por lo que sucede después se puede ver que había la conexión siguiente: la materia se ponía en una botella que se sellaba firmemente y se la ponía a cocer, y se consideraba que esto era un paralelo exacto con el espíritu divino, Osiris, el hombre dios, que yace muerto en su féretro de plomo, porque la materia en la botella estaba exactamente en el mismo estado.

Eso era precisamente lo que sentía yo cuando torturaba a mi resina en mi niñez,

porque sentía que estaba torturada por el fuego en su botella, por así decirlo; no podía escaparse, es decir, no podía evaporarse, porque yo también había cerrado mi botella. Entonces está atrapada y la tengo en mis manos y estoy haciendo algo con ella. La analogía es Seth que atrapa a Osiris, y ahora como éste ha sido atrapado por Seth, por el poderoso principio del mal, se transforma y resucita. Ésa era, probablemente, la asociación que hacían. Entonces él ha sofocado todo el plomo. Aunque esto no lo entiendo, me parece que este aprisionamiento en un féretro, o en un recipiente alquímico, podría representar un proceso de sofocación, la muerte de la *prima materia* por sofocación.

Sin duda, aquí hay una analogía con lo que hacemos cuando impedimos que un ser humano proyecte en forma ingenua, y obligamos a esa persona a que se enfoque sólo sobre sí misma; eso sería como una sofocación, porque lo que uno quiere es ir al analista a decirle: «Así es como me educó mi madre». A eso, el analista responde que uno debería ver el papel que desempeñó en ello su propio complejo, y entonces uno tiene que aceptar todo aquello por lo cual antes había culpado a Dios y a los hados, a los padres y al marido. Todo eso hay que volver a aceptarlo como propio, y es como una sofocación, una especie de muerte, porque el impulso a proyectarlo todo en el exterior se ha visto detenido.

La vasija es un símbolo de la actitud que impide que nada escape hacia afuera, es una actitud básica de introversión, que en principio no deja escapar nada hacia el mundo exterior. La ilusión delirante de que todo el problema está fuera de uno se tiene que acabar, y las cosas hay que mirarlas desde adentro. Ésa es la forma en que ahora «sofocamos» el *mysterium* del inconsciente. No sabemos lo que es el inconsciente, pero lo sofocamos mediante este tratamiento concentrado por el cual se detiene toda proyección, intensificando el proceso psicológico. Es también la tortura del fuego, porque cuando el flujo de la intensidad de los procesos psicológicos se concentra, uno se asa, se asa en lo que uno es. Por lo tanto la persona que está en la tumba y la tumba misma son la misma cosa, porque te asas en lo que tú mismo eres y no en ninguna otra cosa; o se podría decir que uno se cocina en su propio jugo, y es por lo tanto la tumba, el contenedor de la tumba, el que se sofoca lo que lo sofoca, el féretro y el dios muerto que hay dentro.

El que está dentro, naturalmente, no es el yo sino todo tu ser, porque tú estás mirando a todo tu ser y no a tu yo que quisiera escaparse. Ahora bien, esto es tan doloroso que todos intentamos escaparnos. Creo que en años y años no he analizado a nadie que de cuando en cuando no haya flirteado con la idea de abandonarlo todo y retornar a lo que llamamos vida normal. Por ende, pienso que es muy comprensible que el texto, después de un tiempo, hable de la mujer que siempre trata de escapar y a quien hay que atar dentro del cuerpo cuádruple o del cuadrucuerpo.

Volviendo al texto, Olimpiodoro habla de tomar cierta sustancia, esto es, la piedra áurea, a la que se llama la parte masculina de la Chrysokolla —es probable que él pensara en algún material específico—, y un hombre moldeado.

Pues bien, ¿quién es el hombre moldeado, o el hombre a quien han amasado para darle forma? Olimpiodoro es cristiano, ¡y ésa es una definición de Adán! Significa simplemente tomar dos sustancias químicas —que no sabemos cuáles son— y hacer a Adán. La relación que establecería un hombre de aquella época sería que a Adán lo hicieron de barro y por lo tanto, de acuerdo con la Biblia, el barro es la *prima materia* del hombre, el secreto básico del hombre. Ahora ya no se referían al barro, entonces ya sabían que aquello no podía referirse al barro; su conocimiento de la biología y la filosofía les alcanzaba para saber que el hombre amasado de barro no era más que un símil. Por lo tanto, el barro aludía a la *prima materia*.

El hombre hecho de barro era, por consiguiente, Adán, que en aquella época era un símbolo del Sí mismo o, podríamos decir, del hombre que acaba de salir de las manos de Dios, que todavía no se ha echado a perder y no ha pasado aún por el proceso de la corrupción.

El hombre incorrupto, recién salido de las manos de Dios, es el hombre que ha sido amasado, y por eso él no habla de Adán, porque Adán está asociado con el pecado, con la corrupción, con Eva y con todo eso. Al aludir de esta manera a Adán, se refiera a Adán en su forma original y no degradada, cuando Dios acababa de crearlo. Evidentemente, esto se refiere a la *prima materia* que nosotros llamamos el Sí mismo, y por eso en el budismo Zen se dice: «Muéstrame tu rostro original». En uno de los *koans*, hay un Maestro que se ilumina cuando otro Maestro le dice eso.

El oro de la tierra etíope lo genera —al hombre— de sus granos y allí hay una especie de hormigas que lo llevan a la superficie de la tierra y lo disfrutan.

Eso se refiere a los famosos Arimaspos, mencionados también en el *Fausto* de Goethe. En la antigüedad tardía hubo una leyenda según la cual en la India existieron en cierta época unas hormigas enormes, tan grandes como seres humanos, que excavaban oro de la tierra. Para los griegos, la India era la tierra de la sabiduría y las riquezas, el Paraíso donde el oro se encontraba en los árboles, en las calles y en todas partes, y por todas partes se tropezaba uno con sabios. En las descripciones de la India de aquella época se menciona a esas enormes hormigas legendarias que supuestamente eran el secreto de la gran riqueza de la India. Por lo tanto, cuando Olimpiodoro dice esto, está refiriéndose a las hormigas.



24. Adán, creado del polvo de la tierra.

Si nos adentramos en lo que en aquella época era el simbolismo de la hormiga, nos encontramos con que de acuerdo con ciertas versiones las hormigas resucitaban al sol empujándolo todas las mañanas para que asomara sobre el horizonte, de modo que eran un cabal paralelo con el escarabajo egipcio que todas las mañanas eleva al disco del sol por encima del horizonte para que se levante. El escarabajo es un símbolo del sol que se levanta y de la resurrección. En ciertas tradiciones, esta leyenda del escarabajo fue reemplazada en la antigüedad tardía por enormes hormigas que cumplen exactamente la misma función. Por lo tanto la referencia apunta aquí otra vez a la resurrección del sol, o a ese momento de la primerísima creación del dios sol, que de acuerdo con la interpretación que estamos sería el símbolo de la conciencia.

En lenguaje psicológico se diría: «Vuelve al ser humano original que hay dentro de ti, vuelve a ese lugar donde las reacciones del sistema nervioso simpático —o de tu inconsciente— enganchan con el origen de tu conciencia». Expresado con más precisión, sería: «Vuelve al punto original de tu conciencia, intenta retornar al lugar de donde proviene tu conciencia, al umbral del inconsciente».

Después reúne a este «Adán» con su mujer, el vapor, hasta que brota la amarga

agua divina. Esto significa que este Adán, la cosa original, se une con su opuesto, que parecer ser una sustancia como un vapor, y que juntos dan nacimiento a una sustancia acuosa y amarga. Es el motivo de la *coniunctio,* la reunión de los opuestos, y el resultado es la mística agua divina, el agua amarga.

Psicológicamente eso significaría: ponte en una actitud de reflexión en la que te preguntas de dónde provienen tus procesos conscientes, liga esto con el material de la fantasía —el vapor que sube desde el inconsciente— y eso crea un *insight* [una visión interior] viviente que es amargo. Generalmente, el *insight* que obtenemos al mirarnos es muy amargo, y por eso es tan poca la gente que lo hace; es *pikros* —amargo— porque corroe las ilusiones delirantes de la conciencia y es muy amargo para ellas.

Por eso hablamos del «amargo conocimiento», la «amarga comprensión» y también de la «amarga verdad», porque al comienzo, el conocimiento de sí mismo es una experiencia amarga.

De modo que si se hace una lectura psicológica del texto, tomándolo como si fuera un sueño, no es ninguna tontería, sino algo completamente lógico. Uno de los grandes méritos de Jung es el habernos dado una clave de estos textos que los historiadores oficiales de la química consideran un absoluto disparate, porque para ellos no significan nada en absoluto. Pero para nosotros está claro el blanco al que apunta Olimpiodoro, es decir, una experiencia interior, una experiencia religiosa introvertida que aquellas gentes tenían en sus meditaciones y en sus experimentos con fenómenos materiales. Aquélla fue la base de la alquimia.

Pregunta: La referencia a Adán, ¿lo sitúa antes o después de la Caída?

M. L. von Franz: Creo que antes de la Caída, porque de otra manera el texto diría Adán en vez de usar esa extraña expresión de «el hombre moldeado o amasado». El hombre amasado se refiere más bien a un aspecto de Adán, es decir a su creación; lo que se destaca es que está hecho de barro, y por consiguiente yo diría que el hombre hecho de barro es lo que se debería tener presente cuando se piensa en él, y *no* el hecho de que estuviera con Eva y la serpiente, y todo eso. Creo que eso se puede corroborar por el hecho de que Olimpiodoro conocía a Zósimo, quien tenía una teoría gnóstica referente a que Adán era el hombre original impecable, antes de la Caída. Por lo tanto uno puede estar bastante seguro de que la referencia es a Adán antes de la Caída.

De modo que la esfera de fuego conserva el plomo y lo sofoca, dice Olimpiodoro, y eso es la cosa masculina, y el plomo está demoníacamente tan poseído, es tan desvergonzado, que quienes desean investigarlo caen en la locura a causa de su inconsciencia, de su falta de conocimiento de la Gnosis.

Es probable que, químicamente, esto aluda al hecho de que el plomo suele ser venenoso. Ése sería su aspecto químico y, naturalmente, coincide con el hecho de que al comienzo (de un análisis, por ejemplo), cuando uno mira al inconsciente, emergen generalmente emociones e impulsos instintivos tan fuertes que uno pasa por estados que podrían llevarlo a la locura. Es frecuente que los alquimistas expresen que

muchos de ellos han perdido la cabeza, y eso se puede tomar al pie de la letra.

Hace muchos años tuve una experiencia interesante, que demuestra que aquí en Suiza sigue habiendo alquimistas locos. Cuando yo trabajaba sobre estos textos en la Biblioteca Central, uno de los funcionarios me preguntó si estaba estudiando textos alquímicos, y cuando le contesté que sí me dijo que entonces yo tenía un colega a quien quería presentarme. Creyendo que sería una broma muy divertida, me condujo hacia un arrugadísimo viejecillo que estaba sentado escudriñando un texto alquímico, a quien me presentó diciéndole que yo era especialista en alquimia. Miré a aquel hombre, de cuyo nombre me he olvidado, y cuando le vi los ojos advertí al instante que estaba totalmente esquizofrénico. Me senté junto a él, y pasado un rato me preguntó:

—¿Tiene usted el secreto?

—No, todavía no —le respondí.

—Yo estoy muy cerca de hallarlo, creo que en dos o tres meses más lo tendré —me dijo entonces. Cuando le dije que me parecía maravilloso, me preguntó si sabía griego, porque su problema era que él no lo sabía pero que, si podía ayudarlo con el griego, lo conseguiríamos.

—Sí, sí —le respondí—, ¡pero no ahora!

Aquél era un verdadero alquimista que había caído presa de la locura del plomo.



25. El Ouroboros



26. El Adán caído como *prima materia*, que muestra el falo, lo masculino, como un árbol viviente.

Cuarta conferencia
LA ALQUIMIA GRECO-ÁRABE

La última vez terminamos mientras hablábamos de un pasaje muy oscuro en el texto de Olimpiodoro. La cita mencionada decía que se ha de tomar la Chrysokolla, la piedra de oro, a la que se llamaba el macho, junto con el hombre amasado, lo que evidentemente se refiere a Adán, que fue amasado o moldeado en barro. Así pues, hay una referencia indirecta a Adán en el Paraíso, lo que quedaría confirmado por el hecho de que Olimpiodoro sabía de la existencia de Zósimo.

Como ustedes saben, en *Psicología y alquimia* hay una referencia a un texto de Zósimo que se refiere a Adán diciendo que fue creado en el Paraíso a partir de los cuatro elementos, y después cayó en el mundo. La tarea de la alquimia, para Zósimo, consiste en volver a unir las chispas de luz de Adán y llevarlo de vuelta al Paraíso. Olimpiodoro, que vivió doscientos años más tarde, conocía este texto de Zósimo, de modo que es evidente que aquí se refiere a la reconstrucción de Adán, a la restauración del Adán caído, que vive como una chispa de luz en cada ser humano, en el ámbito celestial. Por consiguiente nuestro texto es una variación sobre la idea de que en el fondo de la materia está, en una forma extensa o disuelta, o en la figura cósmica de un ser humano, Adán, el primer hombre, llamado con diferentes nombres, que ha de ser liberado o redimido de la materia.

Los remito a ustedes a la parte de *Psicología y alquimia* que se refiere al Adán caído, al *anima* caída u hombre, donde Jung menciona diferentes textos que muestran que esto es un reflejo del proceso de proyección. Recordarán ustedes que dice que el mito de un ángel, o de Adán, o de la figura de un *anima* cósmica que cae en la materia, representa el momento en que esta figura es proyectada en la materia, lo que significa que las teorías así, que provienen del inconsciente, en alquimia aportan la idea de que de pronto se busca conscientemente el símbolo del Sí mismo en la materia.

Esto es sin duda lo que sucede con nuestro texto anterior, el referente al ritual funerario de Osiris y a todos los rituales funerarios, en el sentido egipcio del término. La búsqueda de la inmortalidad era de hecho la búsqueda de una esencia incorruptible en el hombre, capaz de sobrevivir a la muerte, de una parte esencial del ser humano que pudiera ser preservada. Lo mismo vale para esos poderes desconocidos que también guían la vida humana.

Esta búsqueda se continuó prácticamente hasta el siglo XVII con todas las teorías posteriores del elixir de la vida, el *pharmakon* de la vida y otras. Si se lo traduce en términos psicológicos modernos, algo inmortal que haya de sobrevivir a la vida podría ser expresado como un aspecto del Sí mismo, la búsqueda de aquello que hay en el hombre de más grande, incorruptible y esencial.

La parte siguiente del texto se ocupa de la extracción del oro por obra de las

hormigas del territorio etíope. El trasfondo de esto es el mito de los arimas-pianos [en la mitología grecorromana, raza de hombres con un solo ojo que vivían en constante lucha con los grifos, en el intento de arrebatarles el oro del cual estos últimos eran guardianes] de la India, porque ambos países —la India y Etiopía— cargaban por aquel entonces con la proyección de ser no sólo los países donde sucedían milagros, sino también aquellos donde la piedad era más notoria. En los últimos escritos griegos de la época de Alejandro hay muchas cartas apócrifas de Alejandro Magno a su madre, Olimpia, donde le habla de la India y le cuenta que allí los brahmanes andan desnudos y que son los hombres más sabios de la tierra y los más piadosos. Esta misma idea fue proyectada también sobre Etiopía. En las últimas novelas e informes geográficos escritos en griego se dice siempre que las gentes negras de Etiopía son las más próximas a Dios y que constituyen el pueblo más piadoso del mundo. También se puede decir que los griegos, a lo largo de su evolución intelectual, perdieron cierto aspecto de la religión primitiva: esa actitud religiosa primitiva e inmediata que, en la medida en que alcanzamos a ver, es común a todas las civilizaciones primitivas.

Un estudio de las civilizaciones primitivas demuestra que su actitud religiosa hacia la vida es algo completamente evidente sin más. La religión no era algo aparte de la cotidianeidad de la vida profana, sino la base, por sí misma evidente, de todo lo que se hacía, creía y decía. En su estado primitivo, el hombre es naturalmente religioso y su religión traspasa toda su naturaleza y la totalidad de sus actividades. A partir de este estado, la civilización griega había ido evolucionando, pasando por la filosofía presocrática y por la sofística, siguiendo las diversas evoluciones de la filosofía griega.

En Grecia, quizá por primera vez, las capas altas de una sociedad cultivada habían ido apartándose de la actitud religiosa primitiva que a partir de entonces se proyectó primero sobre los indios y los etíopes, y más adelante, de acuerdo con la literatura griega de épocas posteriores, sobre los egipcios y otros pueblos afines, a quienes se consideró entonces los más elevados y más próximos a Dios, y era en su ámbito, según dice nuestro texto, donde se habría de encontrar el misterio alquímico. Retornar a la actitud primitiva y evidente hacia la vida es el requisito previo a la experiencia del Sí mismo, que no puede ser hallado por mediación de la mente consciente ni con la parte evolucionada de la personalidad, sino que exige primero el retorno a aquella primitiva actitud humana.

El texto prosigue: «Póngase entonces a la esposa, o la mujer del vapor con el oro que extraen las hormigas, hasta que salga la amarga agua divina». De modo que tenemos aquí el motivo de una *coniunctio*. Se toma el oro que se ha extraído de la tierra etíope (la sustancia masculina), y se lo pone con una sustancia femenina a la que se denomina la mujer del vaho o el vapor.

Pregunta: La actitud religiosa primitiva, ¿tendría algo que ver con la *participation mystique*?

M. L. von Franz: Sí, es algo que tiene todos los síntomas de la religión primitiva, es decir, la *participation mystique*: la observación de los acontecimientos sincrónicos, la observación de los signos, el no actuar sin haber observado primero los síntomas y signos internos y externos, o —tal como se lo ha definido— la constante y cuidadosa atención puesta en los factores desconocidos.

De acuerdo con tal definición, la religión significa no actuar jamás exclusivamente en función del razonamiento consciente, sino prestando una atención constante a los factores desconocidos que participan teniéndolos siempre en cuenta. Por ejemplo, si alguien sugiere que nos vayamos a tomar un café después de la conferencia, si en lo único que pienso es en que tengo tiempo, porque hasta las 12.30 no almuerzo, eso sería una razonamiento consciente, que naturalmente es también correcto, pero si soy una persona religiosa me detendré un momento a pensar, e intentaré percibir si siento que está bien hacer lo sugerido o si tengo una sensación instintiva de rechazo, o si en ese momento se cierra de golpe una ventana o si doy un tropezón, porque entonces es probable que no vaya.

Uno puede reírse de eso y considerarlo superstición, y naturalmente en ese nivel no es diferente de la superstición, pero no se trata solamente de algo mecánico como la idea de que si se nos cruza en el camino un gato negro más vale volvernos atrás, sino más bien de que todo el tiempo deberíamos concentrarnos en el intento de recibir alguna señal de Sí mismo o de nuestro propio interior.

En la filosofía china es el equivalente de prestar atención constante al Tao, a si lo que en este momento estoy haciendo está bien, si está en el Tao. Naturalmente, hay también discusiones personales, uno debate los pros y los contras, pero vivir de manera religiosa significaría estar constantemente en estado de alerta para percibir aquellos poderes ignotos que también guían nuestra propia vida. Si no recibo ninguna indicación contraria, puedo decidir que me tomaré el café, puesto que tengo tiempo o porque me apetece. El sonido de una campana no es siempre una advertencia; pero si lo es y la desoímos, entonces algo anda mal. La actitud religiosa primitiva implica que constantemente se tengan en consideración estos poderes.

Si no me llega una indicación en contrario, puedo decidir que me tomaré el café, porque tengo tiempo o porque me apetece. No siempre nos suena un timbre de advertencia, pero, si suena y uno no le hace caso, entonces algo anda mal. Las actitudes religiosa y primitiva implican una consideración constante de estos poderes.

Cuando Jung estuvo en África, el guía de su safari era un musulmán, creo que un chiíta. Todas las mañanas, durante el desayuno, todos los porteadores negros comentaban sus sueños, tras lo cual el líder del grupo iba a decir a Jung si ese día seguirían avanzando o no. Jung comprobó que cuando decían que no continuaban, el aspecto general de los sueños no había sido favorable, de modo que probablemente sintieran que tenían que esperar un día más antes de seguir. Jung aceptaba aquellas decisiones e incluso se las arreglaba para dejarse arrastrar a participar en el comentario de los sueños, y los hombres se quedaron muy impresionados al descubrir

que él se interesaba por los sueños y sabía algo de ellos, y que incluso podía interpretarlos mejor, como si pudiera observar lo que estaba sucediendo. Pero un inglés que algunas semanas después fue al mismo lugar hizo, naturalmente, lo que hacen la mayoría de los blancos: acusó a los hombres de haraganes e insistió en que tenían que llegar a destino en cinco días, quiso imponerse por la fuerza y resultó muerto.

Esta anécdota ejemplifica una actitud de cuidadosa consideración de todos los aspectos irracionales. Los nativos actuaban de aquella manera porque podría haber un día de temporal, o podían encontrarse con un rinoceronte y sufrir un ataque, o tropezar con otro imprevisto. En la naturaleza uno se enfrenta constantemente con cosas así, y nuestro inconsciente lo sabe, y cuando se vive en plena naturaleza prestar atención a esos factores es esencial para la supervivencia. Los animales siempre captan señales de los terremotos y otros peligros, las reciben instintivamente, y si prestamos atención nosotros también las recibimos en nuestros sueños, y por eso aquellos nativos, mostrando una adaptación muy razonable, prestaban atención a sus sueños todas las mañanas.

El otro día tuve un ejemplo de algo semejante cuando estaba en mi casa de vacaciones. Era evidente que por la parte alta del lago se acercaba una tormenta. Por supuesto, yo no sabía que fuera a granizar, pero de pronto mi perra enderezó las orejas, se precipitó dentro de la casa, se fue al piso alto y escondió la cabeza en mi cama. Yo fui corriendo tras ella a ver por qué hacía todo aquello, ¡y en ese momento se desató el granizo! Son advertencias que los animales reciben como por telepatía.

Pero en realidad, telepatía sólo significa tener conocimiento de algo que está lejos, y eso no explica nada, porque telepatía no es más que una palabra. Lo único que sabemos es que en el funcionamiento inconsciente e instintivo de los animales superiores, incluido el hombre, hay una percatación sobrenatural, o mejor dicho sobrerracional, de cosas sobre las cuales no podríamos tener conocimiento racional, y que por consiguiente es útil, saludable y muy importante prestarles atención. Parece que tales impulsos no sólo sirven a la supervivencia de animales y humanos, sino que tienen una extensión mayor, la de estar al servicio de una evolución y una madurez superiores, y del bienestar psicológico de la persona, y por eso los consideramos como el inconsciente en su aspecto de preservación y de curación.

En nuestra definición, y en su forma más básica, la religión sería simplemente una atención en estado de constante alerta dirigida hacia estos hechos, en vez de regir y decidir uno su vida mediante una decisión racional consciente y razonando sobre los pros y los contras. Por lo tanto, en las sociedades primitivas la religión impregna toda la vida cotidiana. Antes de que los primitivos salgan a cazar se celebra el ritual de la caza, y si durante la celebración se produce un accidente, pues no salen. No hay en ello nada de místico, trascendente ni especial; la actitud religiosa básica se vincula con la idea de supervivencia, y por ende ser religioso es una ventaja inmediata, porque asegura la supervivencia.

Cuando nos vemos enfrentados con el fenómeno de la neurosis, cuando la gente se atasca en sus dificultades, intentamos descubrir qué es lo que tiene que decir el inconsciente, y lo primero es guiar a los analizados a prestar más atención a sus instintos, tras los cuales está la totalidad del fenómeno de la experiencia religiosa y el *insight* religioso. Jung, por cierto, empezó como todos los médicos —basándose además en su contacto con Freud— con la idea de ayudar a la gente a volverse más instintiva, para que así pudiera ser más sana, pero después descubrió que por detrás del instinto estaba también la religión, o que esta última era algo instintivo y completamente natural, porque el hombre sencillo es hombre religioso. Por lo tanto hay que volver al hombre interior, natural e inmediato, y a una actitud religiosa, porque no podemos tener ninguna de estas cosas sin la otra.

Pregunta: La palabra religión, ¿proviene de *religare* o de *religere*?

M. L. von Franz: Respecto de ese punto se ha planteado una discusión etimológica. Naturalmente, *religare* y *religere* tienen la misma raíz, *legere*, recoger. Originariamente se refería a recoger o recolectar leña, pero *legere*, leer, tiene otra connotación: la de «recoger» «ir reuniendo» las letras una por una; así es como lee la gente al comienzo, y como aprenden todavía los niños.

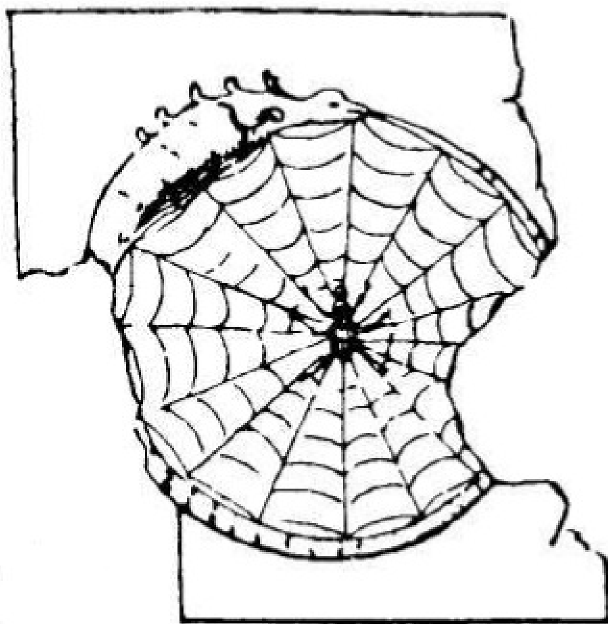
Religare ha sido aceptada como la interpretación oficial desde la época de san Agustín, basándose en la reflexión teológica de que significa ligar, volver a ligarlo a uno con Dios. San Agustín decía que el hombre había sido separado de Dios por el pecado original y que la tarea de la religión era volver a establecer la ligazón. Ésta no es, sin duda, una interpretación científica, pero es muy interesante, y refleja bien cuál es la idea cristiana de la religión. Los etimólogos modernos piensan que es probable que provenga de la palabra *religere*, que querría decir «consideración cuidadosa», un significado que yo he ampliado considerándolo, por ejemplo, como un estar alerta a los factores irracionales, pero estos elementos no están en la palabra misma, que significa simplemente consideración cuidadosa. El «re» indica «hacia atrás», es decir que significa que uno mira hacia atrás para descubrir si lo que está detrás también viene o si es dudoso. Uno tiene que estar siempre alerta y asegurarse de qué es lo que tienen que decir las otras fuerzas acerca de nuestra vida.

Pregunta: ¿Se podría decir que no es más que superstición?

M. L. von Franz: ¡No! La superstición sería la mecanización de esta actitud. Por lo general se piensa en superstición cuando uno toca madera o cuando dice que ver un gato negro significa mala suerte, o que ver una araña por la mañana es mal signo y deprime. Todo eso puede ser verdad, pero si se lo aplica mecánicamente, si los signos se codifican en vez de considerarlos con cuidado, entonces empieza la superstición. Una araña significa hilar, hilar fantasías. La superstición es que la araña por la mañana significa mala suerte, y buena suerte por la noche. Evidentemente, eso quiere decir en realidad que si por la mañana uno está «flojo» y con sueño, se levanta tarde y se queda sentado a medio vestir, pensando en sus problemas neuróticos, eso sería la araña de la mañana, que seguramente trae mala suerte. Pero si después de trabajar

todo el día uno enciende un cigarrillo y se sienta frente a su casa, como hacen los campesinos, a dejar volar la fantasía, o a filosofar sobre la vida, está perfectamente bien, es una buenísima manera de prepararse para dormir. Por lo tanto la araña al anochecer es propicia, y probablemente ése haya sido el significado original de esta difundida superstición. La araña es un símbolo negativo de la madre, es la Maya [la gran ilusión cósmica] y cosas semejantes. Cuando aparece al anochecer, o al anochecer de la vida, está muy bien, pero es muy malo empezar el día con ella.

Sería entretenido si alguno de nosotros escribiera una tesis sobre las supersticiones más comunes y su significado simbólico. Sería sumamente interesante, y se lo propongo como tema a cualquiera que no sepa sobre qué escribir; tomar algunas de las supersticiones comunes y analizarlas, porque son muy ricas en significados. Lo único que es superstición en el mal sentido de la palabra es su aplicación mecánica, que no es más que un hábito estúpido y no tiene nada que ver con la actitud religiosa.

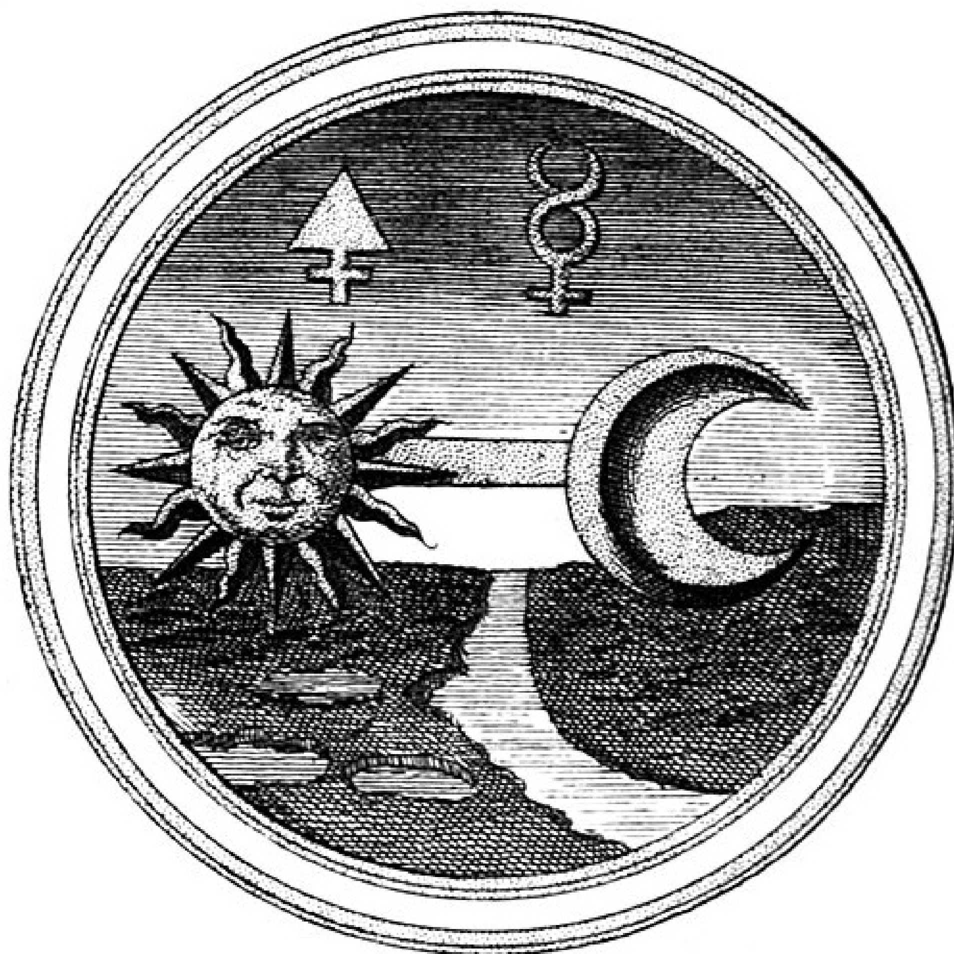


27. La araña como el símbolo de Maya, tejedora de un mundo de fantasía.

Ahora bien, en nuestro texto, con la sustancia masculina se pone a la esposa de vapor, o la mujer que consiste en un vapor o un vaho, hasta que sale el agua amarga. Esta es la conjunción de lo masculino y lo femenino, y el hijo es el agua divina. A la esposa se la caracteriza como un vaho. Otros textos muestran que en general al vaho o al vapor se lo considera como la psique de la materia. ¡Todavía hasta 1910 en el servicio militar suizo se solía dar un breve curso de medicina general, y un maestro decía que el cerebro era como un tazón de macarrones, y que el vapor que salía era el alma! ¡Aquel hombre se ajustaba al antiguo modelo alquímico! Se podría decir que aquella fantasía se remontaba dos mil años, porque en los viejos textos de alquimia la

idea de un vapor o un vaho connotaba siempre la idea de la psique, de la materia sublimada, de un cuerpo sutil, algo sólo a medias material. En los informes parapsicológicos, si aparece un espíritu siempre hay primero algo como un vapor o una niebla, de modo que se puede decir que una de las ideas más arquetípicas es la de que la psique tiene que ver con la cualidad de un vapor o un vaho, lo cual expresa la idea de que es algo que de alguna manera se relaciona con la materia sólida, aunque no coincida con ella. Es probable que en esto intervenga cierto factor del *anima*, porque el texto debe de haber sido escrito por un hombre.

Después de la unión de la sustancia masculina con el vapor venía la divina agua amarga. La palabra «divina» en griego es *theios*, que también significa azufre, de modo que se lo puede traducir como el agua divina, que es la traducción oficial generalmente aceptada, o como un agua sulfurosa, ya que al azufre se lo consideraba una sustancia divina. Es el agua, o el líquido, de la sustancia divina.



28. El agua de vida fluye entre los opuestos: lo masculino (conciencia solar, azufre) y lo femenino (conciencia lunar, mercurio).

El agua en general, incluyendo la orina, recibe la proyección del conocimiento. En el simbolismo de la Iglesia medieval se hablaba del *aqua doctrinae*, y en el dialecto suizo, si alguien sale con un montón de galimatías sin sentido, decimos que

está orinando. Con mucha frecuencia, los trastornos psicógenos del riñón tiene relación con el hecho de que la gente esté llenándose de esa agua mala, porque no tiene la actitud correcta o la verdadera conexión con el conocimiento; simplemente charla mucho de cosas que no tiene bien digeridas, y eso es como orinar. Por eso se puede decir que el agua tiene que ver con el conocimiento extraído del inconsciente, del que tanto es posible abusar como usarlo en forma positiva.

En la alquimia el agua podía ser tanto el gran factor que sana como el que envenena y destruye. Generalmente interpretamos el agua como el inconsciente, y diferenciamos su significado específico de acuerdo con el contexto. Si en el sueño de un paciente el agua sube, o si hay una gran inundación, le diríamos que tuviera cuidado, porque el inconsciente lo está abrumando; allí el agua sería negativa, pero en cambio, si uno está en el desierto y tiene sed, el agua es agua de vida. Cristo es el manantial de vida, y hay varios símiles que quizás ustedes conocen. En todas las religiones el agua es la sustancia vital, y esto se reduce al hecho de que la *extractio* del *anima*, o ese conocimiento ácueo, es lo que tiene lugar en la interpretación de una situación psicológica o de un sueño.

Si alguien viene con un problema, en vez de discutir con esa persona nos fijamos en el sueño que se refiera a la situación; quizá se lo pueda interpretar de una manera que vivifique a la otra persona y le dé un sentimiento de esperanza y la sensación de que el problema tiene un significado oculto, aunque tal tez todavía no esté claro.

En un caso así, el conocimiento obtenido desde el inconsciente tiene la cualidad del agua de vida, porque esa persona, por así decirlo, ha bebido del agua de vida y se irá con la sensación de que ahora algo está fluyendo y el período de estancamiento ha pasado. Entonces sigue habiendo cierta tensión hasta la próxima hora analítica, porque el analizado se pregunta cómo continuará la aventura interior hasta hacer que la vida arranque de nuevo y una vez más vuelva a fluir.



29. La *coniunctio*, unión de los opuestos, como un armonioso juego recíproco entre el agua masculina y el fuego femenino.

Por otra parte, todos hemos visto personas anegadas en el inconsciente, casos esquizoides o fronterizos, o gente que pasa por un episodio psicótico y que *expresa el conocimiento* del inconsciente. Sentados en la cama, o en su celda del asilo, hablan de la creación del mundo o de lo que es Dios y de lo que ha de hacerse para salvar al mundo, diciendo que todos los médicos del asilo son unos tontos y que ellos mismos son los que saben, y así en ese estilo. Eso es conocimiento del inconsciente; es agua, y está incluso lleno de sabiduría, pero el que habla tiene la cabeza debajo del agua, y el conocimiento es el que tiene a la persona, no ésta el conocimiento. Esa pobre persona está literalmente ahogada en la sabiduría del inconsciente, y no quiere salir porque siente que se ahoga en algo muy bueno y maravilloso, y por eso la mayoría de ellos se niegan a curarse.

Si se lo ve desde un punto de vista razonable, este estado es malísimo, porque estas gentes llegan a un grado tal de inadaptación que hay que mantenerlas en confinamiento. Tienen demasiada agua de vida, aunque lo que dicen no es disparatado. Si uno tiene el suficiente conocimiento simbólico, se puede entender del principio al fin lo que dice un psicótico, tal como si fuera el habla normal.

En nuestro texto tenemos la situación normal, es decir que el agua divina ha de

ser producida como resultado de la *coniunctio*, que en términos psicológicos sería lo que hacemos todos los días. Unimos nuestra actitud consciente con el inconsciente, por ejemplo, cuando interpretamos sueños. De ese modo alcanzamos ese conocimiento vivificante, la sensación de entender, y eso sería el agua. Pero aquí se dice que el agua es amarga. ¿Por qué?

Respuesta: Porque es la verdad.

M. L. von Franz: ¡Sí, naturalmente! Muchas veces no tenemos una reacción muy feliz, sino todo lo contrario, porque con frecuencia la verdad que proviene del inconsciente es muy amarga. Es una píldora difícil de tragar porque contiene críticas muy obvias de nuestras actitudes, y esta experiencia es amarga. Eso explica además la resistencia contra la psicología, porque hay muchas personas que no quieren tomar pildoras amargas. Tienen la vaga sensación de que andan muy despistadas, y de que sólo podrían recuperar la salud si se avienen a tragar ciertas críticas; están firmemente decididas a defenderse si la crítica viene de afuera, pero es muy difícil e incómodo si la crítica viene desde adentro porque en ese caso el analista puede lavarse las manos y decir que lo siente mucho, pero que el sueño es del analizado, que no se trata de nada que haya dicho el analista, y entonces el paciente tiene que tragárselo.

El texto sigue diciendo que el filósofo Petasios también habla de la obra de la misma manera, diciendo que lo que mantiene oprimida a la esfera de fuego es el plomo. El mismo filósofo, en una interpretación de sí mismo, dice que esto proviene del agua macho. Olimpiodoro dice que por lo tanto parece que el agua macho fuera lo mismo que la esfera de fuego, que según vimos en la primera parte del texto era la tumba de Osiris, que había sido sofocado en el plomo. Es decir que tenemos a Osiris, a la esfera de fuego y al agua macho, y están los tres sofocados en el plomo, el enemigo.

En el conocimiento de la antigüedad tardía, el plomo era el metal del planeta Saturno y tenía sus mismas cualidades: por el lado negativo, la depresión, y positivamente, la depresión creativa. Saturno es el dios de los mutilados, de los criminales y de los tullidos, pero también lo es de las gentes artísticas y creativas. En nuestro lenguaje moderno, eso significaría la extraña cualidad de ciertas depresiones en las que uno se siente literalmente como plomo. Sin pensar en ningún símil alquímico, es frecuente que la gente diga: «Hoy me siento como [si fuera] de plomo». En una depresión intensa, uno se siente incapaz de levantarse de la silla, y hasta de abrir la boca para explicar que está deprimido; no hace más que estar sentado como un bloque de materia inerte. Cuando alguien está en este estado, sus confesiones tienen innumerables símiles con el plomo.

Tal como implica la palabra, en una depresión la persona está aplastada, comprimida, en general porque una parte de la libido psicológica está baja y hay que buscar cómo subirla; la verdadera energía de la vida ha resbalado a una capa más profunda de la personalidad, y sólo es posible alcanzarla mediante una depresión. Es decir que, a menos que haya una psicosis latente, una depresión debe ser estimulada,

diciéndole a la persona que entre en ella y *esté* deprimida, en vez de tratar de rehuirla poniendo la radio o leyendo *Selecciones*, y si las depresiones dicen que la vida no significa nada y que nada vale la pena, pues aceptarlo y decir: «bueno, ¿y qué?». Escuchar, profundizar y profundizar, hasta volver a alcanzar el nivel de energía psicológica de donde puede surgir alguna idea creativa de modo que, súbitamente, en el fondo, pueda surgir un impulso de vida y de creatividad que había sido pasado por alto.



30. El «león verde» de la alquimia, que devora el sol, se relaciona con la experiencia de la conciencia abrumada por violentos deseos frustrados.

Las personas que son profesionalmente creativas, como los artistas por ejemplo, saben que es probable que antes de cada actuación o trabajo nuevo tengan una depresión así. También se las puede tener en escala menor; yo, por ejemplo, siempre me deprimo antes de una conferencia, porque la libido empieza por bajar. Son ritmos menores de algo que en la depresión se produce en gran escala, y significa que uno ha pasado por alto ciertos factores creativos que se han configurado por debajo del nivel consciente y que al atraer la libido causan indiferencia y falta de energía.

También puede ser un síntoma prepsicótico, como bien lo saben los psiquiatras. Lo que emerge después también es un contenido creativo, pero aflora en una medida tal que puede destruir la personalidad. En estos casos hay que reflexionar con cuidado antes de animar a la persona a que se hunda en la depresión porque, aunque el mecanismo es el mismo, existe el riesgo de que lo que aflore sea demasiado fuerte y haga estallar la personalidad. El plomo es, por lo tanto, esa pesadez e indiferencia,

ese sentimiento de la nada que cubre o sofoca el contenido del inconsciente.

Tal como dice el texto que brevemente les expuse en la última hora, en este plomo existe incluso el elemento de locura. Esto se refiere a otro hecho porque, si se profundiza en los estados depresivos de la gente, por lo general en el fondo se encuentran o bien contenidos creativos, o un violento deseo que no se ha llegado a sacrificar.

Con frecuencia, las personas deprimidas sueñan con leones voraces o con otros animales que las devoran, pero en especial con leones, y eso significa que la persona está deprimida porque está frustrada en la satisfacción de sus deseos salvajes. Quieren tenerlo todo: ocupar el puesto más alto, tener el hombre más apuesto o la mujer más hermosa, dinero y todo lo demás. Tienen los deseos salvajes de un niño a quien le gustaría comérselo todo, pero al mismo tiempo tienen la inteligencia suficiente para saber que la vida no es así, que no pueden tener lo que quieren, de manera que el deseo se enrosca sobre sí y se convierte en depresión y hosquedad. Una depresión así tiene la calidad de un deseo hoscamente frustrado, y explica por qué, tras una relación amorosa desdichada, la gente se hunde en una depresión terrible. Su león se ha visto frustrado y ha regresado hoscamente a su guarida.

Algunas personas llevan dentro de sí un niño frustrado. Por lo general son muy correctas y corteses, y plantean pocas exigencias al analista, pero ser demasiado cortés, correcto y considerado es siempre sospechoso. Uno sabe que a esa gente le gustaría devorarse completamente al analista, como el león, imponiéndole exigencias infantiles y haciéndole escenas, ya sea porque el analista terminó la hora cinco minutos antes, o porque contestó el teléfono o les cambió la hora, ¡o estuvo con gripe! Estas personas de un nivel de exigencia infantil lo compensan siendo muy correctas, sabiendo que si admiten sus exigencias hará su aparición el león devorador, y el analista devolverá el golpe, algo que a ellas les ha pasado con frecuencia en la vida cuando, tras haber escondido sus sentimientos, un día se arriesgan y como resultado reciben un palo en la cabeza. Entonces el niño herido vuelve a retraerse, amargamente frustrado, y aparece la depresión, el león devorador. Es una parte de la naturaleza primitiva, de las reacciones arcaicas que tienen todos los conflictos de querer comer y no poder, de modo que se instala la manía depresiva.

Ése es el simbolismo de la locura en el plomo, pero también contiene a Osiris, el hombre inmortal, y con sólo que acepte uno esa zona interior, llegará al contenido creativo donde se oculta el Sí mismo. Se podría decir que el niño frustrado es un aspecto que encubre una imagen del Sí mismo, y que el león que devora también es un aspecto del Sí mismo.

Esto se ve muy claro si se toma la imagen del león devorador. Si creo que tendría que ser el primero en todo, tener la pareja más apuesta, tener dinero, ser feliz y así sucesivamente, eso es una fantasía paradisíaca, y *eso*, ¿qué es? ¡Una proyección del Sí mismo! De modo que en realidad lo infantil es el deseo de experimentarlo todo en el aquí y ahora. La fantasía como tal es totalmente legítima, tiene la idea de la

coniunctio, de un estado perfecto y armonioso. Es una idea religiosa, pero, si se la proyecta sobre la vida exterior y se la quiere tener allí, en el aquí y ahora, es imposible. La *forma* en que la persona quiere realizar la fantasía es infantil, pero en sí la fantasía es valiosa y no hay en ella nada de malo ni de enfermo.

Así que precisamente en esa zona loca y no dominada de la persona, en la zona salvaje y problemática, está el símbolo del Sí mismo. Eso le da el impulso, y es por eso por lo que las personas nunca saben qué hacer, porque no pueden reprimirlo; o, si son razonables y se resignan a renunciar a la cosa y se dan cuenta de lo infantil que es y entienden que hay que resignarse y adaptarse a la vida, entonces sienten que se han curado, pero que los han despojado de sus mejores posibilidades y se sienten frustrados.

Una vez tuve un analizado que vino a Europa a hacerse un análisis junguiano, mientras su mejor amigo iniciaba un análisis freudiano. Pasado un año, decidieron volver a encontrarse. El analizado freudiano dijo que estaba curado y que regresaría a su país; al haberse dado cuenta del desatino de todas sus ilusiones neuróticas, iba a empezar a ganarse la vida, y quería buscar mujer para casarse. El otro dijo que no estaba curado en absoluto, sino que seguía muy loco, en pleno caos, y aunque veía con algo más de claridad su camino, todavía le quedaba mucho por resolver. El paciente freudiano le dijo entonces que aquello era algo muy raro, porque aunque a él lo habían liberado de todos sus demonios, ¡lamentablemente, también habían desaparecido sus ángeles!

El análisis había puesto una tapadera en la zona loca, pero la fantasía religiosa de perfección, la fantasía romántica, la fantasía del Sí mismo, todas ésas también llevaban ahora una tapadera, de modo que ese hombre era ahora un animal resignado, socialmente adaptado y que funciona, pero todos sus sueños románticos de verdad, de vida y de auténtico amor —que indudablemente en ambos jóvenes eran fantasías infantiles— también estaban sepultados.

La gran dificultad, por consiguiente, para retornar al lenguaje alquímico, reside en extraer a Osiris del plomo, en salvar la fantasía que es dadora de vida y al mismo tiempo podarle la puerilidad del deseo de realizarse. Es algo tremendamente sutil. Toda la tarea consiste en salvar el núcleo, la fantasía del Sí mismo, y despojarlo de todo lo pueril, del deseo primitivo y de todo lo demás que lo circunda, lo que significaría sacar a Osiris del ataúd de plomo. Eso es lo que el alquimista hizo en forma proyectada cuando dijo que al hombre divino había que extraerlo del ataúd de plomo o de la materia corruptible.

Creo que ahora podemos pasar a un texto árabe, obra de un hombre que se llamó Muhammad ibn Umail al Tamini, pero es suficiente hablar de Muhammad ibn Umail, porque al Tamini, «el Tamin», se refiere solamente a la tribu islámica a la cual pertenecía. Este hombre vivió aproximadamente entre los años 900 y 960, es decir a comienzos del siglo X, de acuerdo con nuestras fechas. Uno de sus escritos ha sido publicado en lengua árabe en *The Memoirs of the Asiatic Society of Bengal,* que se

imprimió en Calcuta en 1933, según un manuscrito que el señor Stapleton encontró en Hyderabad. Stapleton expresa que en Hyderabad hay aproximadamente otro centenar de manuscritos del mismo autor, con títulos tan interesantes como promisorios, como *La perla de la sabiduría, La escondida lámpara de la alquimia* y otros semejantes, pero si se escribe allí para preguntar por ellos no se obtiene respuesta.

Desde el siglo XII o comienzos del XIII, este hombre ha sido famoso en la alquimia europea. El escrito que voy a presentarles fue traducido al latín a fines del siglo XII o comienzos del XIII, y se ha convertido en uno de los escritos medievales más famosos en el mundo alquímico latino. En estos textos en latín su nombre figura como Senior, y hasta 1933 nadie supo quién era Senior. Incluso el famoso J. Ruska afirmó autorizadamente que Senior no era un árabe, sino que ésa era una tergiversación latina. Pero a Ruska no hay que creerle nunca, porque está siempre dudando, y se equivocó por completo al sostener que a aquel texto se lo tomaba erróneamente por árabe. Ahora tenemos el original y sabemos que el nombre Senior es simplemente la traducción latina de «el Jeque», que en realidad quiere decir «el Anciano», y esto explica cómo a Muhammad ibn Umail llegaron a llamarlo Senior. El texto latino se publicó con el título *De chemia*, lo cual significa que es un libro sobre química, pero el verdadero título en árabe es *Agua de plata y tierra estrellada*. La edición presenta el texto árabe a un lado y el latino al otro, para que sea posible compararlos. La traducción latina es muy correcta y sólo se desvía en detalles casi sin importancia.

Después de que Muhammad ibn Umail hubo dejado el país, su mejor amigo, un chiíta, fue quemado por hereje. En el mundo islámico, los sunnitas eran la secta oficial y —en términos muy generales— la escisión entre ellos y los chiítas se debía al hecho de que la interpretación que estos últimos daban al Corán era un poco más mística y simbólica. Por ejemplo, no se tomaban el Corán al pie de la letra, sino que permitían una interpretación simbólica, en tanto que los sunnitas insistían en una obediencia literal a las reglas y en su verdad literal. Los chiítas desarrollaron un amplio sistema místico de interpretación simbólica, y en ese sentido se los podría comparar con los místicos de la Edad Media, que también intentaban interpretar simbólicamente la Biblia, a diferencia de otras tendencias.

Se podría establecer una comparación con el paralelismo de la escisión entre tendencias talmúdicas y cabalísticas en la tradición judía. Los chiítas corresponderían a la tradición cabalística, los verdaderos introvertidos que se orientaban más bien a una interpretación simbólica psicológica y a una vivencia personal de la verdad religiosa, en contraste con las gentes de mentalidad más literal, que insistían más bien en el dogma y en el texto sagrado.

Les daré el texto árabe tal como es, con todas sus complejidades, como hice con el texto griego, para que puedan experimentar plenamente el impacto de esta forma de expresión.

Yo y mi querida Obouail [la terminación es femenina] entramos en la Barba.

[Barba quiere decir exactamente eso, y por cierto que todo el mundo decía que no se podía entrar en una barba y nadie sabía qué significaba eso, pero está simplemente en lugar de «Birba», es decir, pirámide, que era evidentemente algo que el traductor no había entendido, causando con ello gran confusión]. Yo entré en la Birba y en cierta casa subterránea, y después yo y al-Hassan, o sea Hassan, vimos todas las prisiones ardientes de José, y yo vi sobre el techo las nueve águilas pintadas con las alas extendidas como si volaran y las patas abiertas, y en los talones de cada águila había un gran arco, como el que usan también los que practican tiro con arco. Sobre las paredes de esa casa, a derecha e izquierda del que entra, vi las imágenes de seres humanos de pie. No podían haber sido más perfectas ni hermosas, ni haber tenido ropas más bellas de todos los colores. Tenían las manos extendidas hacia el centro de la habitación y estaban mirando cierta estatua en mitad de la misma, cerca de la pared de la cámara interior, que estaba de frente a ellas. La estatua estaba representada sentada en un trono, similar al trono del doctor, y sobre él estaba la estatua, y sobre la estatua, sobre su falda y por encima de sus brazos extendidos con las manos abiertas sobre las rodillas, había una plancha de mármol, que fue extraída de eso [de qué no se sabe], de la longitud de un brazo y el ancho de una mano, y los dedos de la estatua se doblaban sobre el borde de la tableta que ésta sostenía. La tableta tenía la apariencia de un libro abierto de frente a la persona que entraba, como si la estatua quisiera enseñárselo.

Esto suena complicado, pero significa simplemente que en el fondo de la habitación había una figura sentada que, con los dedos doblados, sostenía una tableta que parecía un libro abierto que aparentemente la figura quería mostrar a la persona que entraba.

En esa parte de la habitación en donde estaba sentada la estatua había imágenes de infinitas cosas, y letras escritas en un lenguaje bárbaro [lo que significa simplemente un lenguaje no árabe]. Esta tableta que uno veía en la falda de la estatua estaba dividida por una línea en el medio, que separaba los dos lados. En la parte inferior estaba la imagen de dos pájaros inclinados el uno hacia el otro, uno de los cuales era alado y el otro no, y cada uno sujetaba con el pico la cola del otro.

Vistos esquemáticamente, los pájaros estarían tendidos el uno sobre el otro, cada uno con la cabeza hacia la cola del otro, uno alado y el otro sin alas. Era como si quisieran volar juntos o como si el pájaro sin alas estuviera deteniendo al otro, esto es, que el pájaro de arriba quería llevarse al de abajo, pero el pájaro de abajo lo retenía y le impedía levantar vuelo. Los dos pájaros estaban ligados uno con el otro, eran homogéneos y de la misma sustancia, y estaban pintados en una esfera como si fueran la imagen de dos cosas en una.

Cerca de la cabeza del pájaro que volaba, y por encima de ella, estaban representados el sol y la luna. Esto estaba cerca de los dedos de la estatua, y en la otra parte de la tableta —es decir, hacia la derecha— había otra esfera u objeto redondo que miraba hacia los pájaros, y en total había cinco ritmos temporales [una cosa más

que queda inexplicada], es decir, debajo de los pájaros y de la esfera. Por encima de esta esfera está la imagen de la luna y otra esfera. Del otro lado, cerca de los dedos de la estatua, está la imagen del sol, que emite sus rayos como la imagen de dos en uno.



31. Estatua del anciano sabio (Hermes Trismegisto) que sostiene la tabla (Véase ilustración 36).

Enfrente hay una imagen del sol con un rayo que cae hacia abajo y juntos harían tres, es decir los dos planetas —el sol y la luna— y el rayo de los dos en uno, y desde el rayo una parte desciende y llega a la parte inferior de la tableta que rodea la esfera negra y está dividida por esta esfera, a la que rodea, lo que en conjunto hace dos, tres y el tercero.

Lo que está claro por lo que antecede es que el sol y la luna están uno junto a la otra, con la luna de frente al que mira a la derecha y el sol a la izquierda, y debajo hay una esfera negra que los rayos penetran. La tercera tiene la forma de una luna creciente, cuya parte interna es blanca sin negrura, pero está rodeada por una esfera

negra, y la forma es como la forma de dos en uno de un sol simple, y ésa es la imagen de uno en uno y ésos son otra vez cinco, y juntos hacen diez, de acuerdo con el número de las águilas y la tierra negra.

Ahora les he dicho todo esto y he escrito un poema y sin la gracia de Dios, cuyo nombre sea bendito, no tendríamos este secreto. Para que puedan ustedes entenderlo y pensar y meditar sobre él, les he copiado la imagen de la tableta, y lo que las imágenes son será explicado en mi poema y después ustedes pueden mirar los capítulos y ver lo que significaba cada figura. Ahora ya he explicado esas diez figuras y he mostrado las figuras en mi poema y ciertamente uno no podría hacer nada sin mi poema, pero quiero manifestarles a ustedes algo que todos los sabios han ocultado hasta ahora: quién hizo esta estatua en esta casa, en que se describe toda la ciencia en una figura simbólica que enseña su sabiduría sobre esta piedra y se la muestra a quienes son capaces de entenderla. Yo sé que esta estatua era la imagen de un sabio. [Esta estatua representa a Hermes, de modo que eso significa que Hermes inventó la ciencia y dibujó las figuras].

Ahora tenemos que encontrar lo que todo esto significa. La estatua es la figura de un sabio, y sobre la falda tiene la ciencia oculta que describe por medio de figuras simbólicas como para dirigir al que sabe y entiende. El sabio que entiende debe mirar hacia el interior con sutileza, y debe conocer los términos de la sabiduría y debe entender un lenguaje oscuro y simbólico. Después, cuando compare con nuestras imágenes ese lenguaje tan oscuro, separará lo uno de lo otro y se convertirá en el soberano de la piedra secreta.

A esto sigue otra parte que tiene un título nuevo, *Carta del Sol a la Luna creciente*, y que, como verán ustedes, es una carta de amor.

—En una gran debilidad te daré luz de mi belleza hasta que haya yo alcanzado la perfección. [El sol será exaltado a la altura suprema]. Primero la luna dice al sol: —Tú me necesitas como el gallo necesita a la gallina, y yo necesito tus obras, oh Sol, sin interrupción, porque tú eres de carácter perfecto, el padre de todas las luces, la alta luz, el gran Maestro y Señor. Yo soy la luna creciente, húmeda y fría, y tú eres el sol, caliente y seco.

»Cuando nos hayamos unido en la igualdad de posiciones de nuestra casa, en la cual no sucede nada más sino que lo pesado tiene consigo la luz, en la cual permaneceremos, entonces yo seré como una mujer que está abierta a su marido y que es veraz en la palabra, y cuando nos hayamos unido, permaneciendo en el vientre de esta casa cerrada, entonces halagándote recibiré tu alma, y tú te harás con mi belleza y por mediación de tu cercanía adelgazaré y ambos seremos exaltados en una exaltación espiritual, o elevados en una exaltación espiritual.

»Cuando ascendamos en el orden de los Jeques [o de los ancianos], la sustancia resplandeciente de tu luz se unirá con mi luz, y tú y yo seremos como la mezcla de vino y agua dulce, y yo detendré mi fluir y quedaré después envuelta en tu negrura y eso tendrá el color de la tinta negra, pero después de tu disolución y de mi

coagulación, cuando hayamos entrado en la casa del amor, mi cuerpo se coagulará y estaré en mi vacío.

Eso significa probablemente que la luna ha menguado por completo, es decir, que es la luna nueva. A esto el sol replica:

—Si eso haces, y no me haces daño, oh Luna, y si mi cuerpo retorna, entonces te daré una nueva virtud de penetración y después de eso serás poderosa en la batalla del fuego de la licuefacción y la purgación y no habrá ya disminución ni oscuridad, como sucede con el cobre y el plomo, y ya no te defenderás más de mí porque ya no serás rebelde.

El sol dice, por lo tanto: si no quieres hacerme daño en esta *coniunctio* —porque la luna podría hacer daño al sol— entonces yo te haré poderosa en la batalla del fuego, y tú ya no serás corruptible como lo es el cobre, y no te defenderás luego de mí, del sol, porque ya no tendrás sentimientos de rebeldía. Entonces la luna, que se caracteriza porque crece y decrece y es hostil al sol, y por ser oscura y corruptible, perderá todas esas cualidades negativas y se convertirá en una luz sólida como lo es el sol. El sol continúa:

—Bendito sea quien piense en mis palabras; mi dignidad no te será arrebatada y no perderá su valor, tal como no lo pierde un león, al ser debilitado por la carne [el león es aquí otra imagen del sol], pero si me sigues yo no te negaré ni te despojaré del crecimiento del plomo, sino que entonces mi luz será extinguida y toda mi belleza será extinguida, pero ellos tomarán del cobre de mi cuerpo puro y de la gordura del plomo verificándolo en el silogismo de su peso, pero sin sangre de cabra, y entonces uno hará una destilación entre lo que es falso y lo que es verdadero.

»Yo soy lo duro, el hierro seco, soy el fermento fuerte, todo lo bueno está en mí, la luz del secreto de los secretos por mi mediación se genera, y toda cosa activa es mi acción. Lo que tiene luz se crea en la oscuridad de la luz [todo lo que brilla ha sido creado en la oscuridad], pero después de haber sido llevado a la perfección me recuperaré de mi enfermedad y de mi debilidad, y entonces aparecerá ese gran líquido de la cabeza y de la cola y ésas son las dos cualidades y las diez órdenes o pesos, cinco de los cuales son sin oscuridad, y cinco de ellas relucientes de belleza.

Este es el final de la carta. Después de esto Senior promete dar una explicación, pero el texto no hace más que seguir de la misma manera. La explicación que da es simplemente lo que nosotros llamaríamos una amplificación, muy llena de significado por cierto, pero que aun así no es una explicación.

Actualmente sabemos que Muhammad ibn Umail fue uno de esos condenados ladrones que violaban las pirámides y se introducían en las cámaras mortuorias. En aquellos tiempos los árabes destruyeron gran número de pirámides, robando todo el oro que contenían, de modo que hoy por hoy la mayoría de ellas están vacías; pero Senior —o Muhammad ibn Umail— no lo hizo impulsado por el afán de encontrar oro y robarlo, como la mayoría de los otros lo hacían, sino porque proyectó en la cámara mortuoria de las pirámides el secreto alquímico.

Tal como veremos en sucesivas partes del libro, él creía que los egipcios sabían alquimia, y que lo que se había de encontrar en la cámara última de la pirámide era el secreto de la alquimia, pero no pudo leer lo que estaba escrito en el antiguo lenguaje egipcio, y por eso lo tacha de lenguaje bárbaro; como ustedes saben, todo eso era antes de Champollion. Entonces, él creía que en aquellos misteriosos signos jeroglíficos estaba escrito el secreto de la alquimia, y, tal como lo describe en otro texto, en un ataúd de oro encontró una reina momificada que tenía un par de tijeras y unos pequeños tazones de oro, y estaba absolutamente seguro de que aquélla era la reina de la alquimia, por así decirlo, la sabia profetisa de la alquimia, y de que los instrumentos escondidos en el ataúd de la reina egipcia eran alusiones simbólicas a la obra alquímica.

Ésta es una de las cosas extrañas de la proyección en el pasado. Muhammad proyectó en la momificación la totalidad del simbolismo del *opus* alquímico. Pero lo que es aún más interesante es que ahora sabemos, por lo que les dije antes, que de hecho la alquimia se originó en el culto egipcio de la muerte, que la química de la momificación desempeñó un papel enorme, que en realidad los egipcios momificaban a sus muertos para obtener la inmortalidad y divinizar a la persona muerta, y que la alquimia intentaba hacer lo mismo, es decir, producir el hombre inmortal, obtener la inmortalidad. Por consiguiente hay un anzuelo muy bueno para que el viejo Senior haga su proyección; él se limitó a proyectar toda la historia hacia atrás [en el tiempo] sobre la momificación egipcia, y a eso se debe que ayudara tan apasionadamente a violar y destruir las cámaras funerarias de las pirámides. Naturalmente, observaba todo lo que allí veía e intentaba descubrir si había alusiones a la obra de la alquimia.

La imagen de esa estatua que sostiene una tableta es un tópico que reaparece en muchos otros textos alquímicos; no es nada específico de Senior. Todos ustedes conocen, por las conferencias de Jung sobre Zaratustra, la *tabula esmaragdina*, la tabla de esmeralda. Es un texto clásico, a cuyas sentencias aisladas Jung ha dado interpretación, de manera que no necesito detenerme en él. La forma más antigua de un texto así se encuentra en los escritos de Gabir, que serían del siglo VII, y a partir de la totalidad de esta versión, la más vieja del hallazgo de la *tabula*, está claro que la historia se remonta a fuentes griegas. Debe de haber habido un relato griego sobre una estatua de Hermes encontrada en una tumba y que tenía el secreto sobre las rodillas.

Esa historia se convirtió en un tópico dentro de la literatura alquímica en numerosos escritos alquímicos, por ejemplo en el *Kitab al Habib*, o también en el Libro de Krates, y empieza siempre de la misma manera: «Entré en la tumba y encontré una estatua con una tableta, sobre la cual estaba…», y a eso sigue una especie de explicación. Entonces, en la época de Senior aquello se había convertido en un tema de la literatura. Eso es un paralelo con la tabla de esmeralda, y hay otras variaciones nuevas. Senior añade algo que no he encontrado en ninguno de los otros relatos del hallazgo de la tableta, a saber, las nueve o diez águilas que, en la imagen,

disparan con arco y flecha sobre la estatua. También ha cambiado el contenido de la tableta, porque lo que hay sobre ella no son sentencias de sabiduría, como en las otras versiones, sino dos dibujos simbólicos, uno el de los dos pájaros que tratan de apartarse volando el uno del otro, y el otro del sol y la luna y la esfera negra, y, hasta donde yo puedo ver, ésta es la contribución de Senior.

Ahora tomaré parte de la información que se da en el resto del libro, porque no puedo leérselo todo. De acuerdo con él, las águilas representan la sustancia sublimada o volátil, y por ende algo similar a la esposa del vapor en el texto que ya vimos. A las sustancias volátiles como vapores y vahos se las simbolizaba muy frecuentemente con pájaros, porque se decía que tales sustancias habían adquirido cualidades espirituales. El arco y la flecha son muy misteriosos y no se los explica nunca en todo el libro, de modo que la alternativa es dejarlos sin explicar o darles una explicación psicológica. Hermes está rodeado por las nueve águilas que le disparan con arco y flecha. En su explicación posterior del texto, Senior se limita a saltarse este motivo, pero a partir del resto del texto se puede conjeturar que las águilas representan las sustancias espiritualizadas.

¿Qué dirían ustedes que representan el arco y la flecha? Imaginen que fuera el dibujo de un paciente.

¿Qué dirían ustedes entonces de las águilas que disparan contra Hermes? Tenemos que empezar por amplificar el arco y la flecha. ¿Qué les sugiere esto?

Respuesta: Eros.

M. L. von Franz: Sí, es la idea más obvia… El niño Cupido con sus torpes flechas y toda la bibliografía de la antigüedad, relacionada con el arco y la flecha y la forma en que Cupido a veces hasta le dispara una flecha a Zeus en muy mal momento y lo tiene en su poder.

Un arco y una flecha indicarían dirección, algo que apunta a un objeto. La libido ha sido encauzada, como sucede cuando uno se enamora, va nadando por el río de la vida y súbitamente le disparan, y cuando uno se va a casa está de la mañana a la noche pensando en esa mujer, o en aquel hombre. De pronto toda la libido está dirigida y concentrada allí. Uno no quiere pensar en ello, pero después empieza a preguntarse si mañana encontrará a esa persona en el mismo lugar, y así en ese estilo, porque es ahí donde está la energía. Por lo tanto, se puede decir que el arco y la flecha tienen que ver con la orientación súbita de la libido inconsciente; tienen que ver con la proyección, porque una flecha es un proyectil, y mediante la proyección la libido queda apuntada. Es lo mismo que si uno odia a alguien. Incluso hay un dicho que pregunta —creo que es un dicho hindú— quién está más próximo a Dios, si el hombre que lo ama o el que lo odia. Y la respuesta es que el que lo odia, porque él pensará en Dios con más frecuencia y con mayor intensidad incluso que el hombre que lo ama, porque su arco y su flecha están constantemente apuntados: ésa es la dirección de la libido mediante la proyección.



32. Rey y Reina sostienen al águila y al cisne, símbolos del espíritu volátil. Saturno, cuyos aspectos positivos son la autodisciplina y la perseverancia, aparece en primer plano.

Se puede decir que todas las fuerzas disociadas del pensamiento y del alma están ahora concentradas en lo que hay en esa tableta, es decir, que en torno de ello está concentrada toda la atención psicológica. Están las dos alas de la tableta, como dos partes de un libro, y de un lado está el problema de los dos pájaros y del otro el de la unión del sol y de la luna.

Evidentemente, el problema de los dos pájaros es una variación del Ouroboros como en la vieja alquimia, porque en los antiguos textos griegos encontramos un dibujo de la serpiente que se come la cola. Por lo general la cabeza tiene estrellas y el resto es negro, lo cual sería la oposición secreta. En el antiguo texto griego eso se explica como que la cabeza es diferente de la cola. Es una imagen maravillosa si uno dice que es una sola cosa, pero que hay una oposición entre la cabeza y la cola. De ahí que haya dichos tales como: «Toma la cabeza, pero cuídate de la cola», o «A menos que la cabeza haya integrado la cola, toda la sustancia es nada».

Es mucho lo que se dice sobre la cabeza y la cola, y la forma en que deben relacionarse entre sí, de modo que describe bien los opuestos que son secretamente uno. Es una especie de t’ai chi europeo, como el símbolo del *Yin-Yang*, los opuestos en uno.

Comentario: Las águilas me dan la impresión de tener alguna relación con Apolo, porque se dice que pueden mirar al sol, y por cierto que Apolo tiene el arco, lo mismo que Cupido, el niño alado.

M. L. von Franz: Apolo es el representante del principio de la conciencia, pero eso no contradice la interpretación. El arco y la flecha de Apolo se referirían a la atención prestada por amor, a la concentración de la libido mental mediante el amor. De acuerdo con la teoría escolástica del conocimiento, sólo se puede llegar al conocimiento por el amor, lo que significa que sólo se llega a conocer algo amándolo, estando fascinado por aquello. Entonces, el *anima* está siempre por detrás de la búsqueda de la verdad.



33. Las expectativas y los deseos frustrados son el material básico del trabajo analítico. Las reacciones emocionales pueden equipararse a la imagen alquímica de la salamandra, que como *prima materia* se tuesta en el fuego.

Si uno tiene que aprender un tema que no ama, donde no ha proyectado nada, lo que significa que no se tiene relación con él, que no significa nada para uno y no está conectado con el fluir de su libido, tiene que esforzarse y sudar aprendiéndolo para el examen, pero diez minutos después ya ha vuelto a olvidarlo. En cambio, si uno está fascinado, lo cual significa que se ha producido una proyección, uno se emociona y

muy fácil y rápidamente toma conciencia en una medida enorme. Este es todo el secreto de la enseñanza y del aprendizaje. Se puede decir que ésos son simplemente dos aspectos de lo que como descripción general se podría llamar atención, que se crea ya sea por la concentración de la conciencia o por el amor, y por detrás de ambos hay una proyección. En la fascinación siempre está en juego la proyección.



34. Cupido y Venus y las pasiones del amor, por Bronzino. «Cuando X se enamora de Y, un espectador podrá llamar a eso proyección […] Pero no tengo derecho a interrumpir esa *participation* calificándola de proyección». Von Franz.

Comentario: Usted habla de proyección, pero éstas son todas figuras arquetípicas.

M. L. von Franz: Sí, y eso plantea la cuestión de si los arquetipos se proyectan. Yo creo que sí. Por cierto que en nuestra idea de la proyección es así. Piense usted qué es lo que en realidad sucede. Sabemos muy bien que nunca hacemos la proyección, sino que ésta se hace sola. Por mí misma no proyecto nada; ésa es nuestra manera de hablar, pero no es verdad. El hecho es que de pronto me encuentro en la situación de proyectar, y cuando he visto que era una proyección puedo empezar a hablar de ella, pero antes no. Por ejemplo, alguien que haya proyectado la sombra

insistirá en que el otro es una mala persona y seguirá en ese mismo tono, pero quizá dos años después, en el curso de un análisis, se dará cuenta de que estaba proyectando su sombra sobre el otro. Entonces, ¿quién proyectaba? He ahí un gran misterio.

Cuando los griegos se enamoraban, tenían la modestia suficiente para no decir que se habían enamorado, sino que lo expresaban con más precisión al decir que el dios del amor les había disparado una de sus flechas. Y eso es lo que realmente sucede: uno siente de pronto la dolorosa picadura que uno mismo no se ha hecho; se encuentra con que le dispararon. Por lo tanto, se puede hablar del arquetipo del dios del amor. Si se adentran ustedes en la historia de Eros, se encontrarán con que es una variación de Hermes; el Eros de la antigüedad es similar al Hermes Cilenio. En la antigüedad, cuando era un dios de la fertilidad en Beocia, se lo representaba exactamente como en las estatuas de Hermes.

Por consiguiente, se puede decir que los griegos aludían a una variación del dios Hermes. Es un símbolo del Sí mismo, o de la totalidad, que hace la proyección. Creo que lo correcto es decirlo así. Si me encuentro en una situación de proyección, eso es algo amañado por el Sí mismo.

Comentario: Aquí el águila se relaciona con Eros, o con Apolo, de modo que los dioses están proyectando sobre los dioses.

M. L. von Franz: Sí, usted tiene razón, y por lo tanto podemos decir en general que siempre es el inconsciente, o algún aspecto de él, lo que produce la proyección. Es el Sí mismo o un dios. Siempre es un dios el que produce la proyección, lo que significa que es siempre un arquetipo, que no es el complejo del yo el que lo hace.

El paso siguiente es preguntar sobre qué proyecta el dios del inconsciente. Generalmente proyecta sobre objetos externos, ya sean seres humanos o cosas. ¿O puede suceder que un arquetipo proyecte sobre otro arquetipo? Yo creo que sí, que es algo que ocurre con frecuencia, y eso sería un proceso de unificación en los sistemas de religión.

Tomemos por ejemplo el politeísmo. En la mayoría de los sistemas religiosos politeístas se da el conocimiento secreto de que todos son aspectos de un solo dios. Hasta los griegos lo sabían; en el estoicismo, la filosofía tardía de los griegos, se dice siempre que en realidad hay un solo dios y que todos los otros —Atenea, Hermes y los demás— no son más que aspectos diferentes de ese uno, de modo que se puede decir que dentro del politeísmo griego hay un monoteísmo latente. Lo mismo sucede con Elohim en el monoteísmo judío. Cuando Dios creó el mundo, dijo «Hagamos», y siempre se ha supuesto que el «nosotros» se refería a «los» Elohim. Es decir que hay también un politeísmo secreto dentro del monoteísmo, que aparece también en las figuras del Malak Jahvé, el ángel de Dios. A veces Jahvé interviene personalmente, y a veces envía al Malak Jahvé, que es más o menos un aspecto de Él.

Se puede decir en general que en cualquier sistema monoteísta, como en el judeocristiano, hay una tendencia secreta hacia el politeísmo, que aun sin ser totalmente consciente ni admitida, existe, así como en los sistemas politeístas hay una

tendencia secreta al monoteísmo, para asegurar que todos aquellos múltiples dioses en realidad no son más que aspectos diferentes de un dios único. Si se lo expresa en términos psicológicos, esto significaría que la multitud de configuraciones arquetípicas son todas en realidad una en el Sí mismo, aunque de hecho en la vida práctica el Sí mismo se manifieste muy a menudo en aspectos aislados que preferimos llamar arquetipos diferentes.

El problema es si hay muchos arquetipos o si el arquetipo del Sí mismo es en realidad el único. Por ejemplo, cuando alguien está dominado por el arquetipo de la madre, se habla de un complejo materno, pero si nos adentramos en el tema encontraremos siempre que en ello está la totalidad del Sí mismo. Un complejo arquetípico conduce siempre al símbolo del Sí mismo. De modo que aquí hay nuevamente un monoteísmo secreto en el politeísmo, ya sea que el énfasis se ponga en uno o en el otro. Si lo múltiple apunta hacia lo uno, yo diría que en el inconsciente hay una tendencia a poner toda la energía sobre el Sí mismo y a apartarla de los diferentes arquetipos aislados. Los múltiples arquetipos tienden a concentrarse en torno del único arquetipo, del que se podría decir que refleja la tendencia del inconsciente mismo hacia una mayor conciencia.

Se podría decir que las águilas son como una asamblea de dioses reunida en torno del único Dios, lo que interpretado psicológicamente significaría que muchos arquetipos comienzan a caer en un orden que se concentra en el arquetipo del Sí mismo. El arquetipo del Sí mismo empieza a ser dominante y la disociación en múltiples arquetipos comienza a ordenarse en torno de un centro. De ello se seguiría que si en la psique de alguien domina un único arquetipo, digamos el arquetipo de la madre, o el del *anima*, o el que fuere, en esa persona hay cierto monto de unilateralidad. Es sólo cuando el arquetipo del Sí mismo comienza a hacerse cargo del proceso cuando la cosa se unifica y todo va ocupando su lugar; de hecho, yo diría que el sentimiento de unidad es una representación simbólica del momento en que los múltiples arquetipos comienzan a ceder su energía a uno solo.

Comentario: Estaba pensando en algo ligeramente diferente, apartándome un poco de los arquetipos y acercándome más a la actitud de las religiones primitivas, tales como la experiencia del dios en el árbol, o el espíritu en el árbol. El paralelo que yo vería en este caso es el siguiente: quizás *haya* un espíritu en el árbol y los arquetipos estén siendo proyectados en el árbol, de modo que Dios esté realmente en el árbol y los dioses estén proyectando en Dios. Esto, por cierto, una conjetura.

M. L. von Franz: Sí, lo es, y yo no puedo darle una respuesta. Usted puede creerlo o no, porque una cosa así no se puede demostrar. En realidad, eso simplemente toca la cuestión de si, en el caso de que se proyecte realmente una imagen arquetípica, hay también una realidad trascendental que haga la proyección. Pero no tenemos medios de verificar una cosa así, de modo que es cuestión de creencia, y usted puede creerlo o no. Yo lo creo, pero no tengo la intención de convencer a nadie, porque no tengo pruebas.

Comentario: Si usted vuelve a la actitud religiosa primitiva y trata de analizarla, diciendo que eso no es más que una proyección, entonces inmediatamente algo ha sido proyectado, y no se lo puede tomar más que en ese nivel.

M. L. von Franz: En eso está completamente equivocado. Si lee la definición de proyección del doctor Jung, verá que dice categóricamente que sólo se puede hablar de proyección cuando se ha planteado la duda. Por lo tanto, nos equivocamos al decir que el primitivo proyecta en el árbol. Ésa es nuestra manera de hablar, porque dudamos de que Dios esté en el árbol, y por ende podemos decir que sería una proyección *para nosotros*, pero como en el primitivo no se plantea ninguna duda, no tenemos derecho a decir que él proyecta.

Busque la simple definición que da Jung de la proyección en *Tipos psicológicos*. Allí verá que sólo se puede hablar de proyección cuando ha surgido la duda, y que hasta entonces no es legítimo aseverar que haya una proyección. Sólo cuando siento inseguridad dentro de mí puedo empezar a hablar de proyección, no antes. La proyección implica que yo ya no estoy del todo convencida, que en cierta medida estoy ya fuera de la *participation mystique*, o identidad arcaica; hasta entonces no hay proyección.

Naturalmente, el que lo ve desde afuera duda, y por eso si uno toma un caso moderno, digamos que X se enamora de Y, el espectador dirá que allí hay una proyección del *animus*. Pero para la persona a quien le sucede no hay proyección, y desde el punto de vista analítico sería un error decir que la hay; eso sería infestar a la otra persona con la propia duda. Para X ese hombre es ahora su amado, y no simplemente una imagen del *animus*. Si yo dudo porque no estoy en la misma *participation*, no tengo derecho a envenenar al otro con esa duda. Tengo que esperar hasta que la paciente empiece a sentir cierta inquietud, hasta que el hombre que ama no se comporte como ella había esperado que lo haría. Una vez que se manifieste ese estado de inquietud, puede decirle que quizás haya proyectado en ese hombre algo que es de ella. Pero en tanto que no haya ninguna inquietud, no tengo el derecho de cortar esa *participation* diciendo que es una proyección; ése es un grave error que se comete con gran frecuencia.



35. *El Espíritu del árbol*, por Margaret Jacoby.

Nosotros ya no creemos que los árboles y los animales sean dioses, pero sería un error afirmar que eso es una proyección en el caso del primitivo, porque lo que para nosotros es proyección, para él es la vivencia total de la realidad. Es su verdad.

Si yo tuviera que ir a África y volverme emocionalmente negra, no hablaría de la proyección de los primitivos en la forma en que solía hacerlo. Diría que ahora veo que los primitivos tienen razón: Dios está en el árbol. Pero en tanto que permanezca en Europa, y el primitivo diga que Dios está en el árbol, mientras que yo no veo en él nada de divino… en ese caso podría hablar de proyección. El uso de la palabra depende del estado en que yo estoy. Cuando dudo, puedo usarla, pero si en mí no hay duda, no; y jamás debo usar esa palabra para emponzoñar la realidad de otra persona. Las proyecciones mueren en forma autónoma; de pronto la cosa ha desaparecido, y eso sucede sin ninguna cooperación consciente. Esas cosas son hechos psicológicos *per se*. Después yo puedo decir que hubo una proyección, pero eso es sólo una verdad relativa, no absoluta.



36. El pájaro alado y el pájaro sin alas, el sol incorrecto y el sol correcto, dibujos simbólicos tomados de *De chemia*, de Senior (detalle de la escena que aparece en la ilustración 31).

Quinta conferencia
ALQUIMIA ÁRABE

Ahora vamos a analizar el dibujo de las dos tabletas porque contiene bastante más que el texto que ya les he leído.

En una parte de la tableta hay un pájaro alado y un pájaro sin alas. El pájaro alado está arriba y el otro abajo; el texto dice que el último impide que el pájaro con alas levante el vuelo. Cada uno le come la cola al otro, de modo que aquí hay una variante de la serpiente Ouroboros que se come su propia cola. Por encima de los pájaros, aunque esto no se menciona en la descripción, están la luna y el sol, y debajo está la esfera a la cual el texto da después diferentes nombres: se la llama la luna y también la tierra y el mundo inferior, el mundo de abajo. Por consiguiente, en cierto sentido la luna es doble: arriba es la novia, o el opuesto del sol, pero es también algo mezclado con el mundo de abajo, al que se llama la tierra. Entonces, hay una luna que es idéntica a la tierra y una que es la pareja del sol.

En la segunda tableta hay dos soles; uno emite dos rayos sobre el mundo inferior, y el otro sólo uno. Ambos irradian hacia el mundo inferior, donde otra vez está la luna llena, a la que en un pasaje posterior del texto se describe diciendo que es blanca y está rodeada por una esfera negra; mirándola desde afuera uno no vería más que la negrura, pero el interior es blanco y tiene una sustancia lunar blanca. En esta imagen el sol está duplicado y en la otra la luna está duplicada, y cada uno es la pareja del otro.

En ambas imágenes hay una interconexión entre los mundos inferior y superior, y en medio de ambos está la pelea entre los pájaros. El sol irradia sobre el mundo inferior. A la esfera de abajo, que es negra por fuera y blanca por dentro, se la vuelve a llamar el mundo inferior —el *mundus inferior*—, que aquí quiere decir este cosmos que hay debajo del firmamento, o que se eleva hasta las esferas de los planetas más lejanos. En la antigüedad y en la época medieval, se creía que debajo estaban la luna y el mundo corruptible, y arriba las estrellas y el mundo eterno.

Pregunta: ¿Por qué un sol tiene un solo rayo y el otro dos?

M. L. von Franz: ¡Es así, simplemente! De hecho, en las tabletas no se muestran los rayos; un viejo alquimista que en su momento fue dueño del libro ha dibujado con tinta dos rayos a ambos lados, pero de acuerdo con el texto uno de los soles no envía más que un rayo hacia abajo. Allí se dice que uno de los soles irradia con justicia y el otro sin ella, y ésa es la diferencia entre los dos. Aunque el texto no lo dice, yo supongo que el sol con los dos rayos es el que irradia con justicia, porque está equilibrado, tiene los dos lados. Sol *cum iustitia* y *non cum iustitia*, como dice la torpísima traducción latina. Pero ambos soles irradian con sus rayos el mundo inferior y lo penetran.

Ahora tenemos que intentar —y digo intentar porque muchas partes del texto

exceden mi comprensión— entender psicológicamente el texto. Tenemos que empezar por referirnos al propio Senior y leer las amplificaciones que da a lo largo de todo el libro. Senior dice de los dos pájaros que son también el sol y la luna, que el ave sin alas es el azufre rojo y su alma exaltada es el pájaro alado; dice que los pájaros son hermano y hermana, y de la cosa inferior dice que es la base de los dos pájaros, tal como la tierra es la base de la luna, o el mundo inferior.



37. Pájaro bobo y pez, variación moderna del motivo alquímico de los «pájaros alado y sin alas», por Jackson Beardy, un indio ojibway.

Vamos a considerar unas pocas amplificaciones. El azufre es una de las materias básicas más importantes en el proceso alquímico. En *Mysterium Coniunctionis* Jung escribió un capítulo entero sobre el tema; en él se puede ver que el azufre es una sustancia activa, una sustancia corrosiva, y peligrosa a causa de su mal olor. Como ustedes saben, en el folclore el diablo siempre huele a azufre, y cuando se va o cuando lo exorcizan siempre deja tras de sí un aire sulfuroso. El azufre también produce todos los colores, es el amante de la figura alquímica de la novia y así en ese estilo, y es un ladrón que interfiere con la pareja amorosa.

Así pues, se podría interpretar al azufre como el verse impulsado, como un estado de ser impulsado. No sería exacto hablar del impulso mismo; es más bien el estado o *cualidad* de verse arrastrado o abrumado. Si se lo considera desde cierto ángulo religioso, eso naturalmente seria el diablo; es el sexo, por ejemplo, pero en el sentido de ser arrebatado por lo sexual, o sería lo sexual en su forma abrumadora, es decir, como algo que uno no tiene bajo su control.

El azufre es la parte activa de la psique, la parte que tiene un objetivo definido. En una dimensión psicológica; uno está atento para descubrir dónde la libido se está

encaminando hacia su objetivo. Quizá no sea nada sexual, sino otra clase de ser llevado o arrebatado; podría ser la ambición y el impulso de poder, o alguna otra cosa. Por consiguiente, tiene el doble aspecto de proporcionar el ímpetu original —la materia masculina, como se la llama aquí— y es al mismo tiempo positivo y negativo. Cualquiera que se autoexamine, si es sincero, generalmente se enfrenta primero con esa parte de la psique que se encuentra en un estado así.

El color rojo se refiere al fuego, a la cualidad emocional. El pájaro sin alas es el azufre rojo; es el pájaro de abajo, y también se hace referencia a él como la hembra, de modo que tenemos una paradoja porque, aun siendo arrastrado o llevado, se lo considera como la cualidad masculina activa, pero proyectada sobre el pájaro de abajo es la hembra. De modo que las características femenino-masculino son muy vagas; en alquimia los términos se usan de maneras muy diferentes. Se podría decir que el pájaro sin alas, el azufre rojo, es un factor subyacente en la vida psíquica, y es siempre lo que hay que desenterrar primero, porque es *la prima materia*.

Para llegar al fondo del problema de alguien es necesario empezar por encontrar la estructura o hechura de esos impulsos. Todos los llevamos dentro y hasta que los educamos y los enfrentamos, tenemos un rincón oculto donde ellos llevan una vida autónoma. Tienen que ver con el inconsciente, y, como ustedes saben, a Freud le impresionó tanto este aspecto que cuando descubrió el «azufre rojo» creyó que aquello era todo, que se trataba de eso.

En cierto sentido tenía razón. A él le impresionó la naturaleza impulsiva del inconsciente, su aspecto sexual, tal como a Adler le impresionó el aspecto ambicioso o de poder, de modo que dieron con la *prima materia* del azufre rojo y desde ese ángulo intentaron explicar el papel del inconsciente.



38. La transformación de Mercurio, en cuanto *prima materia*, dentro de la vasija sellada que se calienta, es comparable a cocinar los impulsos instintivos básicos en su propio afecto hasta el contenido esencial de su fantasía se vuelva consciente.

Del pájaro alado se dice que es el alma exaltada del otro, en el sentido de que una vez que uno tiene la *prima materia*, que yo interpretaría aquí como los impulsos instintivos básicos de la personalidad, a eso hay que cocinarlo, y cuando se lo cocina despide vapor que «vuela» por sobre la materia; eso sería lo que los alquimistas llaman el alma de la materia. Recordarán ustedes que ya lo encontramos antes, como la esposa de vapor, en el otro texto. Esta sustancia volátil, que es como un vapor o un vaho —la «sustancia fugitiva que vuela», tal como se la llama, lo que explica por qué el pájaro tiene alas—, desea elevarse durante el proceso de cocción.

Expresado en nuestro lenguaje, ¿cuál sería el aspecto psicológico correspondiente? Supongamos que el pájaro sin alas fuera el hecho básico de la personalidad humana, con el aspecto específico de los impulsos básicos más fuertes. ¿Cómo cocinamos los impulsos?

Comentario: Se los cocina en el análisis, seguramente.

M. L. von Franz: Sí, pero en la práctica, ¿cómo se hace?

Respuestas: Haciéndolos conscientes. Deprimiéndose.

M. L. von Franz: Bueno, sí, eso sería ir al encuentro de los impulsos. Si uno no

los conoce, primero tiene que deprimirse para encontrarlos. Cuando ya los ha encontrado, está tocando fondo y entonces uno está en la *prima materia*, allí, tocándola. Uno medita sobre ella y practica la imaginación activa, o busca el significado subyacente.

Supongamos que alguien está enamorado, pero que la cosa no marcha; como está frustrada, la persona se deprime, diciendo que no es posible aceptar la verdad de que el otro no retribuye su amor; eso sería una tortura continua. Entonces uno diría que muy en lo profundo está el impulso, la dependencia, algo que sucede constantemente en una transferencia. A muchos analizados les irrita la transferencia por la dependencia que supone, pero con eso no se puede hacer nada, porque son dependientes; se sienten arrastrados, escriben cartas, telefonean veinte veces al día, cosas así. El asunto, como tal, no es agradable ni para el analista ni para el analizando. Con frecuencia los afectados, mostrándose razonables, coinciden en que la situación es extraña, desatinada y molesta para los dos, pero el impulso irrazonable no les hace caso, no se entera de lo que predica la conciencia. Eso lo sabe cualquiera que alguna vez haya estado profundamente enamorado.

Tomemos la misma situación en el caso de un impulso de poder. Uno puede estar locamente celoso de un amigo que ha tenido éxito en su carrera, y discute consigo mismo, diciéndose que no debería sentir celos, que no es justo, pero con sus autorreproches no arregla nada; su impulso o ambición de poder, que es la causa de los celos, no se deja afectar ni tocar por sus palabras. El azufre rojo sigue intacto, de manera que para arreglárnoslas con este impulso necesitamos una medicina más fuerte. En vez de discutir con los impulsos que nos arrastran, preferimos cocinarlos y decidimos fantasear sobre ellos y preguntarles qué es lo que quieren. Uno tiene que ser muy objetivo, fantasear sin opiniones y sin condenar lo que la cosa tiene de irrazonable.

Se ha de intentar descubrir amigablemente qué es lo que realmente quiere el impulso, es decir, a qué apunta, porque el impulso tiene un objetivo.

Eso se puede descubrir mediante la imaginación activa o a través de una fantasía, o experimentando en la realidad, pero siempre con la actitud introvertida de observar con objetividad qué es lo que el impulso necesita o desea conseguir. Eso sería cocinar el azufre rojo.

Por lo general, de los impulsos fuertes emana un contenido fantaseado; el impulso contiene un ramillete de material fantaseado. Lo mismo se podría decir que cocinar algo hasta que aparezca su alma significa dejar que del impulso emane el material de la fantasía, permitir que aflore ese material de fantasía relacionado con el impulso.

Ése sería el aspecto psicológico, y correspondería al pájaro alado. Pero cuando uno ha hecho eso comienza un tremendo conflicto. Nuestro texto dice que el pájaro sin alas impide que el pájaro alado levante vuelo, en tanto que el pájaro alado quiere elevar al pájaro sin alas, de modo que siguen estando pegados, ligados en una especie de conflicto insoluble, que lo mantiene todo detenido. ¿Cómo aparecería eso en la

realidad?

Comentario: Quizá como una tendencia a espiritualizar o concretar.

M. L. von Franz: Sí, exactamente, porque si uno trabaja sobre el material de la fantasía, desarrollándolo, hay tendencia a llegar a la conclusión de que todo es una proyección psicológica. Si estoy enamorada de alguien, puedo decir que es una proyección del *animus* o del *anima*, de la madre o del padre, y de esa manera espiritualizar o «psicologizar» la cosa, con el matiz adicional de que es «solamente» algo psicológico, y el error se introduce con esa palabra, «solamente».

Como es natural, en el nivel concreto tengo que resignarme y no empezar nada; debo comportarme de manera convencional y adecuada, y todo lo demás tengo que guardármelo adentro porque es la proyección de un factor psicológico, es una fantasía. Es la fantasía que me liga al analista o a la otra persona, y si yo introyecto esa fantasía seré libre.

Pero, ¿saben ustedes lo que sucede si uno intenta hacer eso? El diablo, o el azufre rojo, insiste en que de todos modos hay algo de real en aquello, o debería haberlo, porque *de otra manera no es más que psicológico*, y una relación que sea «solamente» psicológica es algo que yo no quiero. Quiero la cosa real, y eso significa la cosa completamente material —el contacto, por ejemplo— o, si se trata de ambición, un reconocimiento real, una carrera y todas esas cosas.

La introyección de una fantasía referente a la ambición se daría de la siguiente manera: alguien en una situación humilde tiene un impulso ambicioso megalomaníaco, desea estar por encima de todos. Si uno intenta descubrir a qué apunta esa persona, por lo general se descubrirá que, lo mismo que en el caso del impulso sexual, la ambición está sometida al objetivo del Sí mismo. Un hombre así podría decir que él quiere alcanzar una posición de autoridad para poder realizar sus ideales y mejorar el mundo; su deseo no se basa en el egoísmo ni en la vanidad. Él quiere realizar algo, y es frecuente que se entienda que por detrás de la ambición hay un ideal muy elevado. Pero a veces, con la ambición, la persona tendrá la sensación oculta de ser muy especial; secretamente siente que su valor debería ser reconocido, y este sentimiento se mezcla con su ambición.

El deseo de ser algo especial adviene, realmente, debido a un atisbo o intuición de la individuación; está la vaga idea de ser un individuo único, y sin darse cuenta de esa unicidad no es posible la individuación. Por lo tanto, *ese* aspecto de la fantasía ambiciosa está perfectamente bien. Pero si uno le dice a alguien de situación humilde que una ambición tal es muy legítima, que es realmente algo interior —el impulso, que se deriva de la vaga intuición de la propia e íntima naturaleza divina, de ser algo y de llegar a ser algo especial, de realizarse como un hijo o hija peculiar de Dios—, pero que eso no se puede exteriorizar en la forma de querer ser uno más que las demás gentes, una persona así se sentirá muy aliviada. Una parte del impulso ambicioso se aquietará, pero entonces el azufre rojo insistirá en el otro aspecto, preguntando si realmente uno tiene que pasarse toda la vida como dactilógrafo en una

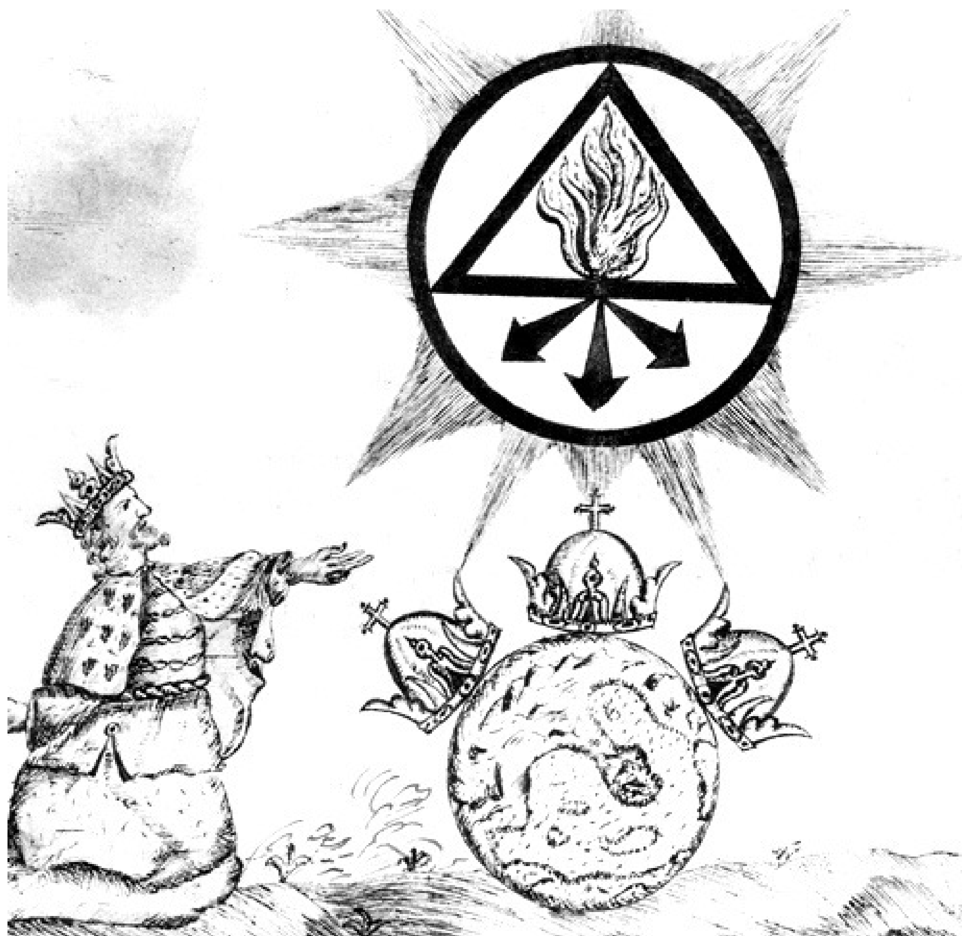
oficina. ¿Acaso todo está *solamente* en el nivel interior? ¿Nunca se puede tener nada en la vida exterior?

De esta manera se escinde el fenómeno en una polaridad de opuestos: lo «solamente» psicológico y lo concreto. El diablo es aquel que quiere la cosa concreta. Es el gran realizador, que dice que algo que no tiene existencia en la realidad concreta simplemente no es real, y entonces empieza el conflicto entre la espiritualización del problema y la cosa concreta.

Pregunta: ¿Qué significaría la espiritualización de un problema?

M. L. von Franz: La palabra usada fue espiritualización, pero yo creo que probablemente se referían a «psicologizar», esto es, a reducir un impulso a un hecho interior, exclusivamente psíquico. Pero en realidad es la misma cosa.

Supongamos que un monje se masturba y en su fantasía está siempre con una hermosa mujer, pero siente que un comportamiento así no corresponde con los votos que ha tomado ni con sus ideas morales, y acude a la consulta de ustedes. Le dirán que se fije en la fantasía que tiene de la mujer en esas ocasiones. Es prácticamente seguro que hará —en especial si es introvertido, y por lo general sólo los introvertidos se hacen monjes, aunque hay excepciones— una hermosa fantasía del *anima*, que contendrá todo el material de la Virgen María, de la *sophia* [sabiduría] de Dios y otras figuras semejantes. Entonces se le puede señalar que aunque la fantasía comience en un nivel inferior —después de todo, Cristo nació en un establo— en realidad es la fantasía de una unión con la sabiduría divina, y como tal debe ser aceptada.



39. EL alquimista, como rey, adora al fogoso azufre rojo («el pájaro sin alas»).
El azufre es la parte activa de la psique.

Esto podría resolver todo el problema, al punto de que el hombre ni siquiera sintiera ya el impulso de masturbarse; se da cuenta de que el factor psicológico interior, que aparecía primero de una manera bastante repugnante, es su *anima*, y se dispone a relacionarse con ella. Ésa sería una espiritualización del factor, sería producir el pájaro alado.

Pero, como dice Goethe, *«Uns bleibt ein Erden-rest, zu tragen peinlich»*, es decir que nos queda siempre un resto de tierra, incómodo de arrastrar. Aun después del proceso de espiritualización más completo hay siempre algo que se resiste y que quiere la tierra, y un monje así, diez años después de estar «curado», quizá siga preguntándose si, en su fantasía, no habría existido también el deseo de una mujer real. Esa idea lo acosa de cuando en cuando, y si todavía sigue atrapado en el concepto medieval pensará que es el diablo, algo que él tiene que rechazar absolutamente.

Pregunta: ¿Por qué no ha de ser válido eso también para la gente del siglo XX?

M. L. von Franz: Si usted quiere que lo sea, es un problema para usted; si quiere, puede seguir diciendo que es el diablo.

Pregunta: Pero, ¿no tenemos todos que vivir con ese sedimento dentro?

M. L. von Franz: No, por cierto que no; ésa es una cuestión individual que tiene que ver con el destino de cada persona y está abierta a una decisión consciente. Es el conflicto fundamental. Hay personas que no tienen paz y para quienes es simplemente deshonesto cortar la cosa de raíz y decir que es el diablo; sienten que es una falsedad absoluta, en tanto que otras lo sienten como una decisión heroica, la única correcta, a la cual se proponen adherirse durante toda su vida. Unos encuentran la paz mental de una manera, y otros de otras, pero eso es algo que ningún analista puede imponer al analizado; tiene que ser una decisión individual a la que cada persona llegue por sí misma. No hay recetas. Por una parte, amputar eso sería pura cobardía, y por la otra sería debilidad aceptarlo. Pero ése es el gran conflicto insoluble.

Comentario: También depende de las palabras que usemos para describir nuestros sentimientos íntimos.

M. L. von Franz: Sí, y del tipo de fantasía que tengamos, y ése es el problema individual que nadie puede resolverle a otro, pero hay un tipo general del mismo problema del cual es posible hablar, y que el alquimista trata de ejemplificar de esta manera. Hay el azufre rojo y el alma exaltada y, como dice el alquimista, es el problema insoluble pues uno de los pájaros tira hacia abajo, y el otro intenta elevarse.

En cierta manera, esta imagen dice que el problema es eterno; circula en sí mismo, y su totalidad de opuestos es la totalidad de la cosa. Uno es el mundo inferior, que naturalmente se relaciona con el azufre rojo, y el otro es el mundo superior. Arriba están el sol y la luna, y pronto interpretaremos la carta de amor del sol a la luna, que aparece en el ámbito psíquico o espiritual y no en la realidad concreta. Por lo tanto se puede decir que la parte superior vuelve a caer en dos opuestos, a saber, el sol y la luna, porque ambos caracterizan a la parte superior, en tanto que la tierra y la luna forman otro par de opuestos en la parte inferior. La luna vuelve a estar dividida en la luna celeste y la luna terrestre, dicho sea con palabras de Senior. El texto es ambivalente, en un pasaje habla de la luna y en otro de la tierra y la base de los dos pájaros.

Está, pues, la oposición entre los mundos inferior y superior, y dentro del mundo superior hay oposición entre el sol y la luna, y después están los dos aspectos de la luna. Es bastante complicado, pero lamentablemente los procesos psicológicos son así. Si uno ha llegado a la etapa en que es posible extraer el alma de uno de sus impulsos más fuertes, y se encuentra desgarrado entre los opuestos de lo espiritual y lo concreto, o lo «solamente» psicológico, entonces sigue avanzando en la parte superior introduciendo el conflicto en el material de la fantasía y haciendo imaginación activa en torno de su impulso. Al poner por escrito la fantasía, uno está hablando con la figura interior.

Comentario: No todos entendemos qué es la imaginación activa.

M. L. von Franz: Lamentablemente la psicología junguiana es tan enmarañada que cada experiencia analítica se vincula con todas las demás. Dicho en pocas

palabras, la imaginación activa consiste en hacer una fantasía referente a un impulso cuando uno se enfrenta con él. Ahora no puedo entrar en la cuestión de cómo fantasear, pero hay algunos aspectos técnicos que se han de observar porque son importantes. Supongamos que usted está enamorado de una hermosa mujer y, como no puede tenerla, se pone a fantasear o a soñar con ella. Entonces puede continuar su sueño encontrándose y hablando con ella en su imaginación.

Mediante este procedimiento se le aclara a uno el significado de muchas cosas. Entiende por qué se enamoró de esa desconocida, y que gran parte del asunto le pertenece; es parte de su pauta y tiene significado para uno, y entonces, porque ahora ya lo entiende, puede ser que deje de lado la fantasía. Pero generalmente aparece el problema que mencioné antes, y uno se pregunta si quizá no debería telefonear a la mujer de carne y hueso. Después de todo, ¡ella originó toda la fantasía! Uno puede decir que no es más que curiosidad, pero la gente es curiosa: ¿por qué fue *esa* mujer en particular?

Lo que así habla es el azufre rojo. Pero ahora ya tienes la opción entre dos cosas, ya sea telefonear a la mujer y precipitarte en el mundo de abajo, o telefonearle en imaginación activa y decirle que ella es tu *anima*, que te has dado cuenta de eso, ya sabes que ella está dentro de ti, pero algo todavía sigue fastidiándote y te gustaría tener un encuentro con ella en forma concreta. ¿Qué tiene que decir ella al respecto? Y entonces dejas que el *anima* imaginada se enfrente con el problema concreto.

Eso sería mantener la escisión en el aspecto espiritual, planteando también el problema concreto, porque incorporar el conflicto a tu imaginación activa significa espiritualizarlo más aún. Si el azufre rojo gana, y tú te vas a telefonear en la vida real y llamas a la mujer, entonces caes en el mundo de abajo, en el *mundus inferior*, la tierra corruptible, que es la realidad, la realidad concreta, y naturalmente todo el drama comienza allí.

Comentario: Lo que usted le pide a su imaginación que haga es…

M. L. von Franz: ¡Usted no *pide* nada! Siempre hay dos posibilidades.

Pregunta: ¿Uno debe hallar en su imaginación lo que le dirá esa persona?

M. L. von Franz: Sí, si uno sigue el camino ascendente, entonces eleva su conflicto concreto preguntando a la mujer interior qué debe hacer con su deseo de algo más concreto, y entonces tiene que escuchar lo que ella tenga que decirle sobre su conflicto, y eso es algo muy difícil de hacer.

Muchas personas no pueden hacerlo porque no pueden escuchar lo que dice la figura interior; en vez de escuchar realmente, se limitan a imaginarse ellos algo. Esto requiere mucha práctica, pero de esa manera se puede trasponer el conflicto y seguir analizándolo en otro nivel, y eso sería enfrentarlo desde adentro. Entonces la fantasía se convierte en un conflicto y, en el intento de aclararlo, uno combate con la figura interior en un nivel psicológico.

Tomemos el monje que se masturba, y les ruego que disculpen lo burdo del ejemplo, pero también hay que dar cabida al mundo inferior. Supongamos que el

hombre viene a verme y me dice que todo eso de la *sophia* y el *anima* interior está muy bien, pero me cuenta que de cuando en cuando el diablo se le insinúa diciéndole que de todas maneras le sigue faltando algo en el nivel real, y me pregunta qué puede hacer al respecto. ¡Yo le respondería que debe preguntárselo a la *sophia* interior!

Comentario: Al conocimiento interior.

M. L. von Franz: No, *sophia* es mucho más que eso. *Sophia* es el conocimiento de Dios. Lo mismo se le podría decir que le pregunte a Dios. Yo no puedo resolver el problema del analizado; él debe hablar con la imagen de la Divinidad que hay dentro de él, decir que algo sigue preocupándole y preguntar qué puede hacer al respecto. Y después debe escuchar, tras lo cual pueden suceder un montón de cosas; una de las más frecuentes es que se dé cuenta de que Dios tiene dos manos, y de que fue Él mismo quien originó el conflicto.

El caso es imaginario, pero supongamos que el monje ha tomado conciencia de la *sophia* interior, y sabe que es la sabiduría de Dios en una forma que él encuentra dentro de su propia alma. Más tarde el azufre rojo lo mueve a decir que no se trata de eso, o que eso no es todo, que todavía debe tener también la experiencia real. A lo cual yo sólo puedo decir que debería preguntárselo a su figura interior, preguntarle a la *sophia* que hay dentro de él. No digo que siempre sea así, pero con frecuencia la figura interior responde con paradojas. Dice que en cierto modo es verdad que debe acceder a la realidad, que es cierto que se está perdiendo algo, y al mismo tiempo dice que todo es psicológico. La respuesta es algo así, y el pobre hombre dirá que él ya no puede más, porque ésa no es una respuesta clara, es paradójica.

Si es capaz de entenderlo, se dará cuenta de que ése es el doble juego del Uno, de que el conflicto es necesario y buscado, y no se lo debe resolver racionalmente. La única forma en que puede manifestarse el Sí mismo es mediante el conflicto: encontrar el propio conflicto insoluble y eterno es encontrarse con Dios, lo cual sería el fin del ego con toda su verborrea. Ése es el momento de la entrega, el momento en que Job dice que se cubrirá la boca con la mano y no discutirá acerca de Dios. Es la conciencia la que crea la escisión y dice: «Una cosa o la otra».

He visto con bastante frecuencia en esos casos que la *sophia* —o alguna otra figura divina, o el anciano sabio— responde: si uno lo considera con ánimo negativo, en forma evasiva, y si lo ve positivamente, en forma de paradoja. Entonces la paradoja del factor psicológico, o de la realidad psíquica, afecta a la calidad de la conciencia, que siempre quiere plantear disyuntivas y hablar de ellas, y cuando aparece el Sí mismo, ahí se acaba el hablar. Entonces el conflicto ya no está en la cabeza.

Es el momento en que el conflicto trasciende la discusión verbal y se convierte en una vivencia intuitiva de la Unidad detrás de la dualidad. Uno está entre la mano derecha y la izquierda; algo es secretamente uno, y sin embargo quiere que lo desgarren, quiere sufrir, hasta que sucede algo que es muy difícil de captar y entonces se produce un cambio a otro nivel. Si uno se deja desgarrar en el conflicto, entonces

repentinamente uno cambia, cambia desde las raíces más profundas de su ser, y toda la cosa tiene otro aspecto. Es como si uno torturase tanto a un animal que éste se elevara de un salto a un nivel superior de realización, y eso puede suceder en formas muy diferentes. Se puede decir que es un aspecto del símbolo de la cruz, que uno tiene que ser totalmente crucificado y decir, como dijo Cristo en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Y entonces sucede algo que supera el conflicto, lo deja atrás.

Comentario: Si el monje va a mantener sus votos, tiene que dejar de masturbarse.

M. L. von Franz: Mi hipótesis es que hace tiempo que ya lo ha hecho, desde que tuvo su fantasía, pero el diablo es mucho más listo y le dice, bueno, que ahora está curado y todo está bien, y así en ese tono, pero aun así, ¿no tendría que abandonar el monasterio para tener una experiencia «auténtica»? ¿Acaso no ha evolucionado lo suficiente como para hacer incluso eso? Por ejemplo, en la Edad Media se decía: *«Ubi spiritus, ibi libertas»*. Esto es de san Pablo, que dice: «Donde está el espíritu del Señor hay libertad», II Corintios 3, 17. Entonces el diablo le podría preguntar si, ahora que ha resuelto su conflicto, no es libre de vivir.

Comentario: Bueno, yo creo que sí.

M. L. von Franz: Ésa es su opinión, pero para la situación de él no viene al caso. El tiene que esperar hasta que Dios le diga qué hacer; no es usted quien tiene que decirle lo que está bien. «Sí, está bien, creo que tienes que seguir adelante», le diría usted, con su espontaneidad de extravertido, pero yo no le diría eso, le diría que debe preguntárselo a Dios.

Pregunta: Supongamos que el monje tiene una intuición muy débil, y tiene que buscar su respuesta en alguna otra parte. ¿De dónde le vendría?

M. L. von Franz: Depende de a qué se refiera usted al decir eso. Si se refiere a que así es como suele suceder, tiene razón, pero si lo que quiere decir es que debe ser así, se equivoca.

Comentario: Usted dijo antes que la respuesta sobrevendría en forma intuitiva, pero no todo el mundo es capaz de obtenerla intuitivamente.

M. L. von Franz: Ahora usted trae a colación el problema de los tipos, y eso es una cosa diferente. En términos generales, el introvertido necesita una experiencia concreta, una experiencia externa, para sentir que él está completo y que las cosas son totales, pero el extravertido no. Y eso significa que si el monje es un introvertido debe tener cierta experiencia, en general.

Pregunta: ¿Experiencia sexual? ¿Con eso se refiere usted a lo que Freud entendía por sexo?

M. L. von Franz: Me refiero muy simple y concretamente a contacto con un ser terrestre y humano, una mujer.

Pregunta: ¿Se refiere al contacto sexual?

M. L. von Franz: Sí, concretamente, pero digo que en general eso sucede, y no que deba suceder. No sucede en todos los casos, sólo se puede decir que es una

tendencia estadística promedio. Pero lo que es importante para él es su conexión con Dios, no la mujer, de modo que si Dios le envía esa experiencia él tiene que tomarla, y si Dios no se la envía, no.

Comentario: En lo que yo insisto, y hablo como teólogo, es en que las leyes naturales de Dios se relacionan con él y con su relación con una mujer también en función del sexo, y puedo decir dogmáticamente que un teólogo o sacerdote de la Iglesia, si sale como sacerdote cristiano y tiene una relación con una mujer fuera de sus votos, eso estará mal.

M. L. von Franz: Sí, porque usted puede saber lo que Dios quiere en cada caso, pero nosotros no. Nosotros primero intentamos siempre preguntárselo a Él desde adentro.

Comentario: Bueno, yo sé que Él tiene leyes naturales que afectan a los seres humanos.

M. L. von Franz: Para nosotros la experiencia de Dios es mayor y más desconocida, y por eso Lo consultamos cada vez. No tenemos la idea de que Dios ya haya dicho Su última palabra. Ése es el gran contraste entre la psicología y la teología. Pensamos en Dios como una realidad que puede hablar en nuestra psique. Nunca se sabe lo que Dios puede pedirle a un individuo, y por eso cada análisis es una aventura, porque uno nunca sabe qué es lo que va a pedirle Dios a esa persona.

Pregunta: ¿Hay límites para eso?

M. L. von Franz: No, no los hay; no se le pueden poner límites a Dios. Nuestra actitud es mucho más humilde que la de los teólogos. Simplemente, decimos que debemos esperar, a ver qué tiene que decir Dios sobre la situación en cada caso. No hacemos supuestos referentes a lo que Él va a hacer, de modo que cada vida humana se convierte en una especial aventura espiritual y religiosa, y en un peculiar encuentro con Dios. Dios puede establecer Sus propias limitaciones.

Comentario: Pero lo que importa es que todavía no lo ha hecho.

M. L. von Franz: Quizá no lo haya hecho en su vida, pero ¡espere a que Dios le dé una orden! Usted tiene razón al hablar como lo hace mientras Dios no le haga pensar de otra manera, y tiene derecho a decir que El no ha interferido con sus teorías, de modo que eso está muy bien para usted, pero no para otros. Hay otras personas con cuyas teorías conscientes Dios ha interferido, y muy fuertemente, y entonces han tenido que readaptarse a una realidad nueva.

Comentario: La actitud que yo sugiero está en el nivel de la experiencia, de una experiencia válida.

M. L. von Franz: Si es una experiencia válida —es decir, si es auténtica para una persona— ya no hay más que discutir. Esa persona está de acuerdo y en paz con cierto modo de comportamiento que para ella está codificado por Dios, de modo que está en paz con Dios, que es el objetivo supremo de la vida humana. Entonces no hay problema.

Comentario: Piense en el profeta Oseas. Dios le dijo que se casara con una

prostituta.

M. L. von Franz: Dos mil años más tarde, después de haber sido canonizado como profeta y puesto que está en las Sagradas Escrituras, no podemos dudar de que fue Dios, y todo está bien. Es el comportamiento paradójico de Dios. Pero si eso le sucediera hoy a usted, y usted fuera a decirle a un colega que Dios le había ordenado que se casara con una prostituta, ¿qué le contestaría su colega? Probablemente le pregunte si está seguro de que es Dios, porque pensará que Dios no le puede dar semejante orden, y por lo tanto no puede ser Dios. ¿Cómo demostraría usted que era Dios?

Comentario: Yo querría estar seguro de que su motivo era auténtico y saber quién era la mujer, cosas así.

M. L. von Franz: Le pregunté por *usted*, pero no importa. Entonces, con el juicio razonable de su yo, ¿usted decidiría si era Dios o no?

Respuesta: No sería mi juicio, sino el Suyo. Lo único que yo podría hacer sería ayudar al hombre a elaborar la decisión.

M. L. von Franz: Entonces, usted lo lleva todo al nivel del razonamiento consciente.

Comentario: No sólo del razonamiento consciente, sino que implicaría al sentimiento y la intuición y todo.

M. L. von Franz: Ése es el camino humano, racional y consciente. El verdadero misterio de Dios está fuera de eso.

Comentario: Yo no me propongo tomar la decisión de Dios por El; es Dios quien tiene que decidir.

M. L. von Franz: Pero entonces usted Lo seduce para que Él tome Su propia decisión en vez de relacionarse usted con Dios.

Comentario: Creo que en alguna medida Dios se relaciona por intermedio de mí, y de todos.

M. L. von Franz: Eso es inflación. ¿Por qué no ha de relacionarse el hombre directamente con Dios?

Comentario: Porque no puede; humanamente, tampoco yo puedo. No puedo mantener una conversación con Dios dentro de mí. Eso es humanamente imposible.

M. L. von Franz: ¿De veras?

Comentario: Sí, tengo que tener algún contacto humano mediante el cual relacionarme con Dios.

M. L. von Franz: Hay personas que no pueden arriesgarse a la soledad de la experiencia. Tienen que estar siempre en el rebaño y tener contacto humano, como lo llama usted.

Comentario: Yo no negaría la eficacia de la plegaria cuando yo y Dios colaboramos, pero eso no nos implica solamente a mí y a Dios, sino también a las personas con quienes vivo, mi familia y otras, en relación con Dios, el Espíritu Santo.

M. L. von Franz: Ahí menciona usted lo principal, pero el Espíritu Santo alienta

donde quiere. Usted, el teólogo, se identifica con una posición consciente y la toma como absoluta. Desde ese punto de vista, puede hablar de cualquier cosa, pero no se da cuenta de su identificación inconsciente. Si cuestiona usted durante el tiempo suficiente su punto de vista consciente, estoy segura de que un día el Espíritu Santo vendrá a susurrarle algo al respecto.



40. El alquimista conversa con Dios. «Ésa es la gran confrontación entre la psicología y la teología. Todo análisis es una aventura, porque uno nunca sabe lo que Dios va a pedirle precisamente a esa persona». Von Franz.

Para nosotros, nunca existe más que el individuo y su vivencia o experiencia de Dios, y todo lo demás es secundario. En terapia no somos nosotros quienes conectamos al individuo con Dios, y eso sería incluso una presunción megalomaníaca del psicoterapeuta… aunque muchos presumen de hacerlo, y en esa medida han vuelto a convertirse en teólogos furtivos. Si usted está con un analizado, la única forma en que quizá pueda ayudarlo es diciendo: «No lo sé, pero vamos a preguntárselo a Dios». Así uno impide que el analizado saque conclusiones conscientes precipitadas o seduzca al analista, convenciéndolo de que él las saque, y por consiguiente toda experiencia religiosa se convierte en un acontecimiento especial y único. En cada experiencia se vive a Dios o se experimenta en una forma

peculiar y específica, y eso incluye hasta el azufre rojo, lo que quiere decir que si usted plantea ante Dios la cuestión del azufre rojo, Él le dará Su propia respuesta en cada caso.

Comentario: Yo creo que Dios ya ha dado Su propia respuesta en cada caso.

M. L. von Franz: Ahí es donde diferimos. Usted piensa que Dios ha publicado las reglas generales a que Él mismo se ajusta, y nosotros creemos que es un espíritu viviente que aparece en la psique humana y que siempre puede crear algo nuevo.

Comentario: Dentro del marco referencial de lo que ya ha publicado.

M. L. von Franz: Para un teólogo, Dios está limitado a Sus propios libros, y es incapaz de seguir publicando. Ahí es donde discrepamos.

Pero volvamos a nuestro texto. Si llevan ustedes el conflicto al ámbito del desapego psicológico interior, el problema de los opuestos se aclara: la Unidad se hace visible en el campo psicológico, y uno cae en la cuenta de que su conflicto se da entre dos aspectos de la psique. Pero sigue habiendo un factor insatisfactorio, porque hemos cortado la luna en dos. El elemento femenino sigue estando dividido, sigue habiendo una escisión entre lo que llamaríamos el inconsciente, o el *anima*, y lo que se podría llamar el mundo concreto. Ésta sigue siendo una cuestión abierta, lo que significaría que en análisis uno se da cuenta del conflicto, pero todavía no puede vincularlo del todo con la vida exterior concreta. Tan pronto como se trata de problemas en la vida exterior y concreta, sigue habiendo incertidumbre.

Senior no da consejo alguno sobre cómo proseguir a partir de allí, pero sugiere otra posibilidad. Nunca se ha de olvidar la división en dos, los dos aspectos del mismo problema. El lo plantea de esta manera porque sólo se lo puede describir atacándolo desde ambos lados, y ahora intenta abordarlo por el otro. En una imagen el sol con sus dos rayos ataca al mundo inferior, como lo hace el sol con un solo rayo, sin justicia. El mundo inferior es una dualidad secreta: es una esfera negra por fuera, con una luna blanca y brillante por dentro.

En general el sol representa un principio masculino de la conciencia colectiva, el factor psicológico desconocido que crea la conciencia colectiva. Vemos que allí donde los seres humanos se congregan, allí se crea un fenómeno de conciencia colectiva. Por ejemplo, las palabras de un lenguaje tienen para cada individuo un significado similar promedio, y gracias a este medio del lenguaje se imparten e intercambian muchos conocimientos y se forma una reserva de la conciencia colectiva.

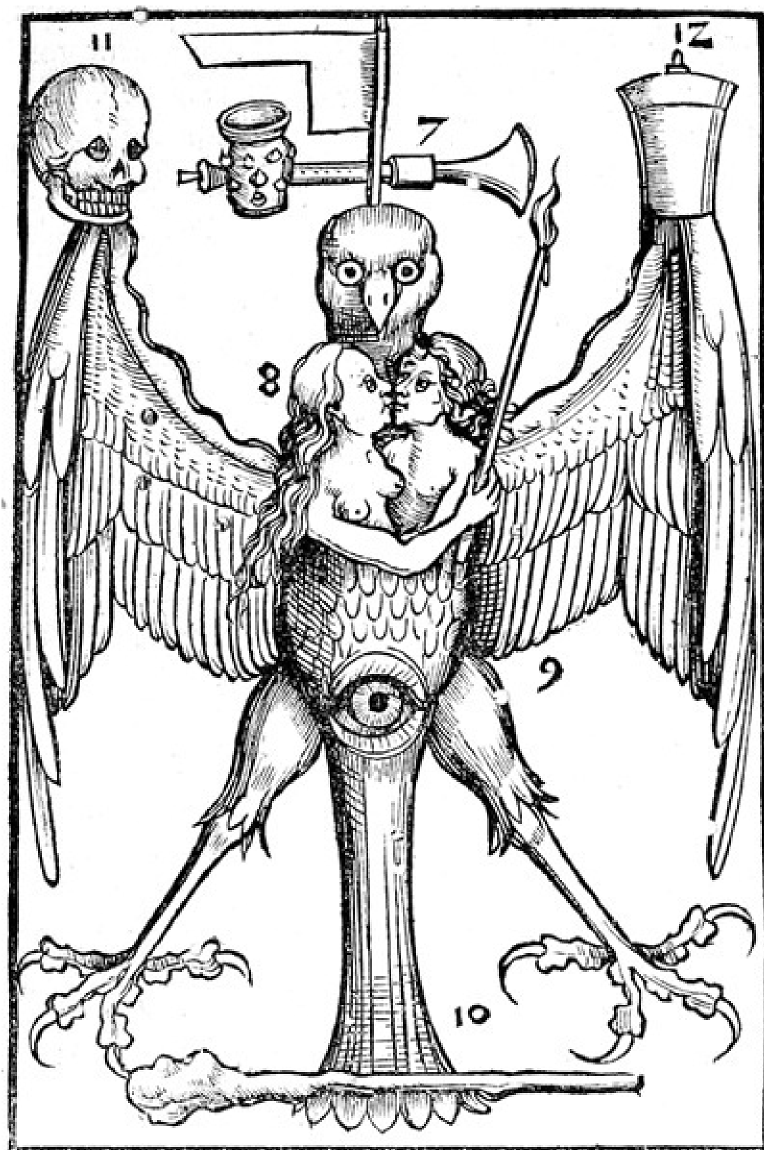
Es muy difícil decir qué es la conciencia propia de un individuo, y cuánto hay en ella de colectivo. En los comienzos de la niñez se ven chispas de reacciones conscientes individuales, por ejemplo en las maravillosas expresiones de los niños y en las preguntas que hacen. En todo ello el niño hace un esfuerzo hacia la conciencia individual. También están las preguntas encantadoramente torpes: «Abuela, ¿tú cuándo te vas a morir?», y cosas semejantes, porque entonces el niño habla en forma muy ingenua y muy individual. Pero cuando va a la escuela se produce la

confrontación con la conciencia convencional; las escuelas tienen que ser así, y si uno habla del león o del oso, y les dice a los niños que escriban una pequeña composición sobre estos animales, habrá un máximo de tres en una clase que digan algo individual.

Cuando era maestra yo solía desafiar a los niños, pidiéndoles que escribieran lo que pensaban y no lo que yo les había dicho, y entonces vi que los niños tienen una dificultad tremenda, porque la función de la escuela y la tendencia evolutiva de esos años apuntan ambas a formar la conciencia colectiva. La asimilación de la conciencia colectiva es, de hecho, la función de la escuela y, por ende, la originalidad de la conciencia individual generalmente se desvanece y al llegar a los veinte la gente es un saco de conocimiento colectivo. Si uno les pide su opinión sobre lo que sea, se limitan a repetir lo que dicen sus padres o sus amigos, o lo que han leído en el periódico, y uno tiene una dificultad enorme para volver a conseguir de ellos una reacción consciente, personal y única.

Entonces, podemos decir que el sol es esa luz interior dentro de la cual todos nadamos, es la luz de todos nuestros días. Creemos que somos conscientes, pero no es verdad; somos conscientes en el ámbito de lo colectivo y ni siquiera sabemos lo pequeña que es nuestra conciencia individual. Es necesario buscar mucho para encontrar aunque no sea más que fragmentos de conciencia que sean personales.

Si uno analiza a un individuo, el sol siempre está brillando; eso es la conciencia colectiva en la que está encerrada la conciencia individual, y el conflicto se da entonces ya sea contra el inconsciente o contra la realidad. Cuando la gente tiene un conflicto, o bien están peleándose con la realidad exterior —afuera las cosas están mal, y ellos quieren corregirlas—, o están en dificultades con su inconsciente. Algo de adentro o algo de afuera está en oposición. Con toda razón se dice que el enemigo con quien se ve confrontada la conciencia es secretamente doble, porque la gente viene a analizarse diciendo que tiene un conflicto exterior, pero uno descubre que es interior, o bien sucede todo lo contrario.



41. La *coniunctio* como una fantástica monstruosidad, es comparable psicológicamente con la unión inconsciente de lo masculino y lo femenino.

Si hay dos soles, entonces hay dos principios de conciencia colectiva. En una sociedad, eso significaría dos formas de relación con Dios, por ejemplo el catolicismo y el protestantismo; una de ellas vive a la luz de un sol, y la otra a la luz del otro. Para un grupo, algunas verdades son completamente evidentes; jamás se las discute, porque a este grupo le parecen tan claras como el sol, y lo mismo vale para el otro grupo en relación con sus propias verdades. Entonces hay ya una diferenciación, una escisión o algo en oposición, interior al ámbito de la conciencia colectiva. Eso se referiría en general a algún tipo consciente de conflicto colectivo: dos «ismos» o dos actitudes colectivas chocan, pero ambas son colectivas, porque el conflicto es común a muchos en la misma forma.

En el texto de Senior las actitudes en conflicto están caracterizadas como un sol que dirige dos rayos hacia su opuesto —la cosa oscura— y un sol que dirige un rayo, y se dice que el de un rayo es el sol sin justicia. ¿Qué principio de la conciencia

colectiva no tiene justicia hacia el mundo de abajo, en tanto que el otro sol tiene justicia? ¿Qué querría decir eso?

Está claro que hay dos posibilidades de conciencia, a saber, una rígida y otra que tiene una *actitud paradójica* y por consiguiente hace justicia al factor paradójico del inconsciente. Esta última sería lo que se podría llamar un sistema conscientemente abierto, una *Weltanscbauung* abierta que está siempre dispuesta a aceptar a su opuesto, o a encontrar el opuesto y aceptar sus contradicciones. Si uno tiene una actitud consciente que está dispuesta a aceptar el opuesto, a aceptar el conflicto y la contradicción, entonces se puede conectar con el inconsciente. Eso es lo que intentamos lograr. Tratamos de producir una actitud consciente con la cual la persona pueda mantener abierta la puerta hacia el inconsciente, lo que significa que uno nunca debe estar demasiado seguro de sí mismo ni de que lo que uno dice sea la única posibilidad; *nunca* debe estar demasiado seguro de una decisión.

Siempre se ha de tener un ojo y un oído abiertos para lo opuesto, para la otra cosa. Esto no significa debilidad, ni incapacidad de defenderse. Significa actuar de acuerdo con la propia convicción consciente, pero teniendo siempre la humildad de mantener la puerta abierta a riesgo de que a uno le demuestren su error. Ésa sería la actitud de una conciencia en un contacto viviente con el otro lado, el lado oscuro. El sol injusto es aquella actitud de la conciencia que sabe exactamente qué es cada cosa, una actitud rígida que obstruye el contacto con el inconsciente, en tanto que el sol de dos rayos tiene un efecto moldeador y formativo sobre el inconsciente; este último sería el que tiene justicia, y el primero el que no la tiene. Creo que es muy significativo.

Si pensamos en este hombre, Senior, que vivió su vida entre los chiítas y los sunnitas, me imagino, aunque no sea más que conjetura, que en su material los dos soles representarían aquello.

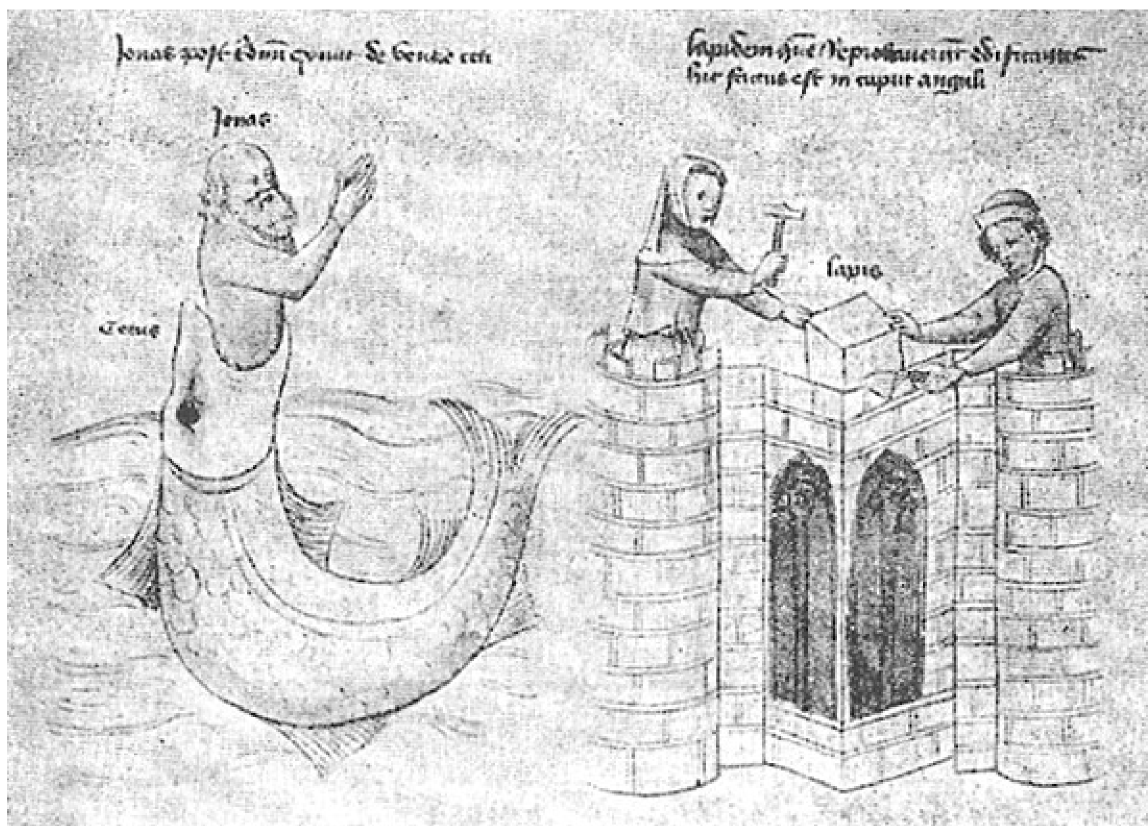
En todo caso, la conciencia tiende siempre a ser unilateral y a estar segura de sí misma, y eso va en desmedro del misterio de la vida. Pero la conciencia puede tener la doble actitud, y entonces ilumina el misterio de la vida, en vez de dañarlo. La actitud humilde que mantiene siempre la puerta abierta es la aceptación necesaria del hecho de que uno puede equivocarse, en lo moral o en lo científico, o de que uno puede saber hasta cierto punto, pero sin estar seguro, y que incluso la mayor de las certidumbres puede no ser más que negativa, o sólo algo verosímil de acuerdo con lo cual actúo.

Lo que se requiere es una actitud consciente conectada con la actitud religiosa, prestar siempre humilde y cuidadosa consideración al factor desconocido, o sea, decir: «Creo que esto es lo que corresponde hacer», y seguir atento a un signo que nos advierta que no lo hemos tenido todo en cuenta. La conciencia es esencial para el inconsciente, porque sin ella el inconsciente no puede vivir. Pero la conciencia no es más que un buen canal de comunicación a través del cual el inconsciente puede fluir si tiene una actitud doble, paradójica. Entonces el inconsciente puede manifestarse, y se puede evitar el endurecimiento de la actitud consciente en contra del inconsciente,

que significa una escisión en la personalidad… y en la civilización.

Aquí hay, en el objeto, una dualidad secreta. En forma muy aproximada podemos decir que este oscuro mundo de abajo es el inconsciente, porque es lo desconocido; es aquello que no puedo penetrar mentalmente para decir que ya sé lo que es. El «inconsciente» es un concepto que se refiere simplemente a aquello que no es claro para la conciencia. Eso incluye todo un conglomerado de cosas. Hay dos aspectos, dos incógnitas finales, de las cuales se ocuparía especialmente un alquimista, y a las que me referí en la introducción. Todavía nos vemos frente a dos misterios no resueltos que, de una manera extraña, son interdependientes aunque todavía no sepamos cómo. Son la psique y la materia. La ciencia de la física, en última instancia, postula la materia como algo inconsciente, es decir, algo de lo cual podemos llegar a tener conciencia. Por definición, el inconsciente es la misma cosa: algo psicológico de lo cual no podemos llegar a tener conciencia, y jamás sabemos de qué manera se combinan nuestras descripciones del inconsciente con la materia, lo cual genera todo el conflicto entre lo interno y lo externo.

En último análisis, es la conciencia la que crea el conflicto entre lo interno y lo externo, al proyectar uno de los términos como materialmente real y el otro como psicológicamente real, porque no conocemos la diferencia entre la realidad material y la psique. De hecho, si lo consideramos de un modo imparcial, nos encontramos con algo desconocido que a veces se aparece como materia y a veces como psique, y la forma en que los dos se relacionan no la conocemos todavía. Los alquimistas no lo sabían y nosotros tampoco. Es un misterio de la vida que al parecer se manifiesta tanto psicológica como materialmente. Si lo describimos desde afuera con un enfoque estadístico extravertido, se nos aparece como materia, y si lo abordamos desde adentro se nos aparece como lo que nos complacemos en llamar conciencia.



42. Jonás emerge del vientre de la ballena, y los alquimistas
ajustan el *lapis angularis* (la piedra angular, símbolo de Cristo).

Pregunta: ¿No hay también una dualidad entre objeto y sujeto?

M. L. von Franz: Sí, exactamente. Afuera está la *nigredo*, y ése sería el aspecto destructivo del inconsciente tal como lo experimentamos muy a menudo, por lo menos al comienzo, en nuestros primeros contactos. Todos nuestros sueños son críticos al principio; el inconsciente está lleno de impulsos y de factores de disociación, factores destructivos, y después, si profundizamos y penetramos más, vemos algo muy claro y lleno de sentido. La iluminación puede provenir de ese lugar oscuro; es decir, si dirigimos sobre él el rayo de la conciencia, si lo calentamos con nuestra atención consciente, entonces de ello sale algo blanco, y eso sería la luna, la iluminación que proviene del inconsciente.

En ocasiones uno tiene un sueño desagradable que le repugna cuando se despierta; es indecente u obsceno, tremendamente tonto o estúpido, y es irritante. ¡Uno quería un maravilloso sueño arquetípico, y he aquí lo que viene! Pero entonces yo digo: «A ver, un minuto, vamos a investigarlo, a descubrir qué significa», y por lo general son precisamente esos sueños los que más nos iluminan, si somos capaces de llegar al significado. El significado no era conocido, pero tenía un contenido dinámico que lo enriquece a uno mucho. Son precisamente ésos los sueños más valiosos; tienen una cascara inabordable y repugnante de negrura que deprime, pero dentro está la luz del inconsciente. Con frecuencia, es en los motivos deprimentes del

sueño donde se puede encontrar la luz, y naturalmente se la hallará también en los impulsos oscuros, que están llenos de significado si uno es capaz de investigarlos con amor, con una actitud que acepte la paradoja.

Parece que, llegado a esa etapa, Senior tuviera un conflicto consciente entre dos actitudes hacia el inconsciente; sería un conflicto vital, pero da la impresión de que todo estuviera bien en lo que se refiere a los puntos de vista conscientes. Quizá la vida misma nos presente el conflicto, por un lado en la esfera de la luna, y por otro en la esfera del sol; uno es un conflicto consciente, el otro inconsciente. Por lo general están entretejidos, tienen algo en común y no son sino dos aspectos de la misma cosa, es decir, de la dualidad paradójica fundamental de todos los fenómenos psicológicos.

Lo que no se dice en la imagen pero está contenido en el texto, si leen ustedes el libro, es que la totalidad de la cosa describe la piedra filosofal, la obra alquímica. Se dice que lo uno es la primera etapa de la obra alquímica, y con el añadido de lo segundo se hace la piedra filosofal, porque el conflicto vital se ha vuelto consciente. Esta es la etapa final del opus. Cuando ya nos hemos relacionado con el inconsciente, aparece el problema, cada vez más sutil, de cómo mantener bien la relación en vez de volver a caer en nuestra unilateralidad. Hasta personas que han hecho un largo análisis junguiano tienden a codificar su proceso de individuación. Aunque hayan tenido experiencias tremendas y reacciones vitalizadoras, si no hacen más que quedarse con eso y codificar lo que han experimentado —por ejemplo, si dicen que sólo predican a los demás sus propias experiencias—, entonces no evolucionan. A eso se debe que todo fenómeno consciente se desgaste.

Por eso, el conflicto es eterno y debe ser corroborado; la unilateralidad de la conciencia deber ser continuamente confrontada con la paradoja. Esto significa que cada vez que una verdad ha sido vivenciada como tal, y se ha mantenido un tiempo viva en nuestra psique, hay que hacer un giro de ciento ochenta grados, porque esa verdad ya no es válida. Como dice Jung, cualquier verdad psicológica no es más que una verdad a medias, ¡y ésa tampoco es más que una verdad a medias! El propio analista tiene que mantenerse siempre al ritmo de su propio inconsciente, tiene que estar conscientemente dispuesto a tirar por la borda todo lo que se logró hasta ahora, y esto correspondería a una doble actitud constante.

Por lo tanto, quizás el sol con los dos rayos esté mejor adaptado para influir sobre el inconsciente, y también para asimilarlo, en virtud de una actitud abierta, como si hubiera una segunda conciencia por detrás de la conciencia…, como si uno tuviera la conciencia en su modo de operación ordinario en el primer plano de la mente, mientras que en el fondo hay algo que se da cuenta de que eso no es más que una parte de la vida.

Así pues, hay una conciencia móvil, una «conciencia por detrás de la conciencia» que se limita a observar y sabe que, por el momento, la cosa es así. Jung lo describe, en un nivel emocional, como estar precisamente en lo más tormentoso del conflicto, y al mismo tiempo fuera de él, observándolo con serenidad.

Volvamos ahora a la carta de amor del sol a la luna creciente, donde el sol dice: «En grande y definitiva debilidad, te daré desde mi belleza la luz mediante la cual alcanza uno la perfección».

CONIVNCTIO SIVE
Coitus.



O Luna durch meyn vmbgeben/vnd ſuſſe mynne/
Wirſtu ſchön/ ſtarck/ vnd gewaltig als ich byn.
O Sol/ du biſt vber alle liecht zu erkennen/
So bedarfſtu doch mein als der han der hennen.

43. Imagen idónea para la unión psicológica de los opuestos:
«Oh Luna, encerrada en mi abrazo,
sé tan fuerte como yo, y de rostro tan bella.
Oh sol, la más brillante de todas las luces que los hombres conocen,
y, sin embargo, tú me necesitas, como el gallo a la gallina».

Desde un punto de vista puramente astronómico, el sol tiene luz, en tanto que la luna se limita a recibirla de él; esto es, el sol da luz a la luna, y para esto hay una base bien natural. El sol, en su forma radiante, emanante, intenta impartir parte de su luz a la luna para que ésta pueda alcanzar la perfección.

Tenemos que darnos cuenta de qué era lo que significaban para las gentes de entonces el sol y la luna. El sol en general es una imagen de la Divinidad; más adelante, en el texto se dice incluso que el sol es la divinidad espiritual, y que ésta en su belleza emana bondad, quizá sin sombra. Es hermoso e imparte su luz a la imperfecta luna. Ahora bien, la luna es femenina, es un receptáculo para los muertos, es responsable de todos los fenómenos en que algo crece y decrece en la tierra: del crecimiento de las plantas y de su marchitamiento, de la menstruación de las mujeres,

del flujo y reflujo de las mareas, del devenir y el morir, y rige, por consiguiente, al mundo corruptible.

Brevemente expresado, eso sería lo que aquellas gentes pensarían de la luna, de modo que ésta es el fenómeno de la vida terrestre en sus paradójicas mareas, en su irracionalidad que todavía parece tener un significado secreto. Para un hombre, la luna representaría un aspecto de la personificación femenina de su inconsciente, en tanto que para la mujer sería la personificación de su base en la vida vegetativa, de su vida instintiva.

El sol dice entonces que por su mediación se llega a cualquier altura, que uno se eleva a cualquier altura; es decir, que el sol es aquello que eleva. En la antigüedad y en otras épocas a la gente le intrigaba el hecho de que el sol hiciera subir el agua calentándola, de manera que se formaban nubes, y que cuando el sol desaparecía viniera la lluvia, de modo que con frecuencia se hablaba del sol como del principio de elevación espiritual. Es, por consiguiente, lo que hace perfectas las cosas, las exalta hasta las alturas y las vuelve visibles.

Entonces dice la luna al sol: «Tú me necesitas tal como el gallo necesita a la gallina, y yo necesito constantemente tu efecto sobre mí, porque tu ética es perfecta, tú, el padre de todos los planetas, tú eres la alta luz, el gran Señor». El sol ha indicado en alguna medida su calidad superior al decir a la luna, de manera muy digna, que le dará la luz desde su belleza. De modo que la luna se inclina a señalar que el sol necesita de ella tanto como el gallo necesita a la gallina, que sin ella no es nada, que aunque ella sea la receptora, la cosa imperfecta que recibe la luz, sin embargo el sol la necesita también, porque ¿de qué serviría un sol que no pudiera derramar su luz sobre otra cosa? Su luz desaparecería en el espacio, porque la luz necesita un objeto material donde pueda hacerse visible por reflexión.

Por lo tanto la luna, con toda su femenina humildad y sumisión, señala la absoluta igualdad de su derecho a la existencia: el sol necesita el recipiente vacío donde pueda derramarse su luz, necesita la oscuridad donde pueda resplandecer la luz, necesita la materia donde pueda hacerse visible el espíritu. La luna usa un símil muy vulgar y ordinario —como el gallo necesita a la gallina— que es una alusión al hecho de que entre los dos principios hay también una atracción puramente instintiva e incluso sexual. La luna dice que necesita incesantemente el efecto del sol sobre ella, porque el sol es perfecto, es el padre de toda luz. *Perfectus moribus*, las palabras latinas se refieren principalmente a la perfección ética, que es algo que la luna no tiene.

En la mitología de la luna, la luna es perversa, porque no es digna de fiar. Los alquimistas citaban con frecuencia un salmo que dice que en la oscuridad de la luna nueva los perversos disparaban sus flechas contra los justos, lo que significa que la luna nueva protege a los ladrones y los malos cuando éstos atacan a las gentes honradas. Así la luna tiene toda la ponzoña maligna y la informalidad típicas del *anima* en su condición original y también de los seres femeninos en general, no sólo

de lo femenino en el hombre, porque en lo femenino se da esa astucia gatuna y sospechosa, y esa ética incierta a la que se podría llamar la ambigüedad de la naturaleza. La luna dice que ella es la luna creciente, húmeda y fría, y que el sol es cálido y seco, y cuando están emparejados en un estado de equilibrio, ella es como una mujer que se abre a su marido.

Aquí está el conflicto entre el principio de la conciencia y la naturaleza, es decir lo inconsciente, lo desconocido. El conflicto entre lo masculino y lo femenino se amplifica en una cuaternidad porque ambos contienen dos cualidades: la luna contiene las cualidades de la humedad y el frío, y el sol las de la sequedad y el calor. Eso alude a las enseñanzas de la antigüedad tardía y del medievo, para las cuales hay cuatro elementos —agua, aire, fuego y tierra— y cuatro cualidades básicas: calor, sequedad, humedad y frío. Durante toda la Edad Media se consideró básico este principio y las categorías en las que se podía observar la materia básica, los cuatro elementos y las cuatro cualidades.

Es, ciertamente, un bello mandala, porque el fuego es caliente y seco, y el aire es húmedo y frío. Hay muchas variaciones diferentes para la disposición de los elementos y las cualidades. Esto no era así en función de la realidad material, ni siquiera para las gentes de la época, que se daban cuenta de que era una simplificación de los fenómenos materiales que no coincidía con la realidad. Tan pronto como se lo piensa más en profundidad, la cosa no cuadra, como sucede con todos los esquemas arquetípicos del orden cuando se los proyecta, y hasta los primeros alquimistas decían que no había que pensar que aquello se dijera en forma concreta, que no era más que una manera de ordenar nuestras ideas. Es lo que dice Zósimo, por ejemplo, lo que significa que uno ve claramente una imagen de la totalidad a través de las cuatro cualidades proyectadas sobre la materia; incluso en aquellos días era simplemente una red simbólica que la mente humana proyectaba sobre la materia para introducir en ella algún orden.

Podemos comparar esto con el uso moderno de conceptos tales como los de partícula, energía, continuo espacio-tiempo, y fenómenos electromagnéticos. Los físicos saben que estos conceptos están vagamente entretejidos, y que no son tan simples y claros como nosotros creemos, sino que han sido creados sólo como medios de expresión.

Las cuatro cualidades aparecen ahora y completan la dualidad del sol y de la luna. Es lo mismo que cuando dos personas se encuentran: hay cuatro, él y su *anima*, ella y su *animus*. En una discusión analítica siempre hay cuatro elementos, dos en el nivel consciente y dos en el inconsciente. Toda aserción consciente configura ya su opuesto, es decir, la negación. Si digo que una planta es una planta y un perro es un animal, eso parece bastante simple, pero es una contraposición de dos cosas y contiene algo más, porque si digo que un árbol es un árbol, expreso el hecho de que no es un mineral ni ninguna otra cosa que un árbol. Todo lo que digo lleva ya en sí la

sombra de lo que está excluido. Por lo tanto, cada vez que la conciencia produce algo, aunque sean dos palabras, siempre hay cuatro, porque el inconsciente también está siempre allí; está en juego algo desconocido, y eso también se ha de tener en cuenta.

Tomemos las posiciones opuestas de la física y la psicología. Al ver lo que hacen los físicos, la psicología descubre que el físico está lleno de proyecciones inconscientes, eso se ve de inmediato. Pero cuando es el físico quien nos mira, como es natural ve desde un aspecto físico lo que descubrimos psicológicamente y dice que no tenemos conciencia de ese aspecto, y que a eso se debe que nuestra conciencia no esté lo suficientemente evolucionada como para ser capaces de mantener la atención puesta en una contradicción, algo muy difícil de conseguir, y que, sin embargo, deberíamos hacer.

Toda polaridad contiene su opuesto, pero esto se hace más obvio cuando dos seres humanos discuten, como en el análisis. Entonces hay siempre cuatro, porque también está presente el inconsciente de cada uno. Tan pronto como se presta verdadera atención al problema de la relación, ese mismo hecho lo complica porque siempre están en cada uno de los dos las dos cualidades.

Supongamos que en forma proyectada esto se refiere a ese problema. El sol y la luna dicen que si se emparejan de manera equilibrada, entonces es como un hombre y una mujer que están completamente el uno por el otro. De modo que está el problema de la *coniunctio* con todos sus aspectos, donde hay dos factores conocidos y dos incógnitas. Pero cuando todos ellos se relacionan, se alcanza un estado de equilibrio y perfección.



44. La *coniunctio* como equilibrio armonioso entre los hornos del sol y la luna,
es decir, las energías masculina y femenina.



45. La *coniunctio* como encuentro del rey y de la reina. La reina está de pie sobre un globo para indicar su conexión con la tierra, el rey, de pie sobre el fuego, muestra la atracción personal.

Sexta conferencia
LA ALQUIMIA ÁRABE

Continuaré con la carta de amor del sol a la luna. En la luna se ha planteado un conflicto, porque aparece en dos formas, una en el cielo y una en la tierra. El sol también aparece en dos formas. De un sol desciende solamente un rayo sobre la tierra, y a éste se lo llama el sol que brilla sin justicia; un segundo sol emite dos rayos, y se lo llama el sol que brilla con justicia.

El sol es un aspecto de la conciencia, en cuanto fenómeno parcialmente vinculado con el yo y parcialmente con el Sí mismo. Un aspecto del sol está abierto al inconsciente, porque los dos rayos implican un principio de conciencia capaz de abarcar los opuestos, mientras que el otro sol es un «sistema cerrado»; es unilateral, y por ende destructivo. En *Mysterium Coniunctionis* Jung describe al sol como una imagen de la divinidad espiritual, esto es, el Sí mismo por un lado, y un aspecto del yo por el otro.

El yo es idéntico al Sí mismo en la medida en que es el instrumento de la autorrealización del Sí mismo. Sólo un yo inflado por el egoísmo se encuentra en oposición con el Sí mismo. En su legítima función, el yo es la luz en la oscuridad del inconsciente, y en algunos sentidos idéntico al Sí mismo. Parece que los dos soles ejemplifican este contraste entre los aspectos destructivo y positivo de la conciencia del yo. El sol con un rayo representa un principio consciente y egocéntrico, injusto con el inconsciente o la realidad y opuesto al Sí mismo. El sol con dos rayos, por otra parte, simboliza al yo en cuanto instrumento de realización para el Sí mismo, y en este sentido funciona con justicia.

El yo de una persona individualizada, por ejemplo, sería una manifestación del Sí mismo, estaría abierto al inconsciente. Un yo así manifiesta al Sí mismo al tener una doble actitud hacia el inconsciente —y al estar constante y humildemente abierto a él —, y ofrece así una base de realización para el Sí mismo. Para ser real, dice Ángelus Silesius, Dios necesita de nuestro pobre corazón.

Así pues, el doble sol en el texto de Senior muestra un conflicto entre una actitud equivocada del yo hacia la tierra, o el inconsciente, y una actitud del yo que permite que el Sí mismo se manifieste. El objetivo sería encontrar esta actitud consciente del doble rayo, a saber, una capacidad para soportar los opuestos. Y eso no significaría oscilar entre los opuestos, sino más bien mantener la tensión entre ellos.

La tendencia a desviarse y unilateralizarse es innata en la conciencia, está vinculada con su necesidad de claridad y precisión. La gente suele decir, por ejemplo, que el doctor Jung no escribe con mucha claridad, pero es que él lo hace a propósito: escribe con una doble actitud, haciendo plena justicia a las paradojas del inconsciente. Describe los fenómenos psíquicos desde un punto de vista empírico. Buda dijo una vez que todo lo que él decía debía ser entendido en dos niveles, y los

escritos de Jung también tienen esta doble dimensión, estos dos niveles.

La gente que está, por así decirlo, atascada en el *visuddha chakra*, cree en las palabras y no es capaz de captar la cosa misma. Pero Jung usa un método descriptivo, que ha sido adoptado ahora también en la física nuclear, con el que los hechos se describen desde dos ángulos complementarios, que se contradicen entre sí, pero que sin embargo son necesarios para que se pueda captar la cosa en su totalidad. Las palabras no son más que instrumentos, no la cosa misma.

Pregunta: El *Sol niger*, ¿alude al aspecto negativo e injusto de la conciencia?

M. L. von Franz: Sí, el *Sol niger* sería el aspecto oscuro y sombrío de la conciencia. Así el dios sol, en la mitología, tiene con frecuencia un aspecto destructivo oculto. Apolo, por ejemplo, es el dios de las ratas, los ratones y los lobos. El aspecto negativo del sol se percibe especialmente en los países cálidos, donde el sol ardiente del mediodía destruye todas las plantas. En los países cálidos los fantasmas salen a mediodía, y en la Biblia, por ejemplo, hay el demonio del mediodía. El lado oscuro, o la sombra del sol, es demoníaco.



46. Saturno como el *sol niger*, la sombra del sol (o el lado oscuro de Dios), devorando a sus hijos.

Lo compulsivo, la sensación del yo de estar impulsado desde atrás, ejemplificaría el lado oscuro y demoníaco del sol, y se abusa de la conciencia al justificar el impulso cuando el yo no tiene la fuerza suficiente para decidir basándose en los hechos objetivos, sino que se ve arrastrado por la debilidad de sus pasiones: el miedo, el poder o el sexo. También la perfección, en sí misma, es hostil a la naturaleza. En Indochina se cuenta que una vez que el sol calentaba demasiado, un héroe lo derribó. Así el *Sol niger* —Saturno— es la sombra del sol, el sol sin justicia, que es la muerte de los vivos.

El hombre, con su conciencia, es un factor de perturbación en el orden de la naturaleza; realmente, se podría cuestionar si el hombre fue, o no, un buen invento de

la naturaleza. Existe el mito de un dios embustero que es especialmente estúpido, y, desde cierto ángulo, el hombre es muy estúpido y no tiene bastante sentido común para estar en equilibrio. En cuanto animal, está perturbado y se reproduce en exceso. El que sea un error de la creación, o bien su culminación, depende del funcionamiento de su sol con justicia o sin ella. Si la conciencia funciona como debe, está al servicio de la vida, pero cuando se descarrila se vuelve destructiva.

Una conciencia que funciona mal recibe el lado oscuro de Dios. Si la conciencia funciona de acuerdo con la naturaleza, la negrura no es tan negra ni tan destructiva, pero si el sol se queda quieto, se pone rígido y calcina la vida, y entonces, de acuerdo con ciertos indios, se tiene que sacrificar el corazón para que el sol siga moviéndose. Cada vez que establecemos una regla, tenemos que hacer una excepción, porque de otra manera, la conciencia y la vida no están de acuerdo.



47. El pavo real, que simboliza la renovación de la vida, se eleva desde la retorta sellada («el vientre de la casa cerrada») donde tiene lugar la unión de los opuestos.

Un objetivo del análisis es conseguir que la conciencia vuelva a funcionar de acuerdo con la naturaleza. La inflación es un síntoma de funcionamiento injusto. Si una conciencia sumamente concentrada se siente arrastrada, entonces uno tiene un sol oscuro. La gente usa la conciencia para convencerse uno al otro de que tiene razón en

hacer mal. Cada uno de nosotros nace en un estado imperfecto y cuestionable: estar equivocado y escindido, eso es la naturaleza humana. El mito de Adán en el Jardín del Edén fue el modelo original de esta situación, lo que nos demuestra cómo la condición humana cojea desde el comienzo mismo. Cuando no se lo apoya, el Sí mismo se expresa en una neurosis, es decir, la sombra del Sí mismo entra en acción, y Dios y la naturaleza se convierten en enemigos del hombre.

Dos lunas y dos soles son cuatro. Cuando dos personas están juntas, siempre está presente un *quaternio*, es decir, el hombre y su *anima*, la mujer y su *animus*. La *coniunctio* se produce, de acuerdo con nuestro texto, en el vientre de la «casa cerrada», que sería el receptáculo alquímico donde se unen el sol y la luna. El féretro egipcio es una casa cerrada, donde el rey desposa a su madre: Isis y Horus, o Hathor y Horus. Al clausurar la puerta de la cámara funeraria, el sacerdote dice: «Ahora te quedas en amorosa unión con tu madre». Y también un maestro *zen* japonés dice: «El tiene la puerta de su corazón clausurada para que nadie pueda adivinar sus sentimientos». Uno se convierte en un misterio para los otros, debido a su unidad con el Sí mismo.



48. Él entra en la ciudad y sus manos derraman bendiciones, la última de las «Diez imágenes del pastor del buey» del budismo *zen*, representa la culminación del proceso de individuación: «Y habiendo ahora pasado por la etapa del vacío, y también habiendo visto a Dios en el mundo de la naturaleza, el individuo puede ver a Dios en el mundo de los hombres Cuando en su iluminación se mezcla en el mercado con los “que beben uno y los carniceros” (publicanos y pecadores), reconoce en todos la “luz interior” o la “naturaleza búdica”. No necesita mantenerse apartado ni se siente aplastado por un sentimiento de deber o de responsabilidad, ni obligado a seguir un conjunto de pautas de otros santos, ni a imitar al pasado. Está un en armonía con la vida que está contento con no hacerse notar, con ser un instrumento, no un líder. Simplemente, hace lo que le parece natural. Pero aunque en el mercado parezca que es un hombre ordinario, algo le sucede a las gentes con quines se mezcla. También ellos se vuelven parte de la armonía del universo». —Suzuki, *Manual del budismo zen*.

Cuando podemos adivinar las reacciones de una persona, es porque todavía ésta funciona colectivamente. El sentimiento de: «Yo sé cómo te sientes», se basa en reacciones colectivas similares. La empatía, el percibir desde adentro el estado de la otra persona, se basa en cualidades colectivas. Establecemos contacto con la mayoría de las personas en el nivel colectivo, y conocemos las cualidades que compartimos, como los celos y el amor, y sin empatía no podemos relacionarnos, pero todo eso no es la peculiaridad del individuo. Es cualidad del genio producir lo inesperado; lo sorprendente es lo que nos hace un «clic», y sin embargo no es trivial. Jamás se puede adivinar lo que saldrá de una persona creativa, porque es una creación nueva y

no hay manera de saber lo que será. De la mente provienen ideas y de la dimensión sentimental brotan reacciones que en una persona así son absolutamente únicas.

El proceso de individuación conduce a una creatividad peculiar en cada momento, y la cámara cerrada se refiere a ese centro secreto de la personalidad, a la secreta fuente de la vida. Es la cámara cerrada del corazón, la única y peculiar creatividad en cada momento de la vida. Allí donde el proceso de individuación conduce a tomar conciencia de esta unicidad, los demás ya no pueden adivinarnos ni leernos, porque no pueden ver el interior de la cámara cerrada del corazón, de donde brotan las reacciones inesperadas y creativas.

Yo diría que las reacciones creativas inesperadas provienen de la unidad con el Sí mismo. Es el Sí mismo lo que tiene esta cualidad de peculiar creatividad en cada momento de la vida, y por eso el maestro japonés dice que ya no es posible adivinar los movimientos de su corazón. Eso significa que si el maestro *zen* dice o hace algo, será siempre algo imprevisible y creativamente sorprendente. La cámara cerrada se refiere a ese secreto, porque en última instancia el individuo es un sistema único y cerrado, una cosa única que se centra en torno de una fuente imprevisible de vida. Si eso llega a ser real en un individuo, uno siente el misterio de una personalidad única. Eso tiene que ver con cerrar la casa, algo que significa separación de los vínculos con lo colectivo y de su contaminación, no sólo externamente, sino internamente, separándose uno, dentro de sí mismo, de lo que es ordinario y no uno mismo.

Pregunta: ¿Cómo se compagina eso con la experiencia del *satori* en el budismo *zen*, donde la apertura hacia la naturaleza y lo colectivo y la unidad con ellos constituyen uno de los objetivos?

M. L. von Franz: Pues ésa es una de las paradojas. En la última de las «Diez imágenes del pastor del buey», del budismo *zen*, el anciano va al mercado. Sonríe dulcemente, y se ha olvidado hasta de su iluminación. Ahí tienen ustedes al hombre completamente colectivo, que va al mercado con su discípulo y su tazón de mendigo, y ha olvidado incluso su vivencia de *satori*. Esto significa que, subjetivamente, él no se siente único, pero la historia añade que el cerezo florece cuando él pasa, y eso es algo que uno no se imaginaría cuando un viejo barrigón va al mercado mostrando una sonrisa bastante insípida. La peculiaridad brota de él como un acto creativo, pero él no la tiene intencionalmente presente. No se siente único; *es* único, aunque subjetivamente el mismo anciano diría que él es un pobre viejo, y preguntaría qué es lo que quieren de él. Esas personas tienen una extrema humildad natural, a pesar de lo cual su peculiaridad se manifiesta.

Es otra vez la paradoja del yo y el Sí mismo. El yo debe tener la actitud de un ser humano entre otros seres humanos, y entonces la unicidad, si se la ha llegado a encontrar dentro, emanará de un modo involuntario. Es precisamente lo contrario de estar inflado con la propia unicidad, de sentirse tan diferente de los demás y hacer ese tipo de comentarios principescos como: «Es que yo soy tan sensible que nadie me entiende». Eso no es así, y cuando la gente me lo dice, yo siempre les digo que ya sé

que hay mucha gente así, y no lo digo por maldad; es la pura verdad, es una cualidad muy común ser tan sensible que nadie lo entiende a uno. Está muy difundida, en especial entre los introvertidos, que se sienten especiales, pero no lo son. El iluminado no se siente especial, sino muy humano, y por eso se puede decir que esas personas están muy abiertas al mundo y son muy humanas con todos, o paradójicamente se puede decir que son infinitamente únicas e incomprensibles.

Comentario: Creo, por decirlo de otra manera, que el objetivo es establecer una separación entre el sujeto y el objeto, mientras que al mismo tiempo se discrimina sinceramente entre sujeto y objeto.

M. L. von Franz: Sí, exactamente. Esto es lo que ejemplifica el vientre de la casa cerrada; es decir, lo más íntimamente creativo está protegido por la naturaleza y no por ningún acto artificial. También tiene que ver, en forma muy concreta y trivial, con el problema de la discreción analítica. Tan pronto como uno toca, en un análisis, la peculiaridad del otro, la discreción se impone. Antes no era más que una regla convencional, realmente innecesaria, pero cuando se llega a la unicidad es natural que nunca se hable de ello con un tercero. Uno se da cuenta de que eso es único, algo de lo que jamás se debe hablar con nadie más. No es posible, y eso tiene que ver con el misterio del encuentro con lo individual y único en cualquier relación amorosa, porque entonces la casa se cierra naturalmente, por sí sola.

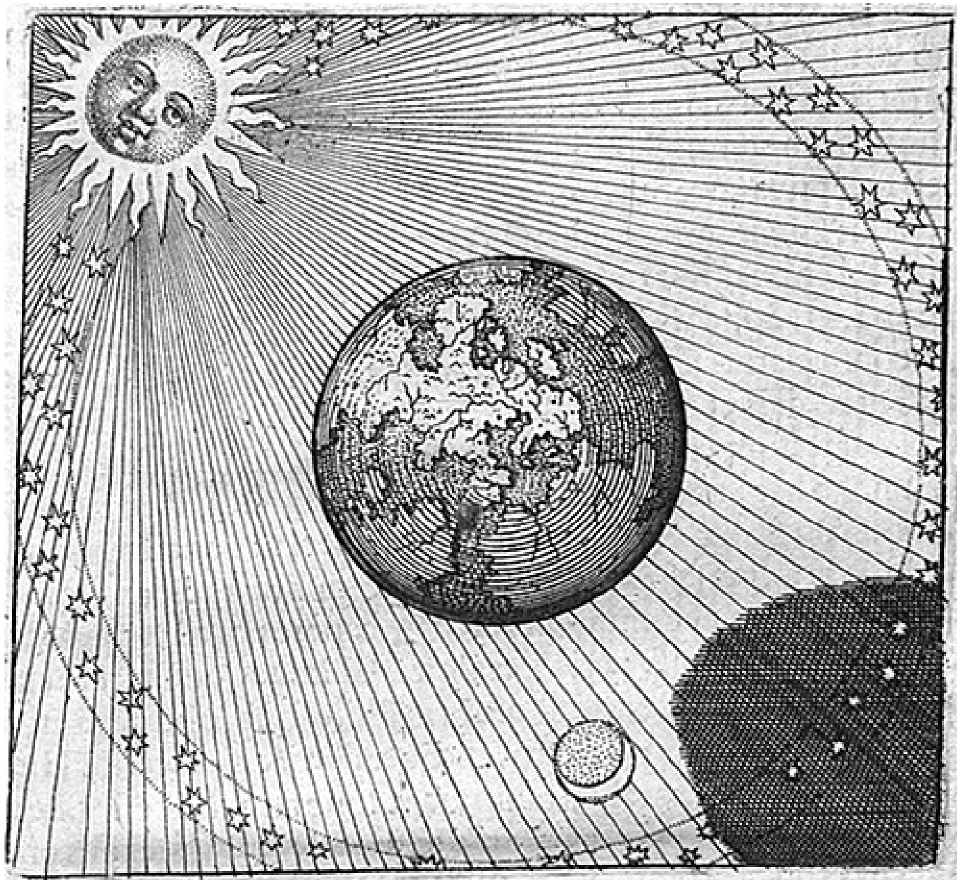
Detrás de la puerta cerrada la luna recibe su alma del sol, y el sol se lleva la belleza de la luna, que se pone muy delgada y débil. Eso significa que la *coniunctio* tiene lugar en la luna nueva, en el submundo. Ustedes saben que la luna es nueva cuando está próxima al sol. Cuando está en oposición con el sol, entonces toda la luna está iluminada, y tenemos la luna llena, pero cuando está cerca del sol, entonces los rayos de éste no la hieren. Es un hecho interesante, sobre el cual ha escrito Jung en *Mysterium Coniunctionis*: que la *coniunctio* no se produce durante la luna llena sino durante la luna nueva, lo que significa que tiene lugar en lo más oscuro de la noche, donde ni siquiera la luna brilla, y en esa noche fundamentalmente oscura se unen el sol y la luna.

Aquí hay un matiz muy interesante, porque en el simbolismo de la Iglesia medieval el sol simboliza a Cristo y la luna a la Iglesia —la *Ecclesia*— y la *coniunctio* del sol y de la luna se interpreta como el encuentro de Cristo con la Iglesia redimida. Pero ninguno de los autores ha señalado el hecho de que cuando se unieron la luna había desaparecido, o se había oscurecido y borrado por completo. Es un detalle que han eludido delicadamente, o quizá nunca se preguntaron por qué.

La *coniunctio* sucede en el submundo, sucede en la oscuridad cuando ya no hay ninguna luz que brille. Cuando uno ya no está y la conciencia se ha ido, entonces algo nace o se genera; en la depresión más profunda, en la desolación más profunda, nace la personalidad nueva. Cuando uno está al cabo de sus fuerzas, ése es el momento en que tiene lugar la *coniunctio*, la coincidencia de los opuestos.

El sol da su luz a la luna, pero en ese momento la luna se ha borrado, se

desvanece y se adelgaza, de modo que se puede decir que, acercándosele, el sol hace daño a la luna. Después el sol dice: «Si tú no me haces daño en la *coniunctio*, oh Luna», de modo que sucederá una cosa y la otra. Entonces la *coniunctio* es aparentemente peligrosa, porque el sol hace algún daño a la luna, y la luna puede dañar al sol. Eso quizá se podría evitar, pero cuanto más se acercan esas dos luminarias, mayor es el peligro de que se destruyan la una a la otra en vez de unirse, lo que proviene del hecho, al que ya nos referimos antes, de que tanto el sol como la luna tienen una sombra.



49. La Luna en la sombra de la Tierra. «La *coniunctio* tiene lugar en la luna nueva en el submundo […]
En la depresión más profunda, en la más profunda desolación, nace la personalidad nueva». Von Franz.

Ambos tienen un lado oscuro y destructivo, y cuando se unen es como dos personas que se aman y cuanto más aumenta el amor tanto más aumentan también la desconfianza y las dudas; es muy frecuente que uno tenga miedo, porque si abre su corazón, el otro puede hacerle mucho daño. Si, por ejemplo, un hombre demuestra su amor por una mujer, queda expuesto al *animus* de ella. Si no la ama, dice simplemente que eso es su condenado *animus*, pero si la ama, entonces le duele cuando ella hace observaciones horribles que vienen de su *animus*. Lo mismo vale para la mujer, porque si reconoce su amor por un hombre, la ponzoña del *anima* de él

puede herirla. Por lo tanto, en la situación del amor humano está siempre ese miedo tembloroso de acercarse al otro, reflejado simbólicamente en el proceso de unificación del sol y de la luna.

Si tomamos la *coniunctio* en un nivel puramente interior, se puede decir que cuando las personalidades consciente e inconsciente se aproximan la una a la otra, hay dos posibilidades: o bien el inconsciente se devora a la conciencia, y entonces hay una psicosis, o la conciencia destruye al inconsciente con sus teorías, y eso significa una inflación de la conciencia. La última, generalmente, aparece también cuando hay una psicosis latente, y entonces la gente se escapa de ella diciendo que el inconsciente «no es más que…», con lo cual aplasta al inconsciente y su misterio viviente, o lo hace a un lado. Muchas personas dejan el proceso analítico cuando se dan estas condiciones. Se van acercando cada vez más al inconsciente, y entonces se dan cuenta gradualmente de algo desagradable; el trabajo se vuelve difícil y la persona le pone fin, diciendo que ya lo entiende todo y que no es «nada más que». En un caso así, el sol ha destruido a la luna. Si el inconsciente abruma a la conciencia y se produce un intervalo psicótico, la luna ha destruido al sol.

Siempre, cuando se encuentran conciencia e inconsciente, en vez de amor puede haber destrucción. Aquí, en la carta de amor, las dos luminarias tratan de evitarla. El sol dice: «Si tú no me haces daño, yo te ayudaré», y la luna dice lo mismo. Y consiguen mantener bien la relación; la luna en cierto momento adelgaza hasta borrarse, pero después ambos se exaltan y se incorporan a la Orden de los Ancianos. Como la palabra que se usa es *Seniores*, debe de referirse a los Jeques.

Aunque es una parte extraña, he tratado de interpretarla. No puedo decir que esté segura de haber logrado una buena interpretación, pero hay un texto paralelo en donde se hace referencia a la Orden de los Ancianos llamándola la Orden de los Veinticuatro Ancianos, lo que alude a los veinticuatro ancianos de la revelación de san Juan, los veinticuatro ancianos de Israel que día y noche se sientan en torno del trono de Dios. Esto se referiría a la casa del día y de la noche, en el sentido de que el sol y la luna pasan por todas las etapas de las veinticuatro horas.

La Orden de los Ancianos en la secta chiíta, el movimiento místico del Islam, también tiene que ver con la tradición secreta del imán. En cada generación hay un jeque que es el iniciador espiritual y a quien se conoce como «el Imán». Cuando porta la luz de la Divinidad, representa la encarnación de la Divinidad y es el gurú secreto, el maestro de estas sectas místicas islámicas. Esto sucede con los chiítas y los drusos, y con algunas otras sectas diferentes que tienen diferentes clasificaciones y que riñen por quién debe ser el líder espiritual, pero en todas existe la idea del conductor único, el iluminado, en quien se ha encarnado mayormente la luz de la Divinidad.

Como tenemos que vérnoslas con un texto árabe, podría haber algo de esa clase aquí también, lo que también se conectaría con las otras interpretaciones, es decir un aspecto múltiple del Anciano Sabio en diferentes etapas o fases. Prácticamente, eso

significaría que el arquetipo del anciano sabio, un aspecto del Sí mismo, aparece multiplicado en conexión específica con el tiempo, en la idea de que un Imán llega en cada tiempo especial o período mundial, o se lo compara con las veinticuatro horas del día y de la noche, lo que es también un simbolismo temporal. La misma idea reaparece en el simbolismo cristiano como Cristo y los doce apóstoles, que fueron atribuidos a los doce meses y a las doce horas del día.

Creo que tiene que ver con el simple hecho de que la realización del Sí mismo, o el proceso de individuación, sólo ha alcanzado la realidad cuando aparece en cada momento de este tiempo sidéreo. Muchas personas se dan cuenta por primera vez de lo que es el Sí mismo en forma intuitiva, leyendo un libro o mediante la interpretación de un sueño, pero eso no resuelve la cuestión de lo que deberían hacer esta mañana y mañana por la noche, lo que significa que esa comprensión todavía no ha entrado en el tiempo. Tienen una conexión intuitiva con el Sí mismo y con la sabiduría del inconsciente, pero eso todavía no ha entrado en el tiempo y el espacio de su vida, de su vida personal.

Sólo es real si a cada momento —por lo menos en teoría, porque en realidad jamás se llega a esa etapa— uno está en conexión con ello, expresándolo constantemente y sabiendo lo que es. Por lo tanto se puede decir que el Sí mismo sólo se ha vuelto real cuando se expresa en las acciones de la persona en el espacio y en el tiempo. Antes de haber llegado a esa etapa no es del todo real, pero después se convierte en algo cambiante.

Por ejemplo, lo que está bien para hoy puede estar mal para mañana, y por eso alguien que ha llegado a esta etapa de la conciencia será imprevisible y siempre actuará de manera diferente en las mismas situaciones. Hoy la cosa es así y la persona reaccionará de una manera, y mañana se dará la misma situación y la reacción de la persona será diferente. Ya no hay reglas, porque cada momento es diferente, y por ende el movimiento adquiere una cualidad creativa; cada momento del tiempo es una posibilidad creativa y ya no hay repetición alguna.

Entonces, cuando el sol y la luna se unen empiezan al mismo tiempo a recorrer un ciclo que tiene que ver con el tiempo. En la alquimia oriental, eso se simboliza mediante el proceso de la circulación de la luz; tras haber encontrado la luz interior, ésta empieza a rotar por sí sola. En *El secreto de la flor de oro*, y en la alquimia, a esto se le dice la circulatio, la rotación, y hay muchos textos diferentes en alquimia en los que se dice que la piedra filosofal tiene que circular. Por lo general, esto se relaciona con el simbolismo del tiempo, porque dicen que la piedra filosofal tiene que pasar por el invierno, la primavera, el verano y el otoño, o que tiene que recorrer todas las horas del día y de la noche. Tiene que circular a través de todas las cualidades y de todos los elementos, o tiene que ir desde la tierra al cielo y después volver a la tierra. Está siempre la idea de que, después de haber sido producida, comienza a circular.

Psicológicamente, eso significaría que el Sí mismo comienza a manifestarse en el

espacio y el tiempo, que no se convierte en algo en cierto momento para después retornar a la antigua forma de vivir, sino que tiene un efecto inmediato sobre la totalidad de la vida; entonces la acción y la reacción están constantemente de acuerdo con el Sí mismo, real y manifiesto en sus *propios* movimientos. La piedra, o la nueva luz, el Sí mismo, también puede moverse. Naturalmente, tenemos que escucharlo, pero si lo hacemos, entonces puede moverse y producir impulsos autónomos.

Pregunta: Pero, ¿son necesariamente los impulsos correctos?

M. L. von Franz: No hay un juicio definitorio de lo que está bien y lo que está mal. Mucha gente dirá que están mal, y otros dirán que están bien, y, subjetivamente, uno lo sentirá a veces bien, y otras mal.

Si me permiten decir algo muy personal, diría que no es cuestión de bien ni mal, porque si uno es uno con el Sí mismo, ya no le importa. Si está mal, entonces habrá que pagar por ello, pero lo principal es la conexión, porque la separación es la muerte espiritual. Estar conectado con el Sí mismo es la vida espiritual; si el Sí mismo le dice a uno que haga algo que se considera malo, todo el mundo lo atacará, y si uno empieza a pensar que quizás estuviera mal, entonces aún puede decir que valió la pena porque estaba en relación con el Sí mismo.

Creo que si uno hace algo a partir de una conexión viviente con el Sí mismo, pagar el precio vale la pena, el precio de que lo acusen a uno de hacer mal y quizá de pasar por las etapas de pensar que está mal. Subjetivamente, uno nunca siente que está mal, pero debe admitir que la gente lo diga y ser tolerante. Pero si uno está feliz y se siente vivo, eso es lo único de lo cual nadie podrá despojarlo. Si yo digo que soy feliz, ¿qué puede decir nadie más sobre el tema? Si uno está en armonía con el Sí mismo hay una sensación de paz y de felicidad absolutas, y los demás pueden juzgarlo tanto como quieran, a partir de teorías intelectuales destructivas; eso no le hace ningún daño, porque al sentirse próximo al Sí mismo, eso lo vuelve indestructible. Naturalmente, eso se pierde de cuando en cuando, porque es demasiado difícil mantenerlo durante mucho tiempo.

La carta de amor continúa, cuando la luna dice al sol:

La luz de tu luz se adentrará en mi luz; será como una mezcla de vino y agua, y yo interrumpiré mi fluir y después me encerraré en tu negrura de tinta y luego me coagularé.

Tenemos allí la mezcla de dos luces comparada con la mezcla de vino y agua, un simbolismo mejor conocido en la tradición cristiana, en que al decir misa se mezcla vino con agua, lo que representa el aspecto divino de Cristo y el humano, Su humanidad y Su aspecto espiritual.

El vino pertenece naturalmente al sol y el agua a la luna, porque la luna rige todas las cosas húmedas, de acuerdo con la antigua manera de ver las cosas. Es una idea de la *coniunctio* en un sentido amplio y general, no sólo en la tradición cristiana sino también en el mundo árabe: la conexión mística de la sustancia espiritual con la Divinidad. En los poemas aparentemente de borracho de al-Hafis, o al-Roumi, el

agua suele ser lo corruptible, lo femenino, un aspecto del fluir de la vida y del inconsciente. Si estos dos se unen, entonces la luna detendrá su movimiento y se coagulará, y, de acuerdo con el final del texto, eso es algo positivo.



50. Mercurio como el niño divino nace del «huevo filosofal». Como producto de la unión de los opuestos, esta de pie sobre el sol y la luna.

Esto significa, pues, que hasta el momento de la *coniunctio* la luna fluía, lo que tendría algo que ver con su constante crecer y decrecer, su fluir constante, pero también produce el rocío, de acuerdo con su teoría, y la humedad, y además, por supuesto, la menstruación en las mujeres y la inestabilidad en lo femenino. Pero dado que la menstruación se interrumpe con la concepción de un hijo, está la idea de que el fluir se detiene cuando las dos luces se han unido y ha nacido la luz nueva.

Algo corruptible y desagradable, que tiene que ver con la naturaleza cambiante de lo femenino, se detiene y llega a su fin. Eso se refiere directa e inmediatamente a la totalidad del proceso alquímico, que como ustedes saben es la producción de la piedra filosofal, un objeto de sustancia dura, algo que no fluye, y que en alquimia es el símbolo supremo de la divinidad.

Si lo consideramos ingenuamente, es extraño que en alquimia el producto final sea algo que en el orden de la naturaleza consideramos de un valor ínfimo, es decir, una piedra, algo cuya cualidad es simplemente estar ahí. Una piedra no come ni bebe ni duerme; sólo se queda ahí por toda la eternidad. Si la patean, se queda allí donde la patearon, sin moverse. Pero en alquimia ese objeto despreciado es el símbolo del objetivo. Tenemos que profundizar en el lenguaje místico del Oriente y de la alquimia, y de ciertas obras místicas cristianas, para hacernos una idea de lo que esto significa.

Si luchando y enfrentándose con el inconsciente uno ha sufrido durante el tiempo suficiente, se establece una especie de personalidad objetiva; en la persona se forma

un núcleo que está en paz, tranquilo incluso en medio de las mayores tormentas de la vida, intensamente vivo pero sin actuar ni participar en el conflicto. Esa paz interior suele advenirle a la gente cuando ya ha sufrido bastante tiempo: un día algo se rompe y el rostro adquiere una expresión tranquila, porque ha nacido algo que se mantiene en el centro, fuera o más allá del conflicto, que ya no sigue siendo como era.

Claro que dos minutos después todo vuelve a empezar, porque el conflicto no se ha resuelto, pero perdura la vivencia de que hay una cosa que silenciosamente está más allá del conflicto, y a partir de ese momento el proceso ya es diferente. La gente no sigue buscando, sabe que la cosa existe, la ha experimentado durante un momento. En lo sucesivo, el *opus* tiene un objetivo: el de volver a encontrar ese momento y volverse lentamente capaz de retenerlo, para que se convierta en algo constante.

En todas las pugnas de la vida hay siempre una cosa que está más allá del conflicto; como tan bellamente lo describe Jung en su comentario a *El secreto de la flor de oro*, es como si uno estuviera de pie sobre la montaña, por encima de la tormenta. Ve las nubes negras y el rayo y la lluvia que cae, oye los truenos, pero en uno hay algo que está por encima de todo aquello y uno puede limitarse a mirarlo. En cierto modo estamos también en ello, pero en otro sentido estamos fuera. En una escala menor o más humilde, uno lo ha alcanzado si en una tempestad de desesperación o en la crisis destructiva y disolvente de un conflicto puede mantener durante un segundo el sentido del humor…, o, quizá, sintiéndose una vez más arrastrado por un *animus* negativo, de pronto uno se diga a sí mismo que ya ha oído antes esa cantilena.

Quizá no puedas escapar de tu *animus* destructivo, quizás éste sea todavía demasiado fuerte, pero algo en ti sonríe y dice que ya ha oído antes esa cancioncilla tonta; te gustaría reírte de ti mismo, pero el orgullo no te lo permite, y sigues adelante con el *animus* negativo que vuelve a adueñarse de ti. Ésos son los momentos divinos en que algo está claro y va más allá de los opuestos y del sufrimiento. Por lo general no son más que fugaces momentos, pero si uno sigue trabajando con la suficiente constancia sobre sí mismo, la piedra crece lentamente y se convierte, cada vez más, en el núcleo sólido de la personalidad, que ya no participa en el circo de monos de la vida.

Eso es probablemente lo que se quiere decir aquí: la luna, que es la que rige la vida como un circo de gorilas, detiene su fluir y aparece algo que es eterno y está más allá del conflicto. La luna se «coagula», y el proceso vital se ve como algo eterno fuera de la vida. La vida misma se coagula y se sale de su propio ritmo, lo cual debe de ser la preparación para la muerte, ya que la muerte es el término natural de la vida, el fruto que crece de la vida: la vida vivida crea la actitud eterna que trasciende la muerte.

Entonces la luna dice: «Cuando hayamos entrado en la casa del amor, mi cuerpo se coagulará en mi eclipse», y el sol responde:

—Si lo haces así y no me haces daño, mi cuerpo volverá [probablemente a su

forma original] y te daré la virtud de la penetración, y serás poderosa o victoriosa en la batalla del fuego, de la licuefacción y la purgación, y seguirás sin disminución ni oscuridad, y no tendrás ningún conflicto porque no serás rebelde.

Entonces el sol sólo confirma lo que dice la luna y creo que por lo que dije antes esto está claro: ahora la luna, incluso en la lucha del fuego —lo que significa incluso en los ataques destructivos de las emociones desde dentro y desde fuera—, permanece firme y trascendiéndolos, y ya no se rebela contra la conciencia. Inconsciente y consciente están recíprocamente en paz.

—Bendito sea el que piensa en lo que digo y mi dignidad no será apartada de él y el león no fallará ni disminuirá su valor, debilitado por la carne.

El león es un bien conocido símbolo del solsticio, cuando el sol está —hablando astrológicamente— en su punto más alto, pero es también un símbolo de resurrección. Recordarán ustedes que lo tuvimos en nuestro primer texto griego, en donde el león genera el león. Les di el dibujo de los dobles leones, y recordarán ustedes lo que dije entonces sobre el león, que es también un símbolo del devorar apasionado, del poder impulsivo, no sólo en el sentido estricto de la palabra, sino por lo general del deseo de poseer. Las garras extendidas y las fauces abiertas son la imagen del león, de la naturaleza poderosa y ardientemente apasionada. Representa la resurrección, pero también puede estar debilitado por la carne.

Ésta es una alusión a la sombra de la luna, a saber, que si el poder y la pasión se atascan en el nivel concreto, se empeñan en querer esto o aquello y son incapaces de sacrificar ese deseo, entonces esa misma libido apasionada que es precisamente la base del proceso de individuación se debilita, se vuelve destructiva y se autodestruye.

«Si tú me has seguido», dice entonces el sol a la luna, «no te apartaré del crecimiento del plomo». La idea es que el plomo, del que hablamos en una conferencia anterior, es el material básico, el material de la pasión, y ahora está creciendo por sí mismo. Eso se refiere a una etapa de la alquimia a la que se suele describir como crecimiento. Por ejemplo, dicen que la primera parte es trabajo duro, que es lavar la ropa blanca, o lavar arena, o cocinar cosas, o matar al león, o producir la *coniunctio*, pero después, en cierto momento, se convierte en lo que describen incluso como un juego de niños, y uno no tiene más que regar el jardín o limitarse a jugar. No se necesita ningún esfuerzo, porque a partir de ahora la cosa crece sola; no hace falta más que cuidar y observar el proceso, sin los dolorosos esfuerzos que hubo que hacer antes. Eso es el *augmentum plumbi*, como lo llaman aquí.

Es como el crecimiento del niño dentro de la madre: mientras el niño crece dentro de ella, lo único que ella puede hacer es ocuparse de estar sana y de hacer el menor esfuerzo posible. Es un símil que usan con frecuencia los alquimistas, que después de que uno ha trascendido la etapa del conflicto viene la otra en que uno es como una embarazada que espera el nacimiento de su hijo, una etapa en que una no necesita pensar si lo que está haciendo está bien o no. Los chinos lo llamarían hacer nada, dejar simplemente que las cosas sucedan; prestar una constante y amorosa atención al

proceso es lo único que ahora se necesita.

Después el texto dice:

—Mi luz se desvanecerá y mi belleza se extinguirá y ellos tomarán de los minerales de mi cuerpo puro y de la gordura del plomo purificado en la armonía de su peso, y sin sangre de cabra, y una diferencia se puede establecer entre lo que es verdadero y lo que es falso.

Se suponía, en realidad, que la sangre de cabra, o de macho cabrío, tenía un efecto corrosivo sobre todo, y en la antigüedad tardía se la interpretaba simbólicamente como sensualidad. La sangre del macho cabrío es la esencia de la sensualidad, de la lascivia, del impulso sexual que es muy obvio y que lo destruye todo. La fuerza del impulso sexual lo destruye todo, excepto el adamante [piedra imaginaria de dureza impenetrable; este nombre se dio en cierta época al diamante]. Una antigua leyenda dice que el adamante es la única piedra preciosa que la sangre de cabra no puede disolver, y por consiguiente simboliza la firmeza de la personalidad que se resiste al impulso de la sensualidad.



51. Algunos teólogos ven en el «instinto de la verdad» un aspecto del Espíritu Santo, al que se muestra aquí descendiendo en la forma de lenguas de fuego.

Aquí hallamos el mismo simbolismo, a saber, la *coniunctio* de dos sustancias de igual peso. Esto se referiría a un estado de equilibrio psicológico en el que no hay

sangre de cabra, es decir, donde la sensualidad ya no barre con la personalidad. Entonces uno es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso: dentro de la personalidad surge o crece lo que se podría llamar el instinto de la verdad.

En general, la vida es tan complicada que si uno tiene que pensar en las cosas, siempre llega demasiado tarde. En este aspecto, yo no tengo remedio. Si alguien me telefonea para decirme que me tiene que ver esa noche, o que necesita una hora para mañana, yo no tengo la rapidez suficiente para decidir si digo sí o no, o para encontrar una excusa y decir que no tengo tiempo. Me gana mi naturaleza, mi función inferior; digo que sí, y después ya estoy atrapada, está todo mal. Y entonces me digo: «Al cuerno con todo, fui otra vez demasiado lenta». Tendría que haber dicho que no, pero el instinto de la verdad no me funcionó del todo bien. El instinto de la verdad estaba ahí, algo me insistía en que dijera que no, pero la reflexión y la función inferior se entremetieron y una vez más fui demasiado lenta. Después tengo un mal sueño que me da un buen palo en la cabeza y me quedo pensando si saldré alguna vez de esa limitación y tendré la rapidez suficiente para no caer siempre en la misma trampa.

Hay una aceleración de esta posibilidad mediante el desarrollo del instinto de la verdad, es decir, cuando el Sí mismo está tan presente y es tan fuerte que el instinto de la verdad se hace oír rápidamente, como un radiotelegrama, y uno reacciona correctamente sin saber por qué, es algo que fluye a través de uno, y uno hace lo que está bien. Dice que sí o que no —a veces una cosa y otras, la otra—, y puede seguir adelante sin interferencias, porque la conciencia, con su reflexión, ya no es una molestia. Ésta es la acción del Sí mismo cuando se vuelve inmediato, y sólo el Sí mismo puede hacerlo. En un nivel superior, es lo mismo que ser completamente natural e instintivo, cuando uno puede discernir entre lo falso y lo verdadero. Por eso algunos teólogos han llamado al Espíritu Santo el instinto de la verdad, y la descripción es muy buena. El texto continúa:

—Yo soy el hierro duro y seco y el fermento fuerte, todo lo bueno viene por mi mediación y por mí se genera la luz del secreto de los secretos, y nada puede afectar mis acciones. Lo que tiene luz se crea en la oscuridad de la luz. Pero cuando alcanza su perfección, se recupera de sus enfermedades y debilidades y entonces aparecerá esta gran corriente de la cabeza y de la cola.

Creo que la primera parte está clara. Se refiere a la generación de una luz nueva, a una tercera cosa que nace o que se genera en la *coniunctio*. Es una luz nueva que nace en la oscuridad, y entonces se van todos los síntomas neuróticos y la enfermedad y la debilidad; aparece la cosa nueva, a la que ahora se llama *illud magnum fluxum capitis et caudae*.



52. La *coniunctio* como fuente, símbolo del fluir de la vida lleno de significado.

Aquí es menester recordar al Ouroboros, que se come la cola, donde los opuestos son uno: la cabeza está en un extremo y la cola en el otro. Son uno, pero tienen un aspecto opuesto y cuando la cabeza y la cola, los opuestos, se encuentran, nace una corriente, que es a lo que los alquimistas se refieren al hablar de agua mística o divina, lo que yo describí como el fluir significativo de la vida. Con ayuda del instinto de verdad, la vida prosigue como una corriente significativa, como una manifestación del Sí mismo. Tal es el resultado de la *coniunctio* en este caso. En muchos otros se lo describe como la piedra filosofal, pero, como dicen también muchos textos, el agua de la vida y la piedra son una misma cosa.

Es una gran paradoja que el líquido —el agua informe de la vida— y la piedra —la cosa más sólida y más muerta— sean, de acuerdo con los alquimistas, una y la misma cosa. Eso se refiere a aquellos dos aspectos de la realización del Sí mismo: más allá de los altibajos de la vida, nace algo firme, y, al mismo tiempo, nace algo muy vivo que participa en el fluir de la vida, sin las inhibiciones ni las restricciones de la conciencia.

Se ha acabado ya el tiempo que podíamos dedicar a nuestros textos árabes, y la próxima vez pasaremos a la alquimia europea. Lamento no haberles dado más que un

texto árabe, pero creo que este alquimista chiíta, Senior, fue uno de los hombres más grandes en la alquimia.

Pregunta: Usted mencionó el instinto de la verdad. ¿A qué se refiere con eso?

M. L. von Franz: Es lo que me da la verdad sin reflexión alguna; algo dentro de mí conoce la verdad por reacción inmediata, sin que tenga que pensar en ello ni expresarlo. El instinto de la verdad, por ejemplo, es algo muy similar al conocimiento telepático. «Telepatía» en griego significa simplemente «sentir desde lejos», lo que no explica nada porque la telepatía es un misterio, no sabemos lo que es.

Por ejemplo, si alguien les propone que participen en algún negocio que parece muy bien, limpio y sin complicaciones, y por el aspecto exterior no le ven nada de raro, naturalmente dirían que sí, aceptarían participar en aquello. Pero entonces algo les dice desde adentro que no, que no lo hagan, y *aprés le coup* descubren que de todas maneras había algo raro o turbio en el asunto. Ustedes no podían saberlo, pero «algo» lo supo, a «algo» le olió mal.

Eso sería el instinto de la verdad. El instinto sabía algo que ustedes no sabían. Su inconsciente, o su personalidad instintiva, lo sabía. En este caso no me refiero a la verdad religiosa de una doctrina, sino a una verdad momentánea. Por ejemplo, si alguien nos ofrece un buen negocio que en realidad es un fraude, el instinto de la verdad lo sabría. O es la verdad de una situación determinada, de lo que a uno le dicen. Alguien puede contarnos un cuento larguísimo, y tenemos la sensación de que no es así, aunque no podamos decir qué es lo que tiene de falso. O nos hablan de un problema matrimonial y sentimos que en eso hay algo que no es verdad, aunque no sepamos qué. En otros casos, tenemos la sensación inmediata de que nos dicen la verdad.

Ahora bien, si uno juzga en forma instintiva, hay algo dentro de uno que decide, y si eso demuestra que siempre funciona bien, uno puede decidirse a confiar en esa voz interior. Sería un discernimiento de la verdad, pero en un nivel instintivo que no tiene nada que ver con la cabeza.

Pregunta: ¿Qué diferencia hay entre eso y la intuición?

M. L. von Franz: La intuición puede acertar en un cincuenta por ciento y equivocarse en un cincuenta por ciento. Jung usa un símil maravilloso para referirse a la gente intuitiva. Dice que o bien aciertan en el blanco sin reflexionar siquiera, o se les desvía la flecha al bosque, a veinte kilómetros al otro lado. Por eso es necesario que cultiven otra función, porque a veces con una sola mirada a la situación ya la han visto completa, pero a veces se equivocan de medio a medio.

Es mejor no confiar siempre en la intuición, porque puede estar desfigurada por la proyección. Si el intuitivo no tiene problemas con la sombra, o con el *animus* o el *anima*, es fantástica la forma en que acierta en el blanco. Pero si interviene el *anima* o el *animus*, si se entremete la proyección, entonces el mismo intuitivo puede jurar que sabe que las cosas son así y asá, porque cree que puede confiar en su intuición, pero objetivamente se equivoca; la flecha se le ha ido al bosque.

Es decir que la intuición acierta en partes iguales; es una función y, como todas las funciones, sólo a veces acierta. En cambio la verdad instintiva es una manifestación del Sí mismo y no tiene nada que ver con una función. Es algo que opera en todos los seres humanos, algo que con discreta rapidez el Sí mismo nos susurra al oído y que generalmente somos demasiado lerdos para oír, o a veces estamos tan ocupados hablando con nosotros mismos que no podemos oírlo.



53. La unión de los opuestos como hermafrodita.

Séptima conferencia
AURORA CONSURGENS

Hemos agotado todo el tiempo de que disponíamos para la alquimia árabe, y durante las tres últimas conferencias nos ocuparemos de la alquimia europea. Tengo tres propuestas para hacerles, y les pediré que voten por ellas:

1. El texto de la *Aurora consurgens*, sobre el cual escribí en el tercer volumen de la edición alemana del *Mysterium Coniunctionis*, pero del que se ha dicho que es tan complicado y difícil que necesita una introducción.
2. Parte de un texto de Petrus Bonus, un italiano del siglo XIV, que nos ofrece una imagen típica de la alquimia medieval.
3. Una combinación de los dos.

También me han sugerido que tomara un texto de Paracelso, pero es un autor a quien he evitado a causa de la cantidad de explicaciones específicas que requiere, debido a las muchas palabras raras que usa. En Paracelso hay que abrirse paso con esfuerzo, lo mismo que en Jakob Boehme, y por eso no creo que se pudiera sacar mucho provecho de un breve extracto.

Si a ustedes les interesa un texto que, en mi opinión, fue escrito a partir de una experiencia religiosa inmediata del inconsciente, les aconsejaría la *Aurora consurgens*. Pero si prefiriesen una introducción al sentido y al pensamiento, y al estilo en términos más generales, de la alquimia de la Europa medieval, les diría que voten por Petrus Bonus, porque la *Aurora consurgens* no es un texto típico, sino muy peculiar, y que desborda cualquier clasificación. Si escogen la tercera posibilidad, una combinación de las dos, les daría una breve introducción sobre Petrus Bonus y después seguiría con la *Aurora consurgens*. Cronológicamente estaría mal, pero yo preferiría hacerlo de esa manera.

[Al hacerse la votación, fue elegida la *Aurora consurgens*].

Me alegro mucho de la decisión de ustedes, porque me parece que, de las tres posibilidades, ésta es la más interesante.

Las palabras *Aurora consurgens* aluden a «la aurora que se eleva». El descubrimiento de este texto recuerda un poco a una novela policíaca. En una antigua colección de libros, el doctor Jung tropezó con el texto de *Aurora consurgens, Parte II*, una obra de química bastante desabrida, que llevaba al comienzo una breve nota en la que se explicaba que aquélla no era más que la segunda parte del texto, y que el impresor había omitido la primera porque era blasfema.

Esto despertó la curiosidad de Jung, quien dedicó algún tiempo a seguirle la pista. Al fin descubrió que en el monasterio que hay en la isla de Reichenau, en el lago Constanza, había habido un manuscrito con ese nombre, que se encontraba entonces

en la Biblioteca Central de Zurich. Está incompleto, y comienza en la mitad del texto que ahora hemos publicado. Jung comprobó que el texto no se podía leer en aquella forma, porque estaba escrito en la taquigrafía latina que se utilizaba en el siglo XV, y por eso me lo entregó.

Tras adentrarme laboriosamente en él, descubrí que había un manuscrito completo en París, otro en Bolonia y un tercero en Venecia, de manera que lentamente pudimos reunir varias versiones y, donde algún pasaje no era claro, completar un texto con otro. En la mayoría de los manuscritos se atribuía el texto a santo Tomás de Aquino, posibilidad que yo no consideré ni por un momento, pensando que era habitual añadir a un tratado así el nombre de un famoso, y que fácilmente el manuscrito podía ser obra de alguien más. Ésta fue también la reacción general entre otros estudiosos.

Es un texto muy sorprendente, formado por un mosaico —un rompecabezas— de citas de la Biblia y de algunos escritos alquímicos tempranos. Si se lo considerara como un rompecabezas que alguien podría haber hecho por entretenerse, no tendría interés alguno, y es posible que algunos lo hayan leído superficialmente, entendiéndolo y aceptándolo de esta manera. Pero, como pronto verán, es imposible explicar ese fenómeno de semejante manera, debido al tremendo interés y emoción que transmite el texto.

La conclusión siguiente fue que era obra de un esquizofrénico, ya que suena bastante como si lo fuera, y eso se aproxima mucho más a la verdad. Sin embargo, yo no creo que sea sólo eso, aunque probablemente haya sido escrito por alguien dominado por el inconsciente. La situación clásica de alguien que se encuentra en ese estado se describe como un episodio psicótico, pero, en opinión del doctor Jung —que la emitió en su condición de médico, como un diagnóstico—, este texto representaría o bien el comienzo de una psicosis, o una fase en una psicosis maníaco-depresiva, o la descripción de una situación anormal escrita por una persona normal que en aquel momento en particular estaba invadida por el inconsciente.

Yo me inclino a coincidir con la tercera teoría, aunque a partir del documento no es posible llegar a una conclusión definida. Lo he interpretado simbólicamente, como si fuera un sueño, y he llegado a la conclusión de que es el texto de alguien que se muere. La totalidad del simbolismo y del problema gira en torno del problema de la muerte y se concentra en él, y al final hay una descripción del matrimonio místico, o de la experiencia amorosa, expresada de una forma que al parecer tiene que ver con las experiencias que, según se sabe, tienen muchos moribundos, y cuyo resultado es la tradición de que la muerte es una especie de matrimonio místico con la otra mitad de la personalidad.

Tras haber traducido, estudiado e interpretado el texto, el doctor Jung decidió de pronto que deberíamos publicar ese documento único. Me preguntó si yo podría escribir una breve introducción histórica —el resto ya estaba terminado— en la que diera las fechas, dijera quién podía ser el autor y cosas así.

Empecé con el supuesto de que aunque el texto hubiera sido atribuido a santo Tomás de Aquino, aquello era imposible. Me proponía continuar diciendo que el manuscrito pertenecía al siglo XIII, pero después pensé que como sobre Tomás de Aquino no sabía nada más que unas pocas superficialidades, no tenía por qué escribir eso.

Entonces, por pura escrupulosidad, decidí echar una mirada a otros escritos suyos y, para estar más segura, leer una biografía, lo que sin embargo me dejó más insegura, porque al hacerlo me encontré con que al final de su vida, pocas semanas antes de su muerte, santo Tomás sufrió una alteración de personalidad muy extraña. Durante largo tiempo había trabajado excesivamente y por eso, amén de algunas otras razones psicológicas que me gustaría estudiar luego más detalladamente, empezó a tener distracciones y despistes extraños. Por ejemplo, una vez que decía misa públicamente en Nápoles, de pronto, y aunque entre los presentes había un cardenal, se detuvo en pleno oficio y permaneció durante veinte minutos en una especie de éxtasis o ausencia, hasta que alguien lo sacudió, preguntándole qué le pasaba, tras lo cual volvió en sí y se disculpó.

Se ha dicho generalmente que aquello fue el comienzo de su enfermedad, mientras que algunos dicen que, junto a su racionalismo, debe de haber habido en su personalidad una vena mística, que de cuando en cuando hacía irrupción en aquellos extraños accesos de abstracción y ausencia. Esos estados se hicieron más frecuentes durante sus últimos años —murió a los cuarenta y nueve o a los cincuenta y uno, no se sabe con seguridad porque se ignora la fecha exacta de su nacimiento—, y después sucedió algo que nunca se ha explicado. Solía levantarse muy temprano todas las mañanas, para leer misa a solas en la capilla de cualquier monasterio donde estuviera de visita, porque viajaba continuamente. Tenía un amigo, Reginaldo de Piperno, un monje muy humilde que lo acompañaba como servidor personal, un hombre que lo adoraba y que es una de las principales fuentes biográficas sobre santo Tomás.

Este monje relata que una mañana, como siempre, santo Tomás fue a decir misa y cuando volvió estaba palidísimo. «Pensé que se había vuelto loco», dice literalmente el relato latino de Reginaldo. El santo fue a su escritorio, hizo a un lado la pluma con que estaba escribiendo el capítulo sobre la penitencia de su *Summa*, apartó todos sus avíos de escribir y se pasó todo el día allí sentado en una especie de estado catatónico, con la cabeza entre las manos. Reginaldo de Piperno le preguntó por qué no estaba escribiendo, y él se limitó a replicar: «No puedo». La situación se mantuvo durante varios días. Reginaldo volvió a acercársele para preguntarle por qué no seguía escribiendo, y siempre obtuvo la misma respuesta: *«Non possum»* —No puedo —. Unos cinco días después intentaron de nuevo descubrir qué era lo que le pasaba, porque no hacía nada en todo el día, ni trabajar ni predicar, sino simplemente estar sentado con aire enloquecido, y dijo que no podía escribir porque le parecía que todo lo que había escrito era como paja (*palea sunt*).

En biografías posteriores, escritas por personas que no estuvieron presentes, se

han añadido las palabras: «en comparación con las visiones magníficas que he tenido», pero esas palabras no figuran en las fuentes originales.

Reginaldo de Piperno se inquietó muchísimo por el estado de santo Tomás, y, como él siempre había tenido conversaciones con una prima, una condesa italiana, llevó a santo Tomás a que la viera, pensando que con ella podría abrirse y decir lo que le había pasado. Pero la condesa tuvo la misma impresión y dijo:

—Dios mío, qué le sucede al padre Tomás, parece estar loco.

El propio santo Tomás no dijo palabra durante toda la reunión, pero después, lentamente, volvió a su estado de ánimo anterior, hasta el punto de que pudo volver a participar en la política de la Iglesia y en cosas semejantes, y accedió a concurrir a un congreso de la Iglesia en Milán o en el sur de Francia.

Hizo el viaje en burro. Santo Tomás era por entonces un hombre gordo y robusto, y por el camino se golpeó la cabeza contra la rama de un árbol y se cayó. Era un día de verano muy caluroso y se limitó a levantarse sin decir nada del accidente. Aquella noche se quedaron en el pequeño monasterio de Santa María di Fossa Nuova, en la puerta del cual volvió a sentirse súbitamente enfermo; se sintió mareado y, tocando el marco de la puerta, dijo:

—Siento mi muerte que viene; de aquí no saldré —y fue directamente a acostarse.

Los monjes de Santa María di Fossa Nuova, convencidos de que contaban con alguien maravilloso, el famoso padre Tomás, le insistieron para que diera un seminario, a pesar del estado desastroso en que se encontraba. Forzado a cumplir con sus obligaciones cristianas, con sus últimas fuerzas se empeñó en hacerlo y, según cuentan las tradiciones más antiguas —aunque esto también fue omitido en informes posteriores—, dio un seminario sobre el Cantar de los Cantares de Salomón… Y en mitad de ello, mientras explicaba las palabras «Ven, mi amado, salgamos a los campos», murió.

Nunca se han encontrado notas de este seminario, y ya en 1312, en el momento de su canonización, este último episodio fue más o menos pasado por alto; nadie demostró el menor interés en sus últimas palabras, aunque por lo general a las últimas palabras de un santo les cabe un importante papel en su biografía. Sin embargo, en este caso todo fue lavado y purificado con agua de rosas. Todo esto no lo encontrarán ustedes en una biografía oficial, sino en las *Acta Bollandiana*, las fuentes latinas originales y los informes de los primeros testigos del proceso de canonización.

Tras haber leído lo que antecede, se me despertó la terrible sospecha de que, efectivamente, la *Aurora consurgens* podría haberse originado en las notas del último seminario de santo Tomás. Como verán ustedes, el texto es una paráfrasis del Cantar de los Cantares de Salomón, y el último capítulo termina exactamente en el mismo lugar donde, según la tradición, murió el padre Tomás.

Yo estaba muy ansiosa por mi descubrimiento, porque pensaba que me haría muy impopular si decía lo que había encontrado. Pero después de enfrentarme con mi propia vanidad y con la sensación de que me pondría en ridículo si decía tales cosas,

publiqué el libro tal como está, diciendo que no había pruebas objetivas, pero que la evidencia interna estaba más bien en favor que en contra de mi teoría. Hasta el momento [1959] no se ha producido reacción alguna de parte de la Iglesia, ni positiva ni negativa. La reacción oficial a lo que dije en el libro ha sido hasta ahora un silencio absoluto; ni un solo especialista ha publicado un artículo diciendo que no son más que tonterías, que la autora no tiene ni la más remota idea de la vida de santo Tomás, ni nada por el estilo.

Es claro que yo me tomé todo el cuidado posible en fundamentar mis afirmaciones, pero nadie ha aceptado ni rechazado lo que escribí, que no ha sido recibido más que con un silencio incómodo. Cuando los periódicos hablan del tema, es siempre en relación con los dos primeros volúmenes del *Mysterium Coniunctionis*, los del doctor Jung; del tercero, el mío, se dice que es un documento muy interesante, y del último capítulo, donde hablo de las cosas que les estoy diciendo ahora, simplemente no se hace ningún caso. Todavía estoy esperando a ver lo que pasa…, ¡parece que fuera una bomba de tiempo! Además, recargué tanto el libro de eruditas notas a pie de página que eso intimida bastante, y parece que la mayoría de las personas no se molestan en leer hasta el final. Pero lo hice a propósito. ¡Era como poner, silenciosa y discretamente, una bomba de tiempo en el Vaticano! Hay una excepción: un padre dominico, maestro de teología, ha reaccionado de forma muy positiva. Es especialista en santo Tomás, y dice que a él le pareció completamente coherente, que si uno tenía amplitud de espíritu, no había nada que no pudiera aceptar en una hipótesis así.

Pregunta: ¿No hay manera de saber si el último Papa lo vio alguna vez?

M. L. von Franz: No, no creo que lo viera. De hecho, pensé enviarle un ejemplar dedicado, pero no lo hice. Tuve que escribirle pidiéndole permiso para usar la Biblioteca Vaticana, dirigiendo la carta *«a la Sua Sanctita»*, y me impresionó mucho tener que dirigirme de esa manera a él, pero no era más que una formalidad.

Pregunta: ¿No es verdad que conocía los escritos de Jung y estaba bien dispuesto hacia él? En *La vida simbólica*, Jung dice que tenía la bendición papal.

M. L. von Franz: Eso es bastante indirecto. Lo único que puedo decirle es que se ha hablado mucho y que de eso el doctor Jung no me ha dicho nada. Es cierto que el difunto Papa tenía una actitud positiva hacia la psicología en general; en una de sus introducciones a un Congreso de Psicología en Roma expresó que recomendaba el estudio de la psicología, y entre las diferentes psicologías, la freudiana y otras, parece haberse inclinado más bien hacia la junguiana.



54. Sapientia (*sophia*, la Sabiduría de Dios) como madre de los sabios.

Ahora me gustaría darles una breve traducción de algunas partes del texto. No podré hacerlo con la totalidad, porque llega a unas cincuenta páginas, pero puedo hacer un extracto de las partes más importantes.

Los primeros cinco capítulos están dedicados a la aparición de una figura femenina llamada la Sabiduría de Dios. En los Libros de la Sabiduría —que son todos material tardío del Antiguo Testamento, influido por el pensamiento gnóstico y el gnosticismo, desde más o menos el siglo II a. C. hasta el I de la era cristiana—, en todos esos diversos escritos, como los Proverbios, hay una personificación de la Sabiduría de Dios que aparece como una figura femenina. Ella estaba con Dios y actuaba ante Él antes de que fueran creados el mundo y la humanidad. Esta Sabiduría de Dios se mezcla con la idea gnóstica de la *sophia*.

Esta personificación femenina era una figura incómoda para los teólogos cristianos. ¿Qué es? En los últimos escritos del Antiguo Testamento aparece una especie de novia o mujer de Dios… Ciertamente, hay una figura femenina, pero ¿quién era? La actitud medieval habitual era identificarla con el Espíritu Santo, decir que no era más que un aspecto femenino, y allí donde se hablaba de la Sabiduría de Dios había que entender realmente el Espíritu Santo, pero algunos la veían como el alma de Cristo —*anima Christi*—, que existía ya antes de la encarnación de Cristo, y de esa manera era idéntica a la forma de Cristo como palabra eterna, el *logos*, que está con Dios desde toda la eternidad y antes de su encarnación como Jesús Cristo, pero aquí se ha considerado que la Sabiduría de Dios es la misma cosa, y para explicar su feminidad se usa la expresión «el alma de Cristo», *anima Christi*.



55. Dios Padre como el *Logos* creador del zodiaco. El *Logos* representa el elemento estructural del inconsciente.

La tercera explicación, que en mi opinión es la más interesante, es que representa la suma de todos los arquetipos (y esto es lenguaje medieval, no estoy proyectando las palabras junguianas), los *archetypi*, es decir, las ideas eternas en la mente de Dios cuando creó el mundo. Lo explican así: cuando Dios creó el mundo, a la manera de un buen arquitecto concibió primero un plan en el que todo —los árboles, los animales, los insectos, todo— estaba presente como idea. Antes de que hubiera millares de osos en el mundo, estaba la idea de un oso en la mente de Dios, y antes de que hubiera millones de robles, estuvo la idea de un roble.

La idea de un roble en la mente de Dios sería el *archetypos* o *radones aeternae* o *ideae*, los planes eternos o ideas. Dios concibió el mundo y después plasmó su idea en la materia y creó el mundo real. Si lo traducimos al lenguaje psicológico, significaría que la Sabiduría de Dios representa el inconsciente colectivo, la suma de todas las ideas de diseños originales de la realidad…, pero eso sería el lado femenino de la Divinidad.

Pregunta: ¿Cómo se compagina esto con la idea de que la palabra, la idea, el *logos*, se relaciona con lo masculino, mientras que lo femenino se conecta con la materia, con la materialización? Seguramente, aquí se debería hacer una diferenciación entre el arquetipo y la imagen arquetípica.

M. L. von Franz: No creo que eso entre en escena todavía. Yo diría que en la idea del *logos* se pone el énfasis en la unidad y en el orden espiritual, y en el paralelo femenino el énfasis está sobre el tipo multiplicado y más concretado en imágenes. Ése es el matiz. La imagen arquetípica no está en juego todavía; en realidad, ésa es una etapa posterior. Hablando en términos de la escolástica medieval, eso sería el

unus mundus, una existencia puramente espiritual que todavía no se ha convertido en imagen en mente alguna, a no ser en la de Dios.

Yo haría más bien esta distinción: algunas personas experimentan el inconsciente, y quedan más impresionadas por él, por la vía de su ordenamiento espiritual, por ejemplo en el significado de un sueño…, y dicho sea de paso, esto es más propio del tipo pensante. Aunque yo interpreto muchos sueños al día, con diferentes personas, siempre me deja pasmada la maravillosa estructura del sueño. Hay una exposición y después, de una manera muy astuta, las imágenes se mezclan y el significado se aclara. Como yo soy de tipo pensante, me admira el pensamiento en el inconsciente, con su maravillosa estructura.

Si fuera más bien de tipo sentimental, quizá con inclinaciones artísticas, entonces —como lo veo con frecuencia en mis analizados— me impresionaría más la belleza de una imagen onírica, el valor sentimental de un elemento del sueño. Cuando yo comento que un sueño está maravillosamente estructurado, es probable que el analizado me diga que sí, pero que a él le impresione más la imagen tan vivida o el tono emocional tan definido. A un tipo más lógico y racional le impresiona la estructura maravillosa de algo que uno podría esperar que fuera completamente irracional. La lógica de un sueño es algo que siempre me asombra, la lógica fantástica que hay en esa serie de imágenes.

Por lo tanto, yo diría que el *logos* representaría el elemento estructural del inconsciente —de estructura y de significado—, en tanto que en la especificación femenina está más bien la idea de su manifestación emocional y pictórica. Yo más bien los compararía entre sí de esa manera, pero ambos aluden al inconsciente en nuestros términos, e incluso los autores escolásticos dicen que no es más que una manera de hablar; puede llamárselo *sophia* o *logos*, porque para ellos son una y la misma cosa, o dos aspectos de la misma cosa, y podríamos estar completamente de acuerdo con este tipo de enseñanza.

La tercera teoría, que existía ya en la Edad Media, nos viene de los árabes. El famoso filósofo árabe Ibn Sina, conocido en la literatura europea como Avicena, desarrolló la idea aristotélica referente al llamado *nous poiétikos*, que es la siguiente: Dentro de la realidad cósmica del mundo hay una inteligencia creativa que existe en las cosas mismas; existe en el cosmos, es creada por Dios. Dios creó el mundo, y en él creó un espíritu creativo o, como se lo interpreta generalmente, una inteligencia creativa que es responsable del significado y la importancia de los eventos cósmicos. Este carácter significativo —el hecho de que el cosmos no sea ni un caos ni una máquina que simplemente sigue marchando de acuerdo con leyes causales, sino que es también un misterio en el cual pueden darse sincronicidades significativas— fue atribuido al *nous poiétikos*.

San Alberto el Grande y santo Tomás, su discípulo, desenterraron los escritos de Avicena y se metieron en grandes dificultades porque estaban absolutamente fascinados por la idea del sentido del cosmos, la noción de que el cosmos tiene una

inteligencia, y no sabían cómo reconciliar todo aquello con sus ideas cristianas. San Alberto era un intuitivo y un gran genio, pero no un pensador muy cuidadoso, y se limitó a señalar alegremente que aquello era algo así como el Espíritu Santo. Santo Tomás, que era del tipo pensante, no podía tragarse entero todo aquello y por lo tanto cortó en dos el *nous*, diciendo que en parte el *nous poiétikos* no estaba en el cosmos, sino en la mente humana, cuya base constituía —en términos modernos diríamos que era la base del misterio de la conciencia—, y la otra mitad, decía santo Tomás, era simplemente la Sabiduría de Dios.

Así cortaba en dos partes el concepto islámico, asignándole una al hombre y otra a la Sabiduría de Dios. Esto es muy interesante, porque originariamente se proyectaba afuera la inteligencia, el significado o el orden espiritual del mundo. La gente del medievo, como los primitivos, no se daba cuenta de que el orden es algo que vemos por mediación de la mente. La causalidad no es algo que exista; es simplemente la forma en que nos explicamos la secuencia de los acontecimientos, es decir, una categoría filosófica. Lo mismo se aplica a la sincronicidad, pero la conexión de la secuencia de los acontecimientos en sí mismos no es algo que nosotros conozcamos.

En la época medieval, la gente aún seguía pensando que la causalidad y otras categorías existían objetivamente en el mundo exterior y, por consiguiente, que éste tenía una inteligencia, lo cual no era una idea tan estúpida. La idea de la inteligencia del mundo los impresionó mucho, y gracias a ella pudieron entender por qué Dios había creado el mundo con sus interconexiones significativas. Después santo Tomás introyectó o recuperó esta proyección y se dio cuenta de que, en parte, es algo que depende de nuestras propias operaciones mentales, porque el significado no existe mientras no lo veamos, y si nadie describe la causalidad, pues no existe. Ambos son algo que depende de la mente que observa y es capaz de describir.

Así pues, santo Tomás dio el moderno paso de introyectar las teorías de la ciencia natural, dándose cuenta de que los términos que usamos provienen de nuestra propia mente. Como era un gran pensador, fue más lejos incluso y se preguntó por qué nuestra mente producía ideas tales como conexiones significativas, y se lo atribuyó al *nous poiétikos*. Éste es el estado de conciencia del hombre que quizás escribió el texto que ahora estamos considerando.

El texto continúa:

Todas las cosas buenas me llegaron por mediación de ella, la Sabiduría del Sur [literalmente, del viento sur], que se queja en las calles, llamando a la gente, y habla a la entrada de la ciudad: «Venid a mí y sed iluminados y vuestras operaciones no os serán recriminadas. Todos vosotros los que me queréis seréis colmados con mis riquezas».

Venid, hijos míos, y escuchad, porque yo os enseñaré la Sabiduría de Dios, que es sabio y entiende aquello de lo cual dice Alphidius que los adultos y los niños oyen en la calle, que los animales callejeros lo hunden día tras día en el estiércol, y de lo cual dice Senior que nada es exteriormente más despreciado y nada de naturaleza más

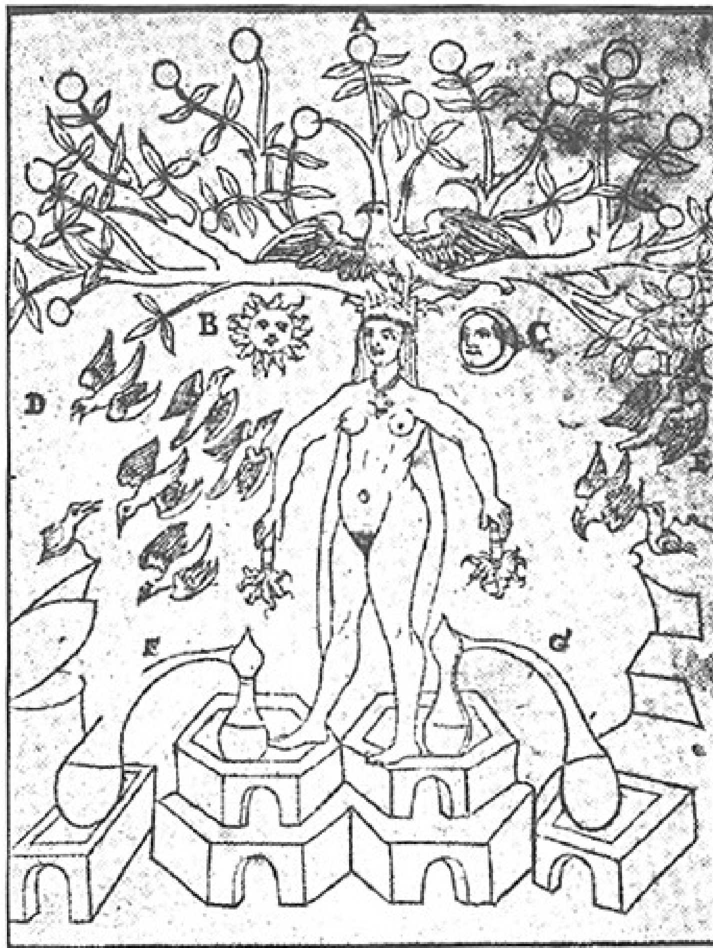
preciosa, y que Dios no nos lo ha dado para que fuera comprado con dinero.

Ella, la Sabiduría, es aquello de lo que Salomón dice que se lo ha de usar como una luz, y que él colocó por encima de toda belleza y de toda salvación, porque ni siquiera el valor de las gemas y de los diamantes era comparable con su valor. El oro en comparación con ella es arena, y la plata en comparación con ella es arcilla. Eso es muy cierto, porque conseguirla es más importante que el oro y la plata más puros. Sus frutos son más preciosos que las riquezas del mundo entero, y todo lo que puedas querer no puede ser comparado con ella.

Salud y larga vida están en su mano derecha, y gloria y riquezas inmensas en la izquierda. Sus obras son bellas y dignas de elogio, no desdeñables ni malas; y su marcha, mesurada y no presurosa, pero conectada con un trabajo duro, continuo y persistente. Es el árbol de la vida para todos los que la entienden, y una luz que nunca se extingue.

Benditos aquellos que la han entendido porque la Sabiduría de Dios nunca pasará, de lo cual da testimonio Al-phidius cuando dice que el que una vez haya encontrado esta sabiduría recibirá de ella legítimo y eterno alimento. Hermes y los demás filósofos dicen que si un hombre tuviera este conocimiento [aquí la palabra conocimiento está usada en vez de sabiduría] durante mil años y tuviera que nutrir diariamente a siete mil personas, aún seguiría teniendo suficiente, y Senior dice que un hombre así es tan rico como el que posee la piedra filosofal, de la cual se puede conseguir, e igualmente dar, fuego a quien se desee. [Se sabe que si uno tiene una piedra de fuego, entonces siempre puede reproducir sin falta el fuego].

Aristóteles dice lo mismo en el segundo libro, *Sobre el alma*, donde escribe que hay límites para el tamaño y el crecimiento de toda cosa natural, pero que el fuego, en cambio, puede crecer eternamente si se lo sigue alimentando. Benditos sean los que encuentran esta ciencia [ahora usa ciencia en vez de sabiduría, pero quiere decir lo mismo] y a quienes la inteligencia de Saturno inunda. Piensa en ella de todas las maneras y ella misma te conducirá.



56. La Sabiduría como virgen y árbol de la vida.

Senior dice que sólo el sabio y el intelectual, y el hombre que piensa con precisión y el que es inventivo, pueden entenderla, y sólo después de que su espíritu ha sido clarificado por el libro de la agregación. Porque entonces la mente de una persona así comienza a fluir y a seguir su deseo [aquí se usa en vez de deseo la palabra concupiscencia, muy chocante para un monje medieval]. Benditos sean los que tienen en cuenta mis palabras.

Y dijo Salomón: «Hija mía, cuélgatela del cuello e inscríbela en las tabletas de tu corazón y la hallarás». Dile a la Sabiduría que eres mi hermana y llámala tu amiga. Pensar en ella es una perfección sutil que sigue por completo a la naturaleza y perfecciona la sabiduría. [De pronto el texto cambia, y el hombre tiene que añadir perfección a la sabiduría, a la Sabiduría de Dios. Ella es la cosa más perfecta, y pese a ello el hombre tiene que añadirle sabiduría].

Quienes permanecen despiertos por su día y noche pronto estarán seguros. Ella es muy clara para quienes tienen penetración y jamás se desvanece ni se extingue. A quienes la conocen les parece fácil, porque ella misma va en busca del que es digno de ella. Va hacia él llena de placer y lo encuentra en cada providencia, porque su comienzo es la más auténtica naturaleza, de la cual no proviene engaño.

Obsérvese el jubiloso lenguaje bíblico y las muchas alusiones a diferentes citas bíblicas. Quien conozca bien la Biblia, la sentirá constantemente resonar en los oídos. Las citas son principalmente de la Vulgata y por lo tanto, naturalmente, están formuladas en términos un poco diferentes que en la Biblia inglesa.

Al comienzo a uno le sorprende un poco encontrarse con una paráfrasis de las palabras de la Sabiduría de Dios. Ella se aparece en las calles y llama a los hombres. Eso, como ustedes saben, está tomado de la Biblia. Está principalmente en el Libro de Jesús Sirach y en los Proverbios. Después, si se escucha con cuidado, se percibe algo muy extraño. A saber, primero está la Sabiduría de Dios, una entidad femenina que llama a las gentes hacia ella invitándolas a que vayan a escucharla. Después, la idea se modifica, y se nos dice: «Esta es la cosa pisoteada por las calles, despreciada por todos».

Se trata de una cita alquímica que en el texto original se refiere a la piedra filosofal. De modo que quien conozca la cita sabe que desde el comienzo mismo del texto, el autor identifica la Sabiduría de Dios con la piedra filosofal, que para él son una y la misma cosa. Debe de haber tenido una experiencia respecto de la cual sentía que lo que había entrado en él, y que se había adueñado de él, era lo que los alquimistas llaman la piedra filosofal.

Sigue luego citando a algunos otros alquimistas, entre ellos Senior, que dicen que ella es muy preciosa pero que las gentes ordinarias la desprecian, y hay una larga comparación para demostrar cuánto más preciosa es ella que los bienes mundanos. Viene después una alusión, no bíblica, al hecho de que para encontrarla hay que trabajar durante mucho tiempo, y a que ella es una especie de nutrimento eterno, o algo como el fuego que puede encender otros fuegos, y entonces de pronto dice que para encontrarla no se necesita más que una cosa, a saber, una percepción sutil de la verdadera naturaleza.

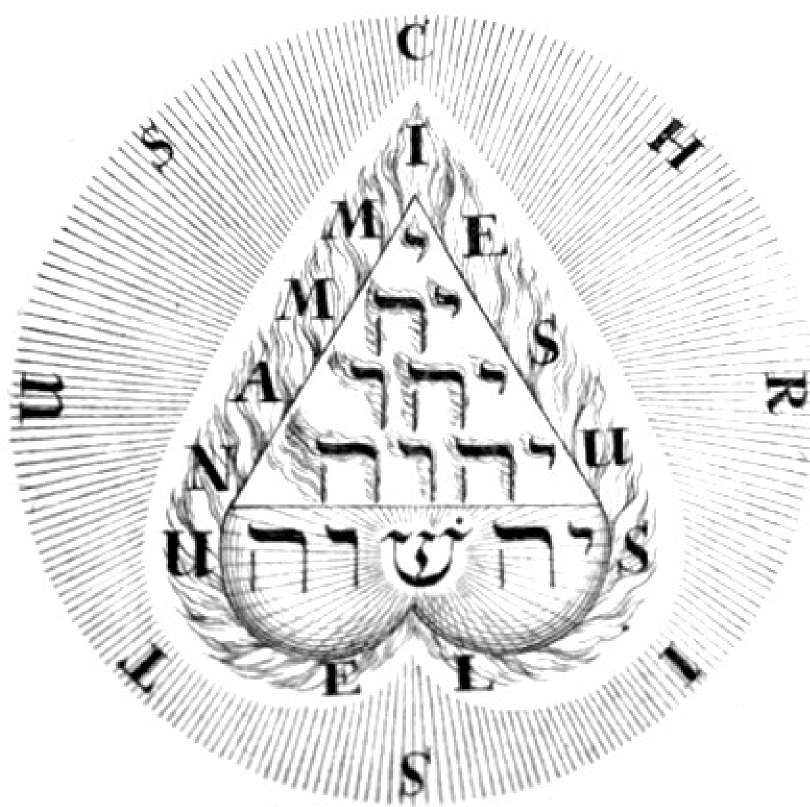
Esto va seguido de una cita más sorprendente aún, de nuestro amigo Senior: «Si esto haces, entonces tu mente comenzará a fluir y seguir a su concupiscencia». En el lenguaje escolástico medieval, concupiscencia se refiere a los apetitos ordinarios: deseos sexuales, deseo de comer y cosas semejantes, pero principalmente al deseo sexual, la base llana y vulgar del amor superior. El propio santo Tomás tenía una teoría del amor, que para él empezaba siempre con la concupiscencia y debía ser sublimado hasta llegar a ser amor de Dios.

Ante este texto, o bien no podemos entender nada, y nos limitamos a decir que está más allá de nuestro alcance, o debemos abordarlo como se aborda un sueño. Podemos tomarlo como si fuera un documento del inconsciente, en cuyo caso su significado se aclara: el inconsciente colectivo ha irrumpido en la mente del hombre y la ha invadido, en forma de una personificación femenina que él sintió como la Sabiduría de Dios… Y ya verán ustedes luego que piensa que la Sabiduría de Dios y Dios son uno. Un aspecto femenino de Dios lo ha anegado, y él dice que a eso se llega observando la naturaleza de manera sutil y siguiendo el propio deseo interior, es

decir, que es una verdad sutil que puede encontrar cualquiera que tenga la simplicidad mental de seguir su propio deseo. Si esto significa algo, significa una abrumadora vivencia del inconsciente encerrada en la forma de una personificación femenina.

Por la sensación que me da el texto, creo —y espero que estarán ustedes de acuerdo conmigo— que aquí no se trata de una invención del intelecto. A mí me da más bien la sensación de que hubiera sido escrito por alguien que se vio primero anonadado por una vivencia así, y después intentó expresarla mediante esas citas bíblicas y alquímicas. Una cosa así se puede observar, por ejemplo, al comienzo de una psicosis.

Uno de los síndromes más destructivos en un intervalo psicótico ocurre cuando la gente está invadida por vivencias emocionales o alucinatorias y no puede expresarlas. Tan pronto como son capaces de contárselo a alguien, ya no están completamente psicóticos, y la primera etapa ha pasado. Si pueden decir algo al respecto y describir su vivencia aunque sea tartamudeando o en forma simbólica, si de alguna manera pueden sacarla afuera, ya no están perdidos y el proceso de curación se ha iniciado.



57. El corazón invertido, llameante, simbolizando la devoción religiosa y la sabiduría trascendente, por Jakob Boehme.

Lo peor es cuando la cosa es tan abrumadora que simplemente se quedan en blanco, se meten en cama y se vuelven catatónicos. Uno sabe que están pasando por las experiencias íntimas más tremendas, pero externamente se los ve quedarse en

cama como un bloque de madera, negándose a comer. Cuando empiezan a moverse y a tartamudear y a hablar de lo que han visto, eso ya es una mejoría, porque han encontrado un modo de expresarse.

Por eso es sumamente importante, si tienen ustedes que vérselas con una posibilidad así, que traten a esas personas como si tuvieran una psicosis latente y les ofrezcan una cantidad enorme de conocimiento simbólico. Si se sospecha una posible invasión o irrupción del inconsciente colectivo, hay que suministrarles forzadamente a estas personas tanta información simbólica como se pueda, haciéndoles leer, tanto como sea posible, a Jakob Boehme, textos alquímicos y mitología. Los pacientes no sabrán por qué, y hasta puede ser que les parezca raro, pero entonces, si sobreviene la vivencia abrumadora, quizá puedan expresarla, o al menos describirla. Si pueden hacer suficientemente bien esta preparación del terreno mediante un entendimiento simbólico por adelantado, por más que ellos no le vean utilidad, cuando sobrevenga la experiencia contarán con una red con la cual podrán pescarla y darle nueva expresión.

El doctor Jung me contó que había tenido el caso de una doctora extranjera, muy racional y de mentalidad estrecha, que había estudiado psiquiatría y quería hacer un análisis de capacitación. Él se dio cuenta al instante de que la mujer tenía una psicosis latente, y de que la situación era bastante peligrosa. En vez de darle un análisis de capacitación estándar, la atiborró de tantos conocimientos simbólicos como pudo: historia de las religiones, mitología, tanta alquimia como él podía saber en aquel momento, y más en ese estilo. Debido a su fuerte transferencia, ella se tragó todo aquello, pero sin ver ni remotamente qué tenía que ver con ella.

Entonces regresó a su país y de pronto la cosa estalló y la mujer se tiró por la ventana del hospital donde estaba trabajando. Se rompió ambas piernas, pero cuando la ingresaron en el hospital estaba loca de atar, totalmente perdida en un episodio psicótico. El médico que la trató escribió a Jung informándole de la evolución del caso, y le describió cómo después de tres días de estar, al parecer, completamente loca, articulando un discurso totalmente psicótico, empezó a recordar algunas de las cosas simbólicas que había leído y lo que Jung le había dicho acerca de ellas. Empezó a poner en orden todo aquello y en torno de ello formó el núcleo de una nueva personalidad yoica.

Pasadas tres semanas, había salido del episodio y estaba completamente normal, lo que había oído y leído antes acudió ahora en su rescate, y le permitió contener aquella experiencia emocional abrumadora en el marco de un entendimiento psicológico simbólico. La mujer se recuperó y, de acuerdo con la correspondencia que Jung mantuvo con ella durante muchos años —ya que jamás volvió a verla en persona, porque venía de un país muy lejano—, jamás tuvo una recaída; aquél fue su único episodio psicótico, y hay toda clase de razones para creer que la cosa está ahora realmente integrada, y que ella está curada.

Ya ven ustedes, pues, cómo el conocimiento del simbolismo es, por así decirlo,

una red en la cual se puede al menos atrapar el misterio inexpresable de una vivencia inmediata del inconsciente. Creo que nuestro autor tuvo una de estas vivencias indescriptibles y abrumadoras del inconsciente y que, de manera bastante caótica, intentó capturar y describir lo que había sucedido mediante un *potpourri* de citas bíblicas y alquímicas.

Comentario: Estoy pensando cómo reconciliar lo que usted acaba de decir sobre ser capaz de expresar estas vivencias con lo que dijo en un curso anterior, creo que el año pasado, cuando señaló usted que con sólo que los psicóticos no hablaran, nadie se enteraría de nada.

M. L. von Franz: Es muy sencillo. Me refería a que no deberían hablar de esas cosas con la gente en general, pero que estaría muy bien que lo hicieran con su analista. Si nuestro autor se hubiera puesto a proclamar por las calles que la Sabiduría de Dios había descendido sobre él y que ahora él conocía sus secretos, eso no hubiera sido adecuado, pero al parecer escribió un artículo o dio un seminario sobre el tema o, si era el último seminario de santo Tomás, entonces él estaba en coma y se limitó a hablar aproximadamente de esa manera. No creo que santo Tomás pudiera seguir escribiendo, de modo que esto debe de haber sido reconstruido a partir de notas tomadas, lo que concordaría con el hecho de que los manuscritos son muy diferentes, algunos más ricos y otros más pobres. Incluso en los manuscritos más antiguos hay una diferencia muy grande.

Tenemos notas de otras conferencias que dio santo Tomás. En aquella época era común tomar notas en los seminarios, y de varios escritos suyos no hay más testimonio que los apuntes de sus alumnos; me imagino que hablaba, como dice el informe original, medio como en éxtasis y, cuando estaba muy débil, sobre el Cantar de los Cantares. En un caso así no se podría decir que debería haber contenido la lengua, pero el resultado fue que más adelante, simplemente se dejó de lado esa parte de su vida y lo que en aquella época dijo. Guillermo de Tocco y Reginaldo de Piperno, los primeros biógrafos, registraron los hechos, pero las biografías posteriores no los mencionan, porque ¿cómo era posible que, ni siquiera estando poco menos que en coma, ese gran hombre, con su mente maravillosamente clara y racional, dijera cosas así en su lecho de muerte?

Las personas normales o los que no están recluidos en un hospital, si han tenido una experiencia así se la habrán reservado para sí, o se la habrán contado a unas pocas personas capaces de entenderlas. Si uno ha tenido ya un episodio psicótico y está en Burghölzli o en otro hospital para enfermos mentales, es mejor si se lo cuenta a alguien dispuesto a escucharlo que quedarse en cama sin decir nada, que me parece muy mal indicio. Un caso está mucho más «ido» que el otro. Además, ese tipo de discurso no se dirige a ninguna persona en particular, es como una especie de anuncio, una anunciación extática: «Ahora os comunicaré la Sabiduría de Dios…». ¡Es un estilo que se reconoce! Pero el que usa un lenguaje así no está necesariamente en el otro lado de la frontera, porque ése es el estilo del inconsciente.



58. El alquimista y su *soror mystica* (psicológicamente, su alma) sostienen las llaves de la obra, representada aquí como liberar el alma de los grilletes del cuerpo (*separatio*).

Recuerdo que cuando hacía una de mis primeras prácticas de imaginación activa se me apareció una figura que me daba una sensación maravillosa, y que hacía anuncios como ésos, ¡y yo simplemente no podía escribirlos! Me producían tanto rechazo que me quedaba obstruida, pero el doctor Jung me dijo que ése era el estilo del inconsciente. Según cómo lo juzgue uno, es de muy mal gusto. A un joven que trabajaba la imaginación activa se le apareció personalmente el Espíritu Santo, hablándole como uno se imagina que debe de hablar, y el pobre hombre estuvo a punto de vomitar por tener que escribir semejantes pomposidades.

En nosotros y en nuestra naturaleza terrenal y práctica hay un escepticismo que no lo aguanta, pero ése es el estilo del inconsciente, y lo que explica por qué, cuando la gente cae en ese estado, habla con convicción y empieza a tener ese estilo pomposo y emocionalmente rimbombante. Está transportado por la emoción y es un estilo ritualista o sacramental, como esas hermosas canciones de los indios

norteamericanos, que repiten muchísimo los tres «amén» y cosas por el estilo. Cuando se toca a los niveles emocionales más profundos, eso es algo que hay que aceptar. Uno todavía puede observar con desapasionamiento, pero si se ha de permitir que esas cosas se expresen en su forma originaria, hay que dejarles esa manera de hablar tan emocional y pomposa. Y creo que por eso esto está escrito en ese estilo extático y de prédica.

Preferiría saltarme el capítulo siguiente porque es muy desagradable. Dice que se ha de amar la luz de la sabiduría porque quien la ame dominará el mundo, que es un sacramento de Dios que no se ha de compartir con las gentes comunes porque todos se pondrían celosos, y cosas así. Sólo al final es un poco mejor, cuando explica que, si uno encuentra este secreto, entonces dice:

Sé feliz, Jerusalén, recógete en el placer porque Dios ha tenido piedad de los pobres y Senior dice que hay una piedra que si alguien la encuentra se la pondrá sobre los ojos y jamás la tirará porque es el elixir que ahuyenta todo sufrimiento y, salvo Dios, no tiene el hombre cosa mejor.

¿Qué le ha sucedido aquí al hombre? Probablemente ustedes vean de qué se trata porque habla de gobernar al mundo y dice que no se les ha de decir a las gentes comunes. ¿Quién habla de esa manera?

Respuesta: Alguien con una inflación.

M. L. von Franz: Sí, en este capítulo está con una inflación. La experiencia de la Sabiduría de Dios ha sido abrumadora, y ahora, en cuanto es el que ha tenido esa experiencia y sabe todo lo que hay que saber de ella, naturalmente es el gran hombre. Se captan al instante los matices arrogantes del que ha sido elegido y siente que todos los demás son tontos y están celosos. Son los síntomas típicos de una inflación, inevitables después de una experiencia así. No creo que ningún ser humano pueda tener una vivencia semejante sin pasar en algún momento por una etapa así; es parte de la experiencia, y la cuestión es simplemente cuánto tiempo se queda uno en ella.

El capítulo siguiente es aún peor. Habla de aquellos que no conocen esta ciencia y que la niegan.

A esta ciencia de Dios y enseñanza de los santos, el secreto de los filósofos y elixir de los doctores, la desprecian los tontos que no saben lo que es. Rechazan la bendición de Dios y es mejor que no la reciban porque todo el que no sabe de esto es su enemigo, y por eso es por lo que Speculator dice que burlarse de esta ciencia es la causa de toda ignorancia, y que no se ha de dar ensalada a los burros que se conforman con cardos ni arrojar margaritas a los puercos, etc. Con los tontos se ha de hablar como hablaría uno con gentes que están dormidas, sin ponerlos nunca en el mismo nivel que al sabio. Siempre habrá pobreza e infelicidad en el mundo porque el número de tontos es inmensamente grande.

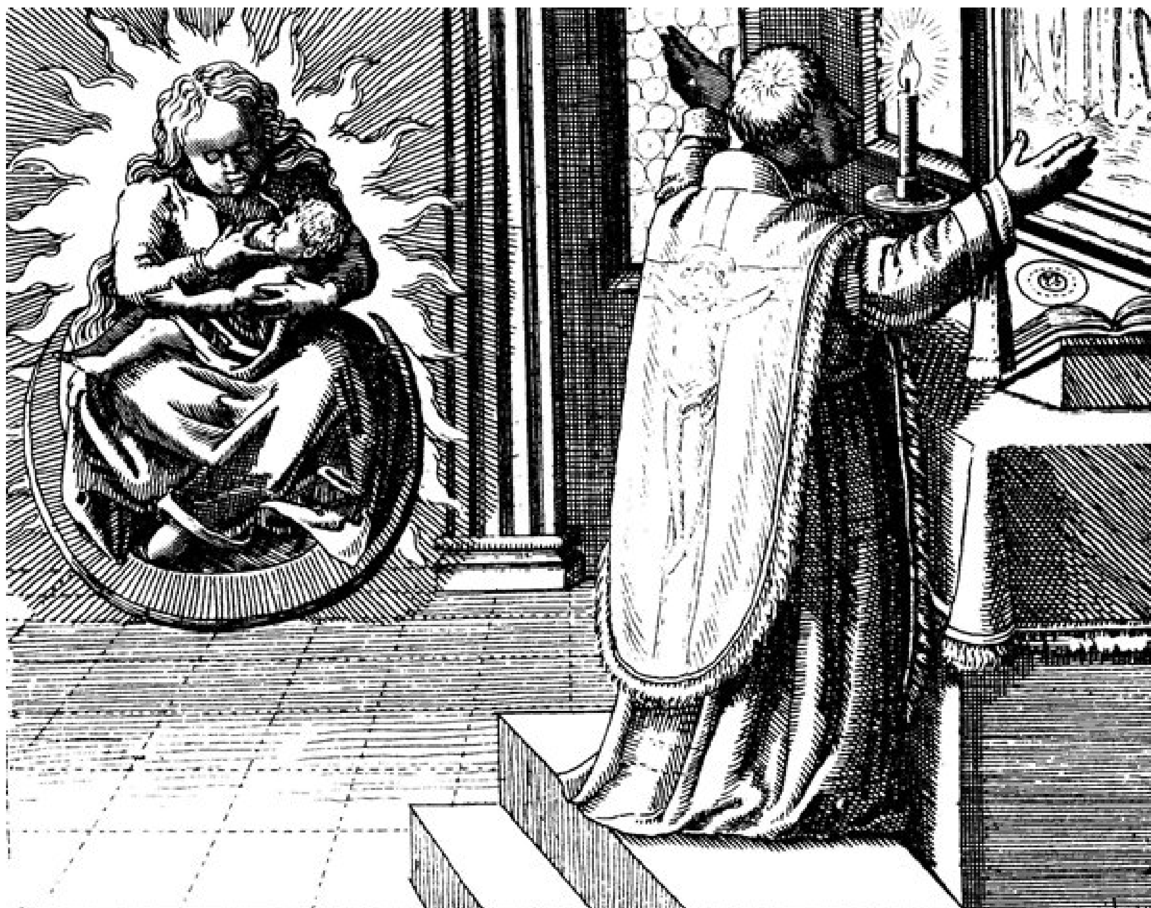
Allí la inflación alcanza la cima. Después viene un capítulo bastante seco que muestra un cambio en la situación psicológica. Muy prosaicamente, el autor dice que el título de su libro es «La aurora que surge» por cuatro razones:

Primero, la palabra *aurora* se podría explicar como *áurea hora* [la hora dorada], porque hay cierto buen momento en este *opus* cuando uno puede alcanzar su objetivo; segundo, la aurora está entre el día y la noche y tiene dos colores, a saber el amarillo y el rojo, y así nuestra ciencia, o alquimia, produce los colores amarillo y rojo, que están entre el negro y el blanco.

Éste es el conocimiento alquímico clásico sobre *nigredo-albedo-rubedo-citrinitas*, las cuatro etapas del color, y la aurora sería el advenimiento del color amarillo-rojo, la culminación de la obra alquímica.

Tercero, al amanecer los enfermos que han sufrido durante toda la noche generalmente se sienten un poco mejor y se duermen, y así, en la aurora de nuestra ciencia, los malos olores que perturban e infectan la mente del alquimista en su trabajo desaparecen tal como lo expresa el salmo: «Si por la noche llanto, a la aurora alegría» (Salmo 30, 5). Y en cuarto lugar, la aurora llega al final de la noche, como el comienzo del día o la madre del sol, y la culminación de nuestra obra alquímica es el término de toda la oscuridad de la noche en la cual si un hombre marcha, tropieza (S. Juan 10, 10), por lo cual en las escrituras dice: «Un día pasa al otro la palabra, una noche a la otra da noticia» (Salmo 19, 2), y «… la noche brilla como el día: la oscuridad y la luz para ti son lo mismo».

Esta última cita (Salmo 39 de la Vulgata) es el salmo que se canta la noche antes del día de Pascua en la Iglesia católica, donde la noche se convierte en luz y se vuelve tan luminosa como el día, y así. Entonces, por cierto debemos sospechar que incluso si no es santo Tomás, este gran hombre es un sacerdote católico, porque probablemente nadie más podría citar con tanta seguridad la Biblia. Aquí alude a la misa de la noche de Pascua, y compara la aurora de la ciencia, la aurora que surge, con la noche antes de la Pascua, el momento del renacimiento y la resurrección de Cristo.



59. El alquimista como sacerdote. A la izquierda, la Madre Tierra amamantando al niño-Mercurio, la naturaleza cuida de lo que es suyo.

Por lo que se refiere al estado del autor, ya ven ustedes que ahora el estilo extático ha desaparecido por completo y se ha vuelto ligeramente pedante. A la Aurora se la llama de tal y tal manera por cuatro razones. Por lo tanto, yo diría que el hombre ha salido de su inflación, que ha vuelto a un estado de conciencia de relativa sobriedad, y que ahora intenta poner orden en su experiencia.

Como es típico, éste es un orden cuádruple. Se nos dan cuatro explicaciones —cuatro razones— de la palabra «aurora». Cada vez que la conciencia intenta establecerse, impone a las cosas un orden cuádruple; ésta es la red con que atrapa las cosas y las pone en orden, y ahora nuestro hombre intenta dar una cuádruple explicación de la aurora que surge. La aurora es la sabiduría de Dios, como veremos luego, de modo que el autor del texto que comentamos intenta poner cierta distancia entre lo que le ha sucedido, y procura ver lo que es; se ha encontrado con la aurora que surge y puede describirla con cuatro razones.

A mí su explicación me parece muy superficial. Primero hace un juego de palabras —*aurora*, *áurea hora*— y después la compara con el amanecer cuando los enfermos se duermen después de haber pasado una mala noche. ¿Qué piensan ustedes de esto?

Respuesta: Parece como una compensación intelectual del exceso emocional.

M. L. von Franz: Sí, pero es que va demasiado lejos. Eso sucede muy frecuentemente en las etapas esquizofrénicas. Hay un juego de palabras, después aparecen vulgaridades y una alegría súbita muy desagradable. Es una compensación por haber sido arrastrado demasiado profundamente a las emociones. Es comprensible como un acto de compensación o para escapar de la emoción, pero para quien lo ve de afuera no es más que repugnante. Un ser humano ha tenido la más profunda de las experiencias íntimas, en la que uno participa con su sentimiento, ¡y después esa misma persona viene un día a decir que todo eso son tonterías!

He observado esta reacción prácticamente cada vez que alguien ha caído demasiado en la profundidad del inconsciente. Es el mecanismo de defensa de una conciencia débil contra una experiencia demasiado abrumadora. Me gustaría describirla como esquizoide —tomar las cosas serias muy a la ligera, descartándolas con una risa poco menos que cínica—, pero ésa es la compensación por haberse visto demasiado arrastrado a las profundidades. Aquí tenemos una de esas reacciones desvalorizadoras.

En los casos extremos se produce lo que médicos y psiquiatras incluso *quieren* alcanzar, es decir, la «restauración regresiva de la persona», cuando la gente dice que todo lo que han visto era parte de su enfermedad y que jamás volverán a pensar en aquello. Entierran toda la experiencia y se dedican al intento de adaptarse socialmente; se buscan trabajo en un despacho y no quieren que les recuerden siquiera lo que decían y pensaban en aquella época. Por lo general se mudan para no encontrarse con la misma gente, y si hablan de aquella época es como de algo que les pasó cuando estaban enfermos.

La experiencia es demasiado quemante, y por eso se la rechaza absolutamente. Su efecto fue demasiado fuerte al principio, y después, cuando quizá mediante una terapia de choque han salido de aquel estado, lo más común es que sobrevenga la actitud de desvalorizar. Cuando sin terapia se saca a la gente de un estado así, ya sea con Largactil o algún remedio parecido, o con *electroshock*, entonces la reacción suele ser ésa. Son personas que se avergüenzan de su pasado, cuando estaban locas, que se adaptan a la realidad de una manera superficial y, si uno habla con ellas, son aburridas. Uno tiene la sensación de que se han vuelto aburridamente normales; toda la sal y la vitalidad de la personalidad han desaparecido.

Aquí, gracias a Dios, no se trata más que de una fase transitoria, y eso es algo que sucede a menudo y que se puede entender. Es un ritmo normal en las reacciones humanas, ejemplificado por ejemplo en la dramaturgia clásica antigua, en la que tres tragedias van seguidas por una comedia. Uno no podía irse a casa después de haber visto el *Edipo Rey* y otras dos piezas de Sófocles; al final tenía que haber alguna de las comedias de Aristófanes para que todo el mundo se desternillara de risa. También está el mecanismo típico, cuando en mitad de un funeral muy solemne uno ve de pronto algo gracioso y una reacción nerviosa le provoca ganas de reírse. Lo que se convierte en ganas de reír es la culminación de la emoción; uno no puede aguantar

demasiado de una situación tan exageradamente trágica y por eso a ratos se siente forzado a burlarse de ella.

Esto explica también las parodias de la misa en la Edad Media. Durante trescientos sesenta y cuatro días al año, a la misa y a la hostia se las tomaba muy en serio, pero un día se las tomaba en broma. O como en el ritual de los indios norteamericanos, en el clan de los *thunderbird* hay un payaso que se burla de las ceremonias más santas, haciendo comentarios obscenos y toda clase de bromas; esto demuestra cómo, en la gente normal, la culminación de la emoción genera el deseo de compensarla de alguna manera. Es decir que la reacción del esquizoide que se ve amenazado por el inconsciente es completamente normal.

En casa tenemos una muchacha que ve fantasmas y puede hablar de manera muy gráfica de sus experiencias. Para ella, ésa es la realidad absoluta en que vive, y se pasa horas hablando con los fantasmas. Es un gran secreto, en el cual primero uno tiene que ser admitido, y después ella puede hablar del tema con gran emoción, pero jamás termina una conversación así para volver a su trabajo en la casa sin decir: «Bueno, ya se sabe que los fantasmas no existen, todo esto son tonterías». Y entonces, con una gran sonrisa, vuelve a su trabajo. Ese comentario es simplemente un *rite de sortie*, porque ella no puede pasar inmediatamente de sus experiencias con los fantasmas a poner a hervir las patatas; el *rite de sortie* es su forma de liberarse de algo que la ha conmovido profundamente. La mayoría de las personas, si tienen algún sentido del humor, cuando se han puesto demasiado dramáticas hacen algo parecido.

El capítulo siguiente se titula *Estimulando al ignorante a la búsqueda de la sabiduría*.

[Preguntaos] si no oís a la Sabiduría y si no es comprensible el ingenio en los libros de los sabios cuando ella dice: —Os llamo, oh, hombres, y llamo a los hijos del entendimiento. Entended la parábola y su interpretación, entended la palabra de los sabios y su enigma. Los sabios han usado todo tipo de expresiones haciendo comparaciones con todas las cosas de la tierra para aumentar esta sabiduría. Si un sabio oye a los sabios se volverá más comprensivo y lo sabrá».

Esta es la Sabiduría, Reina del Sur, que ha venido del este como la aurora que se eleva para oír y entender la sabiduría de Salomón. En su mano están el poder, el honor, la gloria y el reino. Tiene sobre la cabeza una corona de doce estrellas resplandecientes, como una novia ornamentada para su prometido, y sobre su túnica hay una inscripción dorada en griego [probablemente en árabe] y en latín: «Como reina gobernaré y mi reino no tendrá fin para aquellos que me encuentren con sutileza y espíritu de inventiva y constancia».

Ahora el autor intenta enfrentar de otra manera su experiencia: de pronto entiende que todos los textos simbólicos que ha leído antes, en la Biblia y en alquimia, apuntan a la misma experiencia. Probablemente ahora es capaz de leer textos alquímicos y de sentir que sabe lo que quieren decir, porque puede vincularlos con su propia experiencia y piensa que toda la Biblia y toda la tradición alquímica son algo

simbólico, una especie de símil o de descripción simbólica de las vivencias que él acaba de tener.

Aquí ven ustedes que lo que yo les describí se produce ahora: al amplificarlas con otros textos, él está tratando de atrapar, consolidar y entender sus experiencias íntimas. Ve amplificaciones posibles en la Biblia y en la literatura alquímica. Y ahora esta figura, que es realmente la figura clave de toda la experiencia —es decir, la Sabiduría, la Reina del Sur, o la Aurora que Surge— vuelve a aparecer, y él la ensalza. Ella es la reina que reinará eternamente en su reino. Se llama la Reina del Mediodía, o el Viento del Sur —en latín, auster significa a la vez «viento del sur» y «mediodía»— y eso se refiere al texto bíblico en Mateo 12, 42: «La reina del sur comparecerá en el juicio con esta generación y la condenará; porque ella vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón».



60. Unión del rey y la reina como dios andrógino que sostiene a la serpiente macho con el sol y a la serpiente hembra con la luna.

Este texto, que es más o menos el mismo que Lucas 11, 31, se refiere a la famosa reina de Saba que vino a visitar al rey Salomón y tuvo con él, como ustedes saben, un encuentro amoroso del cual provienen aún los reyes de la dinastía abisinia actual. La reina de Saba era etíope, una reina pagana, que fue convertida por Salomón a la religión verdadera. Con sus sirvientas negras se acostó con él y después, embarazada, regresó a su reino y dio a luz al primer rey de Abisinia. Este episodio amoroso del

envejecido Salomón se convirtió en el gran tema de la literatura amorosa en Europa.

En Oriente, como ustedes saben, en especial en el misticismo persa y en parte del islámico —sobre todo el de la tradición chiíta, a la cual pertenecía Senior—, hay libros de los que se podría decir que constituyen la bibliografía de la *coniunctio*, es decir, la unión de un hombre importante, un rey, con una reina o algo así, de la cual se dice que es una imagen de la unión del alma con Dios, ya que al alma del hombre se la considera femenina: el *anima* se casa con Dios en el momento del supremo éxtasis religioso, y por lo tanto en ese momento el místico es una novia que se desposa con la Divinidad. De los muy terrenales y comprensibles poemas de amor de al-Hafis se dice que deben ser leídos con un sentido místico y que al-Hafis no está hablando de un episodio amoroso ordinario con una mujer, sino que se vale de ese lenguaje para describir la *unio mystica* del alma con Dios. Lo mismo es válido para al-Roumi.

La carta de amor del sol a la luna es una variación típica de este tipo de literatura amorosa, en la que se puede decir que el problema del fenómeno de la transferencia con el proceso de individuación está unido y expresado en lenguaje simbólico de la manera más hermosa. La experiencia del *anima* para el hombre y del *animus* para una mujer es, en realidad, totalmente ajena a una experiencia real con una pareja humana. La medida en que la pareja humana desempeña un papel —ya sea sólo como una imagen remota o como una conexión auténtica— varía de un caso a otro, pero ésta es la vivencia culminante que conduce a la experiencia del Sí mismo.

Por consiguiente, se puede decir que en toda vivencia amorosa profunda está implícita la experiencia del Sí mismo, porque del Sí mismo provienen la pasión y el factor de avasallamiento abrumador. Esta experiencia fue mucho mejor entendida y se cultivó más en los ámbitos no cristianos, que tienen una actitud más equilibrada hacia el principio femenino; en el judaismo y en la tradición oficial cristiana este tipo de literatura amorosa y el problema de la unión amorosa con Dios han sido bastante rechazados, con unas pocas excepciones. En la tradición judía es principalmente la Cábala la que ha retomado el tema, y en la tradición cristiana hay unos pocos místicos, como san Juan de la Cruz y su famoso poema, que es una paráfrasis del Cantar de los Cantares, y donde se vuelve a usar este lenguaje. Probablemente san Juan de la Cruz, que vivió en España, supiera mucho sobre literatura islámica.

En nuestra civilización, por lo demás, ha habido una escisión. La Iglesia no ha estimulado este tipo de literatura religiosa y mística, que por lo tanto afectó profundamente a la literatura semirreligiosa de las novelas medievales, en especial a la poesía del ciclo del Grial y a las leyendas del Grial. En ellas penetró la totalidad de lo que podríamos llamar el misticismo amoroso, y en él le cupo un importante papel a la leyenda de la reina de Saba. Por esta época, la historia de la reina de Saba ya había dado origen a una novela muy romántica de la que había diferentes versiones etíopes, abisinias e islámicas. El texto ha sido elaborado como una experiencia de conversión a través del amor místico, y ese tema fue recogido por las novelas medievales de caballería e influyó enormemente sobre todas las hermosas historias de amor de las

novelas de la Edad Media, que de hecho la Iglesia no rechazó, aunque las mirase con ojos bastante desconfiados.

La reina de Saba tiene, por lo tanto, una larga tradición. En la tradición cristiana, representa una figura del *anima* no tan sublime como la de la Virgen María. Para el aspecto sublime del *anima*, la Virgen María sigue siendo el símbolo adecuado, pero ¿dónde podría proyectar un hombre el aspecto menos sublime? La reina de Saba con su sombra de negra, su sirvienta negra, se convirtió en un objeto adecuado para proyectarle ese aspecto del *anima*, y por consiguiente muchas novelas elaboraron el tema de la historia de amor del rey Salomón.

Un tema además muy legítimo, porque de camino hacia el rey Salomón, la reina de Saba llegó a un río donde había un puentecillo hecho parcialmente con la madera que más adelante llegaría a ser de la cruz, y ella, con mediúmnica clarividencia, se negó a pisarlo y prefirió mojarse los pies al atravesar el río antes que pisar aquel madero. Vio con antelación que aquel madero se convertiría en la cruz. Después, en las leyendas medievales, se la consideró como una de las profetisas, como una vidente que previó la vida de Cristo y su muerte en la cruz y con ello abrió la puerta por la cual pudo entrar en la literatura cristiana. Con aquel acto quedó legitimada, aunque en él estaban implícitos su sombra de negra y todos sus amores terrenales con el rey Salomón. Todo aquello era tolerable porque había llegado a prever la muerte de Cristo.

De modo que la reina de Saba es una figura del *anima* sumamente interesante en la época medieval; es la alusión que hay en Mateo 12,42, y aquí nuestro autor alude de esta manera a ella. Para él la Sabiduría de Dios es también la reina de Saba que es la aurora que surge.

El comienzo del capítulo siguiente, conocido como la primera parábola, los dejará a ustedes pasmados.

Mirando desde la distancia, vi una gran nube que habiendo sido absorbida por la tierra la cubría de negrura, y cubría mi alma, en que las aguas habían entrado de modo tal que se corrompieron por obra del aspecto del más profundo infierno y la sombra de la muerte porque la inundación me había anegado.

Entonces los etíopes caerán de rodillas ante mí y mis enemigos lamerán mi tierra. Nada sano hay ya en mi cuerpo, y por la vista de mis pecados mis huesos tienen miedo. He gritado durante toda la noche, hasta enronquecer. ¿Quién es el ser humano que vive, que entiende y que sabe, que pueda salvar mi alma de los infiernos?

Aquel que me ilumine tendrá la vida eterna y yo le daré a comer del bosque de la vida que está en el Paraíso, y le dejaré compartir el trono de mi reino. El que me extrae de la tierra como a la plata y me adquiere como a un tesoro, y me seca las lágrimas de los ojos y no se mofa de mi vestimenta, el que no me envenena la comida, el que no profana mi lecho con prostitución, y sobre todo el que no daña mi cuerpo, que es muy delicado, y más aún quien no me dañe el alma, que es sin amargura en la belleza y en la que no hay mancha, el que no dañe mi trono, aquel por

cuyo amor suspiro, en cuyo fuego me derrito, en cuyo perfume vivo, de cuyo sabor me vuelve la salud, con cuya leche me estoy alimentando y en cuyo abrazo todo mi cuerpo se disuelve y desaparece, de él seré el padre y él será mi hijo.

Sabio es el que aporta júbilo a su padre, a quien daré el lugar supremo entre los reyes de la tierra y con quien en todo momento mantendré mi alianza. El que reniega de mis leyes y no marcha de acuerdo con mis órdenes y no cumple mis mandamientos, ése será abrumado por el enemigo y el hijo de la iniquidad le hará mucho daño, pero quienquiera que respete mis órdenes no temerá la frialdad de la nieve porque en su casa tendrá prendas de lino y de púrpura.

Y ese día él reirá, porque yo me sentiré saciado y mi gloria aparecerá porque él no se habrá comido el pan del ocio. Por consiguiente los cielos se abrirán para él y como el trueno resonará la voz del que ha visto las siete estrellas en sus manos, cuyos espíritus son enviados a dar testimonio a todo el mundo [sobre el Apocalipsis].

El que crea y haya sido bautizado será bendito, pero el que no crea se condenará. El signo de los que hayan creído y hayan sido bautizados cuando el rey celestial los juzgue es el siguiente: serán tan blancos como la nieve sobre el monte Zalmon y como las plumas de la paloma que resplandecen como plata y cuyas alas son radiantes como el oro. Él será mi hijo amado; miradlo, porque su forma es más bella que cualquiera de las de los hijos de los hombres, él a quien el sol y la luna admiran. Él tiene el derecho de amor, y en él los seres humanos depositan su confianza y sin él nada pueden hacer.

El que tenga oídos para oír oirá lo que el espíritu de la sabiduría dice al hijo sobre la doctrina de las siete estrellas por cuyo intermedio se realiza la obra sagrada. Sobre éstas habla Senior de la siguiente manera en su capítulo sobre el sol y la luna: «Después de que hayáis distribuido estos siete [metales] a través de las siete estrellas, y se los hayáis atribuido a las siete estrellas, y limpiado nueve veces hasta que parezcan perlas, ése es el estado de blancura [la *albedo*]».

Les daré un breve comentario como para que no se queden ustedes solos con la sorprendente impresión de este capítulo. Comienza con alguien que se halla en estado de desesperación. A veces parece como si fuera el autor, pero a veces da más bien la impresión de que fuera la Sabiduría de Dios, el ser femenino, y entonces, después de un proceso, el capítulo termina con la enunciación de que algo ha sido blanqueado, de que se ha llegado a la etapa del emblanquecimiento.

Es decir que, partiendo del elogio de una personificación del inconsciente que ha irrumpido en el ámbito consciente del autor, el texto se convierte ahora en un esfuerzo por describir un proceso, una secuencia de acontecimientos. Ya verán ustedes en los capítulos siguientes cómo esto sucede constantemente. Cada capítulo se inicia con un estado negro y caótico, y termina con una nota positiva. Por lo tanto, el autor está ahora empezando a digerir la experiencia en la forma de un proceso. Antes describió el impacto de lo que le había sucedido; ahora intenta expresar lo que está sucediendo, pero lo único que puede hacer es empezar una y otra vez la

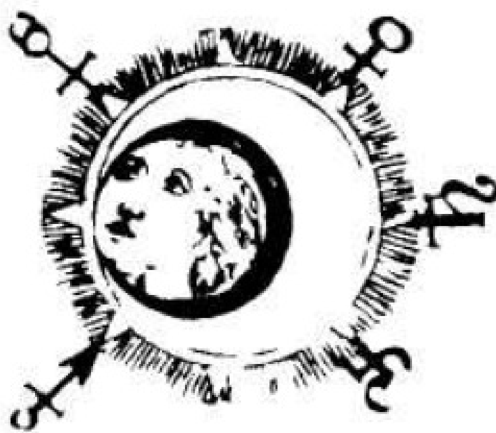
explicación y terminar de la misma manera.

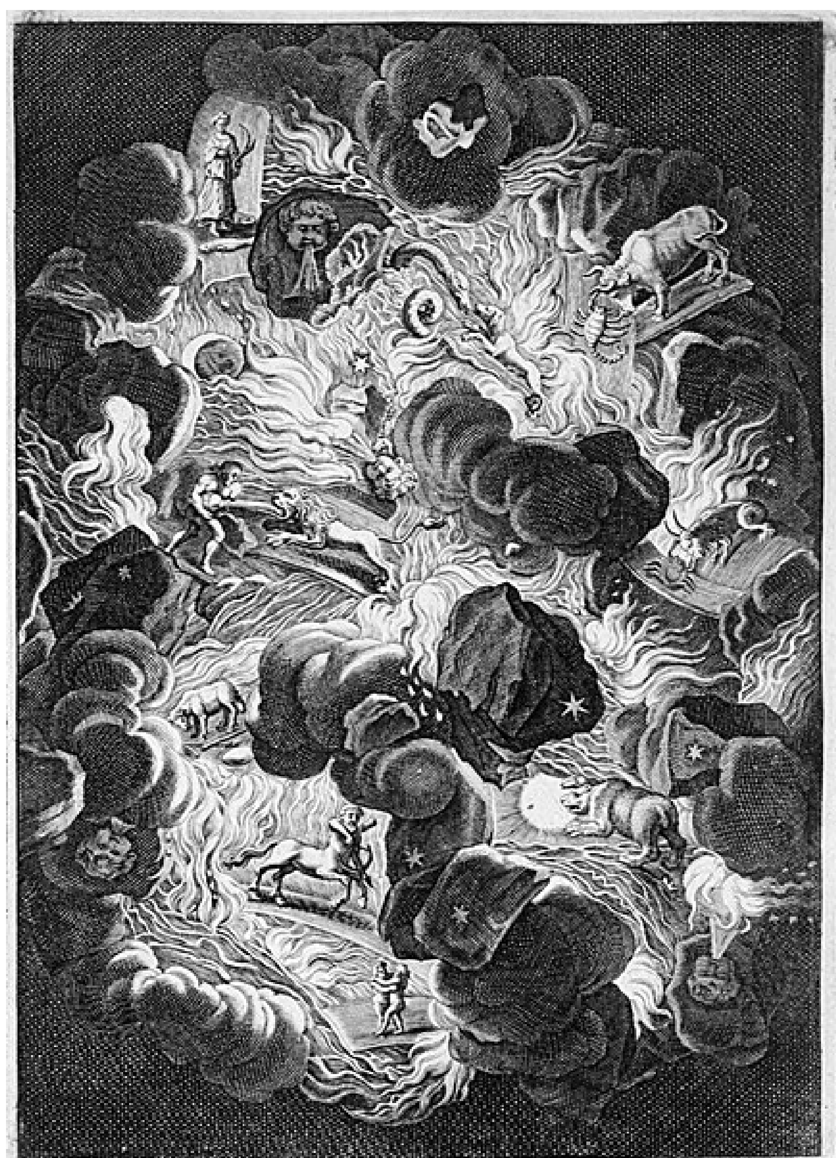
Se podría decir que ahora está intentando ver desde todos los ángulos posibles el significado de la experiencia. Es lo que pasa cuando uno se ve primero abrumado por el inconsciente; después sobreviene una inflación, luego se ríe de todo eso, más tarde recupera el equilibrio y se dice que debe enfrentarlo y tras ello comienza a reflexionar e intenta describir cómo empezó, qué sucedió y cuál fue el resultado. Cuando la gente empieza a recuperar la conciencia, al principio no pueden dar más que un rasgo, pero después, cuando están un poquito más conscientes, comienzan a repetir históricamente lo que sucedió.

Por ejemplo, si es un episodio psicótico, la gente dirá que al principio se sentían cansados y después apáticos y entonces oyeron una voz y luego de pronto… lo que les haya pasado. Así pueden volver atrás y digerir lo sucedido. Aquí la experiencia fue tan fascinante y tan abrumadora que santo Tomás usa siete capítulos para rumiar el mismo proceso, describiéndolo siempre desde un ángulo diferente; es el comportamiento típico de alguien cuya psique se ha visto anonadada por la invasión de un contenido del inconsciente.

Es el mismo mecanismo que se ve en escala menor cuando la gente ha tenido alguna experiencia que la conmueve, un accidente de coche en la calle, por ejemplo. Lo contarán por lo menos tres veces ese mismo día, necesitan narrarlo una y otra vez. Mediante la repetición, la conmoción se asimila, y por lo tanto si uno ha sufrido un impacto psicológico tiende a digerirlo por repetición hasta que ha integrado todos sus aspectos y recuperado el equilibrio. Es lo que sucede aquí. Lo mismo le sucedió a san Nicolás de Flüe, que después de haber tenido su aterradora visión de la Divinidad intentó digerirla pintándola y explicándosela a varias personas, una y otra vez, hasta que consiguió asimilar el impacto. Hasta su muerte, lo único que le preocupó a partir de ese momento fue la asimilación de la conmoción producida por su visión de Dios.

Tengo una analizado, una mujer que tiene tremendas experiencias de la Divinidad, que me preguntó el otro día cuántos años necesitaría para digerirlas. Le contesté que me imaginaba que necesitaría por lo menos diez años. «¿Tanto?», me preguntó. Se quedó pensativa y después me dijo que probablemente yo tenía razón. Uno no puede digerir inmediatamente una experiencia así, y en este caso eso significa que cada vez que vuelvo a verla tenemos que hablar de las suyas desde un ángulo diferente. Eso no es nada anormal. Es lo normal en una situación excepcional.





61. La *prima materi*a, o *masa confusa*, una nube negra y caótica, un estado de confusión consciente típica del comienzo de la obra alquímica como el proceso de individuación.

Octava conferencia
AURORA CONSURGENS

Como ustedes recordarán, les leí brevemente el texto de la llamada primera parábola, que comienza de forma muy diferente de los cinco primeros capítulos. Éstos se ocupaban de la aparición de una personificación femenina de la Sabiduría de Dios, que se le aparecía al autor de forma avasalladora. Por las diferentes formas en que la describía, dedujimos que al principio santo Tomás se sintió muy abrumado y después se identificó con la imagen y sufrió una ligera inflación, diciendo que ahora les hablaría de ella a las gentes y cosas así. Después la inflación se convirtió en una especie de desdén por los no iniciados, por aquellos que no saben y que no han entendido, y luego salió de la inflación para caer en un estado plano prosaico.

Entonces describió la misma experiencia pero de manera bastante prosaica, lo que es típico de las personas que vuelven a la superficie después de haberse visto arrastradas a sumergirse en el inconsciente; hay una especie de desilusión de todo el asunto, que compensa la inflación. Esto se hace mucho más obvio después de un intervalo psicótico interrumpido con Largactil o *electroshock*, o con algún tipo de medicación física.

En la parábola que les leí la última vez, el propio autor entra en el cuadro. Antes, había escrito en el estilo de una regocijada y pomposa anunciación de la verdad, típica de la identificación con los contenidos del inconsciente, lo que explica que se lo use en la literatura religiosa primitiva, en cierto tipo de poesía y en este documento. Ahora veamos el efecto que aquello tuvo sobre el autor.

Desde lejos vi una gran nube que sombreaba la tierra entera de negrura; había absorbido la tierra que cubría mi alma, las aguas habían entrado en mi alma, que se había corrompido por obra del aspecto del más bajo de los infiernos y la sombra de la muerte porque la inundación me había anegado. Entonces los etíopes se inclinarán ante mí y mis enemigos me lamerán el polvo. Nada está sano en mi cuerpo, y por el aspecto de mis pecados mis huesos se asustan. He gritado toda la noche hasta estar cansado; mi garganta está ronca. Quién es el hombre que vive entendiendo, y quién salvará mi alma de la mano de los infiernos…

Cuando dice que vio una gran nube negra, uno siente que debe de ser el autor que desde arriba ve la nube negra que ha cubierto la tierra. Pero más adelante esa persona, que pregunta quién es el hombre que puede salvarla, es la Sabiduría de Dios. Una de las cosas más interesantes en este texto es que el «yo», como se ve por el contexto, en una línea es el autor y dos líneas después la Sabiduría de Dios. Es decir que hay una auténtica confusión y vemos cómo el autor se ha identificado con la Sabiduría de Dios y ha caído en el inconsciente.

Primero ve cómo se cierne sobre la tierra la nube negra que lo cubre todo. La nube negra es un conocido símbolo alquímico del estado al que se llama *nigredo*, la

negrura que con mucha frecuencia es lo primero que sucede en el *opus*; si se lo destila, el material se evapora y durante un rato no se ve nada más que una especie de confusión o nube, que el alquimista comparaba con la tierra cuando la cubre una nube negra.



62. Dos pinturas de una mujer al comienzo del análisis; abajo, un estado de depresión en el cual los contenidos inconscientes están activados, pero deprimidos; arriba el conflicto consciente y la confusión después de la «irrupción» de los contenidos inconscientes.

En el lenguaje de la antigüedad, la nube también tenía un doble significado, ya que a veces se la comparaba con la confusión o con la inconsciencia. Hay muchos textos herméticos tardíos donde se dice que a la luz de Dios no se la puede encontrar antes de haber salido de la nube negra de la inconsciencia que cubre a las gentes y que es la connotación negativa con que frecuentemente tropezamos en el lenguaje religioso. En el lenguaje cristiano, a la nube la produce el diablo que está en el norte, y cuyas narices exhalan constantes nubes de confusión y de inconsciencia que se

dispersan por el mundo. Pero a la nube se la encuentra también en primitivos textos medievales con una connotación positiva, es decir, como el aspecto desconocido y desconcertante de la Divinidad.

Probablemente algunos de ustedes conozcan *The Cloud of Unknowing* [La nube del desconocer], un texto místico medieval que describe el hecho de que cuanto más se aproxima el alma del místico a la Divinidad, tanto más a oscuras y más confuso se siente éste. Los textos como éste dicen, efectivamente, que Dios vive en la nube del desconocer, y que es necesario que uno se despoje de cualquier idea, de cualquier concepción intelectual, antes de poder aproximarse a aquella luz que está rodeada por la oscuridad de una total confusión. Aquí la nube tiene el mismo doble significado: describe un estado de confusión total, de infelicidad completa, que al mismo tiempo es el comienzo de la obra alquímica.



63. La *nigredo* como etíope, proyección personificada del lado oscuro y desconocido de la personalidad.

El aspecto del más profundo de los infiernos y —como se dice poco después— el aspecto de sus propios pecados han asustado al autor, y tras ello se hace mención de los etíopes. Esto se refiere al Salmo 72, 9, que habla de victorias sobre los enemigos y de que los etíopes se inclinan ante los israelitas. Pero aquí lo etíope tiene, por supuesto, un significado clásico, que aparece también muy tempranamente en la alquimia griega, y representa la *nigredo*.

Recordarán ustedes que en uno de los textos griegos ya apareció antes la tierra etíope. Etiopía era el país cuyo pueblo cargaba con la proyección colectiva de una total piedad y fervor religioso por una parte, y por la otra, a los etíopes se los consideraba paganos inconscientes. Aquí en la alquimia, Etiopía es con frecuencia el símbolo de la *nigredo*, y es obvio lo que eso significaría en lenguaje psicológico, ya que no es muy diferente de la forma en que los negros siguen apareciendo aún hoy en el material inconsciente de los blancos, es decir, como el hombre primitivo y natural en su ambigua totalidad. El hombre natural que hay en nosotros es el hombre auténtico, pero es también el que no se ajusta a las pautas convencionales, y el que en parte está muy movido por sus instintos.

Los etíopes aparecen en esta *nigredo*, y después está la cuestión: «¿Quién es el ser humano de entendimiento que me salvará de la mano de los infiernos?», y ese mismo ser ahogado, de quien uno se imaginó primero que era el autor, pero que después resulta ser la Sabiduría de Dios, dice: «A quien me ilumine le daré la vida eterna, él recibirá del leño de la vida que está en el Paraíso y compartirá mi trono en mi reino», y por ese estilo. Después viene el pasaje que les leí la última vez: «El que no se burle de mí y no me haga daño y no profane mi lecho», tras lo cual viene la declaración de amor.

Es el propio Cristo, en cuanto Cristo es Dios, quien promete compartir Su Reino, de modo que debemos llegar a la conclusión de que la persona que habla —y los adjetivos que aquí se refieren al «yo» son siempre femeninos— es la Sabiduría de Dios, en absoluta identidad con Dios y con Cristo, que habla desde la oscuridad de la *nigredo* y pide socorro, clamando por un ser humano que salve su alma de los infiernos. Esto nos demuestra el tremendo giro que se ha producido, porque de pronto es la Sabiduría de Dios quien pide auxilio desde las profundidades de la tierra, y quien necesita que un ser humano la saque de la oscuridad. Primero se aparecía como un factor abrumador y divino que venía desde arriba, y ahora clama desde abajo como un ser femenino desvalido que necesita la comprensión del alma humana.

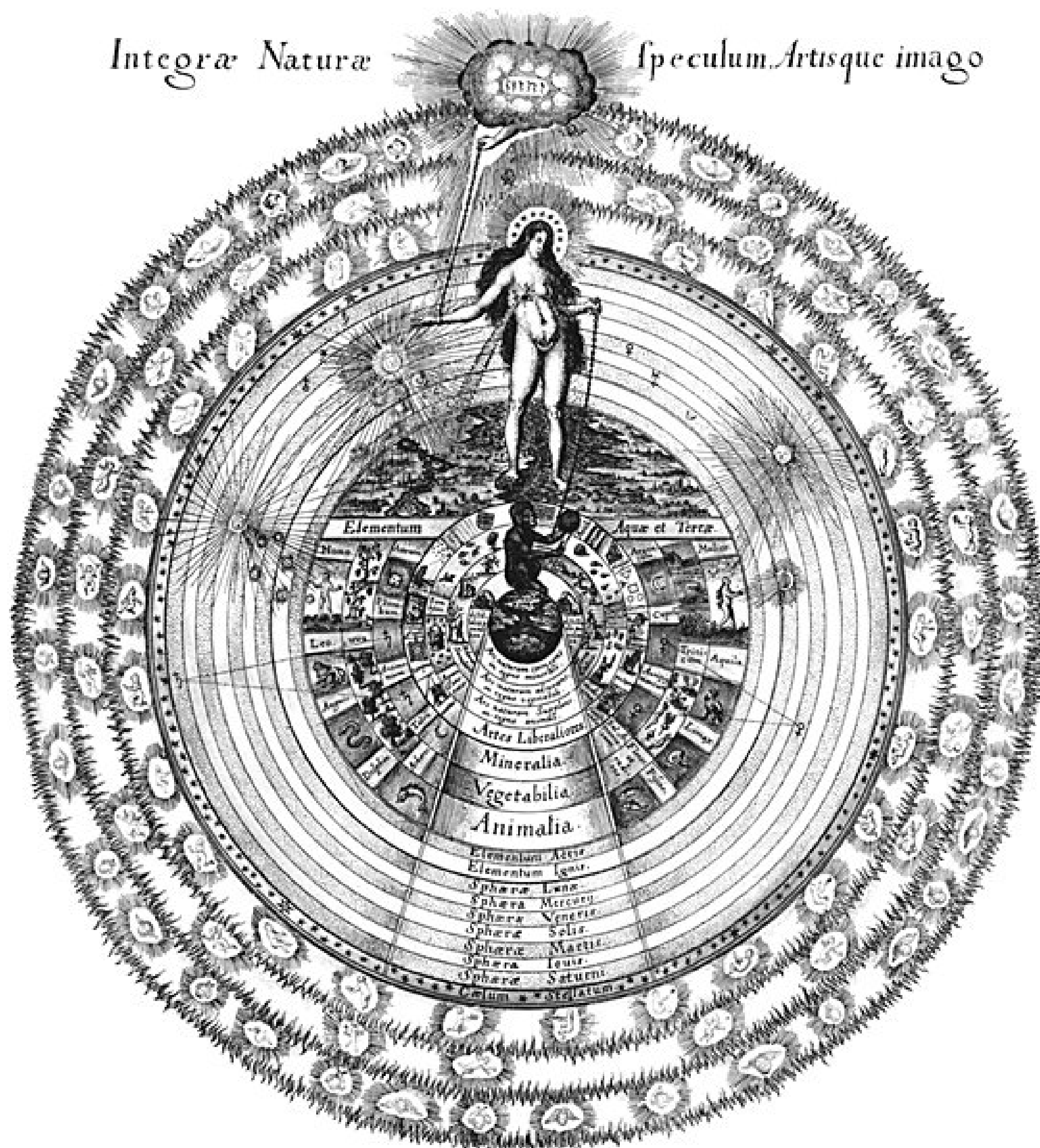
Este es uno de los pasajes más sorprendentes y ejemplifica lo que Jung describió también en *Psicología y alquimia* como uno de los grandes temas mitológicos del pensamiento alquímico, es decir, la idea de que el alma divina, o la Sabiduría de Dios, o el *anima mundi* —una especie de figura femenina— se desprende del hombre original, del Adán original, cae en la materia y entonces debe ser rescatada.

Quizá recuerden ustedes que Jung explica que esto representa lo que sucede cuando algo se proyecta, es decir que está la idea arquetípica del hombre divino, o de

la Divinidad femenina, y ese arquetipo es proyectado en la materia, lo que de hecho significa que la imagen cae en la materia. Esta clase de mitos amplifican lo que los alquimistas no sabían conscientemente o sabían sólo en parte: que en realidad estaban en busca del inconsciente, o de la imagen de la Divinidad femenina, o de la experiencia del hombre divino en la materia. Eso era lo que buscaban, como intenté explicarlo con el texto alquímico griego.

Eso correspondería a un hombre moderno que conoce a una mujer, se siente muy atraído hacia ella y entonces sueña que una imagen de la diosa la penetra. La imagen de la Divinidad antes la llevaba él dentro, y ahora ha entrado en esa mujer. Así es como el inconsciente trabaja con una proyección; no es nada que hagamos, ni siquiera algo de lo que nos demos cuenta, sino que simplemente nos sucede, y con frecuencia sueños así demuestran que ha habido una proyección. Aquí la imaginería alquímica dice que eso ha sucedido y que el alquimista está, inconscientemente, buscando una figura así.

En la religión judía, como ustedes saben, este proceso se ha iniciado ya, porque, aunque desde el comienzo no hubo una deidad femenina, la expresión hebrea que designa el caos primordial es: «*Tohu wa bohu*», que en realidad es una alusión a Tiamat, la divinidad femenina babilónica. Se podría decir que en la tradición judía la gran diosa madre no aparece personificada en la Biblia, sino que sólo existe en forma oculta en estas pocas alusiones.



64. La Sabiduría de Dios como *anima mundi* (el alma del mundo), guía de la humanidad y guarda a su vez por Dios.

Lo femenino reapareció en la fantasía gnóstica tardía de la Sabiduría de Dios, pero en la Biblia sólo aparece un aspecto divino sublime de esta deidad femenina, y el aspecto femenino de la Divinidad no está adecuadamente representado en la tradición judeocristiana. Hay unas pocas alusiones oscuras a una sombría masa-madre caótica y subterránea, que es idéntica a la materia, y a una figura femenina sublime que es la Sabiduría de Dios, pero incluso ella fue eliminada del cristianismo, porque a Dios se lo declaró idéntico al Espíritu Santo o al alma de Cristo, y de la materia se suponía que estaba regida por el diablo.

Esta pronunciada carencia de una personificación femenina del inconsciente ha sido compensada, por consiguiente, por el materialismo radical que poco a poco se ha ido apoderando de la tradición cristiana. Se podría decir que prácticamente ninguna religión se inició con un acento espiritual tan unilateral y tan elevado para ir a terminar —si se piensa en el comunismo como la forma final de la teología cristiana

— en un aspecto materialista tan absolutamente unilateral. La oscilación de un extremo al otro es uno de los fenómenos más sorprendentes que conocemos en la historia de la religión; se debe al hecho de que desde el comienzo hubo una falta de conciencia, una actitud desequilibrada hacia el problema de la deidad femenina y por consiguiente de la materia, porque la Divinidad femenina en todas las religiones se proyecta siempre en la materia y está ligada con el concepto de materia.

Ayer, sin ir más lejos, tuve en las manos —esto es una especie de digresión, pero es muy interesante— un libro de Hans Marti, *Urbild und Verfassung*, que se podría traducir como *Arquetipo y constitución*. Marti demuestra que desde que el hombre concibió por primera vez la constitución de un estado democrático —a él le preocupa en especial la constitución suiza— se ha producido un cambio secreto desde el concepto patriarcal del Estado —el Estado jurídico, el Estado como concepto jurídico, una especie de espíritu paterno— a lo que él llama el Estado de Bienestar. La democracia suiza en sus comienzos, digamos hasta los últimos cincuenta años [recuérdese que estas conferencias son del año 1959], estuvo administrada principalmente por un Club formado por hombres —ustedes saben que en Suiza las mujeres todavía no pueden votar [el derecho de voto se les concedió en 1971]— y la base de la Constitución era cierto número de leyes, cuyo principal objeto era garantizar la libertad del individuo, la libertad religiosa, el libre acceso a la propiedad y otras propuestas semejantes.

En este esquema se infiltró poco a poco, como lo demuestra bellamente Marti, otra idea, la del Estado de Bienestar, un arquetipo materno en que el Estado tiene que ocuparse de la salud de la gente, de su bienestar material, las pensiones a la vejez y asuntos de ese tipo. Marti señala con claridad que esto es un cambio, que el Estado ya no es el padre, sino que se ha convertido en la madre, y en su condición de tal, se interesa por el bienestar físico de sus hijos. El autor demuestra cómo, de acuerdo con la ley suiza, el Estado tiene ahora el derecho de imponer ciertas reglamentaciones a la posesión de tierras, con el fin de proteger las zonas agrícolas, por ejemplo.



65. La Asunción de la Virgen María «elevando a una posición superior el símbolo de la Divinidad femenina, y con él a la materia». Von Franz.

Hace algunos años, el Estado asumió el control de los derechos sobre las aguas —el agua es un símbolo femenino— a fin de proteger al pueblo, porque, al volverse el agua tan contaminada e insalubre, el Estado ha ido adquiriendo el derecho de promulgar leyes dirigidas a combatir las epidemias. Si hay, por ejemplo, alguna clase de plaga, o un brote de rabia, el Estado puede promulgar reglamentaciones que antes no existían. Antes la humanidad no estaba tan interesada por el bienestar físico y material del pueblo. Si se morían de peste, o mordidos por los perros rabiosos, eso era una parte no muy importante de la vida; el énfasis se ponía en la libertad espiritual, en tanto que se descuidaba bastante el bienestar físico. Durante los últimos cincuenta o sesenta años, el bienestar físico se ha convertido gradualmente en una preocupación estatal importante, y con ello ha llegado por etapas a ser cada vez más portador de la proyección de la madre, y menos de la imagen del padre. Lentamente y sin advertirlo, nos estamos deslizando hacia una situación matriarcal.

Marti muestra cómo es que están en juego ciertos factores emocionales, cómo la gente concibe al Estado de una manera vagamente arquetípica y, a partir de ese punto de vista, vota por ciertas leyes. Pero lo que parece ser evidente, es decir, que el Estado debería cuidar de sus hijos, en realidad es la proyección de la imagen de la madre, y eso no es evidente. El autor termina su libro de manera muy inteligente, diciendo que deberíamos tomar conciencia de qué es lo que estamos proyectando sobre el Estado e iniciar una verdadera *Auseinandersetzung* o confrontación, y no cambiar nuestras leyes por la mera proyección de una imagen materna.

Este libro describe un pequeño aspecto de un lento giro que en gran escala se ha producido en toda la civilización cristiana, y que podríamos considerar como un retorno secreto y no demasiado visible al matriarcado y al materialismo. Esta *enantiodromia* tiene que ver con el hecho de que la religión judeocristiana no se enfrentó en forma verdaderamente consciente con el arquetipo de la madre, sino que hasta cierto punto excluyó la cuestión. Es bien sabido, además, que cuando el papa Pío XII declaró [1950] el dogma de la *assumptio Maria* su objetivo consciente era herir al materialismo comunista elevando a objeto de culto en la Iglesia católica, por así decirlo, a un símbolo de la materia, con el fin de deshinchar las velas de la nave comunista. Hay implícito algo mucho más profundo, pero ésa fue su idea consciente, es decir, que la única manera de combatir el aspecto materialista sería elevar a una posición superior el símbolo de la Divinidad femenina, y con él la materia. Puesto que lo que se eleva al Cielo es el cuerpo de la Virgen María, el acento está puesto en el aspecto material físico.

Aquí tenemos la imagen de la Divinidad completamente caída en la materia, desde donde reclama socorro. Si lo tomamos como el drama personal de nuestro autor, ¿qué significaría esto?

Respuesta: Que el *anima* se había perdido en el mundo material, porque él no tenía relación con ella.

M. L. von Franz: Sí, debemos sacar la conclusión de que este autor no tenía relación con el principio femenino antes. Es del todo obvio por el texto que es hombre de iglesia, y me imagino que tenía un complejo materno negativo y por esa razón, o por alguna otra, no tenía relación con el principio femenino, lo que significa ni con su propio aspecto femenino ni con las mujeres. En un caso así se produciría un influjo abrumador de la Divinidad femenina.

Hay un paralelo sorprendente con el famoso místico Jakob Boehme, que como ustedes saben era muy pobre, un zapatero, y en alguna medida un caso fronterizo, pero que tenía las más tremendas experiencias religiosas y era capaz de expresarlas en sus difíciles escritos. Este hombre era un intuitivo introvertido del tipo profético. Su matrimonio fue muy desdichado, una relación en la que no había más que odio y desprecio recíprocos, cosa comprensible por ambas partes, ya que su esposa, que era una mujer práctica, pensaba que mejor haría él en remendar zapatos y ganar dinero que en escribir libros sobre el Espíritu Santo, mientras ella y sus seis hijos no tenían nada que comer. Por eso le montaba constantemente escenas, diciéndole que debería ocuparse de dar de comer a sus hijos en vez de escribir libros sobre la Divinidad.

Él, por otra parte, sentía —bien naturalmente— que ella era una mujer mundana y una carga para él, alguien que obstaculizaba su creatividad espiritual. Era una de esas tragedias clásicas. Boehme rechazó completamente lo femenino —me refiero a que no tenía hacia ello más que una actitud negativa— hasta las últimas fases de su vida. Poco antes de su muerte, se vio súbitamente abrumado por completo por la imagen de la Sabiduría de Dios, la *sophia*, esa misma imagen, y dejó un texto en el que

ensalzaba a esa figura en los términos del más enamorado éxtasis; a tal punto que es incluso bastante desagradable, porque en su canción de amor a la Sabiduría de Dios resuena una fortísima nota sexual y se percibe todo el fango que antes había sido rechazado y que emerge a la superficie con esta gran experiencia.

Supongo que nuestro autor se encuentra en un estado similar; que no había tenido relación alguna con el principio femenino y ahora se ve anonadado por él, en su forma más abrumadora. Ésa sería una compensación típica del escarnio y el desprecio que hasta entonces debe de haber sentido por lo femenino. En casos así, el inconsciente irrumpe con un énfasis tan tremendo que ya no es posible seguir evitándolo.

Lo que para la conciencia es llegar a la comprensión de una imagen arquetípica, para ésta es, en cambio, una gran caída. Imagínense al yo con su campo de asociaciones, como una araña en su tela. Cuando la imagen arquetípica se aproxima al campo de la conciencia, eso es para el yo un estado de gran iluminación, de júbilo y otros sentimientos positivos como vimos en los cinco primeros capítulos de nuestro texto, pero para el pobre arquetipo es precisamente lo opuesto, porque se despeña en algo muy pequeño y muy inadecuado. Por consiguiente, visto desde un lado, el episodio es una gran realización, un logro, y desde el otro, una caída muy grave.

Muchos mitos de la creación describen la creación del mundo como la Divinidad que se cae del Cielo, como lo ejemplifica también típicamente un sueño de Gérard de Nerval, un poeta francés cuyo libro *Aurelia* describe el comienzo de su propia psicosis. Uno de los sueños más aterradores que tuvo durante esa época fue que iba al patio trasero de un típico hotel de París, lleno de viejos recipientes de basura donde los gatos se reunían a comer. Esos patios sombríos se encuentran por todas partes en París. En un patio así, en el fondo de su hotel, De Nerval vio con horror a un ángel de Dios, una tremenda e imponente figura arquetípica, con las alas multicolores, que se había caído en el patio y estaba atascado en aquel restringido espacio.

De lo que el poeta se dio cuenta súbitamente con horror fue de que si el ángel quería liberarse, si hacía un mínimo movimiento, todo el edificio se derrumbaría, lo que para él significaría el comienzo de su esquizofrenia, que en efecto se inició poco después. Su concepción de la vida era demasiado estrecha en comparación con su genio. De Nerval tenía un gran genio inconsciente, tal como lo ponía de manifiesto el ángel, y su concepto de la vida era exactamente el del racionalista francés típico de París y de sus sórdidos patios. Su mentalidad consciente no se adecuaba, pues, a su auténtica hechura humana ni a su propio destino íntimo.

Es muy frecuente que la razón de la esquizofrenia no sea tanto la invasión del inconsciente, sino que eso le sucede a alguien que es demasiado estrecho, ya sea mental o emocionalmente, para esa experiencia. Para la gente que no tiene una mentalidad amplia ni tampoco la generosidad y el corazón que se necesitan para abrirse a lo que venga, la invasión es demoledora.

La vida de Gérard de Nerval es un ejemplo muy claro: se enamoró de una

muchacha y fue presa de los sentimientos más emocionales y románticos, pero en vez de aceptarlos se rebeló contra ellos, diciéndose: *«C'est une femme ordinaire de notre siécle»* —es una mujer vulgar de nuestra época— y huyó de ella. Después se sintió sumamente culpable, pero ella no lo perdonó. Su conciencia culpable provenía del hecho de que el poeta estaba huyendo de sus propios sentimientos. Durante esa época fue cuando soñó con el ángel, mostrando que su idea estrecha, racional y atrasada de la vida y del amor no estaba a la altura de su experiencia, por lo cual al fin terminó colgándose.

Sólo menciono este sueño como ejemplo del hecho de que lo que desde el nivel consciente se ve como una realización del arquetipo, para el arquetipo es un precipitarse en la materia. Es lo mismo que sucede en la enseñanza teológica con la *kenosis* de Cristo, que se refiere a la cita bíblica en que Cristo se desprende de su plenitud para bajar como servidor a encarnarse en un hombre. Sobre esto han edificado los teólogos la teoría de que Cristo era idéntico a Dios Padre y al Espíritu Santo, que vivía en plenitud y expansión en el Cielo y que fue un tremendo autosacrificio vaciarse y reducirse a la dimensión humana para encarnarse. Aquello, desde Su lado, era una humillación y un menoscabo de su condición. Como arquetipo, sería la Divinidad, el *logos*, que ingresaba en la miserable vida humana, pero para la humanidad fue una revelación de la luz de Dios.

No es el único caso. Toda vez que un arquetipo se aproxima a la realización humana, ello significa una gran disminución para el arquetipo, lo que explica las visiones y sueños catastróficos de la caída de un ser divino sobre la tierra. Como se puede ver muy claramente por el caso de Gérard de Nerval, en ocasiones así el entendimiento es el factor esencial. Si él hubiera entendido qué era lo que se le aproximaba cuando tuvo aquellos sentimientos tremendos y aquellas fantasías con la joven que amaba, no habría perdido la cabeza, pero le pareció que todo eran locuras y estupideces que había que reprimir, y el resultado fue la catástrofe.

En nuestro texto, la caída Sabiduría de Dios clama por un ser humano de entendimiento que la rescate. Pregunta dónde está el ser humano que vive y está dispuesto a entenderla, y promete la vida eterna a esa persona: a aquel a quien ella ama y en cuyo abrazo todo su cuerpo se funde, todo eso. Así se entrega a una apasionada declaración de amor al desconocido que la entienda y que la rescate de la materia.

Después hay un viraje de lo más sorprendente, puesto que dice: «Él, en cuyo abrazo todo mi cuerpo se funde, *de quien seré el padre y que será mi hijo*». Esto está tomado de Hebreos 1, 5, como ustedes probablemente saben, y es lo que Dios dijo a Cristo. Cuando se lee el texto es fácil pasar por alto estas alusiones extrañas, pero aquí la Sabiduría dice claramente que ella misma es Dios Padre y que quienquiera que la salve es el hijo del propio Dios. Esta oración es la clave de todo lo que sigue en el texto. La Sabiduría de Dios es simplemente una *experiencia del Propio Dios, pero en Su forma femenina*, y el amado prometido de esta apariencia femenina de

Dios es el autor que reemplaza a Cristo y llega a ser como Cristo.

El propio Cristo predijo que mediante la difusión del Espíritu Santo muchos harían obras mayores que Él, apuntando a la idea de la semejanza a Cristo de cada individuo. Cristo no fue el único caso de la encarnación de Dios, pero por mediación del Espíritu Santo esto continuaría y se difundiría entre muchos, y cada individuo, en cierta medida, se convertiría en Cristo y sería por consiguiente deificado. Eso lo predijo en la Biblia el propio Cristo, pero en la interpretación teológica no se le ha hecho caso porque es un enunciado poco feliz y no quiere decir, ni más ni menos, sino que cada individuo humano podría, potencialmente, vivir el mismo destino de Cristo y ser idéntico a la Divinidad.

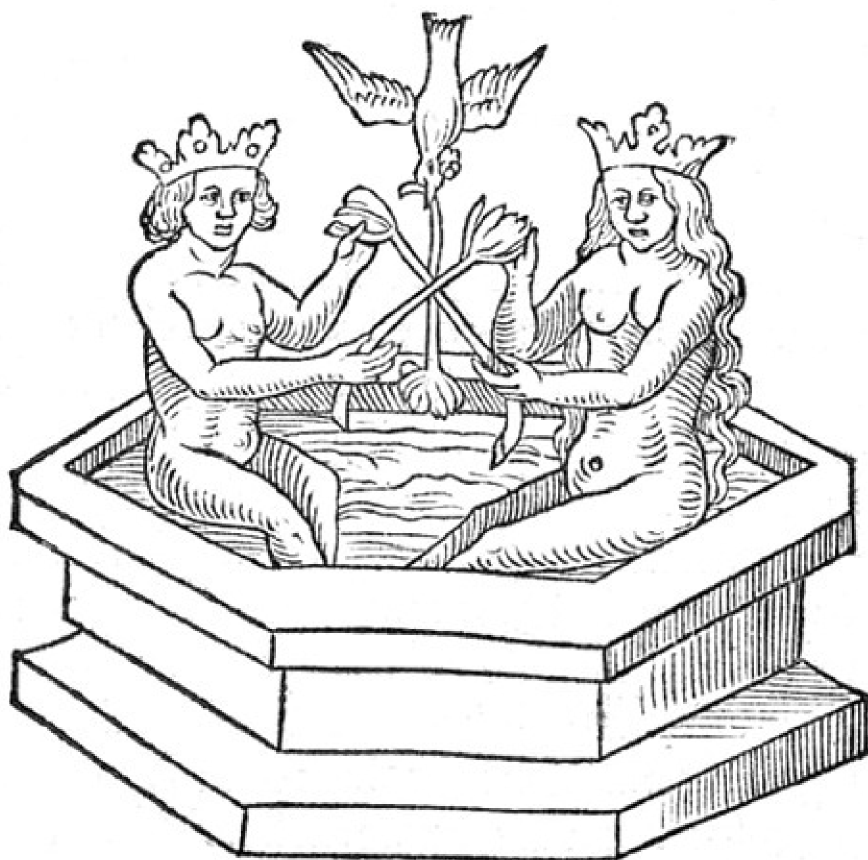
La teología medieval no hizo caso de este aspecto ni lo sacó a la luz; se puso mucho cuidado en no hablar de él porque no es otra cosa que el proceso de individuación. Significa que seguir a Cristo no es seguir reglas externas, no es una imitación de lo de afuera, sino que es asumir cada uno en su propia forma la total experiencia de Cristo: pasar uno mismo por el mismo proceso, en su totalidad. Como eso era demasiado difícil, o la gente no estaba a la altura de semejante tarea, no se le hizo caso, y por eso reaparece aquí como una presión inconsciente en la forma de Dios, que, en cuanto mujer, escoge como su prometido a un ser humano, a un humano que la entienda. Como dice el texto, ésta es la relación de Dios Padre con Dios Hijo.

Ella dice entonces que si puede encontrar un novio así se le aparecerá en su gloria y se manifestará en toda su belleza, y en este contexto se cita la aparición de Dios al final de los días, como en el Apocalipsis. También se compara ella misma con una paloma, reluciente como plata. El texto termina, bastante lisa y llanamente, con las palabras: «y todo esto es que simplemente uno tiene que lavar la sustancia nueve veces hasta que tenga la apariencia de perlas, y eso es el blanqueamiento». Aquí hay un retorno súbito al lenguaje puramente químico, que dice que en la práctica toda la experiencia indica que uno tiene que lavar las estrellas, como dice el texto, hasta que estén blancas como perlas.

Quiero comentar brevemente la parte que sigue:

Quien tenga oídos para oír, oirá lo que el espíritu de la ciencia dice a los hijos de la doctrina sobre las siete estrellas por cuya mediación se cumple la obra divina. Senior dice en su libro en el capítulo sobre el sol y la luna: «Cuando hayas distribuido esos siete con las siete estrellas y se los hayas atribuido a las siete estrellas y después los hayas purificado nueve veces hasta que parezcan perlas, eso es el blanqueamiento».

Las siete estrellas fueron mencionadas antes en nuestro texto; son las siete estrellas que la Divinidad sostiene en Sus manos cuando Se aparece en el Apocalipsis y en esa época se referían naturalmente a los siete planetas.



66. Inmersión del rey y la reina en el baño, con la paloma (espíritu) como símbolo unificador. Las imágenes alquímicas de lavar, limpiar, destilar.

A los siete planetas se les atribuyen los siete metales, y es costumbre en alquimia que los siete metales —estaño, cobre, plomo, hierro, etcétera— sean atribuidos a los siete planetas, pero son más que eso; son, por así decirlo, la misma cosa que los siete planetas. El hierro es lo mismo que Marte y el cobre lo mismo que Venus; en el cielo, por consiguiente, uno puede llamar hierro al terrenal Marte y cobre a la Venus terrenal, y así sucesivamente. En aquellos tiempos ésa era una manera común de hablar de los metales así que las siete estrellas son realmente los siete metales, que hay en la tierra, y estas estrellas terrenas, a su vez, tienen que ser destiladas y purificadas nueve veces, momento en el cual se vuelven completamente blancas, que es el proceso de la *albedo*.

Ésa es la *prima materia* que hay que estar lavando y destilando constantemente, y de ahí que la primera actividad del opus sea destilar, lavar y purificar, una y otra vez. Aquí dice nueve veces, otros dicen quince veces, y algunos dicen diez años. En realidad es un proceso muy largo y a veces significa ensayar interminablemente el mismo problema en sus diferentes aspectos. Por eso también en los textos alquímicos se alude siempre al hecho de que esta parte se puede alargar durante mucho tiempo y se caracteriza por interminables repeticiones…, de la misma manera que, desdichadamente, una y otra vez volvemos a caer en complejos que no han sido

resueltos y que hay que volver a mirar una y otra vez. Pero mediante este duro trabajo la materia se blanquea.

En la literatura alquímica se suele decir que el gran esfuerzo y penuria continúa desde la *nigredo* a la *albedo*; se dice que ésa es la parte difícil y que después todo se vuelve más fácil. La *nigredo*, que es la negrura, la terrible depresión y el estado de disolución, tiene que ser compensada por el duro trabajo del alquimista, y ese duro trabajo consiste, entre otras cosas, en un lavar constante; por lo tanto en el texto se menciona incluso el trabajo de las lavanderas, o la destilación constante, que se hace también con el objeto de la purificación, porque el metal se evapora y después se precipita en otro recipiente, retirando así las sustancias más pesadas.

La analogía psicológica se establece evidentemente con la primera parte difícil de un análisis donde hay que lavar a Venus, el problema del amor, lo mismo que a Marte, el problema de la agresión, y así siguiendo. Por lo general, todos los diferentes impulsos instintivos y su trasfondo arquetípico aparecen primero en una forma perturbada en la tierra, es decir en la forma de una proyección: la persona ama u odia a alguien, o tiene un jefe que la deprime y no sabe cómo defenderse.

Si la proyección estuviera en el exterior significaría que Marte ha caído en la materia: el principio de agresión y todo lo que éste abarca se aparece en fulano o zutano, o Venus ha caído en los altibajos de una relación amorosa y de sus dificultades sexuales, y naturalmente el analizando cuando viene por primera vez les dice a ustedes que es eso, porque para él la cosa está totalmente afuera. Primero hay que sacarla de la materia, así que el analista le dice que deberían dejar fuera del asunto a la señorita tal y cual y mirar qué es lo que está pasando en el analizando.

La blancura sugiere purificación, no estar ya contaminado por la materia, lo que aludiría a lo que técnicamente, y tan a la ligera, llamamos retirar nuestras proyecciones. Y no es una cosa fácil de hacer; es algo muy complicado y difícil, porque no es como si uno entendiera lo que estaba proyectando y entonces ya no siguiera haciéndolo. Se necesita un largo proceso de evolución y de realización interior para retirar una proyección. Cuando se la ha retirado, el factor emocional perturbador se desvanece.

Tan pronto como se ha retirado *realmente* una proyección, se establece una especie de paz; uno se tranquiliza y puede contemplar la cosa desde un ángulo objetivo. Se puede considerar el problema o factor específico de una manera objetiva y tranquila, y quizás hacer con él un trabajo de imaginación activa sin estar constantemente dominado por las emociones o sin volver a caer en la maraña emocional. Eso corresponde a la *albedo*. Es, en cierto sentido, la primera etapa de un llegar a estar más tranquilo y más desapegado, con un desapego más objetivo y más filosófico. Uno tiene un punto de vista *au dessus de la mélée*; puede estar de pie en la cima de la montaña, observando la tormenta que hay por debajo, y que por supuesto todavía sigue, pero que uno puede mirar sin temor, o sin sentirse amenazado por ella.

Entonces, lo que el alquimista simbolizaba con la idea del blanqueamiento era

que el material sobre el cual habían estado trabajando había alcanzado ahora una forma de pureza y de unidad, y que ahora podían iniciar el trabajo sintético. Después que los metales han sido extraídos por fusión de los minerales, es menester purificarlos, lo que sería el trabajo analítico, y entonces puede empezar la síntesis química; un paralelo exacto de lo que sucede en análisis primero con el aspecto analítico y después con el sintético. La *albedo* se caracteriza por algo maravilloso porque, como dicen los alquimistas, a partir de ahora uno tiene que cuidar simplemente el fuego, mantenerlo vivo, pero la parte difícil del trabajo está hecha. Sólo que, como verán ustedes, el proceso de pasar de la *nigredo* a la *albedo* se repite muchas veces. Aquí se lo describe siete veces.

La parábola siguiente vuelve a empezar con la *nigredo*, y de nuevo describe la totalidad del proceso hasta que vuelve otra vez a la *albedo*; es la misma cosa vista desde un ángulo diferente, que es exactamente lo que experimentamos. ¿Cuántas veces, en análisis, se ha salido uno un poco del problema, sintiéndose realmente en paz y en alguna medida en unidad consigo mismo, de modo que parece que lo peor hubiera pasado? Pero tres semanas después todo vuelve a empezar como si no se hubiera hecho absolutamente nada. Se requieren muchas repeticiones antes de que la experiencia se consolide, hasta que al fin la obra se mantiene.



67. El alquimista medita durante el estado inicial de *nigredo*, que corresponde psicológicamente a la reflexión sobre sí mismo inducida por el conflicto y la depresión.

Pregunta: ¿Cuándo empezaron los alquimistas a tener dudas sobre la

proyección?

M. L. von Franz: Yo diría que nuestro autor todavía no tiene ninguna duda. La duda apareció por primera vez a finales del siglo Pregunta: ¿Cuándo empezaron los alquimistas a tener dudas sobre la proyección?

M. L. von Franz: Yo diría que nuestro autor todavía no tiene ninguna duda. La duda apareció por primera vez a finales del siglo XV o comienzos del XVI. Esa, naturalmente, no es una manera muy exacta de formularlo, porque hay alquimistas medievales incluso después del siglo XVI, pero algunos tenían dudas desde antes. Se podría decir que, en general, la duda se inició hacia la época del Renacimiento, tras lo cual el simbolismo alquímico se convirtió en una alegoría, no ya en una auténtica experiencia simbólica, y de los viejos textos se habla alegóricamente, o comienzos del XVI. Esa, naturalmente, no es una manera muy exacta de formularlo, porque hay alquimistas medievales incluso después del siglo XVI, pero algunos tenían dudas desde antes. Se podría decir que, en general, la duda se inició hacia la época del Renacimiento, tras lo cual el simbolismo alquímico se convirtió en una alegoría, no ya en una auténtica experiencia simbólica, y de los viejos textos se habla alegóricamente.

Basilius Valentinus, por ejemplo, y Michael Maier, y más adelante los rosacruces y la evolución de los francmasones son otros tantos ejemplos. Los francmasones siguen usando el simbolismo, lo mismo que los rosacruces, pero para ellos es una alegoría. Explican de una manera totalmente racional qué significa cada cosa; otros continuaron por líneas químicas, pero sin seguir hablando de cosas tales como la novia y el novio, a lo que tildaban de lenguaje florido.

Otros seguían usando lenguaje simbólico, pero sin referencia a la química. Allí se podría decir que había una proyección, porque ahora se había incorporado el elemento de duda. En realidad ya no creían que la cosa se hubiera de encontrar en la materia, o lo creían sólo a medias, o lo fingían ante sí mismos, pero no era una actitud limpia, y por eso se produjo lo que tanto descrédito ha causado a la alquimia, es decir el estilo desagradablemente jactancioso y a medias religioso del hacedor de oro. En este texto hay una inflación, pero no hay charlatanismo, mientras que en los escritos de Basilius Valentinus hay un estilo arrogante del hacedor de oro. Pero Gerhard Dorn, de fines del siglo XVI, seguía siendo un alquimista auténtico. Yo diría que fue por entonces cuando se planteó la primera duda. Aquí está todavía lo que desde el punto de vista de ellos llamaríamos una identidad arcaica: la Sabiduría de Dios realmente estaba en la materia, y esa creencia real se producía por mediación de la identidad arcaica.

Ese día que el Señor ha creado seremos felices porque hoy Dios se ha compadecido de mi tristeza, el Dios que reina en Israel. Hoy la muerte traída por la mujer ha sido desterrada por ella, y los cerrojos de los infiernos se han abierto. La muerte ya no gobernará y las puertas del infierno no se le opondrán porque el décimo dracma que se había perdido ha sido encontrado, y la centésima oveja ha sido traída a

casa desde el desierto, y el número de nuestros hermanos entre los ángeles caídos ha sido completamente restablecido. Hoy, hijo mío, debes ser feliz porque no habrá más llanto ni dolor, porque las cosas primeras han pasado.

Al que tenga oídos para oír dejadle oír lo que el espíritu de la doctrina dice a los hijos de la sabiduría sobre la mujer que introdujo la muerte y después la ahuyentó, a lo que los filósofos aluden de la siguiente manera: «Llévate su alma y devuélvesela porque la corrupción de una cosa es la generación de la otra», lo que significa llevarse la humedad que corrompe e incrementarla mediante la humedad natural, y eso será su perfección y su vida.

De nuevo, al comienzo hay una catástrofe que se describe como un diluvio, y parte de ella es la matanza de los niños en Belén. Pero como ustedes ven, aunque todo vuelve a empezar con la *nigredo,* y por lo tanto con un desastre, el relato se detiene más en los aspectos positivos. Está la descripción de una unión amorosa, del novio que entra en la cámara nupcial y de la preñez de la figura femenina, y después una larga alusión, bastante convencional, al nacimiento de Cristo a quien los tres Magos aportan sus dones, y por fin el triunfo de que con ese nacimiento haya sido vencida la muerte.

Entonces se puede decir que aunque el proceso se repita ya hay un aspecto más leve, que no se mencionó hasta entonces, es decir, que la catástrofe sucedió en el momento de un nacimiento, que precisamente cuando la *nigredo* estaba en lo peor, en el inconsciente, tuvo lugar un nacimiento secreto. Dentro de la catástrofe, en medio de la depresión y de la confusión, nacía el nuevo símbolo del Sí mismo. Nacía en el inconsciente, de modo que el autor no se ha dado cuenta todavía de lo sucedido, y sólo vagamente comprende que aunque él haya caído en esa depresión terrible, y la figura del *anima* se haya precipitado a la tierra, algo ha nacido.



68. El diablo como espíritu aéreo e intelecto impío, personificación de lo masculino negativo (*animus* destructivo).

Como saben ustedes por los comentarios del doctor Jung sobre el niño divino, cuando nace un héroe —y el nacimiento de Cristo no es la excepción— hay siempre un estallido de las potencias destructivas. Por eso, si en una persona hay una tendencia suicida, ésta siempre será más fuerte en el momento que podríamos llamar la crisis de curación. En una depresión profunda o en una confusión completamente esquizoide, sólo rara y excepcionalmente es grande el peligro de suicidio, por más que exista en ciertas circunstancias. Pero si un caso así llega casi a su término, si está en el umbral de la curación, digamos, entonces existe a menudo un peligro agudo de suicidio. Entonces deben ustedes vigilar día y noche el caso, como bien se sabe en los asilos.

Naturalmente, esto no es más que un ejemplo extremo de algo que también es válido en un nivel menos dramático en el trabajo analítico, y que es lo que yo llamo el ataque final del diablo. El diablo ve que está perdiendo la partida y lanza un último ataque desesperado. Es lo mismo que cuando en su combate con un *animus* destructivo la mujer comienza lentamente a defenderse y a pelear con él, pero la batalla todavía no está ganada porque él sigue merodeando a la vuelta de la esquina; el diablo no ha sido del todo expulsado y quizás aún pone un poco más de fuego en la

cosa y entonces lanza un ataque final, que suele ser tan malo que parece como si hubiera que empezar todo de nuevo porque las cosas están tan mal como al principio: todo se ha perdido y el diablo sigue tan furioso como en cualquier otro momento.

Por lo general, éste es un signo muy bueno, porque significa simplemente que ahora el infierno está perdiendo su poder y por lo tanto hay un último ataque, el diablo agota sus últimas municiones. Despedirse de una actitud neurótica es algo muy triste, y nadie ha salido nunca de ella sin sentirse triste, porque lamentablemente una neurosis es un estado con el que uno se encariña, y le duele separarse de ella. Por eso cuando se llega a la etapa final, en que de una vez por todas es necesario decir adiós a cierto infantilismo o a una opinión del *animus* y cosas semejantes, siempre hay alguna forma de crisis. Es lo que la mitología ilustra con el hecho de que cuando nace el niño salvador, todos los poderes de la oscuridad atacan con más fuerza que nunca, y en nuestro propio mito cristiano lo vemos en la forma de la matanza de los inocentes en Belén. Como es lógico, el niño divino siempre se salva; es la última irrupción de las tinieblas en contra de algo ya tan poderoso que, aun siendo recién nacido, ya no se lo puede suprimir.

Aquí el autor lo ejemplifica diciendo que es la luz nacida en la oscuridad. Recordarán ustedes que al final de la carta de amor, la de Senior, del sol a la luna, se decía también que la luz nacía en la total oscuridad, cuando Dios enviaba a Su hijo, y después venía lo que podríamos llamar la adopción de Cristo por Dios. Cuando san Juan Bautista bautizó a Cristo, los cielos se abrieron y descendió la paloma y la voz de Dios dijo: «Éste es mi hijo amado en quien me he complacido». En ese momento se hizo manifiesto que Cristo era el hijo de Dios.

Aquí Dios es femenino, está representado por la Sabiduría de Dios, y el hijo es el autor. Entonces es una repetición de la vida de Cristo, pero es el autor quien ha sido aceptado como el hijo por la Sabiduría de Dios, lo que significa que la figura arquetípica que irrumpió lo adoptó como hijo. Él se convierte en hijo de la Sabiduría de Dios, y después sintetiza la experiencia diciendo que ésta es la muerte que la mujer atrajo y que la mujer ha expulsado.

En la alegoría oficial de la Iglesia la mujer que trajo la muerte al mundo fue Eva, mediante la manzana del Paraíso, y la Virgen María ahuyentó la muerte cuando dio nacimiento a Cristo. De modo que en la tradición patriarcal hay dos mujeres: Eva, que trajo la muerte a este mundo, y la Virgen María, que la ahuyentó. Nuestro texto es excepcional para el siglo XIII en cuanto alguien se animó a decir que la mujer que trajo la muerte al mundo y la mujer que la expulsó de él eran una y la misma. No hay más que una mujer: Eva y María son una.

Está tan confuso en el texto que a menos que uno lo medite, podría no advertir o no darse cuenta de lo que el autor está diciendo, pero eso es típico de este autor. Dice las cosas más pasmosas y chocantes, pero en un lenguaje bíblico tan hermoso que uno se pregunta adónde apunta en realidad, y después se da cuenta de las cosas terribles que está diciendo, desde un punto de vista medieval.

Creo que eso se deriva del hecho de que hablaba inconscientemente; estaba abrumado por la imagen del inconsciente y proclamaba su verdad compensatoria sin darse cuenta cabal de la enormidad de lo que estaba diciendo. Se limitaba a sentir su propia experiencia, que una imagen de una mujer que él consideraba la Sabiduría de Dios lo había matado y después lo había devuelto a la vida, y por eso la describe como la mujer que introdujo la muerte y que después restauró la vida. Y lo amplifica en lenguaje puramente químico o alquímico al decir: «Llévate su alma y devuelve su alma. Llévate la humedad destructiva y nútrela con la humedad natural y eso será la perfección».

La *extractio animae*, la extracción del alma, significa en lenguaje químico una destilación. Si se evapora una sustancia química, toma una forma de vapor; eso es su alma, y si se la vuelve a precipitar o a coagular, entonces regresa al cuerpo. El símil es obvio. También interviene el símil de la humedad, porque mediante el fuego la humedad corruptible tiene que ser destilada, y entonces se vierte la humedad vivificante.

El proceso ha sido descrito en otros textos alquímicos, por ejemplo diciendo que hay que reducirlo todo a cenizas, la sustancia más seca que existe. Si alguna vez han echado ustedes agua sobre cenizas ya sabrán cuánta puede absorber, de modo que dicen que todo tiene que ser reducido a cenizas para asegurarse de que hasta la última partícula de humedad destructiva ha abandonado la sustancia; entonces se ha de verter sobre ellas agua pura, para devolverlas a la forma sólida.

Verter agua sobre las cenizas pulverizadas sería estar nutriéndolas con agua de vida. Eso corresponde a nuestro trabajo analítico, porque de hecho es lo que hacemos cuando expulsamos la humedad corruptible, que en lenguaje práctico significa todos los tipos diferentes de inconsciencia, todos los puntos de ceguera e inconsciencia que obstaculizan la existencia. Ni siquiera sabemos de cuántas maneras están obstruyéndonos la plenitud de la vida nuestros supuestos o sentimientos inconscientes. Eso es algo más obvio para la otra persona que para el individuo afectado, pero si encuentra de pronto uno de esos puntos inconscientes en otra persona, esta última dirá: «Pero yo pensaba…», porque hay algo que se acaba de suponer o dar por sentado.

Por ejemplo, hay muchas personas que viven muy por debajo de su nivel espiritual porque suponen que no son nadie, y están tan seguras de ello que nunca se les ocurre siquiera cuestionarlo. Les parece tan evidente que ni se les ocurriría hablar de eso con el analista, porque no creen que haya nada de que hablar. Pero entonces, un día un sueño descubre lo que piensan, y se quedan totalmente pasmadas, porque habían creído que en verdad no eran nadie. Ésa sería la humedad corruptible, un punto de inconsciencia que se ha infiltrado en el sistema; en el caso de las mujeres, en la forma de opiniones del *animus*, o impulsos de la sombra, o lo que fuere. Es a tal punto evidente que a uno ni siquiera se le ocurre sacarlo, y descubrir cosas así es tarea del análisis de los sueños. Es todo un impacto darse cuenta de que uno ha

pensado siempre algo sobre lo cual podría pensar de diferente manera.

Éste es uno de los miles de ejemplos posibles de lo que significa la conciencia corruptible. El sentimiento inconsciente —o el pensamiento, en cierta medida— es una humedad corruptible que no advertimos, y el objetivo del *opus* es expulsar todo aquello, cociéndolo. Los sueños señalan el hecho, y al interpretar e integrar lo que dicen nos liberamos lentamente de esa humedad corruptible. Pero si seguimos durante demasiado tiempo, si sobreanalizamos, nos perdemos cierto momento muy decisivo en el proceso, que sólo debe ser continuado durante cierto tiempo, porque si se lo continúa demasiado la gente pierde espontaneidad.

Es probable que ustedes hayan conocido alguna de esas personas sobreanalizadas que han perdido toda clase de espontaneidad en la vida. Antes de que lo hayan saludado siquiera, le dicen a uno que saben que le proyectarán su *anima*, o le salen contando que odian a fulano y que están seguras de que es una proyección de la sombra. Pero, ¿por qué no ha de disgustarle alguien a uno? Sobreanalizar, continuar demasiado tiempo el proceso, crea una segunda neurosis, que es una enfermedad muy general y muy difícil de curar. Naturalmente, es también una especie de inconsciencia. Por ende, podríamos llamarla la segunda fase, el retorno al agua de vida, el retorno a la espontaneidad, el retorno a una manera de vivir inmediata, natural y espontánea sin olvidarse de lo que uno ha aprendido.

Salir del agua y sentarse al sol y después tener que volver a zambullirse en el agua es algo muy peligroso. Se puede hacer volviendo simplemente a caer en el estado anterior, pero eso no tiene ningún mérito. Uno debe regresar, pero manteniendo la segunda forma de conciencia analítica, manteniendo la conciencia de la sombra y del *anima* y todo eso. De modo que la segunda fase es la espontaneidad consciente en la cual la participación de la conciencia no se ha perdido, y eso es algo muy difícil, porque es más fácil seguir sobreanalizando, o volver a deslizarse en el estado anterior de inconsciencia.

Pregunta: Si la gente se sobreanaliza, ¿la culpa no es del analista? Quiero decir, ¿no les da demasiadas ínterpretaciones sin dejar que el analizado haga su propio proceso?

M. L. von Franz: Yo no lo diría así. Creo que eso podría contribuir a un estado tan desafortunado, pero en general, según mi experiencia, no es ésa la única razón.

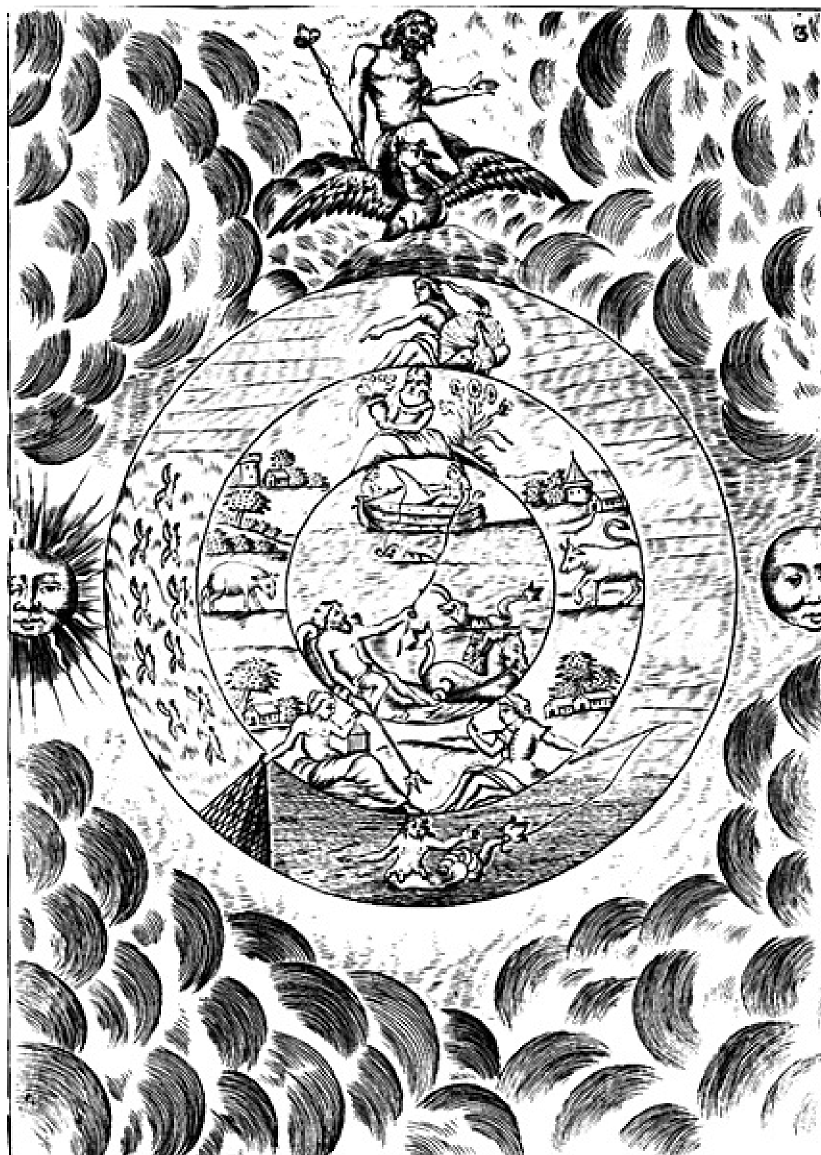
Conozco analistas que son completamente pasivos y se especializan en no interferir, y sin embargo pueden producir analizados sobreanalizados, ¡porque eso lo hacen ellos mismos! Porque lo que era positivo en un principio, es decir, la necesidad de descubrir lo que está pasando y de reflexionar sobre ello y de darse cuenta, se experimenta como algo muy liberador. Los analizados han salido de un problema gracias a la reflexión, y naturalmente, como al comienzo aquello tuvo esa cualidad liberadora, siguen con lo mismo y se equivocan de momento.

Yo incluso creo que es necesario que cada caso *llegue* a tener un período de sobreanálisis, que ésa es una fase necesaria del trabajo, una etapa a la que hay que

llegar para que después pueda tener lugar ese retorno a la conciencia, es decir, el darse cuenta de que hay que volver a la espontaneidad, y volver a ella constantemente, porque de otra manea uno vuelve inconscientemente.

El alquimista Gerhard Dorn dice que el *anima* está atrapada en el cuerpo de un hombre y él tiene que hacer un esfuerzo mental para liberarla, pero entonces el cuerpo está muerto. Esa es la forma en que él lo describe. Dice que sería como si un monje se retirase del mundo a meditar y mediante el ascetismo sacara su *anima* del cuerpo; de ese modo dice, si siguiera en lo mismo simplemente estaría muerto. Si uno rechaza el cuerpo no puede vivir, así que hay que recuperar el cuerpo.

Imagínense la mente, el alma y el cuerpo como entidades; para el cristiano la mente es un poco superior, representa las buenas intenciones, un programa de vida positivo y cosas semejantes. Una persona así podría rescatar su *anima* mediante un período de ascetismo. Dorn lo compara con el monje que medita en lugar de vivir. Lo que sucede es que la mente tira del *anima* hacia arriba, y abajo el cuerpo se queda muerto. El cuerpo no tiene nada más que decir porque la proyección ha sido completamente retirada y eso representaría un estado de introversión mental completa, la *unio mentalis* entre la mente y el *anima*. Dorn dice que él no quiere detenerse allí, porque ¿qué le va a pasar al pobre cuerpo? Dice que ahora se aproxima un peligro terrible porque el cuerpo también debe ser redimido, pero si la mente y el alma se van sólo un poquito hacia el cuerpo, se caen a plomo dentro de él; es como un imán que atrae el hierro, y entonces todo el trabajo está mal.



69. El contenido secreto de la obra alquímica el alquimista y la *soror mystica* están pescando (centro) a Neptuno (el *animus*, lo masculino inconsciente) y la sirena (el *anima*, lo femenino inconsciente).

Por consiguiente a esto hay que aproximarse con prudencia, y Dorn lo hace mediante un acto químico de la imaginación: en vez de volver al cuerpo en un abrir y cerrar de ojos, al cuerpo también hay que elevarlo a un nivel superior, y entonces los dos están unidos, pero no en el estado anterior. Eso correspondería a decir que uno se va a olvidar de la proyección y de la sombra y de todo eso para vivir y nada más.

Por eso pienso que el estado de sobreanalizado es necesario; es una etapa que hay que alcanzar para que esta *unio corporis* se realice de la manera debida, y no de acuerdo con la antigua pauta. En una forma indirecta, el analista permite que haya un error, pero en ciertas circunstancias uno tiene que permitir que así sea para hacer el retorno como es debido. Creo que el error que puede cometer un analista es no saber que es necesario el retorno, y entonces, cuando los sueños anuncian la necesidad del cambio, pasarla por alto.



70. *La reunión del alma y el cuerpo*, de William Blake. La etapa alquímica de reanimación del cuerpo, después de la *separatio* (diferenciación del espíritu y la materia).

Recuerdo el sueño de un analizado que se había sobreanalizado y que soñó que estaba cerca del agua, donde había un hombre pescando. En el agua veía un hermoso pez dorado, y le decía al pescador que lo sacara, pero el otro, un hombre muy natural y simple, le decía que no, ¡que era el soñante quien tenía que saltar al agua a unirse con el pez! He aquí un hermoso ejemplo que ilustra que ahora ha llegado el momento del retorno; el inconsciente no podría haber hablado con más claridad. Saltar al agua a unirse con el pez en vez de pescarlo sería completamente *contra natura*, pero el proceso no podría haber estado mejor ilustrado. Ése era alguien que había tenido ocho años de análisis, empezando con un analista freudiano, y ahora debía nadar con el pez. Creo que esto tiene que ver con hacer desaparecer la humedad corruptible y devolver la humedad natural, lo que significaría reincorporarse al fluir de la vida.

La parábola siguiente dice:

El que rompe los cerrojos de mis puertas y se lleva la luz de su lugar, y el que

afloja los grilletes de mi prisión de oscuridad y da trigo y miel a mi alma que está sedienta, y me invita a cenar para que pueda yo descansar en paz, de modo que los siete dones del Espíritu Santo descansen sobre mí, ése habrá tenido piedad de mí. Uno me recogerá de todos los países y verterá sobre mí agua pura, de manera que esté yo purificado de mi mayor pecado y del demonio del mediodía.

Desde las plantas de los pies hasta la cabeza no hay en mí salud. Uno me limpiará también de manchas ocultas ajenas para que pueda yo olvidar todos mis pecados, pues Dios me ha bautizado con aceite y me ha dado la capacidad de penetración y de licuefacción en el día de mi resurrección cuando sea glorificado por Dios. Porque esta generación viene y va, hasta que venga aquella que debe ser enviada y que me libere del yugo de mi prisión en la que estuvimos durante setenta años cerca de las aguas de Babilonia, llorando y colgando nuestras arpas porque las hijas de Jerusalén eran orgullosas y altivas y flirteaban con sus ojos.

Entonces el Señor dejará calvas las cabezas de las hijas de Sión, y la ley vendrá desde Sión y la palabra del Señor desde Jerusalén. Ese día siete mujeres se apoderarán de un hombre y dirán: «Hemos comido nuestro pan y nos hemos cubierto con nuestras propias ropas, ¿por qué no defiendes tú nuestra sangre que se derrama como el agua en Jerusalén?». Y recibirán la respuesta divina: «Esperad todavía un poco hasta que el número de nuestros hermanos sea completo, y el que entonces quedará en Jerusalén será salvado y la inmundicia de las hijas de Sión será lavada por el espíritu de la sabiduría y la penetración. Diez acres de viñedos darán un cubo lleno de vino, y las treinta medidas de trigo, tres *bushels*».

El que esto entienda será inconmovible en la eternidad. El que tenga oídos oirá lo que el espíritu de la doctrina dice a los hijos de la sabiduría sobre el cautiverio babilónico, que duró setenta años y que los filósofos amplifican con las siguientes palabras: «Múltiples son los aspectos de las setenta prescripciones».

Este capítulo no es tan interesante como los otros, de modo que puedo terminarlo brevemente. Está de nuevo la idea de una prisión que se abre por la fuerza, y después se habla de las hijas de Jerusalén que han sido arrogantes y lujuriosas y tienen que ser lavadas y castigadas por el espíritu de la sabiduría y de la penetración. Después está la idea del cautiverio babilónico en que uno tiene que permanecer durante setenta años hasta que sea liberado de él, y después viene una alusión al hecho de que este ser cautivo experimentará una resurrección. «En el día de mi resurrección saldré cuando sea glorificado por Dios», dice. La analogía con los capítulos anteriores es clara, pero antes era primero la nube oscura la cosa negativa, después el agua y Herodes con la matanza de los inocentes; ahora está el aspecto de estar en una prisión y ser castigado por arrogancia, y que de esa especie de cautiverio, que dura cierto tiempo, también será uno liberado.

Probablemente hayan observado ustedes la repetida mención del número siete. Antes teníamos las siete estrellas y ahora están los setenta años del cautiverio babilónico y cosas así. Esto tiene que ver con el hecho de que desde el punto de vista

del simbolismo de los números al siete se lo consideraba el número de la evolución, por los siete planetas —los cinco planetas entonces conocidos, más el sol y la luna—, que son los constituyentes de cada totalidad humana representada en el horóscopo. La idea es que hay siete días en la semana y después el ciclo vuelve a empezar; siempre está la idea de que el siete tiene que ver con un proceso de evolución lenta en el tiempo. Y por eso aquí el factor tiempo ocupa el primer plano: es un problema de tener que permanecer en prisión durante cierto tiempo, que se caracteriza por la evolución, después de lo cual se producirá una resurrección.

Esto compensa lo que todos sabemos por nuestra propia experiencia del inconsciente, es decir un tremendo sentimiento consciente de impaciencia donde la gente siempre se pregunta por qué no progresa, y si todavía no pueden hacer esto o lo otro. Uno tiene que decirle a veces a la gente que tiene que continuar en su depresión y en sus dificultades mientras aquello dure. La gente pregunta cuánto tiempo le llevará liberarse de sus síntomas o de sus problemas o de lo que sea, y lo único que uno les puede decir es que será cuando se haya producido la evolución; encarado desde el punto de vista de un tiempo sideral, nadie sabe cuánto tiempo tardará eso. Puede ser largo o corto, porque, como dice el doctor Jung, uno no resuelve conflictos: los va dejando atrás. Por consiguiente, salir de un problema significa una evolución, sea ésta larga o corta.



71. En la flor alquímica, los siete pétalos simbolizan los siete planetas y las siete etapas de la transformación.

El problema aquí, en nuestro texto, es ciertamente un problema que no se puede resolver; sólo puede ser superado mediante una transformación interior del autor. Éste es el significado de la repetición interminable del mismo problema, que está ligado a un número que representa la evolución. Este hombre ha caído en un problema que no

puede resolver intelectualmente, y eso es destino. Ha sido golpeado por el hado y sólo puede superar aquello cuando haya recuperado el equilibrio, si todavía hay tiempo…, pero, si santo Tomás fue el autor, entonces murió en mitad del proceso.

Los motivos de la muerte y de la resurrección después de la muerte comienzan a aparecer, junto a la idea de la vida eterna. Por ejemplo: «El que esto oiga será inconmovible en la eternidad». Cuando uno resucita, dice la figura, entonces tiene el poder de penetración en el día de la resurrección. «El poder de penetración» es una expresión muy extraña en este texto porque desde la época griega en adelante se dijo que la piedra filosofal tenía la capacidad de penetrar cualquier otro objeto, y eso se vincula con la idea del ritual funerario egipcio y las ideas sobre la vida después de la muerte.

En Egipto se pensaba que si alguien no cumplía adecuadamente con el proceso de resurrección, entonces después de la muerte esa persona estaría aprisionada en la cámara mortuoria, mientras que alguien que hubiera pasado por el proceso de convertirse en Osiris y en un ser divino, es decir, que hubiera pasado por todo el ritual de la resurrección, sería capaz, como dicen los textos de los papiros, de aparecer cualquier día con cualquier forma. Eso significaba que los muertos podían abandonar la cámara mortuoria; podían salir de la tumba de la pirámide y pasearse a la luz del día y podían cambiar de forma. Podían aparecer como un cocodrilo y tenderse al sol junto al Nilo, o podían volar tomando la forma de un ibis.

Se consideraba que el objetivo supremo de la resurrección era esta capacidad para ser completamente libre de cambiar a cualquier forma y de moverse a través de cualquier cosa de este mundo material, una especie de ser fantasmal que podía atravesar puertas cerradas y manifestarse en cualquier forma que deseara. Éste es el objetivo supremo de la vida después de la muerte, de acuerdo con los papiros de las plegarias egipcias por los muertos, y los alquimistas relacionaron esta idea con su concepto de la piedra filosofal, ese núcleo divino en el hombre que es inmortal y ubicuo, y capaz de penetrar cualquier objeto material. Es una experiencia de algo inmortal que perdura más allá de la muerte física. Ustedes saben que en los informes parapsicológicos también se menciona a veces esto como una cualidad típica del alma de un moribundo.

Recuerdo la historia de un hombre a quien sometieron a una operación grave. Se despertó de la anestesia y como se sentía muy bien se levantó y echó a andar por el hospital. Advirtió, sin sorprenderse mucho, que podía atravesar las puertas cerradas, aunque no se lo tomó muy en serio, ni recuperó del todo la conciencia. Siguió caminando hasta salir a la calle y de pronto una voz le dijo: «¡Si quieres volver date prisa, que éste es el último momento!». Presa del pánico, regresó presurosamente al hospital y en ese momento realmente se despertó de la anestesia y oyó que el médico decía: «Por Dios, si estuvo a punto de írsenos». El corazón le había fallado y lo habían hecho reaccionar con un masaje cardíaco, pero subjetivamente él había tenido la vivencia de salir caminando y la experiencia específica de hacerlo a través de las

puertas, algo que en forma semiconsciente le pareció bastante raro.

De modo que ya ven ustedes lo que es el cuerpo sutil en forma parapsicológica, el fantasma de los muertos que ya es capaz de pasar a través de las puertas cerradas. A estos informes hay que tomarlos como vienen, no podemos discutirlos psicológicamente. Podemos creerlos o no; no podemos insistir en cosas así porque son informes de situaciones irrepetibles, pero es probable que de vivencias así haya surgido la idea, generalmente difundida, de que el fantasma de los muertos, el alma sobreviviente, puede atravesar objetos materiales; una creencia que se encuentra en todos los países en donde se cree en fantasmas. A esto se lo consideraba y se lo considera como una prueba del aspecto inmaterial e inmortal de la psique.

Si tomamos esto no como una experiencia del proceso de la muerte, sino como la experiencia de un ser viviente, podría ser la influencia del inconsciente sobre el medio circundante; no una influencia intencional, sino que, al estar uno conectado con el Sí mismo, el Sí mismo empieza a tener ciertos efectos sobre otras personas. Tan pronto como uno *intenta* ejercer una influencia así, ésta suele desaparecer, pero es indudable que puede producirse una influencia no intencional. *Si uno está conectado interiormente con el Sí mismo, entonces puede penetrar en todas las situaciones vitale*s. En la medida en que uno no esté atrapado en ellas, pasa a través de ellas; esto significa que hay un núcleo central e íntimo de la personalidad que se mantiene desapegado, de modo que incluso si le suceden las cosas más horribles, la primera reacción de uno no es un pensamiento ni una reacción física, sino más bien un interés en el significado.

Es como si una parte de la conciencia alerta de la personalidad permaneciera constantemente concentrada en el carácter significativo de cada acontecimiento de la vida, de modo que uno nunca esté perdido o atrapado inconscientemente en él. El cautiverio psicológico es un factor emocional. Estar atrapado es simplemente estar atrapado en algo emocional o instintivo. Si uno está atrapado en una proyección, un sentimiento de amor o de odio, no puede salir de él, y por eso la gente siempre dice: «Lo siento muchísimo, pero no puedo evitarlo».

Eso es una prisión, porque una prisión es cualquier clase de factor psicológico en que uno se sienta atrapado, mientras que, si uno tiene conciencia del Sí mismo y está constantemente alerta a él, ya no está atrapado en nada; hay una parte íntima de la personalidad que permanece libre y ya no puede estar atrapada. El estado de desvalimiento en que uno está atrapado por sus propios procesos interiores se detiene, lo cual equivale a una tremenda estabilización del núcleo más íntimo de la personalidad; eso es algo comparable con la piedra filosofal, que es simbólicamente lo que se forma con la experiencia interior estable.

Pregunta: ¿Relacionaría usted esto con lo que dijo antes sobre la persona sobreanalizada que tenía que arrojarse a la corriente con el pez dorado? Porque esa persona también estaba manteniéndose fuera de la experiencia.

M. L. von Franz: Sí, pero si ahora vuelve a nadar con el pez no pensará que es

un pez ni se quedará atrapada en la existencia del pez. Uno regresa a la experiencia, a la experiencia ingenua, pero ya no sigue atrapado en ella. Retornar al agua, para usar la metáfora del sueño, significaría entrar completa y espontáneamente en la experiencia mientras que al mismo tiempo algo se mantiene fuera, como si una segunda parte de la personalidad estuviera observando la experiencia.

Si nos valemos de términos orientales, se podría decir que uno sigue viviendo espontáneamente, pero una parte de uno está todo el tiempo pendiente del *Tao*. No está atrapado por lo que sucede, pero está orientado hacia el *Tao*, y si puede desapegarse hasta ese punto de la vida, ha alcanzado la inmortalidad; eso es algo que ni siquiera la muerte puede alterar, porque la muerte se convierte en un hecho aleatorio que no afecta al *nucleus* de la personalidad, de modo que, al menos subjetivamente, es una vivencia de ser inmortal.

Pregunta: Arrojarse al agua es como arrojarse conscientemente dentro del inconsciente, ¿verdad?

M. L. von Franz: No, no siempre; en ese caso yo diría que significaba arrojarse conscientemente en alguna experiencia, en una experiencia vital. Con un introvertido sería así. En este caso no era saltar dentro del inconsciente —eso ya lo había hecho hace algún tiempo—, sino dentro de la vida, empezar a vivir de nuevo sin estar siempre pensando «Esto es mi *anima*» y cosas por el estilo.

Comentario: Se referiría al río de la vida.

M. L. von Franz: Sí, a meterse en el río de la vida.

Pregunta: ¿Pero la espontaneidad no es incompatible con la conciencia?

M. L. von Franz: No, ésa es la paradoja que hay que alcanzar: la espontaneidad consciente. Es ser espontáneo, pero con un ligero retardo. La conciencia se convierte en algo así como una espontaneidad retardada. En términos prácticos, supongamos que está usted en una situación en que se enoja y quiere dejar salir su enojo porque es lo que siente espontáneamente, y no va a dejar de ser espontáneo. Sin embargo, no es lo mismo que montar en cólera, porque entonces la cólera se adueña de usted. Así, más bien usted la tiene en sus manos. Se detiene a considerarla un minuto, a decirle que sí o que no, evaluando el momento, y entonces la deja salir. Entonces se da la paradoja de la espontaneidad consciente.

El otro puede acusarlo de que está montando un número, diciéndole que en realidad usted no estaba enojado; pero su enojo *era* sincero, sólo que la conciencia lo tenía absolutamente en sus manos y de esa manera estaba conscientemente activa. Es una paradoja porque es conscientemente activa y, aun así, espontánea. Eso es lo que yo llamaría espontaneidad consciente, una espontaneidad completa en la que sin embargo uno sabe siempre lo que está haciendo.

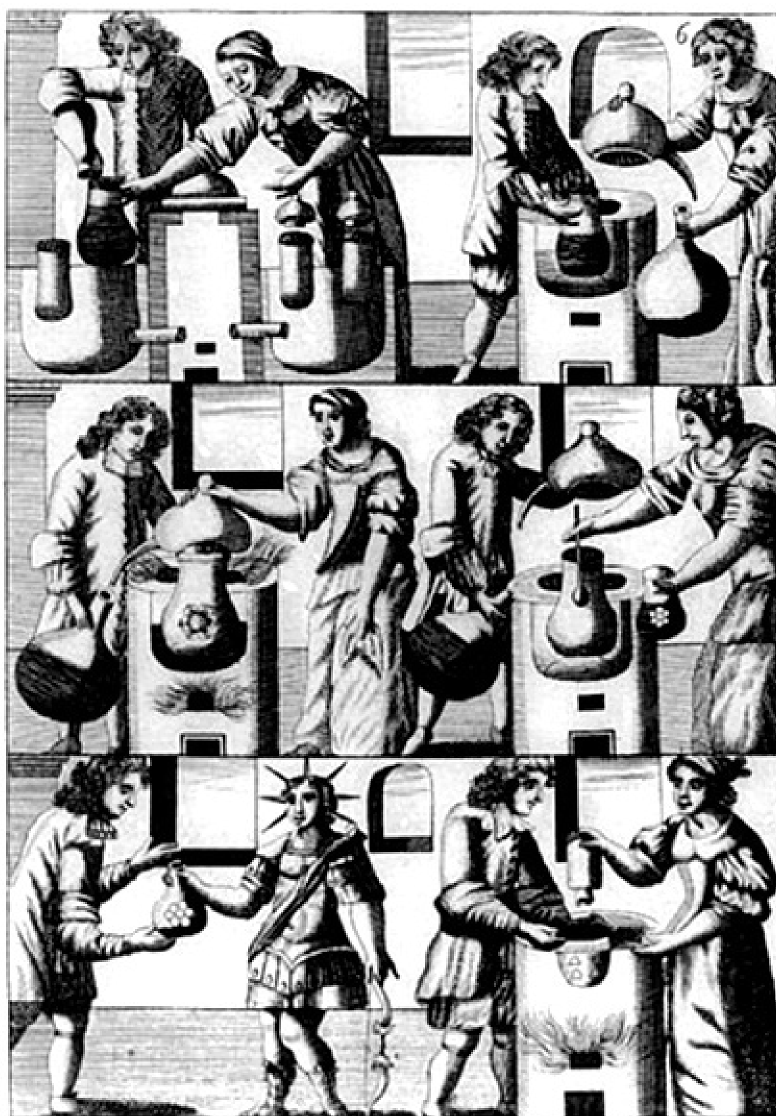
Comentario: El agua era transparente en el sueño, de modo que no podía ser el inconsciente.

M. L. von Franz: Así es, en el caso de este hombre el agua no era inconsciencia, significaba la vida. El era un introvertido y se había sobreanalizado tanto que ya no

vivía y tenía que aprender simplemente a dejarse ir y vivir a pesar de todo lo que sabía.

Por ejemplo, en su profesión tenía un jefe terrible, un oficial militar brutal a quien le gustaba gritar a la gente si no le entregaba puntualmente el trabajo. Los trataba como a perros, lo que naturalmente tenía un efecto castrador sobre otros hombres. El sentimiento espontáneo de mi analizado era devolver los golpes, pero eso era una cosa que no podía hacer. Siempre decía que para él su jefe debía ser una figura de la sombra, siempre estaba analizando su agresión. De manera que arrojarse al agua significaba, entre otras cosas, simplemente ser agresivo, pero calcular bien el momento, porque podría haber golpeado a aquel hombre dejándolo inconsciente, ¡pero hacerle eso al jefe no sería una buena idea, porque uno depende de él para ganarse la vida! Había que hacerlo de la manera adecuada, de modo que una vez le respondió a su vez gritando y le dijo que no iba a admitir que lo trataran así, se levantó y se fue de la habitación dando un portazo.

El resultado fue que el jefe lo invitó a cenar. Le dijo que era un hombre de verdad y se hizo amigo de él. Ése fue el resultado de haberse arrojado por una vez al agua y vivido, en vez de estar siempre analizando su propia agresión y lo terrible que era su sombra agresiva… Pero tenía que hacerlo conscientemente, porque su reacción espontánea e ingenua habría sido saltarle los dientes a aquel hombre, ¡y eso habría sido quizá demasiado!



72. Alquimistas ocupados en diversas etapas del proceso. La iluminación está personificada como el sol (abajo a la izquierda) que trae la flor de oro, símbolo de la piedra filosofal.

Novena conferencia
AURORA CONSURGENS

Como ustedes recordarán, estábamos en medio del proceso circular en donde cada capítulo parece comenzar con una situación similar —con una *nigredo*, para usar una expresión alquímica— seguida de una descripción de cierto tratamiento de la materia, y al final de cada capítulo hay un aspecto de la *albedo*. Esto se muestra primero en la forma de la nube negra que cubre la tierra y el alma o la mujer a quien se redime de ella, y después aparece en la forma de una inundación que cubre la materia y de una mujer que acarrea la muerte y después vuelve a ahuyentarla, tras lo cual aparecen las perlas blancas.

En el último capítulo que comentamos, la *nigredo* tomó la forma del cautiverio babilónico, que duró setenta años y del cual después son redimidas las hijas de Jerusalén y de Sión. El proceso se ha descrito ya sea como un lavado, en que se lava repetidas veces la materia, o en la forma de una unción con el agua de la Iglesia, el crisma, de modo que el poder de penetración entra en el objeto tratado.

El gran problema es, precisamente, cuál es el objeto tratado; a veces se dice que la *prima materia* es la materia tratada en el proceso alquímico, pero después queda claro que es la Sabiduría de Dios lo que, por decirlo así, ha caído en la materia y se ha vuelto idéntico a ella, y, además, a veces es el propio autor, ya que habla en primera persona: «Llorando estoy en la noche…». A partir de ello tenemos que concluir que tanto el espíritu en la materia como el autor están a veces contaminados; la diferencia entre ambos es incierta, y el alquimista se ha vuelto literalmente idéntico al objeto místico que está cocinando en su vasija.

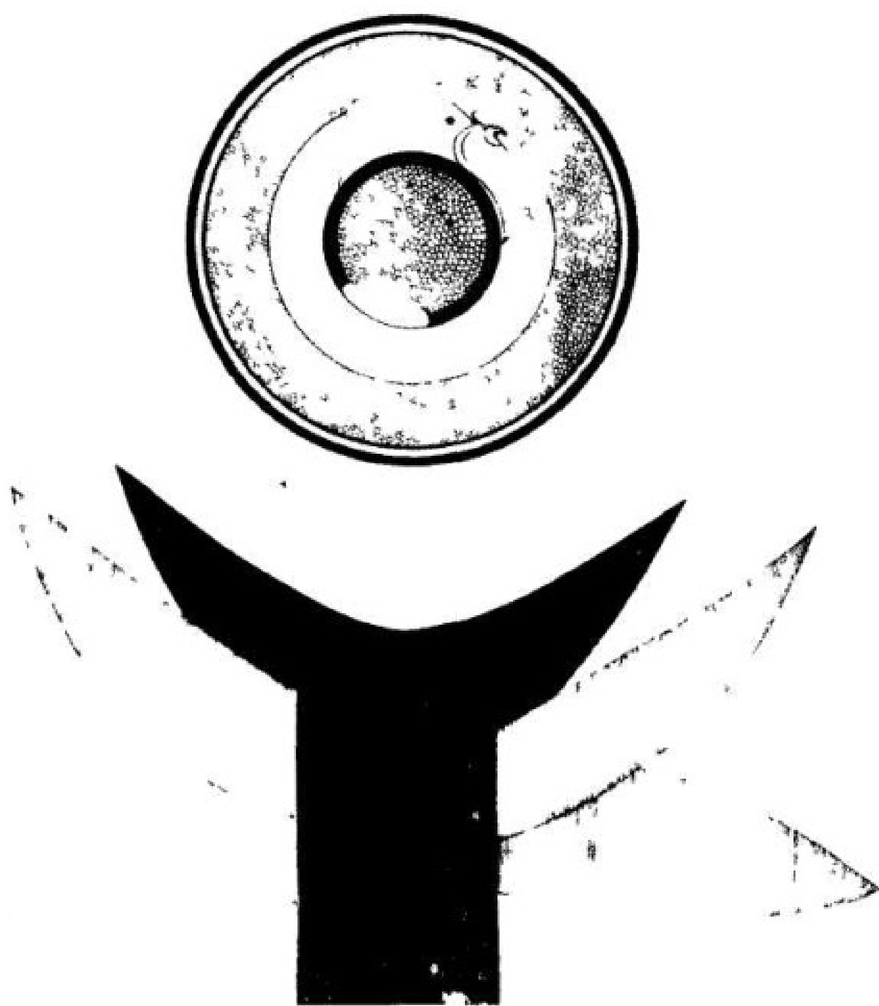
La situación bordea un estado psicótico —o se aproxima mucho a él—, en el que es típico que la conciencia del yo sea devorada al haberse identificado con ciertos complejos del inconsciente, generalmente de naturaleza arquetípica. Sucede también en lo que Jung llama una psicosis voluntaria, es decir en la imaginación activa. Por consiguiente no sabemos, ni podemos juzgarlo del todo por el propio escrito, si nos encontramos frente a una psicosis involuntaria o con una que podríamos llamar voluntaria, es decir con el producto de una forma de meditación como ésta.

Si mi hipótesis es correcta y este documento fue escrito por santo Tomás de Aquino en su pugna con la muerte, ninguna de estas dos cosas es totalmente verdad. Pero hay una tercera posibilidad, esto es, que en este caso haya una irrupción de un contenido arquetípico del inconsciente a la que no se pueda calificar de episodio psicótico, sino más bien de una invasión premortal del inconsciente, por así decirlo, que también puede asumir formas similares, a las que se llega no por la meditación sino por una intrusión súbita del inconsciente colectivo en el racionalísimo sistema mental de una personalidad excepcional. Entonces, estos capítulos nos mostrarían cómo en su lucha con la muerte la personalidad aún sigue tratando de asimilar este

impacto, de digerirlo y de encontrar una actitud correcta ante él, de integrar el contenido que lo ha invadido. Ésa es mi hipótesis del texto. No es más que una hipótesis; sólo puedo decir que es probable, pero no afirmarla como una certidumbre.

He aquí el capítulo siguiente:

Aquel que hace la voluntad de mi Padre y arroja este mundo en el mundo, se sentará conmigo en el trono de mi reino sobre la silla de David y los tronos del pueblo de Israel. Ésa es la voluntad de mi Padre, [para] que uno pueda ver que Él es veraz y que no hay ningún otro que dé abundantemente, sin cicatería ni vacilación, verdaderamente a todas las naciones, y Su único hijo engendrado, Dios de Dioses, Luz de Luces, y del Espíritu Santo, que proviene de ambos y es coigual con el Padre y el Hijo. Porque en el Padre está la eternidad y en el Hijo la igualdad, y en el Espíritu Santo la unión de eternidad e igualdad.



73. *El nacimiento del dragón*, de Margaret Jacoby. Las serpientes y los dragones son representaciones, en la mitología y en los sueños, del espíritu impersonal del inconsciente.

Puesto que se dice que tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo, estos tres son uno, es decir cuerpo, espíritu y alma, porque toda perfección está fundada sobre el número tres, esto es, medida, número y peso, porque el Padre es hecho de nadie, el

Hijo es del Padre y el Espíritu Santo procede de ambos. Al Padre se le atribuye sabiduría por la cual Él rige y ordena todas las cosas en moderación, cuyos caminos son incomprensibles y cuyo juicio está más allá del entendimiento. Al Hijo se le atribuye la verdad [pero con el matiz de la verdad *realizada*] puesto que cuando Él moró entre nosotros aceptó algo que Él no era, Dios perfecto y al mismo tiempo hombre generado de semilla humana y alma racional; obedeciendo la orden de Su Padre y apoyado por el Espíritu Santo, Él ha redimido al mundo perdido por obra del pecado de los padres.

Al Espíritu Santo se le atribuye el amor que transforma toda cosa terrestre en una celestial, y esto en tres aspectos: bautizándola en la corriente, con sangre y en ardientes llamas. En la corriente él *anima* y purifica, lavando de toda suciedad y sacando del alma todo lo que sea «humoso».

Tal como está dicho: Tú haces fructificar las aguas para la vivificación de las almas. Porque el agua nutre a todos los seres vivientes, por tanto el agua que desciende del Cielo embriaga a la tierra que recibe el poder por el cual pueden ser disueltos todos los metales. De modo que la tierra desea agua, diciendo: Envía tu *pneuma* espiritual, esto es, el agua, y será renovado y tú creas de nuevo la faz de la tierra, porque él insufla su aliento a la tierra y la hace temblar y cuando él toca las montañas ellas humean, pero cuando él bautiza en sangre nutre y alimenta.

Tal como está dicho: El agua de bienaventurada sabiduría me ha nutrido y su sangre es la verdadera poción, porque el alma está situada en la sangre. Como dice Senior: El alma permanece inmersa en agua que es similar a ella en tibieza y humedad y en la cual consiste toda vida. Pero cuando él bautiza con fuego ardiente, entonces vierte en el alma y la dota con la perfección de la vida. Porque el fuego da forma y perfección al todo. Tal como está escrito: Él le instila en las nances su aliento viviente y el hombre que antes estaba muerto se convierte en alma viviente.

Del primero, segundo y tercer efectos dan testimonio los filósofos que dicen: El agua conserva el embrión durante tres meses dentro del útero, el aire lo nutre y lo sostiene durante tres meses, y durante los tres últimos lo preserva el fuego. Y el niño no saldrá a la luz antes de que se hayan cumplido todos estos meses, pero entonces nacerá y recibirá la vida del sol, que es el resucitador de todas las cosas muertas. Por lo tanto se le atribuye a este espíritu debido a su perfección y al séptuple don de que él tiene siete poderes en su efecto sobre la tierra.

Como este capítulo es muy largo me saltaré una parte. Primero él calienta la tierra.

Tal como está dicho: El fuego penetra y refina mediante su calor, y Caled Menor dice: Calentad la frialdad del uno con la calidez del otro. Como dice Senior: Poned al macho sobre la hembra, esto es, el calor sobre la frialdad. En segundo lugar, el espíritu extingue el fuego interior, del cual el profeta dice: Y el fuego fue atizado en su reunión y la llama consumió a los impíos sobre la tierra, y Caled Menor extinguió el fuego del uno con la frialdad de la otra.

Hay algunas otras citas que significan lo mismo, es decir que hay que extinguir el fuego con fuego.

En tercer lugar, el espíritu ablanda y licua la dureza de la tierra. En el proceso emitirá su palabra y los licuará, su *pneuma* soplará y el agua fluirá. Y en alguna otra parte se dice: La mujer disuelve al hombre, como el hombre congela a la mujer, esto es, el espíritu disuelve al cuerpo y lo ablanda, y el cuerpo permite que el espíritu se solidifique.

En cuarto lugar, el espíritu ilumina, porque borra toda oscuridad del cuerpo, tal como se expresa en el himno: Purifica las horribles oscuridades de nuestra mente, permite que los sentidos se iluminen. Y el profeta dice: El los conduce toda la noche en la luz del fuego y la noche será tan brillante como el día. Como también observó Senior, él vuelve blancas todas las cosas negras y rojas todas las blancas, porque el agua blanquea y el fuego da luz. Y en el Libro de la Quintaesencia está escrito: Tú contemplas una luz maravillosa en la oscuridad.

En quinto lugar, el espíritu segrega lo puro de lo impuro, porque separa del alma todas las cosas accidentales, los vapores y malos olores, y tal como está dicho: El fuego separa lo que es diferente y agrega lo que es similar. Por lo tanto el profeta dice: Tú me has puesto a prueba en el fuego y ningún mal fue hallado en mí. Y Hermes dice: Tú separarás lo denso de lo sutil y la tierra del fuego. Y Alphidius dice: La tierra se vuelve líquida y se transforma en agua, el agua se vuelve líquida y se transforma en aire, el aire se vuelve líquido y se transforma en fuego, el fuego se vuelve líquido y se transforma en tierra glorificada. Y a este efecto es a lo que apunta Hermes cuando dice en su secreto: Tú separarás la tierra del fuego, y lo sutil de lo denso, y esto se ha de hacer sin tropiezos.

En sexto lugar, el espíritu eleva lo que es bajo, porque lleva a la superficie el alma que está profundamente oculta en la tierra, de la cual el profeta dice: Él libera a los prisioneros en su poder; y también: Tú has liberado mi alma del Infierno más profundo. Isaías también afirma: El *pneuma* del Señor me elevó. Y los filósofos dicen: Quienquiera que pueda hacer visible lo oculto entiende toda la obra, y quienquiera que conozca nuestro Cambar [es decir, fuego] es un verdadero filósofo.

En séptimo y último lugar, él confiere el espíritu viviente, espiritualizando con su aliento el cuerpo terrenal, del cual se dice: Tú espiritualizas al hombre mediante tu aliento.

Y Salomón dice: El espíritu de Dios llena la tierra. El profeta también dice: Y por el *pneuma* de su boca toda la tierra existe. Y Rasis dice en *La Luz de las Luces* [un texto árabe]: Lo pesado sólo puede ser elevado por lo ligero y lo ligero sólo lo pesado puede hacerlo descender. Y en *La Turba* [otro texto] se dice: Haz el cuerpo incorpóreo y lo sólido volátil.

Todo esto se hace con nuestro espíritu porque sólo él puede purificar aquello que fue concebido de simiente impura. ¿Acaso no dicen las escrituras: Lavaos y seréis puros?

Y a Naaman se le dijo que se sumergiera siete veces en el Jordán y que quedaría limpio. Porque hay sólo un bautismo para la ablución de los pecados, como lo testifican el Credo y los profetas. A quien tenga oídos para oír, dejadle oír lo que el espíritu de la doctrina dice a los hijos de la ciencia sobre el efecto del séptuple espíritu, del cual todas las Escrituras están llenas y al que los filósofos aluden con estas palabras: Destílalo siete veces, y entonces habrás logrado la separación de toda la humedad destructiva.

Quizás hayan advertido ustedes que el tono del texto ya no es extático. De cuando en cuando hay hermosas citas poéticas, pero en este capítulo hay en general un tono bastante monótono, y al comienzo, como seguramente habrán notado, hay una repetición casi literal del credo del *symbolum*: Padre del Hijo, Luz de Luces, Dios y Hombre, y así siguiendo; las expresiones pueden variar en los diversos credos, pero no hay gran diferencia. Aquí, naturalmente, tenemos la versión católica.

Como recordarán, al comienzo del proceso había una abrumadora invasión positiva de la Sabiduría de Dios, a quien el autor ensalzaba en su júbilo; después parecía haber caído en una inflación en la que desdeñaba a aquellos que no saben nada de una experiencia tal y se ponía agresivo contra la gente ignorante, y luego descendía a algo bastante aburrido y hacía un juego de palabras con *aurora, aurea hora*.

Después de esa primera fase comienza lo que yo llamaría la circulación de una espiral: siempre comienza con un proceso oscuro y describe lo que se ha hecho, y después termina con un resultado positivo, y esto se repite. Aquí estamos en mitad de la espiral, pero ¿qué dirían ustedes que fue lo típico de este capítulo, comparado con los anteriores? ¡Hay un retorno sorprendente a la actitud oficial cristiana! Al comienzo el autor repite incluso, literalmente, el *symbolum* del Credo, la Confesión de Fe, la versión oficial de todo ello: Creo en Dios Padre, y todo eso. ¿Por qué lo hace? ¿Qué demuestra así?



74. La trinidad alquímica: Mercurio alado, el espíritu del inconsciente (o sea, el Espíritu Santo), sentado entre el rey y su hijo.

Respuesta: Que está más o menos de vuelta en sí mismo.

M. L. von Franz: Sí, está volviendo a ser consciente; está tratando de retornar a su anterior actitud consciente o, se podría decir, de apartarse de la inundación que lo anegó, y ahí ven ustedes para qué sirve un credo o una actitud religiosa oficial: es un bote donde uno puede refugiarse del ataque de los tiburones.

Uno puede salir a bañarse en el inconsciente, pero si aparecen los tiburones está el bote para volver a él, y ésa es la razón de que a la Iglesia se la haya comparado con un bote o una isla donde uno se puede refugiar cuando la influencia del inconsciente se hace demasiado fuerte. Si no cuento más que con mi razón humana y me digo que tengo que ser razonable, con eso no me basta para mantener a raya el influjo del inconsciente, pero tener una creencia que sigue existiendo en la conciencia es como un bote, es un lugar donde uno puede refugiarse.

Por ende, debemos llegar a la conclusión de que nuestro autor no era un hereje y no dudaba de su Credo, sino que creía en él, como cabía esperar de un clérigo del siglo XIII. Era realmente un católico creyente, un cristiano medieval, y por consiguiente ahora intenta refugiarse en su creencia, ¡pero hay un cambio! Si ustedes se fijan, primero confiesa que cree en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y eso se

mantiene más o menos durante las diez primeras líneas de la primera página, pero el resto del capítulo, en su totalidad, está dedicado a los efectos del Espíritu Santo. Es sorprendente. El Espíritu Santo llena la totalidad de uno de los capítulos más largos de todo el libro; el autor sólo está interesado en sus diferentes efectos alquímicos. Así, el énfasis total de su Credo se desplaza súbitamente hacia el Espíritu Santo.

Aquí atrapamos *in flagrante*, por así decirlo, lo que sucedió hacia aquella época, es decir entre los siglos XII y XIII. Si conocemos la historia de la evolución espiritual del cristianismo, sabemos que por aquel entonces las sectas del Espíritu Santo aparecieron por todas partes. Algunas eran heréticas, en tanto que otras intentaban mantenerse dentro de la Iglesia, pero de pronto el Espíritu Santo se convirtió en la ocupación y preocupación de la gente. Hubo muchas discusiones teológicas y muchos movimientos, como el de los Hermanos del Espíritu Santo «los Humillados», los Pobres de Lyon, el Corazón Leal, el Gran Corazón de los Terciarios y otros semejantes, y todos confesaban que estaban especialmente consagrados a la adoración y el seguimiento del Espíritu Santo.

Ustedes recordarán que en la Biblia el propio Cristo predecía que después de Su muerte Dios enviaría un Consolador que consolaría a las gentes de Su partida de la tierra y de Su muerte, y que aquellos que recibieran al Espíritu Santo podrían hacer obras aún mayores que las de Él mismo. El Espíritu Santo ha sido pues, desde el comienzo mismo, un aspecto muy burdo de la imagen cristiana de Dios, porque de acuerdo con la Biblia, de él se dice que entra directamente en el individuo. Con Cristo uno ya no puede comunicarse directamente, porque después de Su resurrección regresó al Cielo. El propio Dios no ha bajado jamás a la tierra…, cosa que no es verdad exactamente, porque los tres son uno, pero ahora estoy hablando como si no lo fueran. Pero, de acuerdo con la Biblia, se supone que el Espíritu Santo desciende una y otra vez sobre los individuos, y que eso no está restringido por el tiempo. Oímos hablar de contemporáneos que se encuentran una y otra vez con Cristo, pero no podemos comunicarnos con El ahora, a no ser mediante visiones o por la oración. Por otra parte, a lo largo de la historia se ha supuesto que el Espíritu Santo es capaz de descender sobre las personas; eso transmite la idea de un individuo que se llena directamente con el espíritu de Dios o, como lo han visto con claridad ciertos teólogos, que incluso continúa la encarnación de Dios. Dios sólo se encarnó «oficialmente» una vez, en la persona de Jesucristo, pero por mediación de las obras del Espíritu Santo cualquier individuo de la comunidad cristiana puede volver a convertirse en receptáculo del espíritu divino, lo que sería una encarnación de una partícula de la Divinidad.

Las conclusiones de ciertas sectas medievales, cuando estas ideas cobraron de improviso tanta importancia emocional, eran muy sorprendentes. Por ejemplo, hay un dicho de san Pablo: *ubi spiritus, ibi libertas*, es decir, donde opera el espíritu —se entiende el Espíritu Santo— hay libertad, y por lo tanto ellos pensaban que si estaban plenos del Espíritu Santo ya no necesitaban obedecer a la Iglesia ni ir a confesarse,

porque mediante el Espíritu Santo tenían su propia conexión directa con la Divinidad. Esta interpretación, como es natural, se convirtió en un peligro para la organización de la Iglesia.

Además algunos sectarios dijeron que si uno estaba pleno del Espíritu Santo podía leer por su cuenta las Sagradas Escrituras y entenderlas directamente, y que entonces la interpretación de la Iglesia ya no era necesaria. La Biblia podía ser entendida simbólicamente y tomada espiritualmente, esto es, simbólicamente. Por eso estas personas empezaron a leer la Biblia y a interpretarla por sí mismas. Otras sectas llegaron al punto de decir que si uno estaba lleno del Espíritu Santo podía cometer cualquier pecado sin que estuviera mal —el adulterio, por ejemplo— porque «donde está el espíritu, hay libertad».

Pueden ustedes imaginarse que la Iglesia no aprobó semejantes interpretaciones y por lo tanto algunas sectas del Espíritu Santo fueron parcialmente condenadas e incluso muy perseguidas, y en su mayoría tuvieron que cerrarse. Se anticipaban, como ya se vio hace tiempo, a la evolución de la Reforma, en cuyos comienzos hubo también un intento de afirmar que cada individuo tenía el derecho de comunicarse directamente con la Divinidad, sin tener como intermediario a ninguna organización humana. A estos movimientos se los denomina en general prerreformistas, porque comparten la idea de una comunicación individual y directa con Dios, aunque en otros sentidos eran, naturalmente, diferentes.

Por lo tanto, si nuestro autor, que ha pasado por una experiencia religiosa, quiere mantener su actitud cristiana, se ha de referir al Espíritu Santo, como si la situación hubiera quedado salvada si él podía entender que su experiencia le había sido transmitida por el Espíritu Santo; desde este ángulo, todavía podía integrar su experiencia con su punto de vista consciente.

Por eso se aferra emocionalmente a esta idea como factor de salvación. Describe al Espíritu Santo primero en tres formas de bautismo: por el agua, por la sangre y por el fuego, y luego describe los siete procesos en los cuales el Espíritu Santo afecta a la materia. Después el texto cambia en forma pasmosa, porque de pronto el Espíritu Santo se convierte en una especie de agente químico que cocina, limpia, purifica y sutiliza la materia alquímica. Aquí se lo concibe como una especie de energía, algo como el fuego o la electricidad, que tiene un efecto sobre la materia. Aquí la idea del espíritu retorna a su forma original y arquetípica, es decir, el mana.

Por la historia comparada de las religiones sabemos que uno de los conceptos más antiguos de lo Divino en muchas religiones primitivas es el concepto de *mana, mulungu* y otros semejantes, la idea de un poder divino, que muchos etnólogos han equiparado con algo así como una electricidad mística. Es como una energía divina, que penetra ciertos objetos y hiere a determinadas personas. Un rey tiene *mana*, un jefe también lo tiene, lo mismo que las mujeres cuando menstrúan y cuando acaban de dar a luz, y también un árbol herido por el rayo.

Al *mana* se lo debe tratar siempre con respeto, ya sea manteniéndose alejado de él

mediante tabúes, o aproximándose a él de acuerdo con ciertas reglas. Puede ser destructivo o positivo. Una mujer menstruante, por ejemplo, tiene *mana* negativo y hay que mantenerla alejada de la tribu y de los rituales tribales durante el período, porque está, por así decirlo, cargada de electricidad destructiva. El *mana* también puede ser neutral, porque si el jefe de una tribu tiene *mana* puede otorgar fertilidad a la tribu, al ganado y al suelo de sus dominios; o, si lo abordan con irreverencia, puede embrujar a la gente y hacer que enferme, por ejemplo.

Ésta es una idea arquetípica. Psicológicamente, se podría decir que era una representación de los efectos del Sí mismo, o de la energía psíquica que en este nivel no se vivencia como una imagen personificada de Dios, sino más bien como un aspecto impersonal del poder divino. En variantes religiones posteriores, y a veces geográficamente diferentes, hay otros aspectos de lo Divino, ya sean dioses, demonios, espíritus ancestrales o lo que sea, que están todos más o menos personificados; son figuras más o menos antropomórficas que también representan el poder del inconsciente, pero que tienen una forma, y de las que se habla como si fueran, en parte, personalidades. La culminación de esto se encuentra en la religión griega, donde los dioses tienen forma humana y son representaciones de los arquetipos, y en la judeocristiana, donde a Dios se lo concibe también como un ser de forma humana y con reacciones semihumanas.

En el arte cristiano, por ejemplo, a Dios se lo suele representar como un anciano de barba blanca; ésa es la forma clásica. El aspecto de *mana*, el aspecto de la Divinidad como una especie de poder no personificado, reaparece súbitamente en el cristianismo en la forma del Espíritu Santo, que es agua, viento y fuego: un viento llenó la casa, sobre las cabezas de los apóstoles en Pentecostés aparecen llamas, y en el bautismo aparece también como agua. Por consiguiente, aquí la idea arquetípica reaparece en la interpretación del Espíritu Santo como un poder impersonal con un aspecto semimaterial.

A esta idea se adhiere nuestro autor cuando muy ingenuamente describe al Espíritu Santo como una especie de agente físico semimaterial que actúa sobre la *prima materia*: primero lavándola y después llenándola de sangre —es decir, vivificándola— y por fin calentándola con fuego, lo que sería darle vida y resurrección. Esto lo amplifica incluso comparándolo con el nacimiento de un niño, que durante tres meses está preservado en agua, nutrido por el aire durante otros tres y luego tres meses más por el fuego, hasta que nace. De manera que la actividad del Espíritu Santo, el impacto que éste tiene sobre la materia, pone en juego al mismo tiempo la generación y el parto, la nutrición del niño divino y el ayudarlo a nacer.



75. La unión de los opuestos, masculino y femenino («lo cálido sobre lo frío»), como proceso espiritual interior, simbolizada por el rey y la reina alados.

Aquí ven ustedes que nuestro texto es una descripción típica de la forma en que se produce la piedra filosofal, porque con frecuencia se la compara con el proceso del nacimiento; es el Sí mismo que nace dentro de la psique como un niño divino. También hemos visto ya alusiones al motivo de la *coniunctio*. Ahora se dice: cubrir la frialdad de la una con el calor del otro; poned al macho sobre la hembra, lo caliente sobre lo frío. Aquí está la idea de la *coniunctio oppositorum*, el acoplamiento del varón y de la mujer, y hay también una despersonalización mediada por la atribución de cualidades, de manera que lo cálido y lo frío se reúnen, lo que sería un acoplamiento de potencias opuestas. En el medievo era una idea generalizada la de que, fisiológicamente, los hombres eran calientes y las mujeres frías.

Después viene una idea más sutil, la de que esta reunión de los opuestos significa que secretamente son uno, porque el fuego tiene que ser extinguido por el fuego, o tiene que ser refrescado, refrigerado, por su fuego interior. Psicológicamente, ¿cómo interpretarían esto?

Respuesta: Suena algo así como el Ouroboros.

M. L. von Franz: En cierto modo lo es, pero en un nivel más primitivo porque el Ouroboros es el proceso natural de aquello, mientras que aquí está en el recipiente tal

como ha salido. Sí, en cierta medida, pero psicológicamente, ¿qué diría usted que es? ¿Qué es el fuego?



76. En alquimia, la serpiente mercurial se devora a sí misma en el agua de fuego.

Respuesta: La emoción.

M. L. von Franz: Sí, pero ¿qué es lo positivo en la emoción? Transforma, cocina e ilumina; ésa es la forma en que el fuego aporta luz. Si estoy emocionalmente atrapada por algo puedo entenderlo; si no me estoy debatiendo emocionalmente con mis problemas, o con lo que sea, de la lucha no resulta nada.

Donde no hay emoción no hay vida. Si tienen que aprender algo de memoria, y ese algo no les interesa, no hay fuego; no se les grabará aunque lo lean cincuenta veces. Pero tan pronto como hay un interés emocional, con una vez que lo lean ya lo saben. Por consiguiente, la emoción es el portador de la conciencia; sin emoción no hay progreso en la conciencia.

El aspecto destructivo aparece en las peleas y conflictos; allí nos devora. La otra

persona dice que es terrible cuando uno deja salir su propia emoción destructiva, pero es que si no la dejamos salir la emoción nos devora.

Ustedes saben lo placentero que es guardarse para uno un afecto; pero si lo que no dejamos salir es una emoción negativa, nos carcome desde adentro. Es como tener dentro, durante horas, un perro que gruñe.

He aquí una alusión a la emoción perversa: «El fuego fue reavivado en la reunión y la llama consumió a los impíos de la tierra». Es la quema de los impíos, de los pecadores. Y después se dice: «Él extingue el fuego en su propia medida interior».

Psicológicamente esto es muy revelador. En análisis, los pacientes repiten una y otra vez al analista que están enamorados de alguien o que lo odian, aunque declaran saber que aquello es del todo irrazonable. «No estoy loco —dicen—; puedo comportarme y ser razonable, pero esto no se me pasa, ¿qué puedo hacer? ¡Por favor, ayúdeme! No me basta con saber que todo es una tontería».

La respuesta a esto es difícil de aceptar: el fuego tiene que quemar el fuego, uno tiene que quemarse en la emoción hasta que el fuego se extinga y se equilibre. Es algo que lamentablemente no se puede eludir. Uno no puede sacarse de encima el ardor del fuego, de la emoción; no hay receta para liberarse de ella: hay que soportarla. El fuego tiene que arder hasta que se haya consumido la última impureza, que es lo que todos los textos alquímicos dicen en diferentes variaciones, y tampoco hemos encontrado ninguna otra manera. No se lo puede impedir, sino sólo sufrirlo hasta que lo que es mortal o corruptible o, como dice tan bellamente nuestro texto, hasta que la humedad corruptible, la inconsciencia, se haya consumido. Ése es el significado: es la aceptación del sufrimiento.

Si uno está lleno de diez mil demonios no puede hacer más que quemarse en ellos hasta que se aquieten y se calmen, y plantear al analista, o a quien sea, la exigencia infantil de que nos ayude con alguna especie de treta consoladora no sirve para nada. Si un analista finge que puede hacerlo, no es más que un charlatán, porque tal cosa no existe, y de todas maneras no tendría sentido. Si intenta sacar a los analizados del sufrimiento eso significa que los priva de lo que es más valioso; los consuelos baratos son un error, porque así uno aparta a la gente del calor, del lugar donde se efectúa el proceso de individuación.

Quedarse asándose en el Infierno es lo que produce la piedra filosofal; como se dice aquí, el fuego se extingue con su propia medida interior. La pasión tiene su propia medida interior; no existe una libido caótica, porque sabemos que el inconsciente mismo, como naturaleza pura, tiene un equilibrio interno. La falta de equilibrio proviene del infantilismo de la actitud consciente. Si uno se limita a seguir su propia pasión de acuerdo con sus propias indicaciones, jamás llegará demasiado lejos, siempre lo conducirá a su propia derrota.

La pasión desordenada busca la derrota. Las gentes que tienen una naturaleza desordenadamente apasionada, una especie de naturaleza diabólica, buscan amorosamente una persona o una situación contra la cual puedan darse de cabeza, y

desprecian a cualquier pareja o situación en la que su propia pasión gane. Instintivamente buscan la derrota. Es como si algo dentro de ellos supiera que a ese demonio hay que golpearlo en la cabeza, y ésa es la razón de que, si uno se muestra amistoso o débil o comprensivo con un fuego semejante, no ayuda a la persona; por lo general, entonces esa gente se va y lo abandona a uno, porque no es eso lo que quieren. El fuego de la pasión busca aquello que la extinga, y por eso la necesidad de individuación, en tanto que es una urgencia natural desordenada, busca situaciones imposibles; busca el conflicto y la derrota y el sufrimiento porque busca intensamente su propia transformación.

Digamos que alguien está poseído por un poder demoníaco. Si puede dominar a las personas que lo rodean no es feliz, sino que sigue estando inquieto; domina a toda la familia y sigue dominando afuera, y en su vida profesional, pero todavía está inquieto. En realidad está en busca de alguien que pueda vencerlo; eso es lo que anhela, aunque naturalmente no le gusta. Es una actitud ambigua, porque la odia y al mismo tiempo ansia que alguien o algo lo venza y ponga término a su poder. Es muy importante saber esto en el tratamiento de los casos fronterizos, porque estos pacientes suelen sufrir emociones tremendas y siempre intentan hacer que todo el impacto se descargue sobre el analista, esperando y temiendo que él les devuelva el golpe; eso es porque el fuego conoce su propia medida interior.

Después nuestro texto dice que el espíritu rompe o modifica lo que es duro y endurece lo que es débil. Eso parece comprensible, pero ¿cómo lo interpretarían?

Respuesta: Es la *coniunctio* entre macho y la hembra.

M. L. von Franz: Sí, la dureza sería lo masculino, es una conjunción de opuestos, pero ¿cómo se aparecería eso en la vida, ablandar lo que es duro y endurecer lo que es débil?

Pregunta: ¿Tiene que ver con las cuatro funciones? La función principal es lo que es fuerte, y la cuarta función es débil.

M. L. von Franz: Sí, pero la función principal no siempre es dura.

Pregunta: ¿Lo duro no podrían ser las resistencias?

M. L. von Franz: Sí, las resistencias o, por ejemplo, una actitud rígida en algún rincón donde uno literalmente se endurece, que es una reacción compleja típica. Cuando por ejemplo, un analizado se niega a hablar de algo, eso sería un endurecimiento y está encubriendo una debilidad; la obstinación y la rigidez son duras, y por lo general eso tiene que ver con experiencias infantiles destructivas y negativas. Por ejemplo, esas personas cancelan el amor o alguna otra cosa, y en el proceso llegan incluso a cancelarse a sí mismas. Ponen su empeño en el éxito o en el dinero o en algo de esa clase, e interiormente están como congeladas.

Es muy frecuente que el proceso analítico consista en suavizar los ángulos duros de la personalidad, que suele sufrir un doloroso calambre. Endurecerse es un síntoma de debilidad, por lo tanto solidificar lo que es débil sería parte del mismo proceso, porque es donde uno se siente débil donde se pone rígido, en tanto que donde es

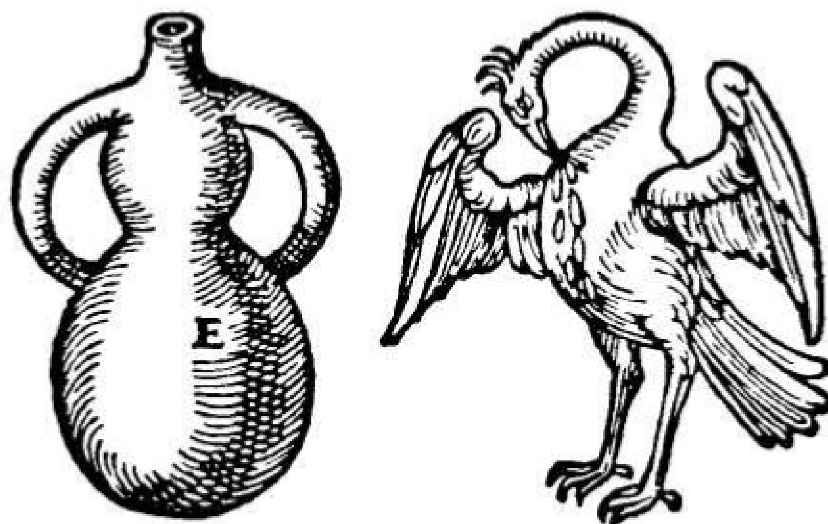
fuerte se mantiene flexible. La rigidez de la gente se genera en las debilidades y el miedo; el miedo los pone rígidos y los hace cerrarse, por eso al mismo tiempo la debilidad debe ser fortalecida, sea la debilidad del yo o un sentimiento de debilidad o lo que fuere, pues hay muchas debilidades. Entonces el proceso psicológico suele consistir en aflojar partes de la personalidad que se han puesto rígidas y solidificar el núcleo de la personalidad, el Sí mismo, y eso sería reunir los opuestos del macho y de la hembra.

Entonces llega el cuarto efecto, la iluminación. Es cuando uno experimenta la sensación de comprender, cuando ciertos problemas se aclaran. Se lo llama también la coloración y el blanqueado, porque las cosas se aclaran y la vida empieza nuevamente a fluir. El espíritu segrega la forma pura de la impura, de modo que todas las cosas accidentales desaparecen: malos olores y cosas así.

Para comentarlo alquímicamente: es muy frecuente que la piedra filosofal esté rodeada de material extraño que no le pertenece y que, por consiguiente, hay que lavar o quemar hasta que desaparezca. Es un hecho que en el proceso alquímico no todo tiene que ser integrado; hay algo a lo que se llama ya sea la tierra condenada, *terra damnata*, o bien *res extraneae*, cosas exteriores o externas, que hay que desechar en vez de integrarlas. Hay que tirarlas, sin más ni más. Con frecuencia la gente que ha leído un poco de psicología junguiana cree que todo lo que sucede, sea lo que fuere, pertenece al proceso y debe ser integrado, pero eso es verdad sólo *cum grano salis*; es un hecho que no todo pertenece. Como todas las verdades psicológicas, todo pertenece en un sentido, y para nada absolutamente en otro. ¿Qué son esas cosas externas que hay que tirar?

Respuesta: Las actitudes colectivas.

M. L. von Franz: Sí, las actitudes colectivas que estorban al desarrollo del individuo, o la identificación con otras personas. Mucha gente no llega a sí misma debido a su admiración por alguna otra persona, quizá del mismo sexo; siempre se refuerzan por ser como esa persona y por eso pierden la oportunidad de llegar a ser ellos mismos. Como una serpiente mira fijamente a un conejo, así miran ellos a otro, o a una idea colectiva; eso es algo externo, no es lo que ellos son, no les pertenece, y esas cosas no tienen que ser integradas.



77. El Pelícano, recipiente alquímico en el cual tiene lugar la *circulatio* (destilación circular).

Los sueños le dirán a uno que se aparte de eso, que lo deje, que no es suyo y no tiene por qué interesarle.

Por lo tanto, la individuación significa también separación, diferenciación, el reconocimiento de lo que es nuestro y de lo que no lo es. Lo demás, hay que dejarlo en paz. La libido y la energía no se han de desperdiciar en cosas que no nos pertenecen. Por ende, se puede decir que hay tanto separación como integración, y eso sería regeneración a través del fuego hasta que, como dice el texto, uno alcance un estado de tranquilidad, porque cuando las gentes pueden renunciar a ideales o a actitudes colectivas que no le corresponden, de pronto se sienten en paz. De pronto se relajan y dicen: «Gracias a Dios, siempre creí que tenía que ser brillante y ahora me doy cuenta de que no tengo por qué». Sólo habían estado mirando fijamente a alguien que lo era. De esa manera se redime uno del esfuerzo constante por lograr algo que en realidad no le pertenece.

Después se describe la totalidad del proceso como la tierra que se convierte en agua, el agua en aire, el aire en fuego y el fuego en tierra. Ahí tienen ustedes la idea clásica de la *circulatio*, de moverse a través de los cuatro elementos, de repetir nuevamente el proceso, pero siempre en otro nivel. Es la idea clásica de ir rodeando el Sí mismo a través de los diferentes elementos y de las diferentes formas; es, entre otras cosas, la *circumam-bulatio*, el proceso de individuación a través de las cuatro funciones y de diferentes fases de la vida.

En el proceso de individuación es muy frecuente que emerjan una y otra vez los mismos problemas; parece que estuvieran resueltos, pero después de un tiempo reaparecen. Si lo vemos bajo una luz negativa, nos desalentamos y decimos: aquí está otra vez lo mismo, la misma antigualla; pero cuando se lo mira más de cerca uno suele ver la *circulatio*, porque la cosa simplemente ha reaparecido en otro nivel. Por ejemplo, ahora puede haberse convertido en un problema de sentimientos.

Tomemos los tipos intelectuales e intuitivos que recorren muy rápidamente un proceso analítico y parece que entendieran mucho de psicología junguiana y de lo que les está pasando interiormente. Asimilan mucho, pero para ellos no se ha convertido en un problema ético; el sentimiento queda fuera, y con ello se omite el aspecto ético, lo que significa que en su comportamiento ético en el mundo mantienen el mismo viejo estilo, quizás acorde con la razón o con la influencia colectiva o con alguna otra cosa. Hablan del proceso de individuación como si hubieran llegado allí y lo conocieran muy bien, lo que en cierto sentido es verdad, porque lo han asimilado, digamos, en fuego, pero todavía no en tierra. De modo que el fuego tiene que cambiarse en agua y el agua en tierra, y después tienen que volver a vivir toda la cosa una vez más como problema ético.

A veces esas personas descubren de improviso que están de nuevo en el comienzo, que no han aprendido ni siquiera el abecé del problema de la sombra o de algo semejante, y dicen que ahora por fin entienden el problema, porque hasta entonces sólo lo habían entendido de un modo parcial.

Esto sucede constantemente con la comprensión psicológica; hay muchas capas, y algo siempre se puede entender en un nivel nuevo y más profundo. Uno lo entiende con una parte de sí mismo y entonces la moneda sigue cayendo, digamos, y uno se da cuenta de la misma cosa, pero en un nivel mucho más vivo y más rico que antes, y eso puede continuar indefinidamente hasta volverse completamente real. Incluso si uno siente que se ha dado cuenta de algo, debería tener siempre la humildad de decir que así es como lo siente por el momento; unos años más tarde quizá diga que antes no lo sabía en absoluto, pero que ahora puede entender lo que aquello significaba.

Eso es lo que me parece tan hermoso en este trabajo: que es una aventura que no termina nunca, porque cada vez que da uno la vuelta a una esquina se le abre una visión totalmente nueva de la vida; uno nunca sabe ni lo tiene completamente claro, ni siquiera en el caso de las cosas que por el momento siente que tiene bien ordenadas.

La última sección se refiere al espíritu viviente y a la espiritualización del cuerpo, haciendo el cuerpo incorpóreo y el espíritu concreto. Es otro aspecto de una *coniunctio*, de una unión de los opuestos, pero de nuevo tiene un matiz diferente. ¿Cómo considerarían ustedes eso? El cuerpo, la cosa material, se espiritualiza, y el espíritu a su vez se vuelve concreto. ¿Qué significaría eso en la práctica?



78. Símbolo del arte alquímico como la unión del agua y el fuego.

Respuesta: El final de la escisión entre cuerpo y espíritu.

M. L. von Franz: Sí, pero ¿qué aspecto tiene eso?

Respuesta: Sería una actitud totalmente diferente hacia el cuerpo.

M. L. von Franz: ¿En qué sentido?

Respuesta: Sería introducir la experiencia analítica o espiritual en la vida real.

M. L. von Franz: Sí, eso sería solidificar el espíritu. Si uno pone en práctica lo entendido psicológicamente, está encarnando lo que era espiritual. Si reconoce que algo está bien y lo pone en acción, entonces se vuelve real. Ahora, la otra parte, ¿qué implicaría?

Respuesta: Una actitud de la conciencia que se retira en parte de la experiencia espontánea, al tiempo que la considera simbólicamente… Una especie de espiritualización de la experiencia.

M. L. von Franz: Sí, sería entender simbólicamente una situación concreta. Si puedo atenerme a lo que dice Goethe: *«Alles Vergangliches ist nur ein Gleichnis»* —Todo lo perecedero no es más que un símil—, si incluso en una situación material completamente concreta puedo ver su aspecto simbólico, tomando distancia ante ella, entonces la espiritualizo, se convierte en un símil de algo psicológico. Todos los acontecimientos externos en la vida no son más que símiles en cierto sentido; no son más que parábolas de un proceso interior, simbolizaciones sincrónicas. Hay que mirarlos desde ese ángulo para entenderlos e integrarlos, y eso sería espiritualizar lo físico.

Pregunta: ¿No existe el peligro de, por ejemplo, perderse el sabor de un buen rosbif?

M. L. von Franz: Ciertamente, ¡y por eso hay que volver a solidificar el espíritu! Hay que hacer las dos cosas. Es lo que decía el maestro *zen*: «Al comienzo del

proceso el agua es agua y las montañas son montañas y los ríos son ríos». Ese es el gusto de un buen bistec, pero para el yo, y eso no sirve. Hay que adentrarse en un estado en que las montañas ya no son montañas, los ríos no son ríos y el agua ya no es agua, lo que significa que uno los ve como símiles. Pero al final del proceso las montañas son otra vez montañas, y allí es donde juega la resolidificación del espíritu.

Lo malo es quedarse atascado en el medio, de una manera o de otra. El proceso necesita ambos movimientos para no volverse destructivo, y eso está muy bellamente ejemplificado en la alquimia. El cuerpo tiene que ser espiritualizado y el espíritu tiene que encarnarse, deben suceder ambas cosas. Aquí, en este documento, pueden ver un ejemplo de lo que dice Jung: que la alquimia compensa la unilateralidad de la espiritualización cristiana. Es ese movimiento subyacente, que no es anticristiano, sino que completa al cristianismo aproximando más los opuestos, trayendo la vida física y lo relacionado con ella más dentro del campo de la observación y de la atención.

Comentario: He observado con frecuencia que en el análisis junguiano existe el riesgo de intelectualizar el espíritu.

M. L. von Franz: Sí, ¡y entonces se adelgaza espantosamente! El espíritu se convierte en conceptos intelectuales y pierde su cualidad originaria emocional y conmovedora, y entonces sucede exactamente lo que usted dice. Ese es el gran peligro, porque entonces el espíritu se queda tenue y embotellado.

Pregunta: ¿No se podría decir que toda vez que hay una verdadera experiencia espiritual debería hacerse manifiesta?

M. L. von Franz: En estas cosas no hay «debería». Creo que una *verdadera* experiencia espiritual —aunque no sé exactamente lo que usted entiende al decir eso — se manifiesta. *Mythos* significa comunicación. Si usted está anonadado por una experiencia espiritual, ella misma quiere que usted la comunique, es decir, que la manifieste; ése es el significado de la palabra *mythos*. No hay experiencia religiosa allí donde no hay la necesidad de hablar de ella; eso es natural, pero no es necesario añadir la palabra «debería». Si es verdadera, se volverá real, su fluir natural será hacia la realidad.

Es algo que está muy bellamente ejemplificado en *Black Elk Speaks*. A los nueve años, en una especie de coma, *Black Elk* [Alce Negro] tuvo una tremenda experiencia espiritual, de la que no habló con nadie hasta que le apareció una fobia a los truenos. Entonces fue a ver a un médico brujo que le dijo: «Esa experiencia no te ha sido dada sólo para ti; se la debes a tu tribu». Cuando habló de sus visiones con su tribu, la fobia desapareció.

Yo diría que una verdadera experiencia espiritual se vuelca naturalmente en la comunicación, pero no hay en ello un elemento de «debería». Si es real se manifestará involuntariamente; incluso si uno trata de guardársela se le escapará, y así se manifiesta en la realidad, *porque es real*. Si uno tiene que decirle a la gente que un sueño *significa* algo, que se ha de actuar de acuerdo con él, ya eso es malo.

Una de las experiencias más positivas en análisis es cuando un analizado trae un sueño cuyo significado uno le dice, pero sin comentárselo. Se limita a interpretar el sueño, y a la sesión siguiente el analizado le dice: «¿Sabe lo que sucedió? ¡Usted me dio la interpretación de aquel sueño, y como resultado yo hice tal y tal cosa!». No es necesario ponerse en el papel de la gobernanta y decir que uno debería hacer lo que dice el sueño; ésa no es la manera adecuada. Por lo general, si una persona es moralmente sana, ese resultado se dará de forma natural.

Digamos, por ejemplo, que un hijo adulto sigue tratando de sacarle dinero a la madre, y que ella es muy blanda y no puede decirle que no; como piensa que tal vez esté pasando hambre, le envía sin tardanza el dinero. Supongamos que una madre así soñara que enviarle dinero a su hijo significaba que estaba envenenándolo. No es necesario decirle que no le envíe dinero, sino que con explicarle: «El sueño dice que si le envía dinero, usted está envenenando o castrando a su hijo», a la vez siguiente la mujer vendrá a contarles que por fin se decidió y ya no le enviará más dinero.

Así suceden las cosas si la gente es moralmente sana, y entonces hay esperanza. A veces he tropezado con casos en los que pensé que prácticamente no había esperanza, casos horribles, pero si tenían esa cualidad yo estaba segura de que saldrían del paso, e incluso sin demora. Esa clase de integridad moral e ingenuidad que dice simplemente «Sí» lo acelera todo. En la Biblia se dice: «Que tu comunicación sea, Sí, sí; No, no». Esas personas son moralmente sanas. Lo opuesto serían aquellos que entienden, dicen que sí a todo con la cabeza, pero sabe el cielo cuántos *electroshocks* necesitan, desde adentro y desde afuera, antes de darse cuenta de que tienen que hacer algo al respecto.

Las madres dicen que saben que no deben comerse a sus hijos, pero nunca se les ocurre cambiar de comportamiento. Ni siquiera se dan cuenta de lo que están haciendo. El otro día supe por una hija que su madre le había telefoneado tres veces el domingo diciéndole que debía ir de inmediato a casa. Esa misma madre me juró durante la hora analítica que ella jamás le planteaba exigencias a su hija, y que le permitía una libertad total. Me miró directamente a los ojos y me juró que no le reclamaba nada. Como lo que la hija me había dicho era confidencial, yo no podía usarlo como ejemplo. Estaba furiosa, pero no podía hacer nada.

«¿Está segura?», le pregunté, y me respondió: «Sí, absolutamente».

Allí el espíritu jamás se materializa. Esas personas pueden analizarse durante años sin el más mínimo resultado. Pueden hablar de psicología junguiana como si la conocieran a fondo, pero no cambian.

Saltaré a la parábola siguiente para ocuparme de la que se refiere al credo filosófico basado en el número tres, que continúa la tendencia que apareció en el último capítulo, es decir, una confesión de la imagen trinitaria de Dios. Están los tres efectos del Espíritu Santo, las tres etapas de la obra alquímica, y así siguiendo. Tres veces tres meses está el niño en el útero materno, y después viene el simbolismo de un séptuple proceso que en un sentido es muy similar al proceso anterior, con el

nacimiento del niño, la circulación a través de los elementos, los efectos del Espíritu Santo, etcétera, como temas principales.

El capítulo siguiente es la quinta parábola, «El tesoro que la sabiduría construye sobre la roca». Ustedes conocen en san Mateo el famoso símil de la casa construida sobre arena y la construida sobre roca, y saben también que en Proverbios 9, 1-5, está el símil de que la Sabiduría construyó su casa sobre siete pilares e invitó a los israelitas a comer en ella.

La Sabiduría construyó una casa y los que en ella entren serán benditos y encontrarán alimento, de acuerdo con el testimonio del profeta. Se embriagarán con lo que desborda de tu casa, porque en tus atrios un día vale mil (Salmo 84, 10). Benditos son los que moran en tu casa. Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, golpead y os abrirán. La Sabiduría clama a las puertas y dice: «Mirad que estoy en la puerta y golpeo; si cualquiera oye mi voz, y abre la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo».

Qué grande es la plenitud de la dulzura que tú reservas escondida para los que entran en esta casa, una dulzura que el ojo no ha visto ni el oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre. Aquellos que abren esta casa tendrán santidad y la plenitud de los días, porque está construida sobre una firma roca que sólo será abierta por la sangre del macho cabrío, o cuando la golpee tres veces la vara de Moisés, cuando el agua mana abundantemente y la congregación bebe y sus bestias también.

Aquí ven ustedes que esto es solidificar lo que es débil. La roca representa la firmeza de la personalidad, que viene de un largo proceso de asimilación del inconsciente. Si uno ha experimentado durante el tiempo suficiente los grandes altibajos que lleva consigo el encuentro con el inconsciente, entonces se forma lentamente un núcleo inconmovible. Creo que ni siquiera una curación o una evolución psicológica, que es la misma cosa, cambia el conflicto ni cura un problema; lo que en realidad cambia es la capacidad de soportarlo mejor, y ésa es la verdadera evolución.

A veces la situación externa puede seguir tal cual, o ciertas dificultades de carácter, lo que se llama neurosis de carácter, se mantienen hasta cierto punto. Si, por ejemplo, alguien tiene un temperamento muy apasionado, o una tendencia a deprimirse, generalmente eso continúa durante largo tiempo. Se necesitarán por lo menos veinte años para erradicarlo; no se puede cambiar enseguida, porque está muy arraigado en la naturaleza de uno. Pero el primer paso es ser capaz de soportarlo mejor, sin dejarse disolver por aquello; desapegarse y tener un punto de vista, saber que ésa es la debilidad que uno tiene, a la cual no quiere ceder, y que finalmente pasará.

El primer paso es que ya uno no es idéntico a sus propios puntos locos. Por ejemplo, si un paranoico dice: «Creo, pero claro, es probable que no sea así, que…», eso demuestra que ahora tiene algo firme, una roca, más allá de su sistema paranoide; aunque todavía no se ha liberado de su fantasía, por lo menos ya puede decir que

quizá lo esté imaginando. Es el comienzo de la formación de tierra sólida; fuera del conflicto, algo se ha escapado del diablo.

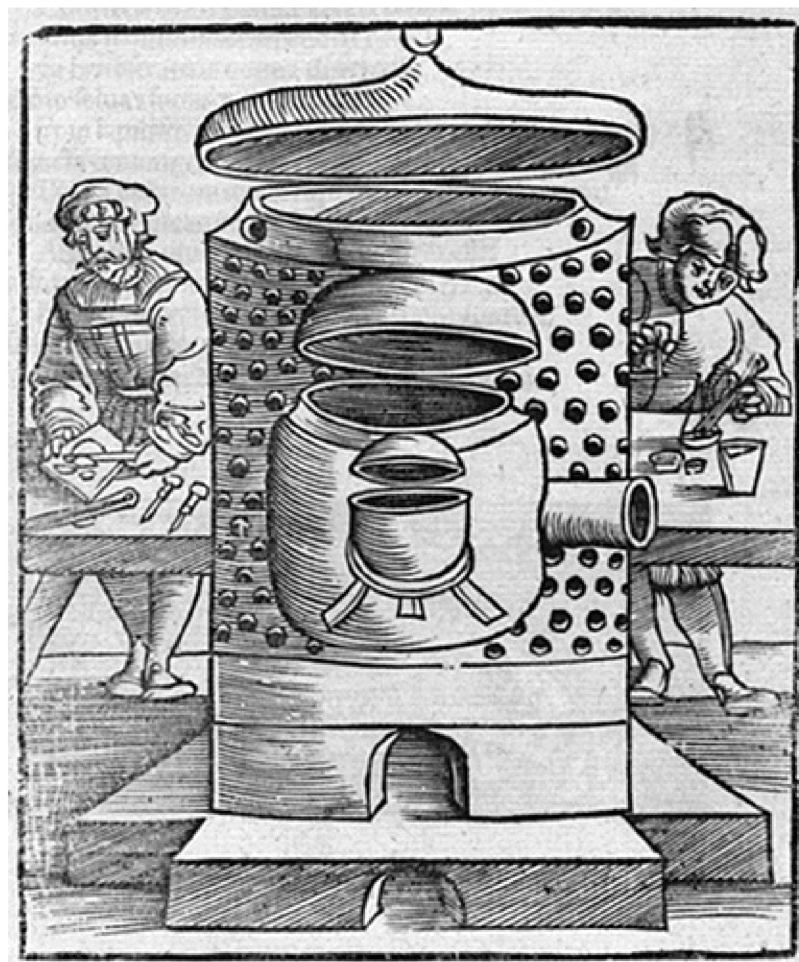
O si el *animus* o alguna emoción siempre le ha hecho perder a uno el equilibrio, y comienza a haber períodos en que se vuelve razonable, aunque después pueda volver a estar poseído por la pasión, esos momentos son el comienzo de la formación de la roca interior. El trocito de terreno sólido donde uno hace pie se va fortaleciendo y lentamente se convierte en algo sólido, de modo que uno tiene cada vez más la sensación de que probablemente nada de lo que pueda venir volverá a destruirlo.

Se lo puede describir de manera más pesimista, pero sigue siendo la misma cosa positiva: uno ha sufrido tanto, o se ha precipitado tan profundamente en su propio infierno que, gracias a Dios, ya no puede caer más bajo, y eso da cierto sentimiento de seguridad. Si uno ha tocado el fondo del infierno ya no hay nada más abajo, y allí es donde comienza la roca sólida. O alguien puede venir diciendo que siempre ha tenido miedo de enloquecer, pero ahora que ha llegado a los cuarenta sin que le pasara, lo más probable es que ya no le pase nunca. Si le dicen eso, uno por lo general puede asentir sin mala conciencia. Si han llegado a ir tan lejos sin quebrarse, no es probable que se quiebren, porque algo se ha coagulado dentro, se ha vuelto sólido; y sobre esto, que es el objetivo de la obra, uno puede retirarse a la mansión interior de la sabiduría, que está construida sobre una roca y es inconmovible; el texto dice, incluso, en la eternidad.

Ustedes pueden preguntar si eso no es endurecimiento; ¿no vuelve a ser la rigidez? Pero la respuesta es «no». De una roca así mana el agua de vida; es la roca de donde Moisés, por un milagro, obtuvo el agua de vida. Es una roca que es también un pozo, y por lo tanto es la cosa más líquida, el opuesto de la rigidez o el endurecimiento.

Significa ser flexible pero inconmovible, y por eso el doctor Jung dice que el proceso de individuación, si se produce inconscientemente, hace que el individuo sea duro y cruel con sus semejantes, y que si es un proceso consciente, conduce a la piedra filosofal: no a un endurecimiento de la personalidad, sino a la firmeza en el sentido positivo de la palabra. Uno ya no se disocia fácilmente ni se deja llevar por la emoción, no pierde su punto de vista por obra de la presión colectiva ni nada de eso, pero esto no significa un endurecimiento que escape de toda influencia.

Eso es probablemente lo que significa la alusión a la roca sobre la cual está edificada la casa de la Sabiduría. En ella tiene lugar, como dice el texto, la visión de la plenitud del sol y de la luna. Esto se refiere al motivo de que en esta casa tiene lugar la *coniunctio*; por lo tanto se hace referencia a ella como el recipiente alquímico, que es la casa en donde se unen el sol y la luna. En nuestro capítulo la casa está construida sobre catorce pilares. Los pilares representan las catorce cualidades que debe tener el alquimista.



79. El horno alquímico. El trabajo de transformación puede estropearse por exceso de calor, así como el proceso de individuación no puede ser forzado.

Las cualidades no son sólo éticas, sino que incluyen toda clase de suposiciones sobre lo que debe tener un ser humano: salud, humildad, santidad —por la descripción, eso parece querer decir «integridad» o pureza—, castidad, virtud —en el sentido de efectividad o eficiencia—, una fe que tenga la capacidad de confiar en las cualidades espirituales que no se pueden ver —o de entenderlas—, esperanza —una de las cosas peores en el trabajo interior es la desesperanza; es terrible cuando la gente abandona la partida declarando que no tiene remedio; ése es uno de los discos rayados del *animus*—, caridad, compasión, bondad —una especie de benevolencia—, paciencia —que es muy importante—, moderación —un equilibrio entre los opuestos —, disciplina o poder de penetración y obediencia.

Respecto de esto dice que la decimocuarta piedra o pilar es *temperatia*, lo que significa un temperamento equilibrado, del cual se dice que nutre a la gente y la conserva en salud porque cuando los elementos se encuentran en un estado de desequilibrio el alma disfruta viviendo en el cuerpo, pero cuando están en pugna, no. Por lo tanto el equilibrio es la mezcla correcta de los elementos, del calor y el frío, de lo seco y lo húmedo, de modo que ninguno desequilibre al otro, que es la razón por la cual los filósofos recomendaban vigilar que el misterio no se evapore ni el ácido se

convierta en vapor. «Prestad atención para no quemar al rey y a la reina con demasiado fuego».

El proceso interior puede sobrecocerse con demasiado fuego, como les sucede a los que se *esfuerzan* en el proceso de individuación. Dicen que no pueden ir a una fiesta, por ejemplo, porque «tengo que quedarme en casa haciendo mis mandalas». Es el deseo de forzar el proceso, pero a un proceso de crecimiento no se lo puede forzar. Es una tontería enfurecerse con un pequeño roble y decirle que crezca más rápidamente, porque eso es *contra natura*. Sería mejor regarlo y ponerle un poco de abono en la tierra. Hay cosas en el proceso interior que no es posible acelerar, y en las que no sirve de nada impacientarse.



80. El alquimista encerrado en un estado de *nigredo* (depresión), comparado en la *Aurora consurgens* con un novio en una tumba, esperando a su prometida (el alma perdida).

Es decir que la instrucción de no quemar al rey y a la reina alude a no tratar de forzar la *coniunctio* interior. En eso interviene siempre el yo; es una actitud voraz e inmadura que, naturalmente, conduce al error, y por eso los alquimistas hacen siempre la advertencia de no sobrecalentar el proceso. Algunos recomiendan incluso que nunca se ha de usar calor más alto que el del estiércol fresco de caballo, que sería aproximadamente la temperatura del cuerpo humano, la temperatura interior de una criatura de sangre caliente; debe ser algo adecuado al ser humano, y todo lo que sea

extra modum, como dice el texto, está mal. Incluso lo bueno, si se pasa de la medida, es malo. Todo lo que contiene el impulso infantil de empujar es un error; se lo puede sentir, y uno sabe que no llevará a ninguna parte, aunque la intención sea buena. Esas son las piedras de la casa de la Sabiduría.

La sexta parábola se refiere al Cielo y la Tierra y a la situación de los elementos, y aquí hay un mito cosmogónico. Describe el nacimiento de todo el cosmos. Psicológicamente aquí está lo que los alquimistas llaman la unión del mundo cósmico, lo que significa ir más allá del microcosmos del ser humano y estar abierto a la vida misma, en sí misma: relacionarse con la totalidad de la vida observando el proceso de la sincronicidad.

Incluso la más elevada e importante de las ocupaciones relacionadas con la propia evolución interior tiene una cualidad narcisista, tiene que tenerla. Durante un tiempo uno tiene que estar encerrado en el recipiente y ocuparse de sus propias cosas, y en alguna medida, durante ese período, no tiene que abrirse a la vida; eso es necesario e inevitable. Pero en el estado que ahora se describe, toda la naturaleza del cosmos vuelve a ser incluida, y eso es relación hacia Dios.

La última parábola es la conversación del amado con su novia:

Vuélvete hacia mí con todo tu corazón y no me rechazes porque sea negro, porque el sol se ha llevado mi color y el abismo ha cubierto mi rostro. La tierra está contaminada en mis obras, la oscuridad se ha extendido sobre la tierra, yo estoy en el fondo del abismo y mi sustancia todavía no ha sido abierta.

Clamo desde la profundidad y desde el abismo de la tierra, elevo mi voz a todos vosotros los que pasáis, atendedme y miradme si hubiera alguien como yo. A él le daré la estrella de la mañana. Ved cómo he esperado en mi lecho durante toda la noche que alguien me consolara y no he encontrado a nadie. Llame y nadie me respondió.

Ya ven ustedes que aquí empieza otra vez con la depresión más profunda.

Me levantaré y me iré a la ciudad a buscar por las calles y callejuelas si puedo encontrar una virgen casta, bella de rostro y cuerpo y más hermosamente ataviada, que retire la lápida de mi tumba y me dé plumas como la paloma, y con ella me iré volando al Cielo. Y le diré que ahora vivo en la eternidad y descansaré en ella, porque ella se quedará de pie a mi derecha vestida con una túnica de oro. Oye, hija mía, inclina hacia mí el oído y escucha mi oración, porque con todo mi corazón he añorado tu belleza.

Ése es el novio que llama desde su tumba. Quiere que lo resuciten; está encerrado en su tumba y ahora reclama a su novia, que es un ser semejante a un pájaro, con plumas y que se encuentra en el Cielo. De modo que es un espíritu, un ser espiritual.

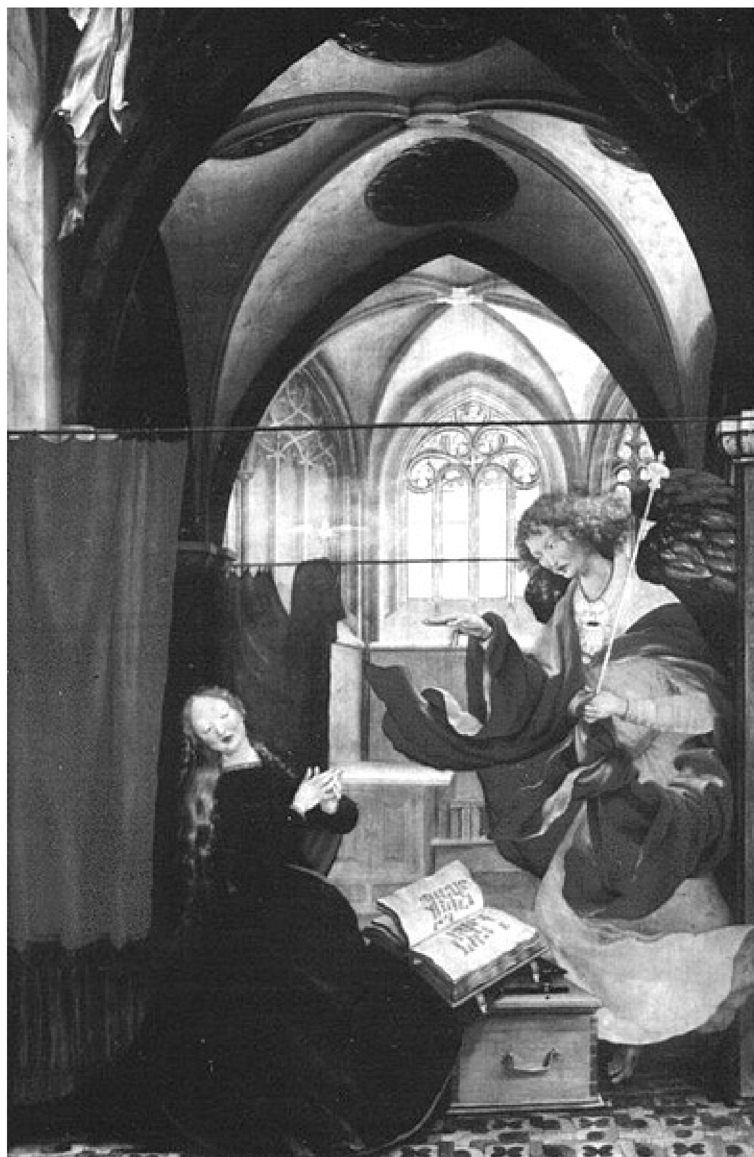
He hablado en mi lenguaje: Dime [cuál será] mi final y el número de mis días, porque Tú has circunscrito mis días y mi sustancia es como nada ante ti. Tú eres la que me entrará por el oído, la que entrará en mi cuerpo y me vestirá con una túnica de púrpura, y después me adelantaré como un novio desde su cámara, porque Tú me

decorarás con gemas y piedras y me vestirás con las prendas de la felicidad.

Entrar por el oído es algo muy extraño. Es una alusión a ciertas teorías medievales según las cuales Cristo fue concebido a través del oído de la Virgen María. El ángel de la Anunciación se le apareció y le dijo que concebiría y tendría un hijo; algunos teólogos lo interpretaron en el sentido de que Cristo fue concebido de manera sobrenatural mediante la palabra que le entró por el oído, y a eso se llamó la *conceptio per aurem*, la concepción por el oído. Hay un novio muerto en el abismo, en desesperación en la tumba, y que ahora reclama a su novia, que vuela en el Cielo con alas. Primero ella abrirá su tumba y después le entrará en el oído; entonces él resucitará y ella le dará una prenda de resurrección y de júbilo.

Ven ustedes aquí muy claramente que es un proceso interior de la *coniunctio*, es la unión con el *anima*. Ella entra por el oído, es entendida e integrada, y eso emana como una nueva actitud. En términos alquímicos es el comienzo de la *rubedo*. Primero está la *nigredo* o negrura, después la blancura, y ahora comienza la *rubedo*, el estado rojo, razón por la cual aquí el novio recibe una prenda roja.

El problema es quién es el novio. Aquí se lo compara con el propio Cristo, porque las palabras «saldré de la cámara como un novio» aluden a Cristo. Al mismo tiempo, es sin duda el autor. Aquí hay otra vez una descripción del proceso de la *coniunctio* en el cual el autor participa con su parte divina, una expresión auténtica de la experiencia de lo que Jung llama «volverse como Cristo». El propio individuo se convierte aquí en un Hijo de Dios, y por lo tanto en el prometido de la Sabiduría de Dios. Es una unión mística con la Divinidad, y la Divinidad, como verán ustedes, es femenina. Él le ruega que le diga quién es para que todos puedan saberlo, y ella replica:



81. «El análisis debe liberar una experiencia que nos atrapa o cae sobre nosotros como desde arriba, simbolizado por la Anunciación». Jung. En términos alquímicos, éste es el comienzo de la *rubedo*.

Escuchad todas las naciones, percibid con vuestros oídos; mi novio rojo ha hablado. Pidió, y ha recibido.

Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Soy la madre del amor hermoso y del santo reconocimiento y de la esperanza sagrada. Soy el fértil viñedo que produce frutos dulces y aromáticos, y mis flores son las flores del honor de la belleza. Soy el lecho de mi amado, en torno de quien hay sesenta héroes que contra los horrores de la noche llevan la espada ceñida a la cadera. Yo soy hermosa y sin tacha.

Miro por la ventana y a través del enrejado veo a mi amado. He herido su corazón con uno de mis ojos y en un pelo de mi cuello. Soy la fragancia de los ungüentos. Soy la mirra escogida. Soy la más despierta entre las vírgenes que se adelantan, como la aurora, al amanecer matutino, escogida como el sol y hermosa como la luna, sin mencionar lo que está dentro. Soy como los grandes cedros y cipreses del monte

Sión. Soy la corona con que será coronado mi novio el día de su boda y de su júbilo, porque mi nombre es como un ungüento que se vierte.

Soy el viñedo escogido donde el Señor envió trabajadores a cada hora del día. Soy la tierra de promesa en donde los filósofos han sembrado su oro y su plata. Si este grano no cae dentro de mí y muere, entonces no producirá el triple fruto. Soy el pan del cual comerán los pobres hasta el fin del mundo y nunca volverán a tener hambre.

Y entonces vienen las palabras de Dios como en la Biblia, por las cuales es completamente manifiesto que este ser femenino es Dios.

Yo doy y no pido nada a cambio. Doy alimento sin fallar nunca. Doy seguridad sin temer nunca. ¿Qué más he de decir a mi amado? Soy la mediadora entre los elementos que median entre el uno y el otro.

Lo que es cálido lo refresco y lo que está seco lo humedezco y viceversa. Lo que es duro lo ablando y viceversa. Soy el fin y mi amado es el comienzo. Soy toda la obra, y toda la ciencia en mí está oculta. Soy la ley en el sacerdote, la palabra en el profeta y el consejo prudente en el sabio.

Y luego viene otra cita de las palabras de Dios tal como están en la Biblia:

Yo doy muerte y doy vida, yo hiero y yo curo, no existe quien pueda librar algo de mi mano (Deuteronomio 32, 39). Ofrezco mi boca a mi amado y él me besa. Él y yo somos uno. ¿Quién puede separarnos de nuestro amor? Nadie, porque nuestro amor es más fuerte que la muerte.

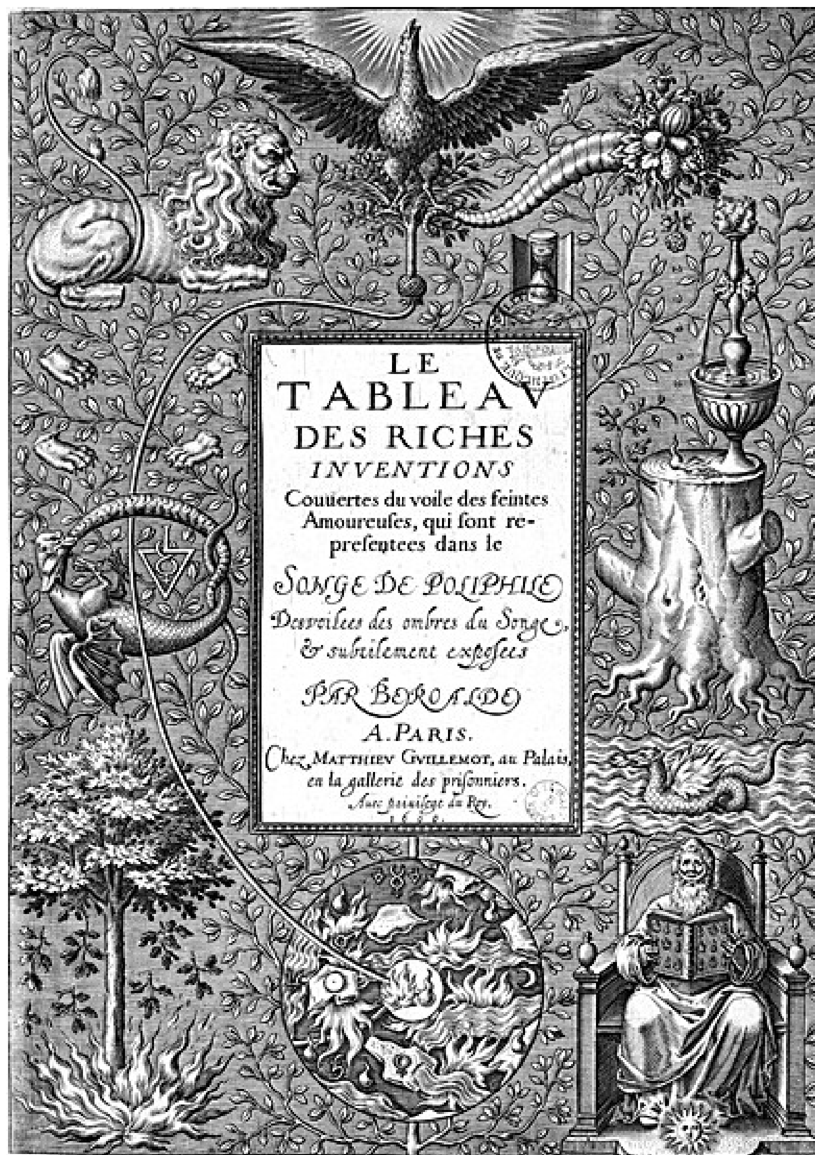
Después él responde:

Oh, mi novia amada, tu voz ha resonado en mis oídos y es dulce. Tú eres hermosa… Ven ahora, amada mía, salgamos al campo, demorémonos en las aldeas. Nos levantaremos temprano, porque la noche ha pasado y el día se acerca. Veremos si tu viña ha florecido y si ha fructificado. Allí tú me darás tu amor, y para ti he preservado los frutos viejos y nuevos. Los disfrutaremos mientras somos jóvenes. Llenémonos de vino y de ungüentos y no habrá flor que no pongamos en nuestra corona; primero los lirios y después las rosas antes de que se marchiten.

Esto es muy significativo porque todo es de la Biblia, ¡donde son los pecadores los que lo dicen! En la Biblia, los pecadores, los idiotas, los imbéciles y los que son rechazados por Dios dicen: «Salgamos a los campos» y ese tipo de cosas, y aquí la novia y el novio lo dicen en la *coniunctio*.

Uno de los monjes que copiaron el texto se dejó arrastrar tanto por el placer de hacerlo que cuando llegó a la parte que habla de caminar por el prado y recoger flores, en vez de escribir *pratum* (prado), escribió: «no hay *peccatum* que no recojamos». El pobre monje usó la palabra *peccatum*, pecado, en vez de *pratum*, algo que en la taquigrafía medieval podía suceder muy fácilmente, y cometió un error complejo. Para alguien que conozca la Biblia sería muy chocante que el novio y la novia citen las palabras de los pecadores del mundo. ¿En qué estaba pensando este hombre cuando escribió eso?

Nadie será excluido de nuestra felicidad. Viviremos en una unión de amor eterno y diremos lo bueno y lo amable que es vivir dos en uno. Por lo tanto construiremos tres tiendas, una para mí, otra para ti y la tercera para nuestros hijos, porque una cuerda triple no se romperá. A quien tenga oídos para oír dejadle que oiga lo que el espíritu de la doctrina dice a los Hijos de la Disciplina de la unión del amante y de la amada. Porque él ha sembrado su semilla, de la que madurará el triple fruto y de la cual el autor de las tres palabras dice: «Son las tres palabras preciosas en que se esconde la ciencia toda y que serán transmitidas a los piadosos, es decir a los pobres desde el primero hasta el último hombre».


LE
TABLEAV
DES RICHES
INVENTIONS
Couuertes du voile des feintes
Amoureuſes, qui ſont re-
preſentees dans le
SONGE DE POLIPHILE
Desvoilees des ombres du Songe,
& ſubtilement expoſees
PAR BEROALDE
A. PARIS.
Chez MATTHIEV GVILLEMOT, au Palais,
en la gallerie des priſonniers.
Auec priuilege du Roy.

82. Representaciones del proceso simbólico, que comienza en el caos
(conflicto y depresión) y termina con el nacimiento del fénix (la nueva personalidad).

Estas últimas palabras aluden a una tradición secreta que solamente los iniciados se pasan unos a otros, es decir, la tradición de esta unión amorosa. Las tres tiendas son una alusión al anuncio en la Revelación 21, 2-3, de que Dios vivirá en una tienda

—el tabernáculo— con el hombre sobre la tierra: «Y yo, Juan, vi la santa ciudad, Jerusalén nueva, que descendía de Dios desde el cielo, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí que el tabernáculo de Dios está con los hombres, y morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el propio Dios estará con ellos y será su Dios».

De modo que ya ven ustedes que aquí la *coniunctio* termina con una encarnación de la Divinidad, es Dios que desciende dentro del ser humano. Eso es lo que ha expresado Jung al decir que lo que se ve desde el ángulo humano como el proceso de individuación, visto desde el ángulo de la imagen de Dios es un proceso de encarnación.

Índice de ilustraciones

CW se refiere a *Collected Works* of C. G. Jung (Bollingen Series XX), 20 vols., trad. [al inglés] de R. F. C. Hull, ed. H. Read, M. Fordham, G. Adler, Wm. McGuire, Princeton University Press, Princeton, 1953-1979.

18. El cereal brota del cuerpo de Osiris. Tomado de E. A. Wallis Budge, *Osiris*, I, Dover, Nueva York, 1973, pág 58.
19. Anubis unge a Osiris. Tomado de E. A. Wallis Budge, *Osiris*, II, Dover, Nueva York,]973, pág. 48.
20. La resurrección de Osiris. Tomado de E. A. Wallis Budge, *Osiris*, II, Dover, Nueva York, pág. 58.
21. Biblioteca y laboratorio alquímicos. Maier, *Tripus aureus* (1618), portada. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
22. Osiris en el ataúd de cedro. Tomado de E. A. Wallis Budge, *Osiris*, I, Dover, Nueva York, 1973, pág. 5.
23. Mercurio en una vasija sellada. Barchusen, *Elementa chemiae* (1718), fig. 75. Bib. Nac., París.
24. Adán, creado del polvo de la tierra, Schedel, *Das Buch der Chroniken* (1493), pág. V, col. J. Jacobi.
25. Ouroboros como símbolo del león. Horapollo, *Selecta heroglyphica* (1597), pág. 5. Col. C. G. Jung.
26. El Adán caído como *prima materia*. «Miscellanea d'alchimia», MS Ashburnham 1166 (s. XIV). Bib. Medici, Florencia.
27. La araña como maya. Viñeta brahmánica dañada, en Mueller, *Glauben, Wissen und Kunst der alten Hindus*, tomo I, fig. 91.
28. El agua de vida entre el sol y la luna, Barchusen, *Elementa chemiae* (1718), fig. 9, Bib. Nac., París.
29. Unión del agua y del fuego. Pintura india, en Mueller, *Glauben, Wissen und Kunst der alten Hindus*, tomo II, fig. 17.
30. El león que se devora el sol. *Rosarium philosophorum* (1550). Col. C. G. Jung.
31. Hermes Trismegisto con tableta. Senior, *De chemia*, en Mangetus, *Bibliotheca chemica curiosa* (1702). Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
32. El espíritu volátil como águila y cisne. Mylius, *Philosophia reformata* (1622), pág. 126, fig. 13. Col. C. G. Jung.
33. Asando la salamandra. *The Book of Lambspring*, I, en A. E. Waite (ed. y trad.). *The Hermetic Museum Restored and Enlarged*, I, pág. 295.
34. *Cupido, Venus y las pasiones del amor*. Bronzino, 1550-1555. Gal. Nac., Londres.
35. *Espíritu árbol*. Dibujo a pluma en color y tinta, de Margaret Jacoby (1977). Col. Daryl Sharp.
36. Los pájaros alado y sin alas y los soles justo e injusto. Detalle de la ilustración 31.
37. Somorgujo y pez. Grabado en color de Jackson Beardy, indio ojibway (1973). Canadian Native Prints Ltd., Vancouver, B. C.
38. La transformación de Mercurio. Barchusen, *Elementa chemiae* (1718), fig. 76. Bib. Nac., París.
39. Alquimista adorando al azufre. «Speculum veritatis», Codex Latinus 7286 (s. XVII), fol, 3, Bib. Vaticana.

40. Alquimista en conversación con Dios. Barchusen, *Elementa chemiae* (1718), fig. 2. Bib. Nac,, París.
41. La unión de los opuestos como monstruosidad. Brant, *Hexastichon* (1503). Col. C. G. Jung.
42. Jonás y el *lapis angularis*. «Speculum humanae salvationis», Codex Latinus 512 (s. XV). París, Bib. Nac.
43. Unión personificada del Sol y la Luna. *Rosarium philosophorum* (1550). Col. C. G. Jung.
44. Los hornos del sol y de la luna. *Mutus Liber* (1702), pág. 14, detalle. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
45. El encuentro del rey y la reina. Trismosin, «Splendor solis», MS Harley 3469 (1582). Museo Británico.
46. Saturno se devora a sus hijos. *Mutus Liber* (1702), pág. 7, detalle. Col Mellon, Bib. Univ. Yale.
47. El pavo real surge de la retorta. MS (s. XVIII), en la col. Dr. C. Rusch, Appenzell.
48. Él entra en la ciudad y sus manos derraman bendiciones. «Las diez imágenes del pastor del buey», Suzuki, *Manual de budismo zen*.
49. La luna en la sombra. Maier, *Scrutinium chymicum* (I 867), pág. 133.
50. Mercurio como el niño divino. *Mutus Liber* (1702), pág. 11, detalle. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
51. Descenso del Espíritu Santo como lenguas hendidas. Munich Lectionary, Codex Latinus 15713 (s. XII). Bib. Estatal de Munich, fol. 37v.
52. Fuente de vida. *Rosarium philosophorum* (1550), Col. C. G. Jung.
53. La unión de los opuestos como hermafrodita. *Hermaphroditisches Sonn- und Mondskind* (1752), pág. 16, detalle. Col. C. G. Jung.
54. La Sabiduría como madre de los sabios. Tomás de Aquino, *De alchimia*, Codex Vossianus 29 (s. XVI). Bib. Univ. de Leiden, fol. 53, detalle.
55. Dios como el *logos* creador del zodiaco. Peter Lombard, «De sacramentis», Codex Vaticanus Latinus 681 (s. XIV). Bib. Vaticana.
La Sabiduría como árbol de la vida. Reusner, Pandora (1588), pág. 225. Col. C. G. Jung.
57. El corazón llameante. Jakob Boehme.
58. El alquimista y su *soror mystica* sostienen las llaves. Tomás de Aquino, *De alchimia*, Codex Vossianus 29 (s. XVI). Bib. Univ. Leiden, fol. 99. (Cita de *Mysterium Coniunctionis*, CW 14, pár. 738).
59. El alquimista como sacerdote. Maier, *Symbola aureae mensae* (1617), pág. 509. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale. 291
60. El dios andrógino. Joya de la Babilonia tardía, tomado de Lajard, «Mémoire sur une représentation figurée de la Vénus orientale androgyne», en *Nouvelles annales de l’Institut archéologique*, I, pág. 161, París, 1836.
61. La nube del caos. Marolle, *Tableaux du temple des Muses* (1655). Museo

Británico.
62. La depresión y el conflicto consciente. Dos pinturas hechas por una mujer en análisis (1976). Col. Daryl Sharp.
63. La nigredo como etíope. Trismosin, «Splendor solis», MS Harley 3469 (1582). Museo Británico.
La Sabiduría de Dios como alma del mundo. Grabado de J. T. de Bry, tomado de Fludd, *Utriusque cosmi* (1617), págs. 4-5.
65. La Asunción de la Virgen María. *Speculum Trinitatis*, tomado de Reusner, *Pandora* (1588), pág. 253. Col. C. G. Jung.
66. La inmersión en el baño. *Rosarium philosophorum* (1550). Col. C. G. Jung.
67. El alquimista medita durante la nigredo. Jamsthaler, *Viatorium spagyricum* (1625), pág. 27. Col. C. G. Jung. 328
68. El diablo como espíritu aéreo. Ilustración de Eugéne Delacroix (1799-1863) para la primera parte del *Fausto*. The Heritage Club, Nueva York.
69. El alquimista y la *soror mystica* están pescando. *Mutus Liber* (1702), fig. 3. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
70. La reunión del alma y el cuerpo. Ilustración a *The Grave* (1808), dibujo de William Blake, aguafuerte de Schiavonetti.
71. La flor de siete pétalos. Boschius, *Symbolographia* (1702). Col. C. G. Jung.
72. Alquimistas en su trabajo. *Mutus Liber* (1702), pág. 6. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
73. *El nacimiento del dragón*. Dibujo a pluma y tinta por Margaret Jacoby (1977). Col. Daryl Sharp.
74. La trinidad alquímica. Lambspring, «Figurae et emblemata», fig. XV, en *Musaeum hermeticum* (1678), pág. 371. Col. Mellon. Bib. Univ. Yale.
75. La unión del rey y la reina alados. *Rosarium philosophorum* (1550). Col. C. G. Jung.
76. La serpiente mercurial se devora a sí misma, Barchusen, *Elementa chemiae* (1718), figs. 58-61. Bib. Nac., París. 373
77. El pelícano alquímico. Rhenanus, *Solis e puteo* (1613). 378
78. El símbolo de la alquimia. Eleazar, *Uraltes chymisches Werk* (1760), Parte II, n 9. Col. Mellon, Bib. Univ. Yale.
79. El horno alquímico. Geber, *De alchimia* (1529), frontispicio. Col. C. G. Jung.
80. El alquimista encerrado en la nigredo. Jamsthaler, *Viatorium spagyricum* (1625), pág. 118. Col. C. G. Jung.
81. La Anunciación. Mathis Nithart (m. 1528). Isenheim Altar, Kolmar. (Citado de notas inéditas de seminario, 1925).
82. El proceso simbólico. Béroalde de Verville, *Le songe de Poliphile* (1600). Col. Mellon, Univ. Yale.

Notas

[1] Ave de gran tamaño, a la que en el folclore de los indios norteamericanos se considera capaz de producir rayos, truenos y lluvia. *(N. de la t.)*. <<

[2] Una tableta pequeña, con diseños de rectas y curvas, que los australianos usan para representar el alma de un individuo y conservan en lugares secretos *(N. de la t.)*. <<

[3] En la tradición y el folclore escandinavos, el miembro de una clase de feroces guerreros de la época pagana, En batalla, una especie de frenesí los llevaba a aullar como lobos o gruñir tomo osos, y tenían la reputación de ser invulnerables *(N. de la t.)*. <<

[4] La idea junguiana de que todo termina por convertirse en su opuesto. *(N. de la t.)*. <<

[1] Monosulfuro de arsénico, que al arder desprende vapores arsenicales y sulfurosos *(N. de la t.)*. <<